

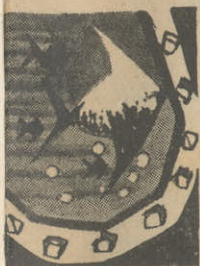
VOL. 2 N° 21 FEBRERO 1955

ASÍ



REVISTA MENSUAL
de fantasía científica

REVISTA MENSUAL
DE AVENTURAS
APASIONANTES EN
EL MUNDO DE LA
MAGIA CIENTIFICA



NUESTRA PORTADA

por MEL HUNTER

Rescate subacuático.
Máquinas extrañas
en un océano aun
inexplorado se acer-
can silenciosamente
a la trágica espacio-
nave.

sumario

Redacción y Administ.:
Editorial Abril S. R.
L., Av. Alem 884,
Bs. As., Rep. Argentina

novela completa

AMOS DE TÍTERES, por ROBERT A. HEINLEIN

El horrible invasor dominaba hasta las inteligencias; ¿cómo podrían vencerlo los hombres? 94

cuentos

LOS LARGOS AÑOS, por RAY BRADBURY
Sugestiva "Crónica de Marte": la magia del planeta desierto 4

EL DINOSAURIO DELICADO, por WILLIAM M. ALTMAN

La verídica e insuperable historia de un pequeño monstruo antediluviano ... 30

EL AMOR ES UN BARÓMETRO, por DEL MOLARSKY

¿Ha intentado usted dominar las lluvias por medio de las hormigas? 47

LA TRAMPA, por BETSY CURTIS

Para rejuvenecer, hay que vivir otra vez 66

EL TICTAC MONSTRUOSO, por ROSS ROCKLINNE

El viejo reloj era mensajero de un destino 84

aventuras de la mente

EL FIN DEL MUNDO, por KENNETH HEUER

II parte: Colisiones de cometas 14

LAS EDADES GLACIALES, por WILLY LEY 59

novedades cósmicas

CORRESPONDENCIA: proyectiles dirigidos y respuestas científicas 78

ESPACIOTEST 92

LA AMBICIÓN DE LA HUELLA (Editorial) 2



editorial



EL hombre es un ambicioso. Más que las manos, más que la palabra, más que la razón, la ambición es la característica distintiva fundamental del animal hombre. Su ambición lo lleva, física y espiritualmente, a todas partes; pero, en el campo de las excursiones del espíritu, sus metas preferidas son lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño. El progreso humano es, en resumen, el esfuerzo para ampliar lo pequeño y reducir lo grande.

Ampliar lo pequeño quiere decir penetrar más allá de lo visible y de lo perceptible; hurgar los secretos de la vida, de la constitución de la materia, de la energía.

Reducir lo grande significa sintetizar en una fórmula matemática la evolución de las especies, definir con un diagrama los movimientos del cosmos y, en consecuencia, entenderlo todo.

Siendo ésta una característica fundamental de la mente humana, resulta claro por qué la fantasía científica satisface y gusta al hombre moderno, que encuentra en ella, por un lado, la satisfacción de su deseo de evasión hacia el infinito y, por el otro, la profundización en los detalles. Pero la fantasía científica es mucho más que una forma literaria destinada a colmar las ambiciones intelectuales del hom-

bre moderno. En realidad, el lector inteligente no necesitaría ayuda para sus excursiones espirituales hacia lo grande o hacia lo pequeño. Lo que lo divierte en la fantasía científica es que ella trastorna el equilibrio de todo lo conocido. El hombre es equilibrio y, aunque no lo diga, le disgusta serlo. La fantasía científica sonríe a veces sobre la verdad tremenda del hoy y del mañana, y a veces destruye los lugares comunes y los prejuicios. En la fantasía científica, la pesadilla se transforma en sonrisa, y, por contraste, lo que ha parecido hasta ahora normal, inevitable y necesario, se vuelve caótico, lleno de interrogantes y de misterio.

El hombre, en su ambición, para construir necesita destruir. Destruir significa alejarse de todo lo que nos ha precedido, mirarlo con nuevos ojos, entenderlo y luego abandonarlo. Cada hombre, al nacer, es el mundo que nace, es la humanidad entera que inicia un nuevo camino. La primera huella del recién nacido (reproducida en esta página) es el símbolo de una nueva humanidad que nace en cada instante: esta huella precede a las demás infinitas huellas que el hombre deja en su historia; pues huellas son todos los monumentos, las obras de arte, los libros de filosofía, las fórmulas matemáticas, las

la ambición de la huella

síntesis químicas, los catálogos, las ciudades y todas y cada una de las creaciones de la técnica y del espíritu.

Interpretando poéticamente, en forma global única, todas las creaciones humanas del pasado, del presente y del futuro, la fantasía científica sintetiza todo lo mejor de la raza humana; y en esta síntesis, al destruir el equilibrio tradicional y los prejuicios arraigados, entretiene al hombre inteligente, como ningún otro juego o pasatiempo. En la fantasía científica, la huella del recién nacido, que es modesta, casi imperceptible, y la menos ambiciosa creación del hombre, puede agigantarse hasta ser el esquema del Universo. E, inversamente, las Pirámides pueden volverse más insignificantes que el más minúsculo grano de arena en el fondo del océano.

En la fantasía científica, el hombre, desmesuradamente libre, triunfa.

En cada número de MÁS ALLÁ hay ejemplos de esas síntesis de lo grande y análisis de lo pequeño. Pocas páginas más adelante, el lector puede encontrar un ejemplo de las primeras en EL FIN DEL MUNDO, un estudio ambicioso y coherente de la tragedia más grande de la historia humana.

Y en el próximo número (que tendrá más páginas), en una serie de excepcionales fotografías, MÁS ALLÁ descubrirá para sus lectores las maravillas del Microscopio Electrónico, que revela a nuestros ojos asombrados la guerra a muerte entre gérmenes y antibióticos y los misterios de la constitución de la materia, hasta ahora absolutamente invisibles.

★ ★

A partir del próximo número, MÁS ALLÁ costará 6 pesos. Nos hemos visto obligados a este aumento porque deseamos mantener y mejorar la calidad del material. MÁS ALLÁ, porque respeta a sus lectores, no hace concesiones y no admite sino lo mejor. Confiamos en que los lectores, cuya inteligencia y lucidez crítica han sido comprobadas repetidamente (por la correspondencia y por nuestras encuestas), comprenderán nuestro problema, y apreciarán nuestros esfuerzos para que en los próximos números MÁS ALLÁ alcance un nivel de verdadera excepción.

crónicas de marte

LOS LARGOS AÑOS

por RAY BRADBURY

ilustrado por OLMOS

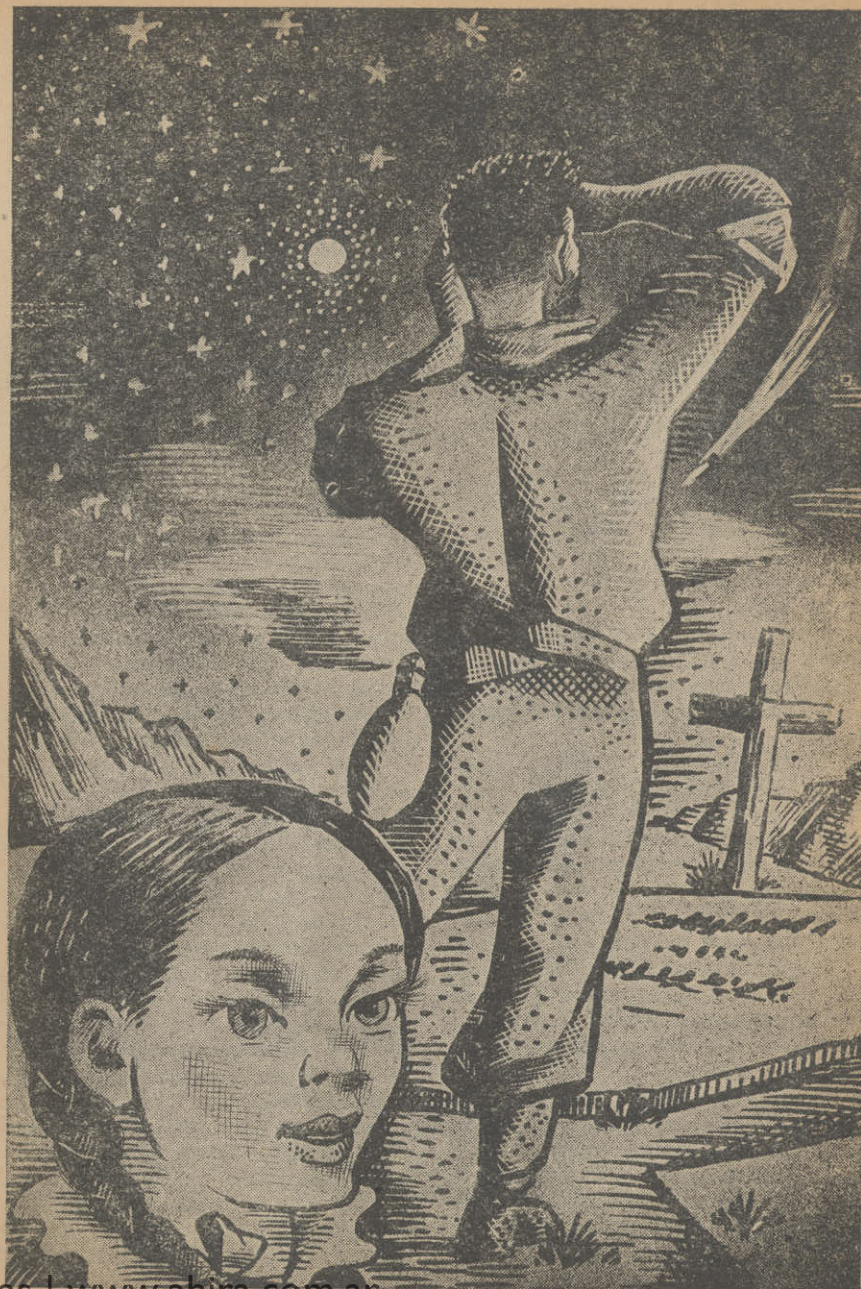
*¿Qué haría uno en un planeta desierto,
viendo morir a sus seres queridos?
Modelarlos de nuevo con todo el poder
de su inteligencia.*

CADA vez que el viento azotaba desde el cielo, él, junto con su pequeña familia, se sentaba en la cueva de piedra y calentaba las manos en un fuego provocado con leña. Removía el viento las aguas del canal y amenazaba con arrancar las estrellas del firmamento, pero el señor Hathaway permanecía sin inmutarse. Conversaba satisfecho con su esposa y ésta le respondía. Luego hablaba con sus dos hijas y su hijo sobre los viejos días pasa-

dos en la Tierra y ellos contestaban con exactitud.

Era el vigésimo año después de la Gran Guerra. Marte era un planeta tumba. Si la Tierra lo era también o no, era un tema que originaba extensos debates en la familia Hathaway durante las largas noches marcianas.

Aquella noche, una de las violentas tormentas de tierra marcianas se había desencadenado sobre los bajos cementerios barriendo las antiguas ciudades



y destrozando las paredes de material plástico de la ciudad nueva, que se disolvía desolada en la arena.

La tormenta amainó. Hathaway salió para observar la Tierra, que ardía con tonos verdosos en el cielo ventoso. Levantó su mano, como haría cualquiera para acomodar una lamparilla eléctrica y miró a través de las profundidades del Mar Muerto.

“No hay ningún otro ser viviente en todo este planeta, excepto yo. Y ellos”. Y miró otra vez hacia la cueva de piedra. ¿Qué sucedería en la Tierra?

No había podido advertir ninguna señal de cambio en su superficie mediante su telescopio de treinta pulgadas.

“Bueno, pensó, aún puedo contar con otros veinte años si tengo cuidado. Todavía puede aparecer alguien. A través del Mar Muerto o por el espacio, en un cohete o en el trazo rojo de alguna llama.”

Súbitamente gritó en dirección a la cueva:

—Voy a caminar un rato.

—Está bien —le respondió su mujer.

CAMINÓ lentamente entre una serie de ruinas. “Hecho en Nueva York”, leyó en un trozo de metal. “Y todos estos objetos de la Tierra desaparecerán mucho antes que las ciudades marcianas.” Levantó la vista hacia la ciudad cincuenta veces centenaria que se alzaba entre las montañas azules.

Llegó frente a un solitario cementerio marciano, donde encontró una serie de pequeñas piedras hexagonales alineadas sobre una colina barrida por el viento solitario.

Se detuvo y contempló cuatro tumbas sobre las que se alzaban sendas cruces de madera sin pulir y en las que estaban grabados unos nombres. Las lágrimas no subieron a sus ojos: hacía mucho tiempo que se habían secado.

—¿Me perdonan por lo que hice? —preguntó a las cruces—. Estaba muy solo. Ustedes me comprenden, ¿verdad?

Y en seguida, sin decir ni hacer nada más, retornó a la cueva de piedra y, antes de entrar, hizo con las manos pantalla a sus ojos escrutando el cielo negro.

—Uno se queda aguardando, aguardando —dijo— y una noche, a lo mejor. . .

En el cielo apareció una delgada llamarada rojiza.

Se apartó de la luz que salía de la cueva.

. . . y se vuelve a mirar —musitó.

La llamita rojiza seguía allí.

—No estaba allí la noche pasada —susurró.

Tropezó y cayó, se levantó, corrió detrás de la cueva, acomodó el telescopio y lo enfocó hacia el cielo.

Un minuto más tarde, después de haber examinado intensa y desesperadamente el cielo, apareció todo excitado en la puerta de la cueva. Su esposa, las dos hijas y su hijo se dieron vuelta para mirarlo. Pudo hablar por fin.

—¡Buenas noticias! —exclamó—: viene un cohete para llevarnos a casa.

La emoción contenida lo hizo estallar. Escondió la cabeza entre las manos y se puso a llorar silenciosamente.

A las tres de la madrugada incendió lo que quedaba de Nueva York.

Tomó una antorcha y con ella en la mano recorrió la ciudad de plástico, aplicando la llama ora aquí, ora allá. La ciudad ardió entre grandes llamaradas y fuertes desprendimientos de calor. Era una iluminación de dos kilómetros cuadrados, suficientemente grande como para que se la viera desde el espacio. Habría de guiar el cohete hacia donde se hallaban el señor Hathaway y su familia.

Regresó a la cueva con el corazón latándole dolorosamente en el pecho.

—Miren —dijo levantando una polorienta botella—: es vino. Lo guardé para esta noche. Ya sabía yo que algún día nos encontraría alguien. ¡Celebrémoslo con un trago!

Llenó cinco vasos.

—Ha pasado un largo tiempo —exclamó mirando gravemente en el vaso—: ¿Recuerdan el día en que estalló la guerra? Hace ahora veinte años y siete meses. Y todos los cohetes tuvieron que volver a la Tierra. Y nosotros estábamos en las montañas haciendo arqueología para estudiar los antiguos métodos quirúrgicos de los marcianos. Corrimos hasta matar los caballos, pero llegamos a la ciudad una semana después, ya demasiado tarde. Todos se habían marchado. Norteamérica había sido destruída. Y resultó que nosotros fuimos los únicos que nos salvamos. ¡Santo Dios, cómo pasan los años! Si no lo hubiera tenido a todos junto a mí, no hubiera aguantado. Me hubiera matado. Pero con ustedes valía la pena aguardar. ¡Brindemos por nosotros y por el regreso!

Levantó la copa y bebió. Su esposa, las dos hijas y el hijo bebieron también.

AL amanecer la ciudad humeaba y las espesas nubes se extendían sobre el mar desecado. El fuego se había apagado ya, pero había servido a propósito. La mancha roja en el firmamento se había agrandado.

De la cueva salía el apetitoso olor del pan amasado y cocido. Cuando Hathaway entró, su esposa estaba co-

locando sobre la mesa, junto a los platos del desayuno, los panecillos calientes. Las dos hijas barrían cuidadosamente el piso y el chico se ocupaba de limpiar la platería.

—Los vamos a obsequiar como corresponde —dijo Hathaway—; pónganse la mejor ropa.

Se dirigió corriendo al almacén de provisiones. Adentro estaba la heladera que él había reparado y restaurado con sus dedos pequeños y eficientes año tras año, como había reparado también los timbres, los teléfonos, etc. El galpón estaba lleno de cosas fabricadas por él, y de algunos misteriosos mecanismos cuya función constituía un misterio para él mismo cuando volvía a mirarlos después de algún tiempo.

De la heladera sacó varias cajas con arvejas y frutillas, recogidas hacía veinte años. Extrajo igualmente un pollo.

Cuando aterrizó el cohete, el aire estaba saturado de olor a comida. Hathaway descendió por la ladera de la colina corriendo como un niño. Tan sólo se detuvo una vez a causa de un repentino dolor en el pecho. Se sentó en una roca para recobrar el aliento y corrió luego como una exhalación el espacio que faltaba para llegar a la nave.

Se detuvo en la ardiente atmósfera del magnífico cohete. Abrióse una puerta y un hombre descendió.

Hathaway colocó su mano delante de los ojos para poder verlo y exclamó:

—¡Capitán Wilder!

Contador Geiger portátil

EN Inglaterra se está construyendo un contador Geiger portátil que pesa dos kilogramos y tiene 80 centímetros de longitud. Tiene una amplificación tal, que dos milésimas de miligramos de radio colocados a un metro de distancia accionan el aparato de 120 a 150 veces por segundo.

—¿Quién es usted? —preguntó el capitán Wilder y saltó de la espacianave mirando al anciano. De pronto exclamó mientras extendía su mano:

—¡Si es Hathaway...!

—El mismo —respondió éste, y ambos se miraron cara a cara.

—¡Hathaway..., usted vino conmigo en la Cuarta Expedición!

—¡Han pasado unos cuantos años, Capitán!

—Demasiados. Pero me alegro mucho de verlo.

—Soy viejo —dijo Hathaway sencillamente.

—Tampoco yo soy joven. He estado en el espacio veinte años. Neptuno, Júpiter, Saturno.

—Sí; ya oí que lo habían enviado más arriba para que interfiriera con la política de Marte —el anciano miró alrededor—. Ha pasado tanto tiempo que usted no puede saber lo que ha sucedido.

—Me lo imagino. Hemos dado dos veces la vuelta a Marte. Encontramos sólo otro hombre, a unos veinte kilómetros de aquí: Walter Gripp. Le ofrecimos llevarlo con nosotros pero dijo que no. La última vez que lo vimos estaba sentado en un sillón en el medio de la carretera, fumando su pipa y haciéndonos señales de adiós con la mano. Marte está completamente muerto; no queda ni un solo marciano. ¿Y qué me dice de la Tierra?

—Usted sabe tanto como yo. De vez en cuando logramos captar las transmisiones de la Tierra, pero muy débilmente. Y además, siempre en algún lenguaje desconocido para mí. El único que conozco es el latín. Algunas palabras siempre entendemos. Parece que la Tierra es un matadero. Pero la guerra prosigue, ¿Usted vuelve allá, capitán?

—Sí. Tenemos curiosidad, por supuesto. Nunca hemos podido captar una transmisión desde tan lejos como

hemos estado. Pero queremos ver la Tierra, pase lo que pase.

—¿Nos llevará con usted?

El capitán tuvo un sobresalto.

—Por supuesto. Recuerdo a su esposa. ¿Hace veinticinco años, verdad? Cuando se construyó la primera ciudad y usted dejó el servicio y se la trajo para aquí. Y usted tenía también hijos...

—Mi hijo y dos hijas.

—Sí. Lo recuerdo. ¿Están con ustedes?

—Sí. En nuestra cueva. Hay un buen desayuno preparado para ustedes, ¿vienen con nosotros?

—Tendremos mucho gusto, señor Hathaway.

El capitán Wilder ordenó a sus hombres:

—¡Desembarquen!

HATHAWAY y el capitán Wilder seguidos por los veinte tripulantes ascendieron la colina. Todos aspiraban profundamente y con deleite el aire frío y suave de la mañana. Poco después se levantó el sol y el día mostróse más espléndido.

—¿Se acuerda de Spender, Capitán?

—Nunca lo olvidé.

—Una vez por año voy a visitar su tumba. Parece que por fin se salió con la suya. No quería que los hombres viniéramos a Marte. Supongo que estará satisfecho ahora que todos lo hemos abandonado.

—¿Y qué fué de...?, ¿cómo se llamaba... Parkhill, Samuel Parkhill?

—Instaló un puesto de sándwiches.

—Muy suyo.

—Y a la mañana siguiente se fué a la Tierra para sumarse a la Guerra.

Hathaway se llevó la mano al pecho y se sentó bruscamente en un canto rodado.

—Lo siento. La excitación. Volver a verlo a usted después de tantos años.

Sintió que el corazón convulsiona-

ba su pecho. Contó las pulsaciones. Estaba muy mal.

—Tenemos un médico —dijo Wilder—. Discúlpeme, Hathaway, sé que usted lo es también, pero es mejor que lo consultemos.

El capitán hizo llamar al doctor.

—En seguida se me pasará —insistió Hathaway. La espera, la excitación, apenas podía hablar. Tenía los labios azulados.

—¿Sabe? —comentó Hathaway mientras el médico lo auscultaba—. Es como si todo este tiempo hubiera vivido tan sólo para esperar este momento. Y ahora han llegado ustedes y me llevarán a la Tierra. Estoy satisfecho y no me cuesta quedarme tendido y sin preocupación.

—Tome —dijo el doctor alargándole una píldora amarilla—: es mejor que lo dejemos descansar.

—¡De ningún modo! Déjeme reposar un momento. Es tan agradable verlos de nuevo a todos ustedes, oír voces nuevas...

—¿Siente el efecto de la píldora?

—Sí: ya me siento bien otra vez. ¡Vamos!

Subieron todos la colina.

¡ALICIA! Ven a ver quién está aquí.

Hathaway frunció el ceño y se acercó más a la entrada de la cueva.

—¡Alicia! ¿No me oíste?

Su mujer apareció. Un instante después salieron también las dos hijas, altas y graciosas, seguidas por el hijo, más alto aún.

—Alicia, ¿recuerdas al capitán Wilder?

Ella vaciló y miró al Capitán, como esperando instrucciones. Luego sonrió:

—Por supuesto, capitán Wilder.

—Recuerdo que cenamos juntos la noche antes de mi partida a Júpiter, señora de Hathaway.

Ella estrechó vigorosamente la ma-

no del capitán, y en seguida dijo:

—Le presento a mis dos hijas, Margarita y Susana. Éste es mi hijo Juan. ¿Recuerdan al capitán, no es verdad?

Todos se estrecharon las manos mientras reían y conversaban animadamente.

De inmediato se dispusieron a almorzar. Aparecieron prontamente mesas plegadizas y la comida caliente. Se tendieron manteles de hilo fino y vajilla de porcelana y plata. El capitán Wilder contemplaba atenta y sucesivamente a la señora de Hathaway, a sus hijas y al muchacho. Los miró a la cara mientras iban y venían atareados, y siguió cada uno de los movimientos de sus manos juveniles y cada expresión de sus rostros sin arrugas. Se sentó en una silla que le trajo el muchacho.

—¿Cuántos años tienes, Juan?

—Veintitrés.

Wilder acomodó su plato con expresión de asombro. Empalideció súbitamente. El hombre que estaba sentado a su lado le dijo:

—Capitán, es imposible...

—Juan se alejó para buscar sillas.

—¿Qué es imposible, Williamson? —preguntó el capitán.

—Yo tengo cuarenta y tres años y fui compañero de escuela del hijo de Hathaway aquí mismo, hace veinte años. Juan tiene cara de veintitrés, pero debería tener muchos más. ¿No le parece que hay algo raro?

—Sí, pero no logro definirlo.

—Parece que estuviera descompuesto, capitán.

—No me siento bien. Con las hijas sucede lo mismo. Yo las vi por última vez hace veinte años y no han cambiado nada. Ni siquiera tienen una arruga. ¿Me haría un favor? Quiero que vaya a inspeccionar algo, Williamson. Le diré a dónde debe ir y qué tiene que investigar. Dentro de unos minutos procure salir sin llamar la

atención. Puede ir y volver en diez minutos. El sitio está cerca de aquí. Lo vi desde el cohete cuando aterrizá- bamos.

—¿Qué pasa? ¿Por qué están tan sombríos? ¿De qué están hablando?

La señora de Hathaway se había acercado y les servía cucharadas de avena en los platos.

—No tengan caras tan serias; esta- mos todos juntos, el viaje ha termina- do y es como si estuviéramos en casa.

El capitán Wilder contestó riendo:

—En cambio usted tiene un buen aspecto y se conserva muy bien, se- ñora.

Ella le contestó con la sonrisa de una mujer que se siente halagada y siguió adelante.

Wilder la observó atentamente mien- tras se volvía con su rostro arbolado y terso como la piel de una manzana, en el que no se dibujaba ninguna arru- ga, mostrándose lleno de vida y color. Su risa repicaba a cada broma y servía plato tras plato sin detenerse ni un

segundo para cobrar aliento. Y su ga- llardo hijo y sus bien torneadas hijas esparcían ingenio y alegría, como su padre, que sonreía satisfecho, contem- plándolas.

Williamson salió disimuladamente y bajó la colina.

—¿A dónde va? —preguntó Hatha- way.

—A inspeccionar el cohete —res- pondió Wilder—. Como les iba dicen- do —añadió inmediatamente—, no hay nada que hacer en Júpiter ni tampo- co en Saturno o en Plutón.

Wilder hablaba mecánicamente sin pensar en lo que decía, tratando de llenar el tiempo hasta que Williamson regresara y le comunicase lo que había descubierto.

—Gracias.

Margarita Hathaway le estaba lle- nando el vaso con agua fresca. Llevado por un súbito impulso, la tocó en el brazo. Ella no dió señales de haberlo advertido. La carne era suave y pálida.

Del otro lado de la mesa, Hatha-

way hacía frecuentes pausas lleván- dose la mano al pecho con expresión de dolor, mientras seguía escuchando la conversación a ratos ruidosa, a ratos serena, y mirando con precaución a Wilder, que prestaba muy escasa atención a su desayuno.

Williamson volvió y ocupó otra vez su puesto junto al capitán. Después de unos instantes, éste le insinuó:

—¿Y?

—Lo encontré, capitán.

—¿Qué...?

Las mejillas de Williamson estaban blancas como la tiza. Mantenía su vis- ta fija en los alegres comensales. Las hijas de Hathaway sonreían serenamente y el hijo contaba un chiste, Williamson dijo:

—Fuí al cementerio.

—¿Estaban las cuatro cruces?

—Sí; las cuatro. Leí los nombres y los anoté para estar más seguro.

Sacó un papel y leyó:

—Alicia, Margarita, Susana y Juan Hathaway. Murieron de una enferme- dad desconocida en julio de 2.007.

—Gracias, Williamson —respondió Wilder cerrando los ojos.

—Hace diecinueve años, capitán.

Las manos de Williamson tembla- ban.

—Efectivamente.

—¿Y quiénes son éstos, entonces?

—No lo sé.

—¿Qué piensa hacer?

—Tampoco lo sé.

—¿Se lo diremos a los otros?

—Luego. Siga comiendo como si na- da hubiera pasado.

—No tengo mucho apetito ahora, capitán.

La comida terminó con el vino que habían traído del cohete. Hathaway se puso en pie.

—Un brindis por todos ustedes: es bueno estar otra vez con los amigos. Y por mi mujer e hijos, sin los cuales no hubiera sobrevivido para pasar con

ustedes este momento. Sólo gracias a sus cuidados afectuosos he podido vi- vir hasta ahora, aguardando que uste- des llegasen.

Levantó el vaso en dirección a sus familiares, que bajaron la vista conmo- vidos.

Hathaway apuró su vino. No gritó ni se quejó al desplomarse sobre la me- sa y rodar de ella al suelo. Varios se acercaron y lo acomodaron para que descansase. El doctor se agachó so- bre su pecho y escuchó. Wilder tocó al médico en la espalda. Éste se ende- rezó y sacudió negativamente la cabe- za. Wilder se arrodilló entonces y tomó la mano del anciano.

—¿Wilder? —dijo el anciano con voz apenas perceptible —: siento haberles agitado la fiesta.

—No diga tonterías.

—Despidame de Alicia y de los chi- cos.

—Un momento: los voy a llamar.

—¡No, no, no lo haga!... —jadeó Hathaway—. No lo entenderían.

Wilder no se movió.

Hathaway yacía muerto.

Wilder aguardó un largo rato. Lue- go se levantó y se separó del grupo compacto que se había formado en tor- no del anciano. Se acercó a Alicia Hat- haway y mirándola a la cara le dijo:

—¿Sabe lo que pasó?

—¿Algo referente a mi esposo?

—Sí. Acaba de irse para siempre. El corazón...

—Lo siento —dijo ella.

—¿Qué tal se siente? —preguntó Wilder, observándola.

—Él no quería que nos deprimiése- mos. Nos dijo que algún día tendría que suceder y que no deseaba que llo- rásemos. No nos explicó cómo. No que- ría que lo supiéramos. Dijo que lo peor que le podía suceder a un hombre era sentirse solo y saber entristecerse y llo- rar. Por eso no sabemos qué es llorar o estar triste.

Lubricante delator

HACE ya mucho que se utiliza el método del análisis espectral para reconocer pequeñísimos rastros de sustancias. Basta hacer saltar una chispa eléctrica sobre una muestra de material para que cada uno de los elementos presentes, aunque sea en mínima proporción, delaten su presencia con sus rayos luminosos particu- lares. A pesar de lo antiguo del método, no deja de hallar nuevas e insospechadas aplicaciones. Una de las últimas consiste en pre- decir, con varios meses de anticipación, cuál será la pieza de una maquinaria que corre peligro de desgastarse con el uso y rom- perse al cabo de un tiempo. Basta para ello analizar con el espec- troscopio una gota de aceite lubricante. El resultado, cuando el desgaste es normal, es la presencia de ciertas cantidades de me- tales en proporciones bien definidas. En caso de que algún ele- mento aparezca en cantidades anormales, se puede prever la rup- tura de la pieza a la que corresponde ese metal.

Un ejemplo reciente de la importancia del método consiste en que hace poco fué posible predecir, seis semanas antes de que ocurriera, la ruptura de una pieza que contenía cobre en una locomotora, gracias a la presencia de una cantidad anormal de ese metal en el aceite analizado.

Wilder contempló sus manos, suaves, cálidas, y las uñas manicuradas y las muñecas torneadas. Vió su cuello delgado, delicado y sus ojos inteligentes. La contempló largo rato y finalmente dijo:

—El señor Hathaway hizo un buen trabajo en usted y sus hijos.

—Le hubiera gustado oírle decir eso. Estaba muy orgulloso de nosotros. Después de un tiempo hasta llegó a olvidar que nos había hecho. A lo último nos amaba y nos trataba como a su mujer e hijos verdaderos. Y, en cierto sentido, lo éramos.

—Ustedes le brindaron muchas satisfacciones.

—Sí. Durante años manteníamos infinidad de conversaciones. A él le gustaba mucho platicar. Amaba la cueva de piedra y el fuego. Hubiéramos podido vivir en una casa de la ciudad, pero él prefería hacerlo aquí, donde podía ser primitivo o moderno según quisiera. Me contó todo lo de su laboratorio y de las cosas que hizo él. Construyó una red de altoparlantes en la ciudad muerta. Cuando apretaba un botón, la ciudad entera se iluminaba y se oían ruidos como si vivieran en ella diez mil personas. Imitaba el rugir de los aeroplanos, el trepidar de automóviles y las voces de personas. Solía sentarse, encender un cigarrillo y hablaba con nosotros. De vez en cuando el teléfono y una voz preguntaba por el doctor Hathaway y lo consultaba sobre cuestiones científicas o quirúrgicas, y el señor Hathaway se sentía entonces feliz y contento. Una sola cosa no podía hacer con nosotros, y es que envejeciéramos. Él envejecía día a día, pero nosotros permanecíamos siempre igual. Creo que no le importaba. Le gustaba que fuera así.

—Lo enterraremos en el cementerio junto con las otras cuatro cruces. Me parece que le gustaría. Sería su mayor deseo.

Ella posó suavemente su mano en la muñeca del capitán y dijo:

—Estoy segura.

La familia siguió a la pequeña procesión que bajaba por la colina llevando el féretro. Pasaron frente a la cueva de piedra y frente al depósito donde Hathaway, muchos años antes, había comenzado su trabajo. Wilder se detuvo delante de la puerta del laboratorio.

—¿Qué sentiría uno viviendo en un planeta desierto con su mujer y tres hijos y viéndolos morir lentamente dejándolo solo con el viento y el silencio? ¿Qué haría yo en su lugar? Sepultarlos en el cementerio y ponerles una cruz y luego volver al laboratorio y con todo el poder de la mente y de la memoria y la exactitud de las manos y del genio armar, trozo a trozo, todas esas cosas que fueron mujer, hijos. Con una exactitud entera a su disposición para obtener todos los instrumentos y material necesario, un hombre inteligente podría hacer lo que quisiera.

El sonido de sus pasos era sofocado por la arena. En el cementerio, cuando llegaron, dos hombres cavaban ya la tierra.

Volvieron al cohete muy entrada ya la tarde.

Williamson indicó con un gesto de cabeza la cueva de piedra:

—¿Qué haremos con ellos? —preguntó.

—No lo sé —respondió el capitán.

—¿Los va a echar?

—¿Echarlos? —el capitán se asombró—. Nunca pensé tal cosa...

—Pero tampoco pensaré llevarlos con nosotros.

—No; sería inútil.

—¿Quiere decir que los va a dejar aquí, tal como están y siendo lo que son?

El capitán extendió un arma a Williamson:

—Si usted se anima... Es más valiente que yo.

Cinco minutos después Williamson regresaba de la cueva, con el rostro febril.

—Tenga —dijo—: aquí está su pistola. Ahora entiendo lo que quería decir. Entré en la cueva con el arma en la mano. Una de las hijas me sonrió. Los otros también. La esposa me ofreció una taza de té. ¡Santo cielo: hubiera sido un asesinato!

Wilder asintió:

—Nunca volverá a existir nada tan logrado como ellos. Están contruídos para durar diez, cincuenta, doscientos años. Sí; tienen tanto derecho a existir como usted o yo o cualesquiera de nosotros.

Limpio su pipa, golpeándola nerviosamente.

—Bueno; ¡a bordo! Partiremos en seguida. La ciudad está deshecha. No la usaremos.

Era ya muy tarde. Se levantaba un viento frío. Los hombres estaban a bordo. El capitán vaciló. Williamson dijo:

—¿No irá a despedirse de... ellos? El capitán miró fríamente a Williamson:

—No es asunto suyo.

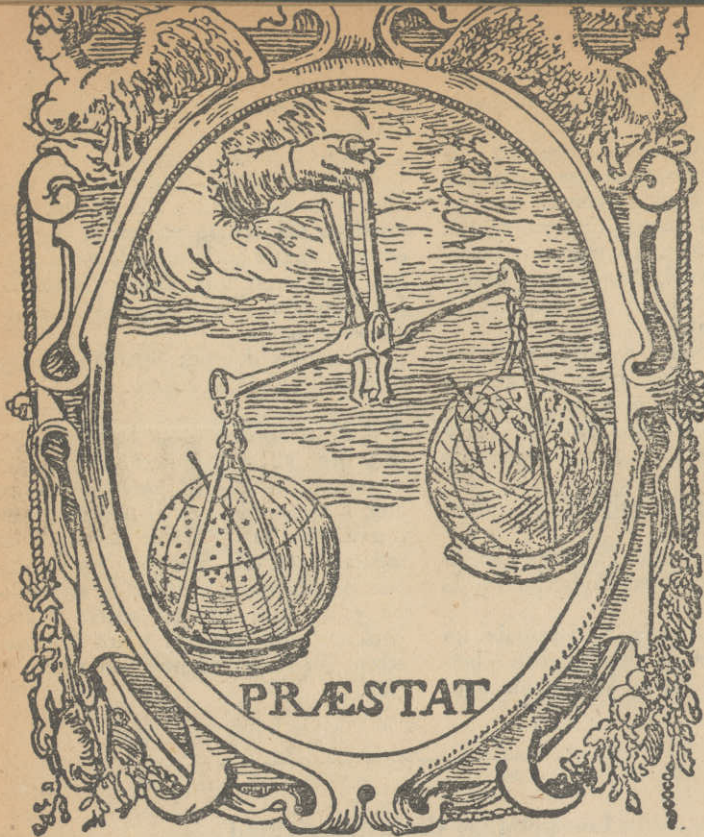
Wilder se dirigió a la cueva en medio de la oscuridad y del viento. Los hombres del cohete vieron su sombra que se detenía en la entrada de la cueva. Apreciaron una silueta femenina. Distinguieron que el capitán le estrechaba la mano.

Momentos después retornaba aceleradamente hacia el cohete.

EN las noches en que los vientos barren el fondo desierto del mar y el cementerio hexagonal, azotando cuatro cruces carcomidas por el tiempo y una nueva, una luz brilla en la cueva de piedra. Y en ella, mientras los vientos cruzan silbando y el polvo se arrémolina y las frías estrellas arden, cuatro personas, tres mujeres y un hombre, atizan un fuego mientras conversan y ríen...

Los peligros de la inactividad

No hacer nada es una buena idea siempre que uno no exagere. Tal es la conclusión de experimentos realizados en la Universidad de Montreal por el psicólogo Woodburn Heron. El objeto de las investigaciones fué averiguar cuál es el comportamiento del cerebro cuando se lo priva de estímulos frescos y variados, como es el caso en los vigías de radar, por ejemplo. Para lograrlo, el doctor Heron metió a sus conejos humanos en un gabinete a temperatura constante, iluminación constante y aislado del mundanal ruido. Al principio de la experiencia todas las víctimas durmieron, pero luego de pasado cierto tiempo comenzó a aumentar la nerviosidad y la incapacidad de concentración. Todos ellos terminaron por fin viendo visiones tales como procesiones de ardillas sobre la nieve o de hombrecitos amarillos con capuchones negros. Una vez vueltos a la vida normal, la recuperación no fué inmediata y durante varias horas se mantuvieron los dolores de cabeza y la intranquilidad emotiva en general. Esto explica hasta cierto punto la frecuencia con que los operadores de radar dejan escapar objetos extraños o la tendencia al estado "hipnótico" que tienen los conductores de automóviles después de largas horas de marcha.



"El cielo vence a la Tierra". Con este dibujo alegórico, colocado como portada de su libro "De Revolutionibus Orbium Coelestium", Copérnico expresaba su convicción de que la Tierra no podía seguir considerándose el centro del Universo.

LA pregunta que con más ansiedad se han formulado los astrónomos es: "¿Cómo y cuándo terminará el mundo?"; pregunta que, desde luego, ningún astrónomo puede contestar con certidumbre, pero a la que han contestado frecuentemente, de buena fe.

Es natural que el astrónomo se haga tal pregunta, porque su ciencia se relaciona con la estructura y evolución del Universo.

Este tema puede arrojar alguna luz sobre el futuro. Y, sin embargo, la res-

el fin del mundo

por **KENNETH HEUER**

Miembro de la Real Sociedad Astronómica
Ex catedrático de Astronomía
Miembro del Hayden Planetarium
Miembro del Museo Norteamericano de Historia Natural

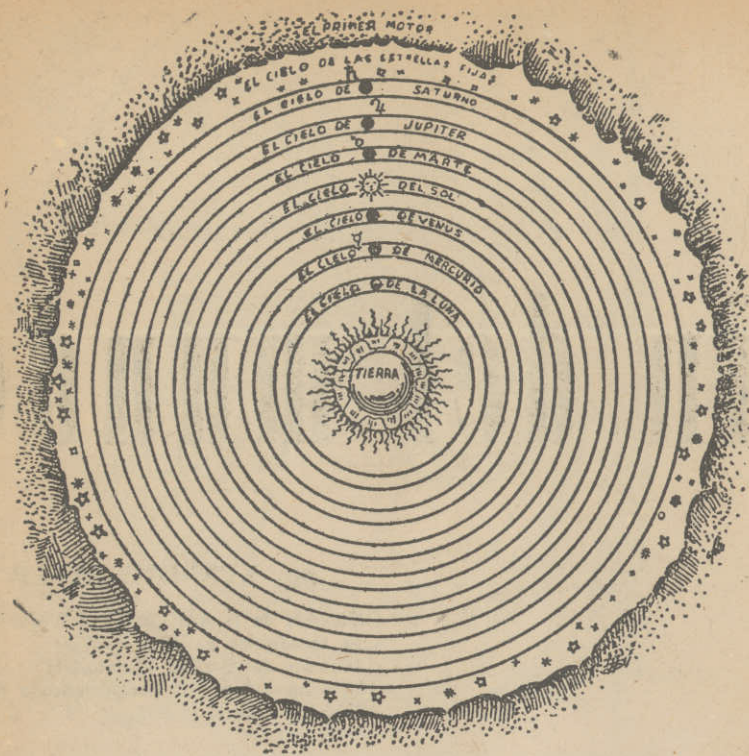
II. COLISIONES DE COMETAS

puesta ha sido dada (como vimos en el capítulo anterior) no por astrónomos, sino por otras gentes; por teólogos, basándose en las revelaciones de la Biblia; o por astrólogos, cuyos dominios se suponía que estaban abiertos al destino de todas las cosas. Hasta que, hoy, el aspecto teológico y astrológico relativo al gran día final ha cedido lugar al estudio científico moderno de la cuestión.

En los últimos años puede observarse un nuevo fenómeno digno de nota:

la física nuclear ha comenzado a advertirnos que la bomba atómica representa un nuevo tipo de amenaza para nuestro planeta. Por primera vez en la historia del mundo, existe una posibilidad de destrucción total, creada por la mano del hombre. Hasta nuestros días, esas posibilidades eran de carácter fundamentalmente astronómico.

La cuestión sobre el fin del mundo está planteada ahora sobre un pie muy distinto del que ocupaba antes de Copérnico y Galileo. Entonces se creía

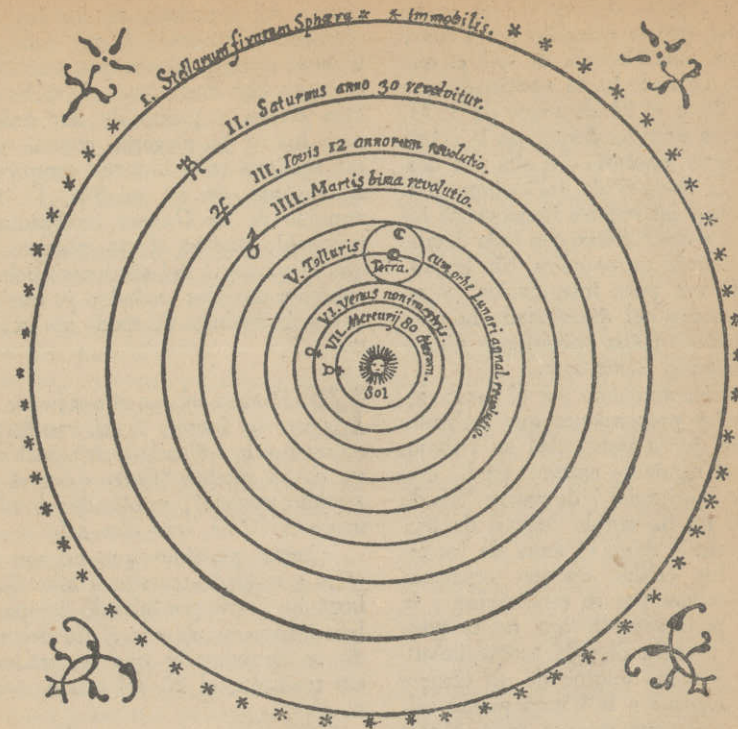


Dos sistemas, dos concepciones de la humanidad, sobre el cosmos. En el aristotélico, la Tierra, inmóvil en el centro del Universo, ve girar a su alrededor ocho "cielos" distintos, movidos

que la tierra era el centro del Universo y que todos los cuerpos celestiales estaban creados para ella. Entonces, el principio del mundo era el principio del Universo; su fin sería el fin de todo. Ahora se sabe que la Tierra es uno de los diversos planetas que giran alrededor del Sol, y que las estrellas son soles que probablemente tienen sistemas planetarios semejantes al nuestro. Así, la destrucción de la Tierra no alteraría para nada el curso ni el destino de los otros cuerpos celestes y, por supuesto, menos aún si se convirtiera en

un mundo inhabitable, lo cual es un acontecimiento que probablemente ha sucedido y está sacudiendo a otros mundos como el nuestro, sin influir por ello absolutamente sobre el resto del Universo, o al menos de manera muy notoria. Sin embargo, el interrogante sigue encerrando para nosotros tanto interés como si la Tierra fuera realmente el centro del Universo; pero debemos enfocarlo desde un ángulo distinto.

El temor a los cometas, tan vívido



por el "primer motor". A su lado, el sistema de Copérnico, esencialmente correcto, tal como figura en la primera edición de su libro aparecido en 1543, en pleno Renacimiento.

rece actualmente. Pero existe una diferencia esencial entre las creencias supersticiosas de los tiempos idos y la credulidad del presente. Antes, cada aparición de un cometa era considerada como acontecimiento sobrenatural, como signo o advertencia de los cielos; y los naturales infortunios que se registraban en esos días de la presencia del cometa, tales como huracanes, plagas, hambres y la muerte de reyes, eran atribuidos al paso del terrible visitante, como designio de la Providencia. Hoy se teme a un cometa porque la impresión popular de que se puede producir un choque entre el viajero este-

lar y la Tierra, produciendo así el fin del mundo, subsiste. Y, precisamente, esta es la primera posibilidad astronómica sobre el fin del mundo que pasaremos a considerar.

La imaginación popular se confunde fácilmente; échase a volar a tremendas alturas y extrae conclusiones de una tempestad, la lluvia, un terremoto o simplemente... de nada. Así ocurrió en la primavera de 1773. De un hecho corriente, el simple anuncio de que Lalande iba a leer ante la Academia de Ciencias un informe titulado "Reflexiones sobre aquellos cometas que pueden aproximarse a la Tierra",

surgió el rumor, seguido de un extraño pánico que se extendió por París y luego por toda Francia, de que el matemático Lalande había vaticinado que para el 20 o el 21 de mayo de 1773, un cometa entraría dentro de la órbita de la Tierra, chocaría con ella y la destruiría. El mero título del informe bastó para que las mentes humanas se inflamaran y describieran con todo detalle una catástrofe astronómica. Sin embargo, todo era pura imaginación, y en el documento del mencionado hombre de ciencia no podía encontrarse ninguna afirmación semejante.

El pánico suscitado por el rumor alcanzó tales proporciones que Lalande, antes de dar a publicidad su trabajo, insertó el siguiente anuncio en *La Gazette de France* del 7 de mayo: "M. de Lalande no ha tenido tiempo de leer una memoria sobre el tema de los cometas, los cuales pueden ocasionar perturbaciones por su proximidad a la Tierra, pero advierte que no es posible fijar la fecha de tales acontecimientos. El próximo retorno de un cometa que se acerque a la Tierra puede calcularse aproximadamente para dentro de dieciocho años; mas dicho cometa no cuenta entre aquellos que pueden causar algún daño a nuestro planeta."

Pero, al parecer, esta información no devolvió la calma a la mente de los franceses sin conocimientos científicos, puesto que, con fecha 9 de mayo, leemos el siguiente comentario escrito en *Les Mémoires de Bachaumont*:

"El gabinete de estudio de Lalande sigue estando asediado por los curiosos, ansiosos de interrogarle sobre la memoria en cuestión, que evidentemente Lalande publicará en breve, con el fin de tranquilizar las cabezas de aquellos que han sido trastornados por los relatos fabulosos relativos a ese informe científico. Tan grande ha sido el fermento suscitado que algunos devotos, tan ignorantes como necios, soli-

citaron del arzobispo que iniciara una plegaria de cuarenta horas, para contener el terrible diluvio que según ellos amenaza con destruirnos. Y dicho prelado estaba a punto de dar órdenes para iniciar la plegaria, cuando algunos académicos le hicieron comprender lo absurdo de tal medida. El falso anuncio de *La Gazette de France* ha producido pésimo efecto, pues se cree que la memoria del astrónomo debe de contener terribles verdades, ya que procuran disfrazarlas de modo tan evidente."

EN Francia, el ingenio siempre sale por sus fueros. Y así, mucho más eficaz fué la refinada ironía de Voltaire, en su célebre "Carta sobre el pretendido cometa", publicada el 17 de mayo de 1773, que dice así:

"Ciertos parisinos que no son filósofos y que, de creerlos a ellos, jamás llegarán a serlo por falta de tiempo, me han informado de que el fin del mundo se aproxima y que se producirá, sin remisión, el 20 del actual mes de mayo.

"Ellos esperan que ese día, un cometa embetirá por detrás a nuestro pequeño globo y lo reducirá a polvo impalpable, de acuerdo con cierta predicción de la Academia de Ciencias, que todavía no se ha hecho.

"Nada es más probable que este acontecimiento, que Jacobo Bernouilli, en su "Tratado sobre el cometa", predijo expresamente que el famoso cometa de 1860 regresaría con terrible estrépito, el 19 de mayo de 1719. El autor nos asegura que su cabellera no entrañará peligro alguno, en cambio su cola será un signo infalible de la cólera del cielo. Y si Jacobo Bernouilli ha incurrido en un error de fechas, es, después de todo, una mera equivocación de cincuenta y cuatro años y tres días.

"Ahora bien, un error tan insignifi-

cante es considerado por todos los matemáticos como indigno de tenerse en cuenta en relación con la inmensidad de los tiempos, y está claro que no hay nada más razonable que esperar el fin del mundo para el presente mes de mayo de 1773, o en otro año cualquiera. Y si el acontecimiento no se produce, lo que está diferido no está perdido en modo alguno...

"Los parisinos no abandonarán a su ciudad cuando llegue el día 20; cantarán sus canciones y representarán en el teatro *Opera Comique* "El cometa y el fin del mundo".

Este último toque volteriano es tan fino en su estilo como la observación de Sydney Smith de que, si Londres fuera destruido por un terremoto, los ciudadanos sobrevivientes celebrarían el acontecimiento con una comida pública entre las ruinas.

La predicción de Voltaire no se cumplió al pie de la letra. Pero lo que ocurrió realmente fué más absurdo aún de lo que su gran ingenio sugería: la alarma inspirada por la inminencia del fin del mundo fué tan grande que los oportunistas sacaron provecho del terror de los ignorantes y se vendieron a altos precios asientos para el Paraíso. A los incautos, los embaucadores explicaban que los sacerdotes, por especial intercesión, habían obtenido el privilegio de disponer de unas cuantas localidades. Resultaría curioso saber qué idea tenían aquellos que compraron las entradas sobre el uso que iban a hacer de las mismas, a quién se las iban a presentar, cómo y cuándo.

Una vez más, en 1832, un anuncio científico fué mal interpretado y dió origen a quiméricos temores. Al calcular la reaparición del cometa Biela, que debía de hacerse visible en 1832, Damoiseau descubrió que cortaría la órbita de la Tierra el 29 de octubre. No se necesitaron más detalles para provocar el pánico. Los diarios dijeron

que nuestro globo, al chocar violentamente, se desharía en pedazos, y que, evidentemente, se avecinaba el fin del mundo.

La gente sólo se había olvidado de un punto. Aragón, el famoso físico y astrónomo francés, después de concluir que una porción de la órbita de la Tierra quedaría cubierta por la nebulosidad del cometa, tranquilizó a la gente sensata, diciendo:

"Sólo queda por resolver una cuestión más, y es ésta: cuando el cometa se halle tan cerca de nuestra órbita que su nebulosidad la envuelva en cierta parte, ¿en dónde estará situada la Tierra?"

"Ya he dicho que el paso del cometa muy próximo a cierto punto de la órbita terrestre, tendrá lugar el 29 de octubre, antes de medianoche. La Tierra, sin embargo, sólo llega a esa posición el 30 de noviembre, o sea más de un mes después. Así, pues, sólo tenemos que recordar que la velocidad de la Tierra dentro de su órbita es de 2.700.000 kilómetros por día, y un simple cálculo bastará para demostrar que el cometa estará, al menos durante su aparición en 1832, *ya más de 89.000.000 de kilómetros de nuestra Tierra!*"

En 1857, el temor del fin del mundo era corriente otra vez en Europa. Una fantástica predicción, procedente esta vez de Alemania, decía que el mundo sería destruido por el fuego, incendiado por un cometa, el 13 de junio de 1857. Al principio, la predicción relataba el choque con un cometa imaginario. Pero, ante la seria expectación con que los hombres de ciencia esperaban el retorno del cometa de 1264 y 1556, la futura catástrofe se atribuyó al regreso del mismo. Sin embargo, habida cuenta de los elementos conocidos de la órbita del cometa en cuestión, nada justificaba tal posibilidad de colisión.



El cometa culpable del pánico de París en 1773, visto por un artista de la época.

Los terrores de los años 1773, 1832 y 1857 nos hacen sonreír hoy día. Pero miedos semejantes han resurgido una y otra vez en nuestro siglo, como sucedió en 1910, cuando reapareció el cometa Halley.

Las opiniones de los hombres de ciencia, respecto a los efectos que tendría una colisión entre un cometa y la Tierra, son muy curiosas. Una de las más extrañas teorías que se conocen en los anales de la ciencia, es una fantasía teológica inventada por Whiston (inglés contemporáneo a Newton), para explicar el diluvio. Describimos aquí la teoría con cierto detalle, por la interesante similitud que presenta con el trabajo de Immanuel Velikovsky, que recientemente suscitó tan amplia y tremenda controversia, y por su celebridad en el campo científico.

En 1696, Whiston publicó "Una nueva teoría de la Tierra", en la cual

este astrónomo teólogo explicaba, por la acción de un cometa, las revoluciones geológicas registradas en el libro del Génesis. Al principio, su teoría era hipotética y no se refería a ningún cometa en particular. Pero cuando Halley asignó una órbita elíptica, con un período de 575 años, al cometa de 1680, y cuando el propio Whiston identificó los datos de dos de sus anteriores apariciones con dos de los años fijados por los cronólogos como la fecha del diluvio mosaico, formuló su teoría con más precisión, haciendo aparecer al cometa de 1680 no sólo como primer destructor de la raza humana, en la pasada inundación bíblica, sino también como futuro destructor del mundo, por medio del fuego, en épocas venideras.

De acuerdo con la teoría de Whiston, la Tierra es un viejo cometa cuyo perihelio (punto de la órbita de un cuerpo celestial en que éste se halla más próximo al Sol) estaba originariamente muy cercano al astro rey. La gran temperatura a que estaba sometido el cometa en cada uno de sus pasos por el perihelio, explica el calor central de la Tierra. Para que nuestro mundo llegara a ser habitado, sólo bastó un fenómeno: la fuerza centrífuga del cometa disminuyó, y así, su órbita pasó a ser menos excéntrica, de manera que el perihelio de nuestro globo dejó de estar tan cercano al Sol. Este cambio ocasionó la purificación de la densa atmósfera del viejo cometa; el aire, el suelo y el agua hallaron finalmente su equilibrio; el Sol y la Luna quedaron suspendidos sobre la Tierra, y aparecieron las bestias y el hombre.

Cuando los hombres pecaron, prosigue diciendo Whiston, un pequeño cometa pasó muy cerca de la Tierra y, cortando oblicuamente el plano de su órbita, le imprimió un movimiento de rotación. Sin duda éste era el cometa que se supone dió origen a la perfecta

circularidad de la órbita terrestre; circularidad que, siempre de acuerdo con las teorías expuestas por Whiston, existía con anterioridad al diluvio universal. Dios había previsto que los hombres pecarían y que sus crímenes exigirían un terrible castigo. Consecuentemente, desde el momento mismo de la creación, preparó un cometa que debía ser el instrumento de su venganza. Este cometa era el mismo de 1680, y la catástrofe se produjo de la siguiente manera:

El 28 de noviembre del año 2349, a. de J. C., o bien el 2 de diciembre del 2926, también a. de J. C., el cometa en cuestión, al que Whiston asigna una masa equivalente a la cuarta parte de nuestro globo, cortó el plano de la órbita de la Tierra, en un punto situado a unos 15.000 kilómetros de nuestro planeta. El encuentro se produjo al mediodía del meridiano de Pekín, en cuya zona vivía Noé. El efecto del choque produjo una gigantesca marejada, algo así como un maremoto mundial, pero no sólo en las aguas de mares y océanos, sino también en las subterráneas. Las cadenas montañosas de Armenia, que eran las más próximas al cometa en el momento de la colisión, se abrieron y resquebrajaron hasta sus bases, y así "comenzaron a manar todas las fuentes de las grandes profundidades". Pero el desastre no se detuvo ahí. La cabellera y la cola del cometa, al entrar en contacto con la Tierra y con su atmósfera, comenzaron a descargar sobre ella una inmensa cantidad de partículas acuosas, más que suficientes para provocar los cuarenta días y cuarenta noches de lluvia consecutiva que señala la Biblia. Y de este modo, concreta Whiston, "se abrieron las compuertas del cielo". Además, Whiston puntualiza que la profundidad alcanzada por las aguas que cubrieron toda la Tierra durante el diluvio, fué de unos diez mil metros.

Whiston también explica que el cometa que en esa época remota ahogó prácticamente a casi todos los seres vivos que poblaban la Tierra, con excepción de los que se salvaron en el arca de Noé, será también el causante de la próxima destrucción de la especie humana. En esta ocasión, cuando se produzca el segundo encuentro entre el cometa y la Tierra, la destrucción será por el fuego.

Ese cometa se situará detrás de nuestro globo, retardará su movimiento y cambiará su órbita en una elipse muy excéntrica. La Tierra, al pasar por su perihelio, estará muy próxima al Sol, experimentará un enorme calor y se consumirá.

Asimismo, el cometa puede tener una acción más directa: puede chocar con la Tierra. Es sabido que el cometa de 1680 pasa muy cerca de la superficie del Sol; por consiguiente, si nos atenemos al resumen que hace Pingré de las teorías de Whiston, "ni la boca de un volcán vomitando lava líquida ni siquiera el calor consecutivo de su interior pueden dar una idea de la caliginosa atmósfera de dicho cometa. Entonces el aire no interpondrá obstáculo alguno a la actividad del fuego terrestre central; por el contrario, las partículas inflamadas de que se cargará nuestra atmósfera, caerán hacia el interior, por las abiertas entrañas de la Tierra, y reactivarán poderosamente la acción del fuego central. Este cometa puede incluso separar de la Tierra la Luna, afectar el movimiento diurno y anual del planeta, haciendo que ambos movimientos sean iguales, y destruir además la excentricidad de la órbita terrestre, que volverá a ser circular como antes del diluvio. Después, cuando los santos hayan reinado mil años sobre la Tierra, que estará regenerada por el fuego y hecha nuevamente habitable por la Divina Voluntad, la órbita terrestre se elongará excesivamente,

y nuestro mundo, convertido nuevamente en cometa, dejará de ser habitable."

Whiston, hombre de gran erudición y conocimientos científicos, incurrió en el error propio de su época: querer poner sus ideas astronómicas en concordancia con las teológicas. Considerando solamente el lado científico de la cuestión, está claro que la teoría de Whiston es insostenible. Ningún astrónomo admitirá como posible la enorme masa que tendríamos que asignar al cometa de 1680, para producir los resultados expuestos. Pero aun admitiendo que poseyera esa masa, su acción sería de tan corta duración, debido a las velocidades relativas de la Tierra y del cometa, que los supuestos efectos que dice Whiston no tendrían tiempo de producirse. Y éstas son solamente dos objeciones vitales, a las cuales se podrían añadir otras, tanto desde el punto de vista científico como astronómico.

EN 1950 se publicó un libro que suscitó muchas controversias y provocó tanta excitación como si se tratara de la aparición de un gran cometa. Este libro ("Mundos en colisión", de Immanuel Velikovsky) presenta una sorprendente semejanza con el de Whiston, publicado hace más de 250 años. Velikovsky, a semejanza de Whiston, pretende explicar por catástrofes cósmicas ciertos acontecimientos de la Biblia (el diluvio será objeto de otro volumen). Ambos autores sostienen que los cataclismos terrestres se debieron a colisiones con cometas; los dos piensan que los cometas se convierten en planetas, y uno y otro sustentan sus teorías con la evidencia de los textos históricos, la tradición y las leyendas de muchos países. Al igual que en "Una nueva teoría de la Tierra", el libro de Velikovsky es también totalmente refutable desde el punto de vista científico. Fué así hace un siglo y lo sigue

siendo hoy día. Por este motivo no vale la pena de que exponamos estas ideas extensamente.

A mediados del siglo XVIII, las especulaciones teológicas atraían sólo muy ligeramente la atención de los astrónomos. Pero en la actualidad sigue imperando una idea muy exagerada respecto a los daños que podría causar la proximidad de un cometa o su colisión con la Tierra. Maupertuis, autor de la "Carta sobre el cometa", creía que un cometa haría estallar la Tierra en mil pedazos; ambos cuerpos resultarían destruidos; pero, con los fragmentos, la fuerza de gravedad construiría rápidamente un nuevo planeta y tal vez más de uno. Al parecer, Maupertuis pensaba como ciertas gentes ingeniosas que consideran las catástrofes más espantosas como tema para formular hipótesis y como oportunidad para hacer progresar los conocimientos científicos.

En sus "Cartas cosmológicas", Lambert dice que si un cometa se aproximara excesivamente, podría arrojar la Tierra hasta la región de Saturno, obligándola así a soportar un invierno cruel de varios siglos, que ni el hombre ni los animales soportarían.

AUN cuando Laplace considera como muy escasas las probabilidades de que se produzca la colisión con un cometa, y pese a su creencia de que las masas cometarias son tan pequeñas que, en el caso de que se registrara tal colisión, solamente podrían producirse perturbaciones parciales, de todos modos describe los efectos que originaría dicho encuentro, en el supuesto caso de que la masa del cometa fuera comparable a la de la Tierra.

"El eje del movimiento de rotación quedaría alterado", dice el eminente matemático en "Exposición del sistema del mundo". "Los mares abandonarían sus emplazamientos actuales para precipitarse hacia un nuevo ecuador; una

gran proporción de la raza humana y de los animales perecería, ahogada en ese diluvio universal o destruída por el tremendo choque recibido por el globo terrestre; todas las especies serían aniquiladas; todos los monumentos de la industria humana quedarían reducidos a ruinas. Tales son los desastres que puede producir el choque con un cometa, siempre que su masa fuera comparable a la de la Tierra."

Además, Laplace distaba mucho de creer que un cataclismo semejante no se hubiera producido con anterioridad. Las revoluciones geológicas, que los geólogos contemporáneos tienden a considerar como producidas en un pasado no muy remoto, parecen explicables por el referido acontecimiento.

"Vemos, pues", prosigue Laplace, "por qué el océano se retiró de las altas montañas, en las cuales dejó huellas incontestables de su presencia. Vemos también cómo los animales y las plantas del sur han podido existir en los climas del norte, en donde sus rastros y huellas han sido descubiertos y comprobados. Todo esto explica la novedad del mundo moral, la mayoría de cuyos monumentos no llegan a tener más de cinco mil años.

"La raza humana, reducida a un pequeño número de individuos y a la situación más deplorable, durante un dilatado período de tiempo se ocupó solamente de su propia subsistencia, probablemente perdido todo recuerdo de las ciencias y las artes. Y cuando los progresos de la civilización hicieron sentir nuevamente esa necesidad, fué preciso comenzar otra vez, cual si el hombre hubiera sido colocado de nuevo sobre la tierra."

Hoy, Laplace descartaría sin duda esta explicación sobre los acontecimientos geológicos del pasado. La ciencia moderna ha interpretado esos hechos de manera muy diferente.

En la actualidad, entre los astrónomos

predomina la tendencia a reírse de los cometas y a considerarlos como simple nadería. Pero esto es colocarse en el otro extremo, como demostrará lo que diremos a continuación.

Ahora se cree que los cometas son y han sido siempre miembros del sistema solar. Que parezcan cuerpos celestiales de reciente creación, es sólo porque, al desplazarse, en torno al Sol, siguen dilatados senderos espaciales, lo cual no permite observarlos con frecuencia.

Los cometas, por lo que a su forma se refiere, son las medusas del océano sideral. La parte globular de la medusa puede compararse a la cabeza del cometa, mientras que los colgantes y largos tentáculos, que flotan tras de ellas, pueden equipararse a la cola. La cabeza del cometa consta generalmente de dos partes, la *cabellera*, que es un amplio cuerpo nebuloso, y el *núcleo*, un punto brillante como una estrella, situado aproximadamente en el centro de la cabellera. Compuesta fundamentalmente de partículas de piedra y metal, de tamaños variables y muy separadas entre sí, la cabeza del cometa es también una masa de gases y polvo muy fino, que son los integrantes principales de la cola del cometa.

PUESTO que numerosos cometas han cruzado la órbita de la Tierra, la colisión de uno de ellos con nuestro globo no es imposible. En realidad, se han hecho cálculos que permiten afirmar que el núcleo de un cometa que se acerque a la Tierra a una distancia aproximada a la que la separa del Sol, tiene una probabilidad contra 400.000.000 de chocar con nuestro planeta.

Lo que esto significa puede quedar ilustrado fácilmente. Imaginemos una urna que contenga 400.000.000 de bolitas, todas ellas blancas con excepción de una. Imaginemos, además, por un



La profecía de Whiston sobre la destrucción de la Tierra por el fuego, representada por el genio de su contemporáneo, Durero.

momento, que, si el núcleo de un cometa chocara con nuestra Tierra, aniquilaría a toda la especie humana. Pues bien, en tal caso, el peligro de muerte para cada uno de los miembros de la familia terráquea sería exactamente igual al riesgo que correría quien, al meter una sola vez la mano en una urna con 400.000.000 de bolitas, sacara la única bola negra... y que de eso dependiera su muerte.

Por lo tanto, se trata de un peligro más que remoto. Especialmente si a esto agregamos que dicha colisión produciría sólo daños parciales, y que las probabilidades de que un cometa caiga en una zona poblada son muy escasas. Escasas, porque las tres cuartas partes de la superficie de la Tierra están cubiertas por las aguas, y el resto no se halla totalmente habitado.

Pese a estas realidades científicas incontestables, apenas se anuncia la próxima aparición de un cometa, y antes de que sea visible y que los hombres de ciencia hayan podido determinar su curso, hay muchas gentes para quienes constituye fatalmente la única e inevitable bola negra de la urna.

! Pero si bien las probabilidades de una colisión son mínimas, tampoco los pesimistas deben desesperar totalmente. Como cada año hay alrededor de cinco cometas que se aproximan a la Tierra hasta una distancia igual o inferior a la que nos separa del Sol, puede calcularse que uno de ellos ha de chocar con la Tierra cada 80.000.000 de años, aproximadamente. En consecuencia, a lo largo de los 2.000.000.000 de años que tiene la Tierra de existencia, nuestro planeta, hasta el momento presente, habrá soportado unas veinticinco colisiones con otros tantos cometas.

Los encuentros de la Tierra con las partes exteriores de la cabeza de los cometas, tienen que ser forzosamente mucho menos frecuentes que el paso

de nuestro planeta por las colas de esos molestos intrusos, ya que éstas son de imponente tamaño.

La masa de los cometas parece ser solamente una fracción de la de nuestro mundo terrestre; pues, cuando los cometas pasan cerca de los planetas, no se ha observado que hayan ocasionado ninguna desviación en el curso de éstos, y ni siquiera en el de sus satélites. Por otra parte, los cometas han sufrido tales trastornos en esos viajes de acercamiento a los planetas, que tanto su forma como los períodos de sus órbitas han variado fundamentalmente. En 1770, el cometa de Lexell se aproximó a la Tierra más de lo que jamás se haya acercado ningún otro. Pasó a una distancia aproximada de 2.400.000 kilómetros, es decir, unas seis veces la distancia que nos separa de la Luna. Como resultado de este acercamiento, se advirtió que su período de revoluciones había cambiado en dos días y medio, a consecuencia de los efectos de la fuerza de gravitación de la Tierra. Según el astrónomo norteamericano Rússel, si la masa de dicho cometa hubiera sido de 1/13.000 con relación a la del globo terrestre, nuestro año habría sido alterado en un segundo, debido a su presencia. Y si su masa hubiera sido igual a la de la Tierra, nuestra órbita habría cambiado, haciéndose más amplia, con lo cual nuestro año se habría alargado en dos horas y cuarenta minutos. Pero no ocurrió nada.

El cometa de Lexell en cuestión, según los cálculos científicos, debía aproximarse otra vez a la Tierra en el año 1776; pero no se lo volvió a ver jamás. Las investigaciones efectuadas en torno al problema demostraron que, en 1767 y 1779, ese cometa pasó muy cerca de Júpiter, y se llegó a la conclusión de que su órbita había quedado modificada por el gigantesco planeta Júpiter, en tal medida que pasó a ser un "cometa perdido".

Durante la aproximación de 1779, el cometa pasó entre Júpiter y alguno de sus satélites, pero las lunas jovianas no experimentaron ningún cambio en sus períodos de revolución, pese a su evidente cercanía, por lo cual se llegó a la conclusión de que la masa de ese cometa era inferior a 1/5.000 de la masa terrestre.

AUNQUE la masa de nuestros cometas es pequeña en comparación con la de nuestro globo, tales cuerpos celestiales tampoco son "naderías", como sostienen algunos astrónomos. No resultaría fácil meterlos en una maleta, dejando espacio para colocar además algunas corbatas. Esta idea de algunos es no solamente equivocada, sino también absurda. Las autoridades en la materia están de acuerdo en que los cometas tienen una masa no mayor de 1/1.000.000 con respecto a la Tierra y que la de la mayoría de ellos es todavía menor. Sin embargo, dentro de la cifra que acabamos de consignar, el peso término medio de los cometas sería de unas 6.000.000.000.000 de toneladas.

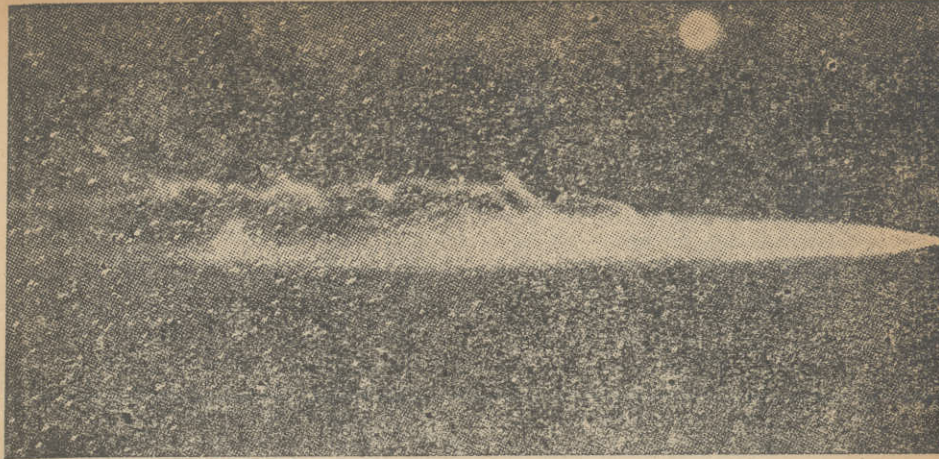
Un cometa de tamaño medio (o sea de unos 140.000 kilómetros de diámetro), que tenga una masa igual a 1/1.000.000 respecto a la de la Tierra, tendrá una densidad equivalente a 1/1.230.000 de la del aire de la superficie de la Tierra. Este grado de rarefacción sólo se consigue con las mejores bombas de aire. La baja densidad de los cometas está indicada también por dos fenómenos: primero, las estrellas se siguen viendo con el mismo brillo de siempre, cuando un cometa pasa junto a ellas e incluso, con frecuencia, cerca de su núcleo; segundo: los cometas se tornan totalmente invisibles cuando pasan frente a la cara del Sol. La densidad de la cola de un cometa es infinitamente menor que la de la cabellera o del núcleo. Además,

debe tenerse en cuenta que la baja densidad de un cometa no significa necesariamente que sea pequeña la densidad de sus partes integrantes, sino que las partículas sólidas, de que está formado principalmente, se hallan muy separadas entre sí.

En cuanto a las consecuencias de la colisión de la cabeza de un cometa con la Tierra, todo depende del tamaño de las partículas sólidas que la formen. Si esas partículas son grandes bloques que pesan toneladas, el bombardeo que experimentaría la Tierra sería desastroso, aunque lo más probable es que la colisión no ocasionara el aniquilamiento total de la vida terrestre. En cambio, si las partículas fueran del tamaño de granos de arena, el choque no tendría otras consecuencias que una magnífica exhibición de fuegos artificiales.

EL Cráter Meteorico de Arizona, calificado como el punto más interesante de la Tierra por Svante Arrhenius, el eminente hombre de ciencia sueco, puede presentarse como un ejemplo evidente del peligro que corre el globo de chocar con meteoritos o con cometas. H. H. Nininger, una de las más destacadas autoridades en meteorítica (estudio sistemático de los meteoritos, meteoros y fenómenos afines) ha reconocido gran número de porciones meteoríticas en torno al cráter. Y como un cometa constituye algo así como un enjambre de meteoritos (partículas sólidas de diversos tamaños, considerablemente espaciadas entre sí), junto con gases y polvo muy fino, puede decirse que, en la época en que el meteorito creó el cráter, un cometa chocó contra la Tierra.

La prueba de ese gran desastre, ocurrido hace entre 20.000 y 30.000 años, puede verse en Coconino County, en la parte central del norte de Arizona. El cráter, que es un espectacular resgo



El último gran culpable: el cometa Halley, que en 1910 hizo creer a unos cuantos pesimistas que había llegado el fin del mundo.

topográfico de la región, tiene un diámetro de 1.200 metros. Sus paredes se elevan verticalmente a unos 150 metros sobre la llanura circundante y, por su interior, se precipitan hasta una profundidad de 300. La torre Eiffel, puesta en el fondo, no alcanzaría a emerger de ese gigantesco hoyo. Y si sus paredes interiores fueran recubiertas por graderías, al estilo de los circos de la antigüedad o de los estadios atléticos modernos, se obtendría uno con capacidad para 2.600.000 espectadores, quedando amplio lugar en el fondo para instalar varias canchas de fútbol.

Se calcula que la cantidad de roca sólida que se pulverizó al chocar en este punto, pesaba aproximadamente 300.000.000 de toneladas. Y aun cuando el fondo tiene 300 metros, los investigadores han establecido que su profundidad real es mucho mayor, calculándola en unos 700. Es decir, que más de la mitad del cráter quedó relleno por los fragmentos de rocas que rodaron hacia el fondo o cayeron directamente en él.

Por espacio de más de medio siglo,

los hombres han buscado empeñosamente la masa principal de la que se desprendió el meteorito de Arizona. Se pensó que estaría profundamente enterrada en las arenas del desierto vecino. Sin embargo, no hace mucho se tuvo la evidencia de que los restos estaban bajo los mismos pies de los investigadores, pues en torno al cráter y sobre una gran extensión se descubrieron billones de billones de minúsculas partículas, mezcla de níquel y acero, de dimensiones no mayores que los granos cristalizados de la sal.

Por consiguiente, se cree que la energía del movimiento de progresión se transformó, al chocar el cometa con la Tierra, en el calor necesario para pulverizar al cuerpo principal. Debe de haberse producido una violenta explosión que despedazó las rocas circundantes, proyectándolas contra el cielo. La nube de gases metálicos desprendidos del vaporizado cuerpo del cometa, ascendió evidentemente a varios kilómetros de altura. Luego, a medida que esos vapores metálicos fueron condensándose, se formaron las partículas de níquel y acero, que se precipitaron co-

mo una lluvia sobre el lugar de la colisión.

El 30 de junio de 1908, un grupo de meteoritos de grandes proporciones chocó contra la zona boscosa del norte de Siberia. Se escuchó un fragor pauroso, varias veces superior al del trueno, y una columna de humo y fuego se proyectó hacia el firmamento, para convertirse en una nube negra que cubrió el cielo. En el lugar de la caída, los árboles quedaron calcinados como bajo la acción de un soplete gigante, y en derredor las copas se inclinaban hacia el centro donde se había registrado el impacto celestial. Los efectos devastadores de los meteoritos alcanzaron a un radio de unos veinticinco kilómetros.

Un campesino, que vivía a unos 80 kilómetros del lugar, sintió de pronto que una tremenda ola de calor lo envolvía y temió que se le incendiaran las ropas. Después quedó inconsciente a consecuencia de la onda de explosión, que lo derribó al suelo como si fuera un muñeco de papel. Al recordar el conocimiento, vio que su casa había quedado destruída. En otra localidad vecina, los efectos del impacto dieron muerte a 1.500 renos.

En un radio de unos 1.600 metros se hallaron en total 200 cráteres que, por su número y carácter, permitieron calcular al profesor Pulik, de la Academia de Ciencias Rusa, que el peso total del material se elevaba a unas 40.000 toneladas.

Al producirse esta catástrofe en Siberia, la Tierra estaba a unos 4.500.000 kilómetros del cometa de Pons-Winnecke, por lo que hay motivo para suponer que los meteoritos se debieron a su proximidad. Si el acontecimiento se hubiera producido en algún gran centro metropolitano, como Nueva York, por ejemplo, la destrucción de viviendas y propiedades habría resultado abrumadora.

En 1950 se descubrió un nuevo cráter titánico en los eriales próximos a la bahía de Hudson. El Cráter de Chubb, nombre con el que fué bautizado, tiene una profundidad de 420 metros y un diámetro de 3.200. Se cree que este boquete se produjo sobre una base de granito, hace de 3.000 a 15.000 años. Está demostrado que se trata de los resultados de un meteorito y, dadas sus dimensiones, le quita el cetro al Cráter de Arizona, considerado hasta hace poco como el mayor del mundo.

Estos cráteres, formados por la caída de grandes partículas sólidas, que suelen integrar la cabeza de los cometas, constituyen una prueba dramática del peligro que corre la Tierra de chocar con un cometa.

SE ha sugerido también un peligro de distinto tipo: que, si la Tierra pasara por la cola de un cometa, los gases deletéreos de ésta se mezclarían con el aire de nuestra atmósfera respirable, y todas las especies animales, incluso la humana, perecerían por envenenamiento. La presencia del monóxido de carbono, tan utilizado en los últimos tiempos para asesinatos y suicidios, y el cianógeno, que es otro gas también muy venenoso, se hallan presentes en la cola de los cometas. Sin embargo, debido a la baja densidad de la masa cometaria (Watson dice que cada molécula de gas está separada de su compañera más próxima por varios kilómetros de distancia), no hay nada que temer, aunque pasáramos alguna vez por la cola de un cometa.

Puesto que en estos cuerpos se ha descubierto la presencia de gases muy inflamables (hidrógeno y metileno), se pensó que, si la Tierra quedara inmersa en la cola de un cometa, bastaría una sola chispa para que toda la atmósfera en que vivimos se inflamara de pronto, haciéndonos perecer. Pero

también esto es erróneo, ya que la bajísima densidad del cometa impide que tales gases puedan causar daño alguno a los habitantes del globo.

Además, todo temor queda despedido al saberse que la Tierra, en varias oportunidades, ha pasado entre la cola de algún cometa, sin que la familia humana experimentase daño alguno. El 30 de junio de 1861, la Tierra se zambulló en la enorme cola de un gran cometa. La respuesta a la pregunta de si se observó en esa oportunidad algún fenómeno extraordinario, se encuentra probablemente en la carta escrita por el astrónomo inglés Hind al director del *The Times*, que dice así:

“... en la tarde del domingo, cuando ya el cometa era visible en los cielos septentrionales, había una peculiar fosforescencia o iluminación del firmamento, que yo de momento atribuí a un resplandor boreal; el fenómeno fué advertido por otras personas que lo consideraron como algo desusado, y al considerar lo cerca que ese anochecer debimos de estar de la cola del cometa, tal vez pueda resultar interesante investigar si tales efectos pueden atribuirse a dicha proximidad. Si tan significativa iluminación de los cielos fué observada, en general, en toda la superficie de la Tierra, el hecho en sí sería muy significativo.”

E. J. Lowe, de Highfield House, cerca de Nóttingham, confirmó la declaración de Hind, publicando en la prensa la siguiente nota: “El 30 de junio se produjo una singular fosforescencia amarillenta en el cielo, muy

similar a una difusa aurora boreal, pero como todavía no era de noche, dicha aurora resultó apenas perceptible.”

Este resplandor del cielo, contemplado por los observadores, se debió probablemente a la brillante cola del cometa, que envolvía a la Tierra. Por otra parte, puesto que ambas observaciones fueron hechas en el mismo país, no puede descartarse que se tratara de algún fenómeno meteorológico local.

Lowe menciona también que en el momento de la iluminación del cielo, el Sol emitía una luz muy débil. Dice que, en la iglesia parroquial próxima a su casa, el vicario hizo encender las velas del púlpito, a las siete de la tarde, en plena puesta de sol, lo cual prueba que la sensación de oscuridad era total. Es perfectamente posible que los gases y el polvo de la cola del cometa oscurecieran el cielo e impidieran que llegara a la Tierra la luz del astro solar.

Otro ejemplo del paso de nuestro planeta por la cola de un cometa, se produjo en 1910, cuando se aproximó a nosotros el descubierto por Halley.

La astronomía, como ya hemos visto, nos enseña que no debemos temer a los cometas, puesto que las probabilidades de que choquemos contra uno de ellos son muy escasas. Si la cabeza de un cometa chocara con la Tierra, solamente resultaría un acontecimiento desastroso si la colisión se produjera en algún centro poblado o en sus inmediaciones, pues lo convertiría en un nuevo cráter como el de la bahía de Hudson o el de Arizona.

En el próximo número:

III. - COLISIONES DE ESTRELLAS, ASTEROIDES Y LUNAS.

el dinosaurio delicado



Ilustrado por J. Bryan

por WILLIAM MARKHAM ALTMAN

*¿Fue una realidad o una ilusión colectiva?
Todos vivían pendientes de "Ducky", el
pequeño y misterioso monstruo antediluviano*

SI el teléfono suena una vez, suena cincuenta. La voz cambia, pero siempre se trata de la misma revelación excitada:

—¿Míster Doolittle? ¡Acabo de ver a Ducky!

Ducky, debo agregar, es un dinosaurio.

Ahora bien, que yo sepa, *nadie* puede haber visto un dinosaurio vivo desde hace un par de millones de años. Al menos, ninguno de los que andan sueltos.

Es decir, excepto yo.

Mi nombre es Luther Doolittle y desde que aprendí a usar un diccionario me dediqué a disponer los adjetivos de un modo destinado a sacar el dinero de las carteras. Siempre me reí de los incautos que esperan encontrar en cualquier parte una olla con monedas de oro. Pero tengo que agregar que, como trabajo en la propaganda, le voy ofreciendo a todo el mundo esas ollas de oro, para ganarme mis garbanzos y mi cerveza. Aunque, actualmen-

te, ya no sé quién se ríe de quién. Todo comenzó hace dos meses (un martes) en el Museo Metrópolis.

Empujé la gran puerta de bronce y entré. Como todo el mundo, probablemente no habría pensado ni un instante en los fósiles, los vasos fenicios y las chucherías sumerias que se exponían en su interior, si no fuera por el hecho de que no podía imaginarme por qué razón me habían llamado allí. Después de todo si un gran museo necesita un poco de publicidad, ¿por qué no llama a una casa importante? Luego hice sonar los treinta y cinco centavos que llevaba en el bolsillo (el único activo de la firma) y decidí no investigar los caminos de la fortuna.

Me detuve delante de un espejo griego para examinar el hombre exterior. El interior estaba muerto de miedo. Me estiré la corbata, me pasé la mano por el pelo (un gesto nervioso, pues lo llevo cortado casi al rape) y bajé por el corredor, pasando frente al ala de la Quinta Dinastía egipcia, camino de la sala que ocupaba el directorio.

—Entre, míster Doolittle. Lo estamos esperando —El secretario me sonrió, y yo traté de atravesar con paso suave el umbral, sin tropezar con la gran alfombra oriental, y casi lo conseguí.

—Archibald Buchanan —decía una voz tronante—, si quiere llevar a cabo su vulgar plan de hacer una campaña de publicidad del Metrópolis, dejaré de trabajar, inmediatamente, en mis estudios de la flora y la fauna de la era eocena. . . —La voz pertenecía al profesor Wesley, un tipo gigantesco, con barba cerrada.

—No hable como un tonto —dijo Buchanan, un hombrecito nervioso, sentado a la cabecera de la mesa.

—... en cuanto reciba mi pensión —Iba a sentarse, pero antes de rozar el asiento se levantó, agregando: —¡Incluso los caballos enanos!

—¡Oh, siéntese, Wesley! —replicó con cansancio Buchanan—. Evidentemente Wesley estaba acostumbrado a que lo hicieran callar. Se sentó, frunciendo los labios como un niño enojado.

Nadie parecía haberse fijado en mí, excepto el profesor Everett, que salió a recibirme atravesando la habitación.

—Le agradezco que viniera —sonrió y nos dimos la mano—. Caballeros —anunció—, les presento a míster Doolittle.

Wesley y Buchanan dejaron de pelear y se volvieron para mirarme. Allí estaba yo, un ejemplar de la *Species Promotiana*, recién sacado de las excavaciones de Madison Avenue. Los saludé, nerviosamente:

—De Doolittle, Banks, Gold y... ¿eh?... —Buchanan se detuvo.

—Eso es todo —le dije.

En realidad, Doolittle era todo, porque la edad de treinta y tres años me había visto convertido, amargamente, en el único miembro de la firma. Jim Banks se había dedicado alegremente a la venta de zapatos, y Melc Gold me había plantado y se había comprado una granja en Middleboro, New Hampshire. Y también se sentía muy alegre con su nueva vida.

—Muy bien, siéntese, Doolittle, siéntese —dijo secamente Buchanan, indicándome una silla al otro extremo de la mesa. No hacía más que mirarme todo el tiempo, a través de los gruesos cristales de sus anteojos. Tenía siempre la boca entreabierta, como si de un momento a otro fuera a echarse dentro un maní. Claro está que cuando uno conocía a Archibald Buchanan, sabía inmediatamente que no era un tipo de esos.

—Le he pedido a míster Doolittle que venga aquí —comenzó Buchanan con su voz aguda y seca—, para presentarle nuestro problema...

—Siguió adelante y yo me erguía en

el sitial del siglo quince que ocupaba—. Mister Doolittle —decía ahora Buchanan—, ¿se encargará su firma de... creo que la palabra es "vender"... el museo al público?

Yo tragué saliva. ¡Todo había terminado y ni siquiera había tenido que cerrar el trato! Me veía felizmente en sueños, penetrando en una oficina nueva y renovando mis relaciones diplomáticas con la compañía telefónica, cuando cayó el hacha.

—Hemos conseguido reunir —seguía diciendo Buchanan con sus ademanes pedantes—, mil dólares.

MIL dólares! Ni siquiera habría para comprar postales. Para no hablar de que yo no ganaría ni un centavo con el negocio. Ahora que había estallado la burbuja, la tensión cedió.

—Escuchen, amigos, estoy dispuesto a correr por la ciudad todas las maravillas griegas que tienen aquí. Es una buena labor —Saludé a un busto de Aristóteles—. Pero no puede ser.

—Creo comprender lo que quiere decir mister Doolittle —Everett intervino secamente, ahorrándome la molestia—. La cantidad se derrocharía y los resultados serían nulos.

—Usted lo ha dicho —asentí.

—Ya —Buchanan estaba visiblemente conmovido, porque cerró la boca—. El doctor Everett, el personal del museo... unos cuantos por lo menos... reunimos muestras... lo poco que teníamos con la esperanza de que... —y no terminó la frase.

¡Pobrecillos! ¡Tan honrados! ¿Cómo se figuraban que era el mundo?

—Profesor Buchanan, aunque el dinero fuera suficiente (que no lo es), necesitarían un aliciente.

—¿Perdón, el qué? —dijo Buchanan, mirándome fijamente.

—Un cuento... una historia maravillosa. Algo que vender.

Wesley se puso de nuevo en pie.

—Si a la gente no le interesa su herencia cultural —la barba se agitó—. ¡Merecen seguir siendo ignorantes!

—¡Y están encantados de serlo! —asentí.

—¿Qué le parece un folleto? —sonrió Buchanan—. Describa los objetos. Ya sabe: sección griega, sección norteamericana...

—La norteamericana es ahora un departamento. El ala nueva —le corrigió Wesley.

—Claro. Lo olvidé —Buchanan se volvió hacia mí—. ¡Un folleto! —sonrió.

Quizá debería haberme aceptado los mil, haberme guardado quinientos y haberlos hecho felices con un miserable folleto. Para ellos hubiera sido igual y yo me habría ahorrado los dos meses de locura que me aguardaban. En vez de eso, me despedí de ellos y les expliqué:

—Soy un hombre decente. Créanme, *necesito* la cuenta. Pero a menos que tengan algún punto explotable en este almacén de granito, es un derroche de dinero.

—¿Un modesto librito sobre los caballos enanos? ¡Fascinante! —dijo Wesley, entrando en el espíritu del asunto. Ningún lector de obras de emoción podría haber mostrado más interés que Wesley por los prehistóricos caballos que recorrieron los campos hace millones de años.

—Se sorprendería —le dije, tomándole el pelo—, si supiera cuál es el número de gentes de esta ciudad que no vive más que para los caballos enanos.

—Si volviera al siglo veinte por cinco minutos, Wesley, se daría cuenta de que el Metrópolis está hipotecado hasta el tejado —Buchanan suspiró, cerró la boca, y Everett agregó, con más solemnidad—: Ni siquiera tenemos para pagar la cuenta de la electricidad.

Valerosamente, Wesley se puso de pie.

—Yo... me sentiré muy honrado donando las velas que hagan falta —ofreció gravemente.

—¡Siéntese, Wesley! —Wesley se sentó—. ¿Y bien, mister Doolittle?

—No serviría de nada, profesor. Créame —me esforcé débilmente por sonreír—. Lo siento.

—Me he pasado la vida —dijo Buchanan tristemente y sin dirigirse a nadie en particular— estudiando alegremente el complicado sistema de crédito de la antigua Babilonia. El tiempo libre se lo he dedicado a las finanzas del museo —suspiró—. Ambos se encuentran igualmente difuntos. Muy bien, caballeros —resolvió—, los hechos son los hechos. Tendremos que cerrar el Metrópolis la semana que viene.

—Me gustaría poder sugerirles algo. Me... —En toda mi vida había sido más sincero y, en mi negocio, eso es mucho decir.

Everett meneó la cabeza, perdida su falsa animación.

—Es una vergüenza. ¡Hay tanto trabajo que hacer!

Al mismo Wesley se le ocurrió una cosa.

—¡Pero Preston no puede dejar de trabajar en el huevo de dinosaurio!

—Es una lástima —contestó Buchanan, encogiéndose de hombros.

ME había separado de los profesores y me dirigía hacia la puerta, cuando Wesley descargó su último golpe, que me dió de lleno.

—¡Pero el huevo puede pudrirse! El tiempo es muy...

Creo que ladeé la cabeza como lo hacen los perros cuando uno los mira. No muy seguro de haber oído bien, me volví.

—¿Dijo que un huevo de dinosaurio podía... *pudrirse*?

—¿Cuánto tiempo cree que puede aguantar? —tronó Wesley, con una lógica algo ilógica.

—No... ¿No cree que ya está un poco pasado?

—¡Ha estado en hielo! —me explicó triunfante Wesley.

—Preston encontró el huevo en un ventisquero de Alaska... perfectamente conservado. —Buchanan extendió la mano al hacer la explicación—. En nombre del personal del museo, mister Doolittle, quiero expresarle nuestras gracias por...

Pero yo no lo oí. Dentro de mi cabeza sonaba con fuerza un contador Geiger.

—Un huevo... un huevo de dinosaurio... como ése... ¿es algo raro? —balbuceé.

—Inapreciable —dijo Wesley—. Después de los caballos enanos, no hay nada... —luego sonrió suavemente.

—Es el único que existe —manifestó, orgullosamente, Buchanan.

—¿Y ha estado todo ese tiempo entre el hielo?

—Fue un hallazgo afortunado —y Buchanan me ofreció de nuevo la mano—. Bueno, mister Doolittle, ha sido...

¡Adiós, fósforos!

Se anuncia que pronto los fumadores dejarán de necesitar fósforos o encendedores para prender sus cigarrillos. Bastará frostar el cigarrillo contra una superficie áspera para que se encienda inmediatamente. La desgracia es que la idea es muy cercana a la de ciertas bromas que se suelen hacer, porque estos cigarrillos tendrán una pequeña carga explosiva, y ¿quién sabe los resultados de un error en la fabricación?



—¡Caballero, acepto su ofrecimiento!

—¿Qué? —Buchanan estaba confundido.

—¡El huevo no les parece gran cosa, pero es de oro puro! ¡Es un cuento de hadas! ¿Dónde está Preston?

—En la heladera... en el sótano

—¡Caballeros, tranquilícense, se han acabado los apuros financieros de Metrópolis!

—Pero, no... —Buchanan tenía de nuevo la boca abierta.

—¡Ese huevo puede ser el descubrimiento más grande desde la tortilla!

GOLPEÉ con fuerza en la puerta de la habitación que llamaban la heladera. En realidad, era una de esas piezas con temperatura controlada. Un hombre, alto y de aspecto triste, me abrió.

—¿Preston? —dije, jadeante.

—No —meneó la calva cabeza—. Soy Dudley Jameson. El conserje.

Vi que tenía en la mano una escoba, cuando pasé delante de él y me dirigí a una muchacha que ajustaba un aparato de Rayos X.

—¿Podría decirme dónde está Preston, señorita?

—Yo soy la doctora Preston —dijo, volviéndose hacia mí.

—¡Qué agradable! —dije, mirándola. Elijan la muchacha con menos aspecto de arqueólogo y tendrán a Janet Preston.

Se echó hacia atrás uno de los rizos negros que la caían sobre la frente.

—¿Quién es usted?

—Doolittle, Luther Doolittle. Voy a hacer una campaña de publicidad al Metro...

—Oh, sí. Ya lo he oído —Me miró heladamente—. Pero aquí no hay nada digno de ser dado a la publicidad —apartó de mí su linda cara, abandonándose como una teoría que no sirve.

—El huevo. ¿Dónde está el huevo? —

le pregunté, cada vez más excitado.

—Aquí —dijo volviéndose para que lo viera—. Tenga cuidado —me previno—. ¡No lo toque!

Estaba allí mismo y yo estuve a punto de tirarlo de la mesa. Tenía el tamaño de una pelota de fútbol, un color como grisáceo, y descansaba sobre un pedestal de yeso.

—¡Qué preciosidad! —lo olfateé—. ¿Sigue aún en buen estado?

—Se encuentra en un estado de animación suspendida.

—Ya lo sé, pero, ¿hay algo dentro de él? —le pregunté impaciente.

—Míster Doolittle —se ajustó más la chaqueta—, ¿no podría ir a otra parte? ¿Hacerle una campaña a los caballos enanos del doctor Wesley?

—El público quiere saber algo acerca de ese huevo.

—¡Pero si me faltan todavía meses de trabajo! —Se quitó los anteojos y me pareció mejor aún.

—Mire, doctora... eh...

—Preston —me contestó secamente.

—¿Y delante del Preston?

—Janet.

—Janet —paladeé el nombre—. Me gusta.

—¡Eso es sólo para mis amigos! —y volvió a ponerse los anteojos.

—Escuche, Janet. Este museo no tiene el crédito suficiente para pagarse unas titulares. ¡Vamos a darle una mano para que se levante de nuevo! —evidentemente hacía más frío de lo que creía porque estornudé.

—Salud —me dijo mecánicamente, abriendo la llave de su aparato de Rayos X—. Ahora, si me perdona, estoy ocupada.

—Es el único ángulo interesante en toda esta fábrica de fósiles —estaba desesperado—. A nadie le interesan las historias del faraón Tut...

—Tutankamon —me corrigió.

—Ni su persona. De Mille se ha encargado de eso.

—¿Pero a quién le interesan los huevos?

—Los huevos, no. ¡El huevo! —insistí.

—No... no me gusta la idea. No es... científica.

—¡Pero sí vendible!

—¡La respuesta es *no!* —sería una doctora y una científica, pero su voluntad era claramente de mujer.

—¿Quiere o no que el Metrópolis siga abierto?

—Claro que quiero, pero...

Reuní mis fuerzas para un último ataque.

—Janet, ¿cree que tiene derecho a interponerse en mi camino, para impedir que esta ciudad reciba la cultura que merece?

—Yo...

—¡Claro que no lo tiene!

Su resistencia se iba quebrando. Cuanto más se quebraba más linda se ponía.

—Pero, ¿y mi trabajo?

Después de aquello no le di una oportunidad de decir nada más, y terminé.

—Va a trabajar. Va a trabajar como nunca lo hizo antes —la tomé de los hombros—. ¿Qué dice?

—Muy bien —suspiró, y vi que tenía los ojos claros y azules—. ¿Qué quiere que haga?

—¡Empollar el huevo!

SU boca se movió furiosamente un segundo, pero ningún sonido salió de ella. Luego exclamó furiosa:

—Está loco.

—Pruebe con una incubadora. Pruebe con el digital. ¡Esta heladera va a ser más famosa que Frigidaire! Los diarios, la televisión...

—¡Pero y mi reputación! Todos los científicos saben que ese huevo está muerto.

—¡Pero el público querrá creer que está vivo! Se interesarán por... —En-

tonces se me ocurrió el nombre... por Ducky. ¡Eso es! ¡Ducky el Dinosaurio! Vigilarán todos sus movimientos —creo que me estaba convenciendo a mí mismo—. ¡Todo el mundo ama a los bebés!

—¡Un bebé! —se irguió, en toda su corta estatura—. ¡Salga de aquí!

Yo estaba escribiendo ya en voz alta mi primera nota para la prensa.

—¡Ducky, el dinosaurio de tres millones de años, está a punto de romper el cascarón! Uniendo el abismo que separa la oscura y misteriosa prehistoria del maravilloso siglo del átomo, un huevo...

—¿Puedo servirle en algo? —Dudley, que sentado junto a la puerta, había estado presenciando nuestra entrevista, me interrumpió ansiosamente en aquel momento.

—Claro que sí, Dudley. ¡Usted va a ser el padrino de Ducky!

Sonrió, como un hombre con una misión.

—¡Esto es un terrible error! —pero Janet sabía que estaba vencida.

—Permítame que yo me preocupe de eso. Dudley... ¿Dónde puedo trabajar?

—En la puerta de al lado hay un depósito.

—No querría trabajar en otra parte. —Me incliné sobre el huevo—. Voy a empollarte, Ducky, y toda América va a desearte buena suerte. Dudley, vaya a buscarme una incubadora.

—Sí, señor —dijo él, dejando la escoba y corriendo hacia la puerta.

Con un tono monótono, abatido y desesperado, Janet repetía:

—No resultará. Es una locura. No resultará.

—Eso no tiene nada que ver con nuestro asunto. ¡El huevo va a volver a su nido! —y me dirigí a él, en voz baja, suavemente—. ¡Ducky! ¡Ducky, a salir del cascarón! ¡El mundo te aguarda!

ME instalé en el almacén y me puse a escribir notas para la prensa. Mi máquina de escribir descansaba sobre un sarcófago anónimo y yo estaba sentado en un cajón marcado con el letrero: TOCADOS EGIPCOS, FRAGIL. Dudley, más contento que nunca, me servía de ayudante. Se pasó la noche entera en el subterráneo, yendo de redacción en redacción, entregando las notas conforme yo las escribía. Al día siguiente, el diario más respetable y serio de la mañana ostentaba un gran título, a ocho columnas, que decía: ¡El Museo Metrópolis quiere incubar un huevo de dinosaurio! Los de la tarde eran aún mejores.

La mitad de los mil dólares me los gasté en una cancioncita comercial y al poco tiempo todo el mundo canturreaba:

¿Qué puede alegrarle más la vida?
¡Ducky puede alegrársela!

Envíe hoy mismo un billetito.
¡Ayude a que Ducky nazca prontito!

Las contribuciones comenzaron a llegar constantemente y tuvimos que tomar quince muchachas para que clasificaran las cartas y contaran el dinero.

Ducky interesó al país entero y, al cabo de cuarenta y ocho horas, era una institución nacional. Durante tres días enteros llamé a todos los periodistas que conocía, les entregué artículos y vendí los derechos del nombre *Ducky el Dinosaurio*. Todos los promotores del país querían comprarlo. Alimentos de bebés, sonajeros, jabones de niños, todos llevaban la frase más mágica. Hasta unos huevos vulgares de gallinas de Nueva Jersey, declaraban que poseían "ese sabor extraño, dulce y prehistórico". Al cabo de una semana, los niños habían abandonado las rutas interplanetarias de la TV, y los que ayer fabricaban revólveres de rayos neutralizadores, se mesaban los cabellos y em-

pezaban a fabricar mazas, hachas y pieles de león. En *Variety* apareció el título siguiente: ¡*La serie del jabón Ducky es un éxito!* ¡Y a quién le hablaban de éxitos! Aquello me parecía el sueño de un publicista.

Hasta el *Daily Worker* intervino en el asunto con un virulento editorial a toda página. Ducky, gritaba, era una estratagema de Wall Street para luchar contra la crisis económica.

Nunca en la historia una nación ha aguardado con mayor ansiedad la ruptura de un cascarón de un kilo es-

Durante todo aquel tiempo, no hice más que pensar en Janet Preston. Y, en realidad, no volví a verla hasta cinco días después.

FENOMENAL! ¡Simplemente fenomenal! —dijo Buchanan en la reunión del directorio.

—¡Es una mentira! ¡Un fraude! —Wesley seguía haciendo negocios según sus antiguas normas.

—Pero, Wesley... ¡más de un millón de dólares de recaudación! —Buchanan llevaba en la mano algunos de los billetes más grandes, cuando entró en la habitación—. Mister Doolittle, es maravilloso. La nación se ha metido a Ducky en el corazón.

—Y la mano en la cartera —agregué—. La prueba es eso.

—¡Todos, no! —dijo ácidamente la voz de Wesley, mostrándome una revista—. *El Diario Antropológico* nos denuncia.

—¿Qué circulación tiene? —le pregunté.

—Unos quinientos ejemplares, creo.

—Olvidese de él —le contesté.

—¡Esas multitudes! —rió Buchanan, mirando por la ventana—. Son como las Series Mundiales.

Y lo eran. Unos veinte detectives de Pinkerton, fuertes y corpulentos, luchaban en vano por mantener el orden de una cola que se extendía a lo largo de varias cuadras, aguardando para echar una mirada al huevo, dentro de su incubadora de cromo y cristal. De cuando en cuando, alguien gritaba con excitación que había visto moverse el huevo. Era imposible, pero cuanto más a menudo lo dijeran, más tiempo tardaban en quitarme la duda del cerebro.

Buchanan se puso serio.

—Mister Doolittle, ¿podemos dejarlo ya? ¿Podemos poner de nuevo a Ducky en la heladera?

Creo que fué entonces (en mitad de la frase) cuando me di cuenta de lo que había ocurrido. ¿Ducky a la heladera? Ellos no lo podían comprender.

—Ducky ya no les pertenece. Es propiedad de todo el mundo —se quedaron confusos—. Si vuelve a la heladera como un huevo vulgar —proseguí—, ¡esa multitud que hay ahí afuera les cortará el cuello!

Hasta Everett, el eterno optimista, estaba preocupado. No dijo gran cosa, pero se le notaba en la cara. Cuanto más gemían Buchanan y Wesley, quejándose de lo que le ocurría al museo y a su reputación de baluarte de la

ciencia, más me iba asustando yo. No veía salida alguna.

Por extraño que les parezca, lo que veía en mi miedo era a Janet, tirando lentamente del gatillo de una carabina, apuntada a mi cabeza.

—Nuestra reputación. ¡Está en peligro! —Buchanan estaba verdaderamente desesperado.

—¿Qué? —preguntó, volviendo a la realidad.

—En la basura. Nos hemos convertido en una atracción de circo —agregó lúgubrementemente Wesley.

NO le contesté. No podía. En vez de eso, me quedé mirando por la ventana la larga cola de creyentes.

Everett parecía casi contrito cuando dijo:

—Es cierto, Mister Doolittle. Hoy se han despedido dos miembros más de nuestro personal.

—¡Y yo soy la tercera! —Janet Preston entró en la sala como una chiquilla que se escapa con el novio—. Profesor Buchanan —dijo furiosa, pero mirándome directamente a mí—. Hace una semana que no he podido acercarme a ese huevo.

—Vamos, Janet... es decir, doctora Preston, no se preocupe... —baluceé.

—¡No se preocupe! —me hizo retroceder hacia el rincón de Aristóteles—. Me he convertido en el hazmerrear del mundo arqueológico. Y ese huevo no empollará nunca. ¡Ni dentro de otro millón de años!

—Ciento cincuenta millones de americanos están dispuestos a decirle que miente —le repliqué, señalando la ventana.

—¡Usted...! —no pudo dar con las palabras—. ¡Escritorzuelo mentiroso! Ojalá se pase el resto de la vida anunciando... ¡semillas para pájaros! —¡Y se ponía tan bonita cuando se enojaba!

—La campaña fué un éxito. ¿No es

así, señores? —todos asintieron tristemente, como si les hubiera pedido que confirmaran sus sentencias de muerte.

—¡Sólo una persona que esté completamente loca puede creer que ese huevo va a producir un dinosaurio!

—No lo diga con tanta seguridad —le repliqué—. El huevo está perfectamente conservado. Usted misma lo dijo, doctora Preston —¡Tenía que creerlo!

—Esa cáscara está tan vacía como su cabeza —me mostró dos placas de Rayos X y el trío se echó encima de ellas.

—¡Dios bendito, déjeme verlas! —Agarré las placas y corrí a la ventana. Era cierto. Un rebaño de ardillas hambrientas no habría vaciado mejor el huevo. ¡Había ocurrido lo peor!

—¡Y yo me voy! —me arrebató las placas de la mano—. ¡Quizás algunos diarios querrán ver estos negativos!

—¡Janet, aguarde! —había ido a la puerta.

—Dígame, ¿de qué serviría eso, doctora Preston? —dijo Everett, echando aceite al agua—. Además, la necesitamos aquí.

—¿Me necesitan a mí? —repetió sarcásticamente Janet—. ¿Para qué? —se volvió, lívida, y se enfrentó con nosotros—. ¿Para que sirva de niñera a la incubadora del vestíbulo? ¡Y usted debería estar también allí, en exhibición! —levantó la mano. La cara me ardió con el dolor del golpe—. ¡Por Ducky! —Dió media vuelta y se dirigió hacia la puerta.

—Me dió una bofetada muy fuerte para ser tan chica —le dije secamente, frotándome una mejilla.

Ella se volvió y se dirigió a mí. —¡Y ésta por mí! —entonces me dió en la otra mejilla y salió antes de que yo pudiera haber dicho ¡ay!

—¡Mister Doolittle, por favor! No la deje que se vaya, con esos Rayos X... —gimió Buchanan.

Vulcanización atómica

HASTA hace muy poco no se podía concebir la goma vulcanizada sin que en su elaboración hubieran intervenido el azufre o sus compuestos. Pero lo cierto es que en Harnwell, el centro atómico de Inglaterra, se ha dado un rotundo mentis a esta creencia, al vulcanizar caucho sin otra ayuda que las radiaciones de una pila atómica.

CUANDO llegué a la heladera, acorté el paso. La puerta estaba entreabierta y Janet se encontraba sentada ante la mesa de trabajo con la cabeza entre las manos.

—¿Janet? —le dije en voz baja.

—Sobresaltada, alzó los ojos y yo pude ver que había estado llorando.

—Por favor, salga de mi heladera, míster Doolittle. ¡En seguida! —su voz era tan frígida como la atmósfera de ese lugar.

—Mi nombre es Luther —le dije suavemente, levantándome el cuello de la chaqueta.

—¡Para mí es fango! —me replicó, apartándose.

—Claro —le dije alegremente—. A mí... yo odio el nombre de Luther.

—¡Lo mismo digo!

—Mis amigos me llaman Lou.

—¿Qué amigos? —se volvió, enfrentándose conmigo. Tenía los ojos llorosos y apretó los labios, desafiadoramente, como hacen las mujeres cuando quieren mostrarse valientes. Mi porvenir como agente de propaganda (o la probabilidad, muy real, de una temporadita en la cárcel) no me importaban en aquel momento. Podía soportar cualquier cosa, menos su antipatía.

JANET... yo tengo la culpa de esto —le dije, sintiéndome muy humilde—. Pero no puede dejar así el Metrópolis.

—¡Míreme y verá! —dijo, sacando una caja de instrumentos de un estante.

—¿Adónde irá?

—Siempre hay una expedición a... a... —hizo una ligera mueca y las lágrimas se le escaparon... al Afganistán o donde sea.

—El museo la necesita.

—No —se limpió una lágrima y comenzó a guardar sus instrumentos en la caja.

—Yo la necesito —lo dije así, sencila-

mente. No era lo que yo había pensado decir, pero era cierto.

—Lo único que necesitan todos es su idea. La de Ducky el Dinosaurio. ¡La renta de los tres millones de años! —Yo estornudé entonces y ella dijo, brevemente—: Salud.

Traté de ceñirme más la chaqueta.

—¿No podríamos ir a un sitio más caliente, para hablar?

—Yo estoy muy bien aquí —y se le veía en el aliento.

—Reconozco que lo de Ducky el Dinosaurio fué idea mía, pero...

—Muy noble de su parte. Por favor, déme el microscopio.

—... pero lo hice únicamente porque el museo estaba en un apuro. Y yo pensaba que valía la pena salvar todo esto.

—Lo hizo porque tiene un alma mercenaria —y me arrebató el microscopio.

—No, Janet, mire...

—¡Mire usted! —exclamó levantando una cajita verde—. ¡Alimento Ducky el Dinosaurio! ¡Alimento para tortugas! ¡Un millón de paquetes en un millón de hogares! —lo tiró al suelo, furiosamente.

—Nos produjo veinte mil dólares. Para seguir con las investigaciones.

Ella me miró, asustada.

—Luther, tiene que terminar con todo esto.

Yo sonreí débilmente.

—¿Cómo?

—Dígales la verdad. Dígales que este huevo tiene tantas posibilidades de empollar, como los que tienen en sus heladeras —¡Hablaban con tanta lógica! Para ella, aquello era muy sencillo.

—Querida... —yo mismo me contuve—. Janet, no me creerían.

—¿Por qué?

ENTONCES me di plena cuenta del horror de lo que había hecho.

—Porque he creado un mito —pasé



distraídamente los dedos por la base de yeso donde descansaba antes el huevo. Trataba de explicármelo a mí mismo, tanto como a Janet—. Un cuento de hadas lo suficientemente lógico para que pueda pasar por real —la miré—. Un cuento de hadas, Janet, es algo que inspira respeto, y de lo que no debemos reírnos —me senté y me neé la cabeza—. Nadie me creería.

Ella miraba también a lo lejos.

—No cabe duda de que nos ha metido en un lío, Luther —estornudé de nuevo y su "Salud" fué casi innudé.

—Janet, no puede dejar el Metrópolis. Yo... yo me siento responsable.

—¡Qué lógico! —estalló de nuevo, pero yo actué con rapidez.

—Dejaré la publicidad. No daré más notas a la prensa. No habrá más fotografías...

—¿Y sacará a Ducky de la incubadora?

—Y llevaré a Ducky a la heladera —le prometí—. ¿Quiere quedarse? —le pedí, contrito.

—Me quedaré —era la primera vez que la veía sonreír, y vi que tenía hueselos.

Le puse las manos en los hombros. —¿Janet? Es la más... más maravillosa...

—¿Sí, Luther? —parecía sin aliento. —...el arqueólogo más maravilloso que yo he conocido.

—Es el cumplido más agradable que me han dirigido.

—Puedo hacerlo mejor —dije, aproximándome.

—Bueno... ya hablaremos más tarde —se escurrió—. Vaya a sacar a Ducky de la incubadora. ¡Y nada de tretas! ¡Cuidado con lo que hace!

—¡Nada de tretas! —le contesté alegremente.

Subí al vestíbulo principal, donde se encontraba la incubadora. Dudley estaba mirándola y hablando excitadamente con dos agentes de Pinkerton.

—Muy bien, muchachos —les dije—. Váyanse a casa. Se acabó. Ducky ha salido de aquí.

—¡Y vaya si salió! —dijo Dudley levantando la escoba como si fuera una lanza formidable—. ¡Ducky ha llegado!

—¿Ha llegado? —lo miré—. ¿Adónde? —Luego miré por la portezuela de cristal de la parte superior de la heladera—. ¡Santo Dios! —traté de decir, pero no pronuncié más que un sonido ininteligible.

En el almohadón de terciopelo azul, como un personaje real, se veían dos mitades de una cáscara de huevo. La impresión era muy parecida a la de esas fotos de los calendarios donde se ve un pollito que sale al mundo. ¡Pero el pollito *faltaba!*

Sentí deseos de huir. Tenía el estómago revuelto.

—Oigan, muchachos; tenemos que mantener esto en el más absoluto secreto, ¿entendido?

Todos ellos asintieron, pero con el mismo gesto excitado de los niños a los que se pide que no jueguen con un paraguas nuevo.

Aquello tenía una explicación. Tenía que tenerla. Podía haber habido un pequeño cambio de temperatura: el huevo tenía quizá una raja desde hacía unos cuantos millones de años; o, lo más probable, algún niño encantador había metido la manita para tocarlo cuando los guardianes no miraban. Fuero cual fuere la razón, Janet nunca la creería.

Al cabo de dos horas, "Las noticias" había lanzado una edición extra a la calle: *Ducky sale del Cascarón*. ¡Y *Huyel!*

La telefonista del museo no podía atender a todas las llamadas. Todas las mujeres que vivían en un radio de cincuenta millas del Metrópolis llamaron jurando que habían visto a Ducky en su patio. El tamaño, forma y color variaba, según el tipo de los perros y gatos locales, pero la insistencia era furiosa.

PERO... pero si es imposible —le rogaba Buchanan a la cáscara del huevo, inclinándose sobre la incubadora.

—¡Qué importa! —balbuceé, frenético—. ¡La noticia corre por ahí!

—Es un fraude —tronó Wesley—. La cáscara estuvo siempre vacía.

—No diga eso, profesor —Dudley estaba muy dolido—. Salió del cascarón, eso es todo —y sonrió benignamente (con la sonrisa del creyente) ante la cara confusa de Wesley.

—Mire, Jameson —Wesley comenzó a sermonearlo, pero se dió cuenta de que no era momento para lógicas—. ¡Doolittle, tiene que acabar con esto! —me exigió.

Pensé en Janet y volví a sentir frío. Me volví al profesor Everett, que no había dicho una palabra.

—Voy a llamar por teléfono. Por favor, busquen a la doctora Preston. Traten de explicarle que yo no... yo no...

—No se preocupe —me dijo suavemente y yo corrí a la sala de conferencias para llamar a Harry Rosenthal, un amigo mío que trabaja en el *Globo*. Harry era un periodista inteligente. Él podía acabar con la noticia.

—¡Harry, por favor! Si existe la amistad —le grité por teléfono —¡acaba con la historia ésa! ¿Qué quieres decir con eso de que es un asunto federal? —entonces vi el diario que había sobre la mesa y me quedé helado. El título era claro y enorme: *El F. B. D. Participa en la Búsqueda del Amado Monstruo*—. Créeme, Harry —me había puesto prácticamente de rodillas—. Tu esposa no vió a Ducky. En el huevo ése no había ningún dinosaurio, v... ¿hola?... ¡hola! —había colgado el auricular.

Corrí hacia la puerta, tropezando con Buchanan, que entraba. Dudley y Everett lo siguieron adentro.

—¡Realmente terrible!

ble! —por algunos momentos reinó el silencio.

—¿Usted no cree, Everett, que... que Ducky pudo haber salido realmente del cascarón? —Buchanan hablaba completamente en serio. Me dejé caer en un sillón, con la cabeza dándome vueltas. ¡Hasta Buchanan sumaba dos y dos y pensaba que eran cinco!

—No sea infantil —exclamó Everett, y yo me sentí más a gusto—. Pero resulta extraño, ¿no es cierto?

—¡Caballeros, son todos científicos! —grité—. ¡Empleen sus cabezas!

Dudley, el testigo presencial, me guiñó astutamente un ojo, como si sólo él y yo supiéramos el secreto.

—A mí no me puede engañar —rió.

—¿Qué... que no puedo engañarlo? —le dije ligeramente asombrado, y entonces Janet entró corriendo en la habitación y yo corrí hacia ella—. Janet, no creerá que...

Ella no dijo ni una palabra... me miró, calculó la distancia y me asestó uno de sus fuertes rechazos. Luego dió media vuelta y salió.

—No sé qué hacer —gemí—. No sé qué hacer.

—No haga nada —me replicó animadamente Dudley—. Aguarde. Todo el mundo lo está buscando. Alguien lo encontrará.

Entre el fuerte ruido de los latidos de mi corazón y el torbellino de mi cabeza, se abrió paso una idea.

—¡Dudley, eso es!

—¿El qué? —me preguntó, perplejo.
—¡Yo encontraré a Ducky! Perdón, caballeros—, me excusé y me dirigí al sótano.

DENTRO del almacén, colgué distraídamente el sobretodo y el sombrero en el brazo extendido de un discóbolo etrusco. Mi cabeza dejó de dar vueltas. Me sentía como entumecido. Apagué mi cigarrillo en la cornucopia, llena ya, que me tendía amablemente una dama romana de terracota, y me senté a escribir la historia de la muerte de Ducky.

Le di la exclusividad a un comentarista famoso y él mismo la leyó aquella noche.

—¡Un momento! ¡Voy a leerle otra nota exclusiva! Ducky, el Dinosaurio... Escuchen bien: Ducky ha sido encontrado a unas treinta millas al sur de Newark —luego agregé, con voz más lenta y la debida tristeza—. Pero el amado Ducky encontró el mundo muy duro para él. ¡Ducky ha muerto! Y ahora...

Al cabo de veinte minutos, todos los servicios telegráficos del país transmitían la historia. Periodistas, fotógrafos y testigos ansiosos, inundaron la aldea de Bakersfield, tranquila hasta entonces, e interrumpieron durante nueve horas el tránsito por la Ruta 9. El *Herald-Examiner*, expresaba la impresión dolorosa del público: *Ducky ha Sido Hallado en los Pantanos de Jer-*

Cohete récord

El último récord de altura en proyectil cohete es de 233 kilómetros, alcanzado por un "Viking" de 12 metros de largo y 7 toneladas de peso. Su sistema propulsor desarrolla un empuje de 9.000 kg., con un combustible formado por alcohol etílico y oxígeno líquido como comburente.

La velocidad alcanzada después de agotado el combustible es de unos 6.400 km. por hora, o sea de 1,77 km. por segundo. Lo cierto es que todavía estamos lejos de los 8 km. por segundo que se necesitan para que el proyectil se convierta en un satélite artificial.

sey... ¡Ahogado! Yo dispuse lo necesario para el falso entierro y luego me acosté y dormí diez horas seguidas.

FUE un entierro muy lindo y sencillo, sin cadáver, y hasta el mismo Wesley estaba triste.

—Espero que cuando me llegue mi vez, tendré un entierro tan lindo como éste.

El servicio consistió, simplemente, en la colocación de una placa de madera debajo de uno de los nichos del vestíbulo principal, uno de esos nichos que se usan para los bustos de hombres famosos. Todos nos sentíamos como el que ha perdido un fiel animal doméstico y la placa expresaba adecuadamente nuestros sentimientos:

DUCKY DINOSAURIO

Species Brontosaurus

NACIÓ EL 20 DE MAYO DE 1954
MURIÓ EL 22 DE MAYO DE 1954
EDAD: 3.000.000 DE AÑOS.

Más tarde se pondría en el nicho una estatua de piedra para la posteridad.

Después del entierro, todos volvimos tristemente al directorio. Janet se sentó con las manos correctamente dobladas sobre la falda. No había vuelto a hablarme desde que Ducky salió a dar su paseo. Yo quería extender la mano y tocarla, pero sabía que no daría resultado.

Dudley nos interrumpió, anunciando, con voz débil.

—Bueno, creo que debo volver a mi barrido — y se fué.

A FUERA la multitud lloraba como un niño. Un sueño romántico había terminado para ellos. Buchanan me dió las gracias por haber ayudado al museo.

—Míster Doolittle, a pesar de...

—¿De todo? —dije.

—Sí. Me imagino que ahora volverá a Doolittle, Banks, Gold... eh...

—Eso es todo —reí levemente. La rueda había descrito el círculo completo.

—Y ahora podemos enviar a la doctora Preston a Alaska —dijo Wesley, rompiendo la lóbrega nube en que se envolvía.

—¿Janet? —pregunté—. ¿Alaska?

Ella mi dirigió una rápida mirada nerviosa, murmuró algo acerca de que le brillaba la nariz y salió rápidamente.

—Esta vez, creo que en busca de los caballos enanos —Y comenzó a perorar con excitación; mas, por mi parte, lo mismo podía haberle hablado al aire.

Janet estaba sentada en un banco de piedra, debajo del nicho de Ducky, cuando yo la encontré.

—¿Janet, le ocurre algo? —ella meneó la cabeza, tratando de contener las lágrimas—. Ha estado llorando —le dije—. ¿Por qué? Y le volví la cara para verla.

—¡No haga eso! —me replicó colérica, levantándose para huir.

Yo la obligué suavemente a sentarse.

—Por favor. Tengo que hablar con usted. ¿Qué es ese asunto de Alaska?

—Ya a oído al doctor Wesley —me replicó, evitando mi mirada.

—¿Le interesan tanto los caballos enanos?

—¡Los odio! —me replicó con voz aguda, y se echó a llorar.

—¿Lo hace porque quiere huir de mí? He hecho algo para...

—Ha hecho... —me miró, boquiabierto—. Vino al Metrópolis y trató de empollar un huevo de tres millones de años, casi inició una revuelta nacional, ¡y ahora me pregunta si ha hecho algo!

—Realmente no creerá que rompí el cascarón.

—Me imagino que no... —se encogió de hombros.

—No lo hice.

—Muy bien, Luther, no lo hizo —se levantó—. Excúseme. Tengo que ir a Alaska...

—Y no sé cómo ocurrió, créame.

—Eso es lo malo que le pasa, Luther. Va por ahí prendiendo petardos y luego se asombra cuando estallan —se apartó de mí—. Ojalá no hubiera venido nunca al Metrópolis. Ojalá... — y comenzó a llorar de nuevo.

—¿Por qué? —le pregunté con excitación.

—¡Porque ha engañado a ciento sesenta millones de personas! —me replicó furiosa.

—Que les encanta que los engañen —le dije, suavemente.

ELLA temblaba de rabia.

—Acabamos de hacerle un funeral a un dinosaurio —dijo, desesperada—. ¡A un dinosaurio que no nació siquiera! —Su boca se arqueó convulsivamente—. ¡Y aun así, nadie cree aún que ha muerto! ¡Ni yo misma estoy segura de ello! —gimió—. ¿Cuál es su próxima aventura, míster Doolittle? ¿La respiración artificial?

Meneé la cabeza.

—Ducky sigue vivo.

—¡Oh, no! —estaba desesperada—. ¡No de nuevo!

La llevé conmigo a un banco y le expliqué.

—No siento que haya ocurrido esto. Le hemos ofrecido a mucha gente un cuento de hadas real y vivo... y ése es un lujo muy raro —ella se limpió una lágrima—. Todo el mundo se pasa la vida buscando algo en que creer. Yo, por ejemplo. He conocido muchas muchachas...

Cómo adelgazar con dieta

BUENAS noticias para los gordos que tienen que seguir dieta para adelgazar. El ejército norteamericano acaba de anunciar que sus médicos han obtenido una píldora que quita el apetito sin provocar ningún efecto nocivo.

—Le creo —y alzó, desafiante, la barbilla.

—Y cuando había llegado a la decisión de que la Cenicienta era sólo una película de Disney, usted...

—Entró en mi vida —asintió, como el policía del tránsito que conoce todas las respuestas.

—Se me adelantó —reí.

—Y mucho —se levantó.

—Si no la hubiera encontrado la habría seguido buscando y...

Estaba de espaldas a mí. Bajó la cabeza, se volvió y me sonrió débilmente.

—¿Lo habría hecho, Luther?

—Asolutamente —la atraje hacia mí—. No puedo seguirla a Alaska... Me resfrío con mucha facilidad —se rió—. Hola, Cenicienta —le dije con dulzura.

—Hola, periodista tramposo — me contestó alegremente.

CUANDO alcé la cabeza para tomar aire, lo vi... en el nicho de la pared. Era del color debido (una especie de gris) y del tamaño debido también. Sentado sobre sus patas posteriores, como una ardilla, me guiñó el ojo... ¡lo juro!

—¡Janet, pronto! —le señalé.

Ella se volvió para mirar y dejó caer su cartera. Se la levanté y volví a mirar, boquiabierto. Pero, evidentemente, Ducky se había escapado. Por lo menos, allí no estaba.

—No es nada, querido —me dijo Janet.

—Sí, sí, no es nada.

Pero, realmente, no estaba seguro. Y creo que nunca lo estaré. ♦

por DEL MOLARSKY

el amor es un barómetro

Manejar las lluvias no era tan difícil. ¿Pero estaba en las hormigas la solución buscada?

ilustrado por GAYLORD WELKER

Y como el treinta y dos y medio por ciento de los pronósticos oficiales del tiempo están equivocados —declaró Ogden Birdley—, imagínese lo que significaría para sus lectores el poder confiar en sus pronósticos en un cien por ciento. Ahora bien, si me emplea en su diario...

—Me imagino —le interrumpió el director de la "Gaceta de Finleyville"— que usted representará a algún grupo científico.

—No —replicó indignado el joven, irguiéndose en toda su escasa estatura como para imponer respeto.

—¡Oh, así que lo hace usted solo! —dijo el editor cuya desconfianza iba en aumento—. ¿Y dónde se procura los globos y demás equipos?

—Señor Lewis, yo *no* necesito globos —exclamó Ogden, cada vez más irritado.

—No necesita globos —reiteró el editor con una sonrisita; luego exclamó

impaciente, pasando la mano por un montón de papeles que tenía sobre el escritorio—. Soy un hombre muy ocupado; y hoy más que nunca, porque mañana me voy a ir a cazar patos. Buenos días, señor Birdley.

La sangre subió vertiginosamente hasta las raíces de los cortos cabellos color zanahoria de Ogden, iluminando su cara y dándole una expresión colérica.

—Volveré mañana —tartamudeó furioso.

—Sí, me parece una excelente idea —dijo el editor—. Venga cuando yo no esté aquí.

—Estará —le contestó Ogden, parpadeando furiosamente detrás de los gruesos cristales de sus anteojos con montura de carey. Luego, dió media vuelta y salió rápidamente del despacho.

EL día siguiente, Ogden Birdley volvió a la oficina.

—¡Oh, es usted de nuevo! —gimió el editor—. Le dije que iba a ir... —Se interrumpió—. Muy interesante —concluyó, sonriendo burlescamente.

—Sabía que no saldría a cazar patos con esta lluvia —le dijo Ogden recalando sus palabras.

—¡Hum!... y el pronóstico oficial decía buen tiempo para hoy —murmuró el editor.

—El pronóstico oficial anuncia también buen tiempo para mañana —le dijo Ogden, tomando su impermeable—. Pero volveré mañana y usted estará también aquí, señor Lewis.

Cuando Ogden volvió al día siguiente, llovía aún.

—Y no tiene globos —murmuró el editor rascándose la cabeza—. Bueno, Bert Hudson consigue más patos con el arco y las flechas que yo con mis miras telescópicas. ¿Y bien, voy a cazar mañana o no?

—Mañana hará buen tiempo —le re-

plicó Ogden con tranquila satisfacción, seguro de lo que decía.

—Señor Birdley —exclamó el editor dando una palmada sobre el escritorio—, si puedo cazar mañana, considérese empleado.

Dos días más tarde, el señor Lewis volvía a su oficina, contento como un colegial. Sentado frente a él, al otro lado del escritorio, estaba Ogden Birdley.

—Ahora, hablemos del sueldo —dijo seriamente el joven, parpadeando por encima de los anteojos—. Lo único que pido es lo necesario para mantenerme a mí y a mis hormigas.

—¿Hormigas? —inquirió extrañado el señor Lewis.

—Algunas gentes cazan patos —replicó Ogden—. Yo empleo mi tiempo en estudiar las costumbres de las hormigas.

—¡Oh! —acertó a exclamar el señor Lewis.

—El resultado de mis estudios puede ser de una gran importancia para la humanidad. Mientras tanto, necesito ganar algún dinero para mantenerme y mantener a mis hormigas. ¿Le parece exagerado el pedir por mis servicios catorce dólares semanales?

—Trato hecho —dijo el señor Lewis, quizá con demasiada precipitación.

Desde aquel día, el editor no dejó nunca de cazar por un pronóstico meteorológico equivocado. Ogden se fué a vivir a una granja de las afueras de la ciudad, y se dedicó a estudiar tranquilamente las costumbres de las hormigas. Una vez al día telefoneaba al señor Lewis, quien rompía el boletín oficial y lo reemplazaba con el informe suministrado por Ogden Birdley.

Durante las primeras semanas no sucedió nada. Pero al poco tiempo, los vecinos de Finleyville comenzaron a fijarse en que los boletines meteorológicos de la radio diferían a veces de los de la "Gaceta de Finleyville", y

bien pronto se dieron cuenta de que la "Gaceta" no se equivocaba nunca. Naturalmente, comenzaron a preguntarse cuál sería la causa de aquello, y no escasearon las conjeturas. Algunos opinaban que el diario poseía un nuevo equipo de radar que el gobierno estaba probando. Otros juraban que era la pierna reumática del Abuelo Dawson, y que todo aquello no tenía nada de anormal. Y, los escépticos lo explicaban diciendo que se trataba de una simple y pura coincidencia.

—La "Gaceta" no puede seguir acertando indefinidamente. El tiempo lo demostrará —argumentaban.

Eventualmente, los vecinos de los pueblos cercanos fueron sintiéndose atraídos por el fenómeno que no tardó mucho en convertirse en el tema principal de las conversaciones, en varias millas a la redonda. Los rumores del milagro llegaron hasta las ciudades más próximas. Un periodista de un importante diario fué a Finleyville para investigarlo. Poco después era imitado por otros colegas.

El señor Lewis trató desesperadamente de echar tierra al asunto, por buenas razones. Naturalmente, temía que Ogden Birdley se convirtiera en una figura nacional y se negara a seguir trabajando por un sueldo escasa-mente suficiente como para mantener a un hombre y sus hormigas.

Los periodistas acudían a su despacho y lo acosaban a preguntas con abrumadora insistencia.

—Vamos, cuéntenoslo todo.

—¿Por qué no quiere comunicar al mundo su secreto?

—No hablaré —era lo único que decía el señor Lewis. Pero cuanto más se empeñaba en callar, mayor era el número de periodistas que llegaban a Finleyville, cada uno de ellos decidido a ser el primero en develar el misterio que a tantos y tantos obsesionaba.

ENTRÉ ellos se encontraba una periodista recién egresada de la escuela. Jean Nash, una linda morenita de veintitrés años, consiguió que el director del "Heraldo de Scranton" le diera un trabajo a prueba y había elegido aquella ocasión para demostrarle su valía. El destino dispuso que fuera a buscar alojamiento en la misma granja donde vivía Ogden.

Aquella mañana, mientras la recién llegada subía por el camino enlosado que conducía a la granja de los Haskel, lo primero que vio fué una figura agachada sobre la hierba, en postura de yogi. Al aproximarse más, observó que se trataba de un joven que miraba atentamente un gran recipiente de cristal, lleno de tierra y de una move-diza masa de hormigas negras.

—Por favor, ¿podría decirme si ésta es la entrada principal? —se aventuró a preguntarle.

Sin dejar de mirar el contenido del recipiente de cristal, Ogden le replicó:

—Generalmente suelen usar el agujero grande, pero se atascó en él una

Cuestión de distancia

POR lo menos entre los norteamericanos, parece que el amor tiene mucho que ver con la distancia. Según una estadística publicada en el "American Journal of Sociology", sobre 300 casamientos realizados en la ciudad de Duluth:

El 5,67 % de los interesados vivían en la misma casa.

El 20 % vivía a menos de 5 casas uno de otro.

El 42 % a menos de 20 casas.

¡No es cosa de ir muy lejos para casarse!

oruga. Ahora usan ese agujero de ahí.

Dejando sus maletas, la muchacha se arrodilló junto a Ogden. No sabía lo que la fascinaba más, si la masa confusa de objetos diminutos, dentro del bol lleno de tierra, o la expresión seria del rostro, redondo y sonrosado, del joven; sus miradas iban del uno al otro.

—Hasta que no consigan sacar a la oruga, el tránsito estará en un estado deplorable —dijo Ogden sin volver la cabeza—. Si mira por este lado del cristal verá lo que les cuesta extraer la leche de los afidios para las larvas. —Su dedo regordete trazó la ruta por la parte exterior del bol—. Tienen que conseguir leche para sus pequeños.

—¿Leche? —le preguntó la muchacha.

—Claro. Los afidios son las vacas de las hormigas. La hormiga ordeña sus vacas dándoles con las antenas en el abdomen.

—¡Oh!

—¿No sabía que las hormigas tienen también sus vacas? —le preguntó Ogden, volviéndose por primera vez para mirar la cara que tenía cerca de él. Luego tragó saliva y se echó súbitamente hacia atrás.

MUCHOS hombres no habrían considerado a Jean Nash como una belleza, al menos, a primera vista. Sus oscuros rizos, que caían en pronunciado desorden sobre sus hombros, y unas cuantas pecas, que salpicaban su nariz y la parte alta de sus mejillas, le daban un aspecto infantil. Muchos hombres habrían tenido que mirarla varias veces para descubrir la sutil femineidad de las arruguitas que se formaban en los extremos de sus ojos, o los suaves hoyuelos que tenía junto a la boca. Pero Ogden comprendió en seguida que nunca había visto nada tan hermoso. Retrocedió varios pasos, y quedó sentado, parpadeando y mirán-

dola a través de los gruesos cristales de sus anteojos.

—Por favor, cuénteme lo de las hormigas y sus vacas —le rogó la muchacha.

En aquel momento, Ogden se fijó en las dos maletas.

—¿Me preguntó cuál era la entrada principal? —balbuceó.

—Preferiría que me dijera lo de las vacas —le replicó ella en tono persuasivo.

—Si lo que busca es una habitación, entonces debe hablar con la señora Haskell. Está en la pieza aquella, cerca de la puerta principal.

—Sí, pero, ¿y las vacas? —insistió la muchacha.

—Caramba, es usted la primera muchacha que conozco a la que le interesan las hormigas —le confesó Ogden.

Y así comenzó un nuevo capítulo en la vida de Ogden Birdley y en la historia de Finleyville.

Durante los dos días siguientes, Jean Nash dispuso de muy poco tiempo para estudiar la vida de las hormigas. Se levantaba temprano, trasladándose al centro, donde permanecía hasta muy entrada la noche. Mezclándose entre los grupos que, desde hacía un tiempo, llenaban todas las esquinas y bares, buscaba incansable e infructuosamente una palabra o indicio que le sirvieran para solucionar el misterio de los pronósticos meteorológicos. La tarde del tercer día retornó a la granja cansada, desanimada y tan lejos del objetivo de su misión como el día de su llegada a Finleyville. Se encontró con Ogden que estaba dándole miguitas a sus hormigas y haciendo anotaciones en una libreta.

Se sentó en la hierba junto a él y se fijó en que Ogden estaba deprimido también.

—¿No marchan bien sus cosas? —le preguntó.

—Son las hormigas —replicó él, lanzando un profundo suspiro—. Empiezo a perder la fe.

—¿En las hormigas? —agregó con simpatía Jean.

—En los seres humanos —sentenció él.

—¿Cuál es la relación? —inquirió ella.

—Nunca le dije a nadie por qué estoy estudiando la vida de las hormigas —dijo él—. La gente no lo comprendería.

—Creo que yo sí —le contestó ella, suavemente.

Él se dió cuenta de la profunda sinceridad que había en su tono.

—Sí, creo que sí. —Vaciló un momento—. Verá, trato de encontrar una solución para nuestro mundo en ruinas, experimentando con una sociedad de hormigas. Tengo una teoría. Durante varios años he ido acostumbrando a las hormigas negras que tengo en este bol y a las rojas, que tengo en otro, a dos clases de vida completamente distintas. Hoy realicé mi gran experimento. He mezclado unas cuantas de cada bol.

—¿Y qué ocurrió?

LA tragedia de la humanidad se pintaba en los ojos de Ogden.

—¡Lucharon como salvajes! Mi teoría tiene que estar equivocada.

—Lo siento muchísimo —dijo Jean.

—Pero no pienso dejarlo —prosiguió Ogden—. Voy a continuar desde un nuevo aspecto.

—Me parece maravilloso que una persona tome tan a pecho el problema del mundo —dijo Jean, con visible admiración.

—No me resulta tan desconsolador cuando los dos hablamos de él, como ahora. No, ni mucho menos —Ogden parecía casi alegre—. Quizá, después de todo, no lloverá en toda la semana. ¡Perdóneme!

—¿Perdón? —preguntó Jean.

—El hablar con usted es como hacerlo con mi madre, aunque sea completamente distinto —dijo Ogden y una soñadora suavidad apareció en su rostro. Por un momento, sus miradas se encontraron.

Ninguno de los dos habló. Sus manos yacían sobre la verde hierba, casi juntas y, tomando una margarita por el tallo, Jean pasó la amarilla flor por la muñeca de Ogden. La mano de él se movió hacia la de ella pero, a mitad de camino, se detuvo bruscamente.

SE sentó muy erguido sobre la hierba y le dijo de repente:

—Oh, sí, la lluvia. Nunca se lo dije; yo predigo el tiempo.

Jean echó hacia atrás la cabeza y abrió la boca, con una expresión de asombro y consternación. ¡Era cierto!

—No solamente lo predigo, sino que lo *causo* —agregó Ogden en el tono más natural—. Verá, yo soy un punto focal electromagnético de condensación atmosférica. Cuando me siento deprimido mi estado produce lluvia; cuando me alegro, aclara. Creo que esta vez, gracias a usted, sólo habrá uno o dos días de lluvia.

—Ogden —expresó Jean cuando hubo recobrado su equilibrio—, creo todo lo que me ha dicho acerca de las hormigas, sus vacas y todo lo demás. Si descubriera que me lo explicó por burlarse de mí, que realmente no hablaba en serio cuando me contaba esas cosas... perdería la fe en todo.

Ogden la miró largo rato. Finalmente, le dijo:

—Creí que usted era la única persona en el mundo capaz de creerme.

—Esperaba que me diría algo así —le confesó Jean—. Claro que le creo. Es decir, creo en su sinceridad.

—¿Sólo en mi sinceridad? —preguntó Ogden.

—Creo que es posible que una per-

sona muy sensible reaccione al tiempo antes de que se presente, pero...

—Creo que lo otro es excesivo para que lo crean, aunque sea usted —le interrumpió Ogden.

—¿Así que usted es el que hace los pronósticos de la "Gaceta" —se maravilló Jean.

—Me imagino que no hago mal contándoselo —le contestó Ogden—. Así me gano la vida. El señor Lewis me paga catorce dólares por semana.

Jean lo miró, pensativa.

—Catorce dólares semanales no es mucho para un hombre. No me extraña que el señor Lewis quiera guardar el secreto; sabe que si se enterara más gente, le ofrecerían otro puesto con un sueldo mucho más alto. ¡A mí me parece terrible!

—Realmente, no necesito más dinero —le replicó Ogden—. Soy muy poco comedor y las hormigas no insumen gran gasto.

—¡Pero hay otras cosas! —protestó Jean—. Por ejemplo, ¿cómo puede mantener un hombre a su esposa con catorce dólares semanales?

—No tengo esposa —protestó Ogden, alarmado ante la idea.

—Pero puede tenerla algún día —dijo Jean—. Suponga que se encuentra con una muchacha y se enamora de ella; y que ella se enamore de usted.

—Me imagino que esas cosas no pueden sucederle a alguien como yo —replicó Ogden con mirada soñadora—. Además, tengo que pensar en el porvenir de la humanidad. Mi felicidad personal no puedo anteponerla a la de los demás.

—Puede combinar ambas cosas —expresó Jean—. A veces, una mucha-

cha puede ayudar muchísimo a un hombre, si lo ama realmente.

—No, más vale que me resigne —dijo Ogden—. No soy un tipo Clark Gable.

—Tiene otras cosas —dijo Jean.

—Creo que lo único que tengo y que Clark Gable no tiene son hormigas —replicó Ogden—. ¿Y a qué muchacha le interesan las hormigas?

—Yo creo que las hormigas son la cosa más interesante del mundo, cuando usted me habla de ellas.

—Las muchachas buscan otras cosas en un hombre.

—Lo único que yo puedo decir es que cada muchacha busca una cosa distinta en los hombres, y que más vale que empiece a pensar en su porvenir. Ahora bien, como le decía, si mucha gente supiera lo que hace, le ofrecerían seguramente un sueldo mejor y...

—Pero —le interrumpió Ogden—, el señor Lewis no quiere que se sepa. Yo nunca le hablé a nadie de ello.

—¿No se lo ha dicho a nadie simplemente porque el señor Lewis no quiere que se sepa? —preguntó ella.

—Sí —le replicó Ogden—. Los dos estamos muy contentos con el arreglo. —Levantó la tapa de cristal del recipiente y echó un montón de miguitas sobre sus ansiosas ocupantes.

—El señor Lewis está teniendo muy buenas ganancias con su diario —dijo Jean, levantándose del suelo. Se estiró perezosamente, y se dirigió hacia la casa—. Y me han dicho que tiene mujer e hijos —agregó casualmente, y desapareció por la puerta.

A la mañana siguiente, el "Heraldo de Scranton" publicaba en primera

Los matrimonios y los hijos

EL promedio actual de hijos por matrimonio estadounidense es de 1,6.



página un artículo donde se explicaba el misterio de los pronósticos meteorológicos de la "Gaceta de Finleyville". Decía así, en parte:

"Hace tiempo que los científicos sospechaban que los cambios de las emociones humanas estaban estrechamente relacionados con las variaciones de la presión atmosférica.

Al fin tenemos un caso claro de barómetro humano, como prueba de esa teoría. El joven de rostro sonrosado y serio,

atribuye los cambios atmosféricos locales a su propio estado de espíritu. Claro está que lo cierto es lo contrario, y que él puede predecir el tiempo gracias a sus fluctuaciones emocionales.

Su extraña creencia de que su estado mental produce los cambios de tiempo es el producto de un profundo neuroticismo. No obstante, ese mismo neuroticismo, desarrollado hasta un grado hipersensitivo, es la única aplicación de sus sutiles reacciones al menor cambio atmosférico. No cabe duda de que esas respuestas supersensibles le permiten predecir el tiempo local con absoluta exactitud."

OGDEN Birdley estaba aún durmiendo cuando la multitud rodeó su casa. Había dormido mal aquella noche y había permanecido despierto muchas horas, tratando de no turbarse con los pensamientos que acudían a su mente. Se había paseado febrilmente por la habitación, intentando olvidar el tono de voz de la simpática Jean y la expresión de sus ojos cuando se sentó junto a él en la hierba. Sabía que no debía dejarse arrebatar por la imaginación, pero no le había duda de que sus palabras significaban algo cuando dijo: "Cada muchacha busca una cosa distinta en los hombres". Cuando clareaba se durmió con turbado sueño y, aunque eran ya las nueve, seguía durmiendo pesadamente.

El ruido de los golpes que la señora Haskel daba en la puerta, unido al que producía el gentío reunido bajo su ventana, logró por fin despertarlo.

—Tome, lea eso —le gritó la señora Haskel, poniendo sobre su cama un

ejemplar del "Heraldo de Scranton"—. Trataré de impedir que entren en la casa hasta que se vista.

Ogden se sentó en la cama, se frotó los ojos y se puso los anteojos. Miró el artículo y luego sus ojos se posaron atónitos en las palabras. "Jean Nash, enviada especial del "Heraldo de Scranton". Por un momento se quedó aturdido. ¿Por qué no le dijo que era periodista? Había ganado su confianza y luego lo había traicionado. Sí, pero también había dicho: "Si se enterara más gente le ofrecerían otro puesto con un salario más alto. No puede mantener una esposa con catorce dólares semanales. Más vale que empiece a pensar en su porvenir". De repente, el asunto entero asumió un aspecto muy distinto.

Saltó de la cama, se puso precipitadamente los pantalones y atravesó corriendo el vestíbulo hasta la habitación de Jean. En aquel mismo momento le pediría que se casara con él. La puerta estaba abierta, pero por ninguna parte se veía a Jean ni sus maletas. Encima de la cómoda encontró una nota; la leyó:

Ogden:

En caso de que le interese, puede comunicarse conmigo por medio del "Heraldo de Scranton". Mis mejores votos por su porvenir.

JEAN.

BAJÓ apresuradamente la escalera y llegó hasta el teléfono del vestíbulo, pero en aquel momento la puerta principal abrióse violentamente y se

La hora señalada

DE acuerdo con estadísticas realizadas por la Universidad de Temple, la enorme mayoría de los suicidios se producen entre las diez de la mañana y las dos de la tarde. Lo cual tiene sus inconveniencias si a uno le gusta quedarse durmiendo hasta bastante pasado el mediodía.

vió obligado a retroceder ante la vociferante masa de periodistas, fotógrafos, policías, mujeres y niños. Cien voces le hacían a la vez cien preguntas, mientras lo acorralaban contra la escalera. Los representantes de las más importantes revistas luchaban por obtener una historia exclusiva y, mientras docenas de personas, con las manos extendidas, gritaban, pidiéndole a voces un autógrafo, los periodistas de todos los diarios del condado seguían engrosando el grupo. Muchos de ellos habían seguido el asunto desganadamente y con escepticismo. Ahora querían juzgar por sí mismos el caso.

Afuera lloviznaba y hacía frío, tal como Ogden lo había predicho para la "Gaceta". Pero, durante una semana, las predicciones de Ogden habían coincidido con las oficiales. Y como ambas habían resultado ciertas, los periodistas estaban muy pocos convencidos de la infalibilidad de Ogden. Todos los hoteles y pensiones en varias millas a la redonda estaban llenos hasta los topes de forasteros que sólo aguardaban la oportunidad de poder decir:

"Ya lo había dicho yo".

MAS, en medio del tumulto, Ogden Birdley tan sólo se daba cuenta de una cosa: estaba enamorado. Las vértebras de su cuello se ponían de repente al rojo vivo y una gran alegría se apoderaba de él. Pero un momento después corría por la columna vertebral un helado escalofrío que lo deprimía intensamente.

Al caer el día logró librarse de la multitud y llegar hasta el teléfono. Pero sus esfuerzos por comunicarse con Jean por medio del "Heraldo de Scranton", fracasaron. Todos los cables de larga distancia se hallaban en un estado de terrible confusión, por el repentino alud de llamadas desde y para la ciudad. El timbre del teléfono de los

Haskel sonaba con persistente insistencia. Finalmente, Ogden, desesperado, contestó, esperando que tal vez fuera Jean.

La voz que lo llamaba sonó con rudeza en los oídos de Ogden.

—¡Diablos, la hizo buena! Pero ahora no irá a dejarme plantado.

—¡Oh, es usted, señor Lewis! —replicó Ogden, profundamente decepcionado.

—He estado postergando la edición esperando su pronóstico. Por amor de Dios, démelo de una vez.

Ogden trató de concentrarse, pero una profunda desesperación se apoderó de él.

—¿Qué espera? —gritó la voz encolerizada de Lewis.

Lúgubramente, Ogden le contestó.

—Frío y lluvioso esta noche y mañana, con... —Vaciló. De nuevo sintió que un extraño fuego le corría por el cuerpo y las piernas. Comenzó a resplandecer como una lámpara infrarroja, hasta que su cara brilló con una luz interior—. Bueno y más cálido para mañana —exclamó jubiloso. Pero vaciló de nuevo—. Creo que debe aguardar un momento.

—Por amor de Dios, ¿qué pasa? —rugió el editor.

—Ponga, bueno y más cálido... no, guarde...

Pero, en aquel momento, alguien le arrebató a Ogden el teléfono de las manos. El señor Lewis colgó.

Ni Finleyville ni la multitud de forasteros que llenaban sus hoteles, había visto nunca un tiempo parecido al de las veinticuatro horas siguientes. Por un momento, un sol claro y una brisa suave animaron la atmósfera. Un momento después, las calles quedaron oscurecidas por unas nubes amenazadoras que vertieron sobre ellas una lluvia torrencial, obligando a todos a buscar abrigo del aguacero. Una ligera

nevada se agregó a la confusión. La "Gaceta" se había esforzado por estar a la altura de la demanda de ejemplares extra. El pronóstico del tiempo decía en grandes letras azules: BUENO Y MÁS CALIDO.

EL día siguiente no se podrá haber hallado en todo el Condado de Washington una ciudad más tranquila que Finleyville. Sólo quedaban unos pocos forasteros que aguardaban el último tren. Durante uno o dos días, todos los diarios del condado hablaron en términos jocosos del asunto —es decir, todos los diarios menos el "Heraldo de Scranton" y la "Gaceta de Finleyville".

Ogden Birdle, solo en su habitación, escuchaba el triste rumor de la lluvia contra los cristales. Luego, por quinta vez en la mañana, telefonó al "Heraldo de Scranton".

—Sí, ya sé que la han despedido; a mí también. Pero, ¿no dejó siquiera una dirección?

—Lo siento —fué la respuesta.

Ogden habría podido tal vez soportar la tragedia personal de perder a la muchacha que amaba y la convicción de que ella nunca le perdonaría el haber arruinado su carrera. Pero sufría una tragedia mucho mayor —una que afectaba al porvenir de toda la humanidad—. Durante el tumulto del día anterior, unos periodistas descuidados habían abierto las tapas de los recipientes de las hormigas. El resultado había sido que la mayoría de ellos habían escapado y muerto pisoteados... esas hormigas que, durante más de un año, él había ido preparando con fines experimentales, para resolver el problema del mundo.

"Quizá todo aquello formara parte de un plan superior", pensó, mientras permanecía en su habitación escuchando tristemente la lluvia. Se preguntó si su existencia no sería tan insignifi-

cante como la de las hormigas y si, después de todo, no haría bien poniéndole un fin. Sí, ésa era la solución. Más aún, aquella era la única solución posible, porque se había dado cuenta de que su actual estado de espíritu no podía producir más que una lluvia continua en la comunidad donde viviera. Sí, definitivamente tenía que acabar con su vida.

Pero en aquel momento, sus miradas se fijaron en un diario caído, sin abrir, junto a la puerta de su habitación. No podía ver más que las titulares, mas le bastó.

SE AVECINA UNA CRISIS MUNDIAL DE ALIMENTOS GRAN SEQUÍA EN LA ZONA TRIGUERA

Bueno, haría un último servicio a la humanidad.

—¿POR cuánto tiempo necesitan la lluvia? —le preguntó Ogden a un par de granjeros, al bajar del tren en Carson, Iowa, en el corazón de la zona triguera.

—Por lo menos durante diez días —le replicó uno de ellos, pero el otro, que había reconocido a Ogden por las fotos publicadas en los diarios, le dió un codazo, y entonces, los dos se volvieron rápidamente para ocultar su risa.

Pero, bien pronto, Ogden tuvo la satisfacción de comprender que no vivía en vano. Al día siguiente llovió a cántaros. Los granjeros del estado se pusieron contentísimos. Claro está que pensaban que era pura coincidencia, y se rieron hasta enfermar del hombrecillo chiflado con los cabellos rojos cortados al cero y los anteojos de gruesos cristales.

El tercer día de lluvia el viejo Phil Dudley, el cartero, que estaba separando el correo, se detuvo para examinar una carta reexpedida desde Finleyville, Pennsylvania, dirigida a Ogden Birdley, Poste Restante, Carson,

Iowa. Dejó aparte el sobre y, durante todo el día, estuvo anormalmente pensativo.

Aquella noche reunió a un grupo de ciudadanos importantes de Carson. Todos ellos convinieron en que la dirección del sobre estaba escrita con letra de mujer. Más aún, de él se desprendía un ligero perfume. Claro está, podría ser muy bien de su madre, pero lo más probable era que no lo fuera.

Una cosa era clara para todos: ningún hombre podía sentirse tan deprimido como Ogden Birdley a menos que la causa fuera una mujer. Ahora bien, tal vez aquella carta era de tal naturaleza que cambiaría por completo el estado de espíritu del destinatario. Eso era lo que más preocupaba a todos ellos. Claro está, que era absurdo suponer ni por un momento que aquel hombrecillo excéntrico tenía en realidad algo que ver con la lluvia, pero, de todos modos, ¿por qué tentar al destino?

Algunos de ellos propusieron que se quemara la carta, pero otros se opusieron a métodos tan radicales. Hubo un acalorado debate que terminó finalmente con una transacción. Todos convinieron en que no había mal alguno en retener la carta de Ogden hasta que llegara el décimo día de lluvia.

Los días que siguieron fueron días alegres para miles de granjeros. El mundo entero se llenó de una nueva vida y esperanza. Pero cada jornada que transcurría iba aproximando a Ogden Birdley a su fin.

Al final del décimo día el cielo se oscureció de un modo terrible. Unas nubes negras y pesadas tocaban casi los extremos de las espigas, vaciándose en torrentes sobre el campo.

Dudley, el jefe de Correos miraba desde la ventana de su oficina el oscuro paisaje.

—Una visión deprimente, hasta pa-

ra un labrador —exclamó, mientras la lluvia golpeaba tristemente contra los cristales. Una expresión risueña pasó por su arrugado rostro. Volvió a su escritorio, se sentó y abrió el cajón de abajo. Sí, la carta seguía aún allí. Tomó el teléfono y llamó a Sam Hobbs, en cuya casa se hospedaba Ogden Birdley.

—Hola, Sam. ¿Has visto en toda tu vida una lluvia igual? Está haciéndose verdaderamente insoportable. Creo que ya es hora de que le entreguemos la carta al joven. Me parece que debes decirselo ahora mismo.

—A mí se me había ocurrido lo mismo —le replicó la voz de Sam—. Lo malo es que no lo he visto en todo el día.

Cuando Dudley colgó, su rostro reflejaba una expresión de honda preocupación. Llamó a varias personas más, pero nadie había visto a Ogden Birdley. Por fin se comunicó con Jim Runson, el dueño del almacén.

—Sí —dijo Jim—, pasó por aquí hace un par de horas. Compró un trozo de sogá de cáñamo y se fué. Su aspecto era sombrío.

Los buenos vecinos de Carson no perdieron el tiempo en dar la voz de alarma. Los mismos que se habían reído, un día antes hasta enfermar, del excéntrico forastero, se congregaron entonces en grupos solemnes, dedicándose a recorrer los anegados campos.

LA vida de Ogden Birdley había sido una serie notable de frustraciones, hasta el momento crucial de aquel último día.

Como nunca fué un atleta, vió que no podía trepar al árbol, especialmente con chanclos e impermeables. Era extremadamente miope y, por si sus dificultades fueran pocas, la fuerte lluvia empañaba los cristales de sus anteojos, dejándolo casi ciego. Una y otra vez intentó echar el lazo por una de las

ramas del árbol, pero sin éxito. Seguía intentándolo aun cuando Dudley, el jefe de Correos, y un grupo de hombres empapados y cansados se encontraron con él en las afueras de la ciudad.

Son muy distintas las versiones de lo que hizo Ogden cuando abrió la carta. Era de Jean Nash, en un papel que tenía un membrete de Omaha, Nebraska, y decía, en parte:

Yo sé que nunca podrá perdonarme por haberle trastornado así su vida. Lo único que le pido es que trate de comprender mi motivo. Lo amo y escribí el artículo pensando que lo hacía por su bien. Ahora comprendo que me equivoqué y no me atrevo a esperar que me perdone.

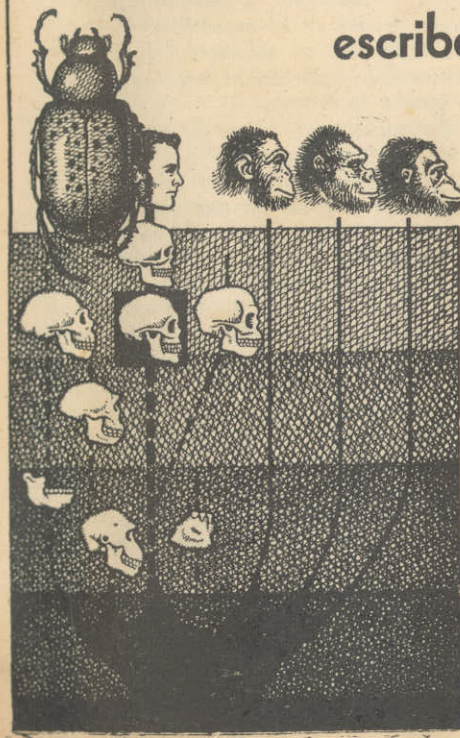
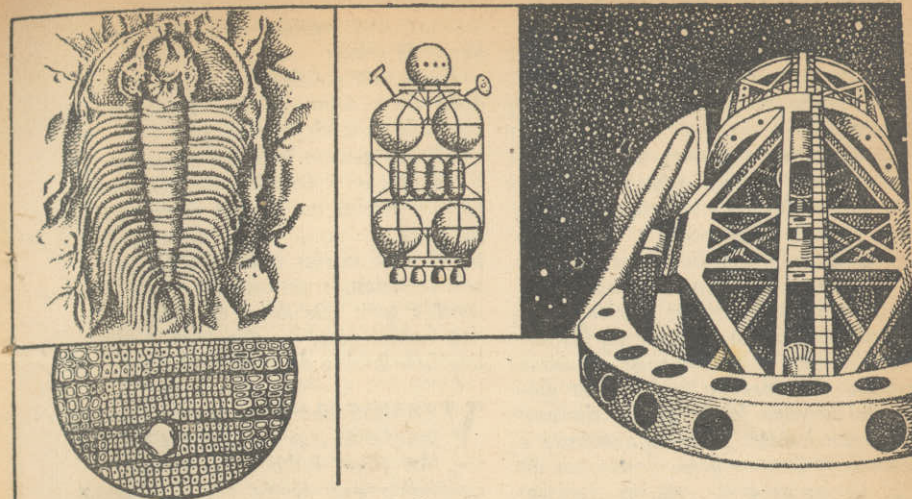
Algunos dicen que Ogden Birdley al terminar la lectura de la carta dió un gran salto y luego echó a correr



como alocado. Otros recuerdan tan sólo que saltó. En lo que todos coinciden es en que desapareció con una velocidad increíble.

Al día siguiente, los diarios decían que un caprichoso tornado había rozado el límite del estado, casi en línea recta desde Carson hasta la frontera de Nebraska. Afortunadamente, azotó una región escasamente poblada y causó pocos daños.

AUNQUE las estadísticas prueban que hoy en día tan sólo un matrimonio entre cinco resulta feliz, creemos significativo el mencionar que el de los esposos Birdley no puede ser más afortunado. Residen habitualmente en el "Estado del Sol", y se dice que Ogden está a sueldo de la Cámara de Comercio. Unos amigos míos, que residen allí, me dicen que el sol de Florida es ahora más brillante que nunca. ♦



escribe

WILLY LEY

LAS EDADES GLACIALES

II

NO sólo una, sino por lo menos tres veces en el transcurso de los últimos 600 millones de años, nuestro planeta experimentó lo que se conoce actualmente con el nombre de edad glacial: época con glaciares en regiones que normalmente están libres de ellos.

La primera de estas glaciaciones, de la cual tenemos datos muy incompletos, tuvo lugar en los comienzos del remoto periodo cambriano. (Véase Las eras geológicas en la contratapa). Más

probablemente fué una época que debería ser llamada precambriana si es que dispusiéramos de una vara de medida lo suficientemente exacta y si las fechas pudieran establecerse con mayor precisión.

La glaciación siguiente, acerca de la cual sabemos mucho más, tuvo lugar unos 400 millones de años después, durante el período pérmico.

Este período sucedió a los días de las interminables, tanto en extensión como en duración, selvas tropicales del período carbonífero, que fueron las responsables de la mayoría de nuestros depósitos actuales de carbón. La glaciación pérmica fué seguida, sin embargo, por los tres períodos que muy a menudo se juntan bajo el nombre de edad de los reptiles: triásico, jurásico y cretáceo, que suman en conjunto unos 135 millones de años bastante cálidos. La edad de los mamíferos o era terciaria (el segundo nombre es una reliquia de los primeros tiempos de la geología, que suponía un total de cuatro épocas geológicas, de las cuales ésta era la tercera) tuvo una duración de 60 millones de años, y también evidentemente un carácter bastante caluroso.

Y luego, después de una buena serie de 200 millones de años de clima templado, se nos vino encima la última edad glacial que terminó hace unos pocos miles de años, casi coincidiendo con las más antiguos documentos de la civilización humana.

El gran problema que se plantearon los hombres de ciencia apenas se conocieron los primeros datos acerca de las glaciaciones, fué: ¿A qué se deben? Un grupo de respuestas, predominante durante un tiempo, se basaba en el hecho simple de que la Tierra recibe su calor desde el Sol. Por tanto, si en algún momento determinado no obteníamos el calor suficiente, tenía que obedecer a que el Sol se había debilitado

temporariamente; o bien nosotros, por razones desconocidas, habíamos cambiado de órbita.

En pocas palabras: o la estufa no daba tanto calor como al principio, o nos habíamos alejado de ella.

El mes pasado hice un resumen de dichas ideas y también de las causas por las cuales no servían como explicaciones, manteniéndome siempre dentro de las teorías que se basaban en acontecimientos astronómicos. En este sentido tuve que dejar de lado el orden cronológico, ya que, si no, el relato habría sido demasiado confuso.

VAMOS ahora las teorías que se quedaron con los pies en la Tierra. Así como hubo en el terreno astronómico una teoría trivial ("el Sol se está consumiendo"), hubo una igualmente trivial en el aspecto geológico. En definitiva, no solamente el Sol se estaba enfriando: también a la Tierra le pasaba lo mismo.

En un tiempo (decía la teoría), la Tierra fué una pelota de gases calientes y rocas fundidas: un sol en miniatura. Y a pesar de que mucho antes que el papá y debido a la pequeñez de su tamaño formó una costra fría, este globo siguió siendo un sol por debajo de su caparazón durante un tiempo considerablemente largo. En el transcurso de los períodos geológicos que pasaron, la corteza recibió energía radiante no sólo desde arriba: el calor también le llegaba desde abajo. A medida que la calefacción subterránea se hizo más débil, la corteza se fué enfriando debido a que el Sol no alcanzaba por sí solo a reproducir el clima tropical del pasado.

El argumento se desmoronó en cuanto la vieja glaciación del período permiano apareció en escena. Para ridiculizar todavía más la idea, alguien hizo un pequeño cálculo. Suponiendo que el calor subterráneo fuera capaz de

proveer a la superficie con tantas calorías como las otorgadas por el Sol, ¿cuánto aumentaría la temperatura a medida que uno descendiera hacia el interior de la Tierra? La respuesta fué que, a diez metros de profundidad, el subsuelo ya debería de encontrarse al rojo, lo cual, evidentemente, sería bastante molesto para las raíces de los vegetales.

Sin lugar a dudas, la teoría del calor subterráneo no era una respuesta convincente. Pero uno podría preguntarse, aceptando que América del Norte había tenido su edad glacial al mismo tiempo que Europa, y aceptando también que se habían encontrado indicaciones de una edad glacial en el hemisferio sur: ¿hay alguna manera de comprobar la coincidencia de las edades glaciales del hemisferio sur y del hemisferio norte?

Este problema fué el que intrigó a Alphonse Joseph Adhémar, profesor de matemáticas, y que condujo a una de las hipótesis más descabelladas que jamás hayan sido lanzadas sobre el público, en general bastante paciente.

Pero primero tenemos que recordar algunos hechos más o menos elementales. Como todos saben, el eje terrestre está inclinado con respecto al plano de la órbita, y la órbita misma no es un círculo perfecto sino simplemente una elipse casi circular. En nuestros tiempos, la Tierra está más lejos del Sol cuando el hemisferio norte está en verano. La pequeña variación de distancia es poco importante; lo que sí importa es que la inclinación del eje favorece al norte en lo que a calor se refiere en esa época del año.

En el sur, las cosas pasan exactamente al revés: el polo sur está en verano cuando la Tierra está más cerca del Sol. Eso significa también que la Tierra se mueve con más velocidad. Por tanto, aunque el verano del polo sur sea potencialmente más cálido, es

algo más corto, y lo contrario sucede en el norte. Inversamente, el sur tiene inviernos más largos y fríos.

Además está el fenómeno de precesión de los equinoccios (sobre el cual no vamos a entrar en detalles), que se traduce en que, cada veintiséis mil años (en números redondos), el norte recupera la posición privilegiada de veranos más largos.

ADHÉMAR sugirió la idea de que la edad glacial representa simplemente la época en que el polo norte estaba en la posición que ahora le corresponde al polo sur. En las épocas en que, a raíz de dicho ciclo, el hemisferio norte apuntaba hacia el Sol en los momentos en que la Tierra está más cerca de éste, el norte gozaba de inviernos largos y fríos. Aunque los veranos resultaban más cálidos, eran demasiado cortos para derretir el hielo que se había acumulado. Y cuanto más hielo se acumulaba, invierno tras invierno, menor era el efecto solar sobre dicha acumulación.

Hasta ahí, de acuerdo con los datos que se poseían, esta teoría tenía tanto derecho a ser respetada como cualquier otra. Pero Adhémar siguió adelante. Al acumularse el hielo sobre el polo menos favorecido, su peso hacía desplazar el centro de gravedad terrestre. Esto haría a su vez que las aguas se acumularan en la cercanía del polo más frío. Si el lector echa una ojeada al mapa, verá que en el norte hay muchas tierras y que, en cambio, el polo sur está rodeado por miles de kilómetros de agua de mar. Ahora bien: a medida que la severidad de la estación fría se desplaza lentamente de un polo al otro, el polo más frío comienza a derretirse poco a poco. Un verano, el último témpano emigra hacia el norte...; y de repente, el centro de gravedad del planeta se desplaza y las aguas co-

rren en flujo incontenible hacia el otro polo.

Durante el último desplazamiento de las aguas hacia el norte, los mamutes fueron llevados desde su patria tropical hasta el hielo de Siberia, donde se las arreglaron para persistir toda una estación (Adhémar no podía saber en ese entonces lo bien que se habían adaptado dichos animales al clima frío, en cada uno de los aspectos de su fisiología); y el último flujo hacia el sur fué probablemente el diluvio del que habla la Biblia. Adhémar predijo asimismo que el próximo desplazamiento se produciría dentro de 6.300 años.

A pesar de haberse equivocado en todos los sentidos. Adhémar introdujo una idea que más de un buen geólogo pretendió utilizar más tarde: se trata de la noción de que lo que parece una edad glacial puede haber sido nada más que un invierno polar normal. Pero los polos no tienen por qué haber estado necesariamente donde están ahora.

Alrededor de 1883, el observatorio Urania, de Berlín, informó, después de mucho vacilar, que su propia latitud parecía desplazarse. La cantidad era muy poco importante, y difícilísima de medir. Pero el hecho se producía aparentemente (ellos mismos decían "aparentemente"), sin lugar a dudas. El observatorio Pulkova, de Rusia, fué el primero en corroborar tan extrañas noticias. Praga siguió la serie. Y con el solo propósito de que la confirmara, el astrónomo Marnuse fué enviado al otro lado del mundo, exactamente hasta las islas Sandwich, para hacer mediciones desde los antípodas.

Era cierto. El polo norte, y naturalmente también el polo sur, se deslizan un poquito (unos 20 metros) alrededor del lugar que tendrían que ocupar teóricamente. No es un movimiento en línea recta, sino más bien

una especie de temblor; pero, por favor, nada de hacer chistes acerca de la baja temperatura.

Bueno, si los polos se mueven ahora un poquito, podrían muy bien haberse movido más en el pasado. Si el lector tiene todavía el mapa a mano, o mejor aún un globo terráqueo, échele un nuevo vistazo. Suponiendo que en una época toda la Tierra estuviera inclinada de tal manera que el polo norte ocupase el extremo sur de Groenlandia, ésta habría evidentemente significado una edad glacial, tanto para América del Norte como para Europa. Si además suponemos que, en el período geológico precedente, el polo norte estuvo localizado a lo que ahora llamamos 60 grados de latitud en el nordeste asiático, el Ecuador habría pasado por Texas y Luisiana, al oeste del océano Atlántico, y a través de España y Grecia, al este.

Sin duda alguna, Europa y Norteamérica habrían gozado de un clima tropical.

Este ejemplo tan simple, que se limita a desplazar el polo a lo largo del meridiano 40, no actúa en realidad; pues Irlanda, Inglaterra y el norte de Alemania, así como (naturalmente) Escandinavia, estuvieron cubiertos por glaciares, mientras que Francia y España no.

Sin embargo, ésta fué la idea general presentada (que yo sepa, por primera vez) en el Informe Anual de 1901, de la Sociedad Geográfica de Dresden. El autor de este trabajo particular fué un ingeniero de nombre Paul Reibisch.

SEGÚN Reibisch, la Tierra realiza un movimiento pendular muy lento, oscilando de norte a sur, en ida y vuelta, durante el transcurso de los períodos geológicos, y llevando así los diversos continentes al calor intertropi-

cal o al frío de los polos. Si el lector quiere tener una imagen visual del significado de la teoría de Reibisch, sostenga el globo terráqueo entre las puntas de dos dedos: el uno colocado en Sumatra y el otro en Ecuador. Después hágalo oscilar. Si ahora supone que la capa polar se desliza sobre los mares y continentes, ya tiene todo lo que necesita.

Reibisch continuó su trabajo original con dos publicaciones más en 1905 y 1907, y posteriormente apareció otro libro que apoyó entusiastamente a Reibisch. Su autor era el doctor Heinrich Simroth, profesor de zoología de la universidad de Leipzig.

El profesor Simroth había procurado coordinar las ideas geológicas de Reibisch con sus propios conocimientos de zoología respecto a la distribución de los animales sobre la superficie terrestre, y había llegado a la conclusión de que todo marchaba a la perfección.

Pero Simroth hizo todavía algo más. Reibisch había introducido, como un hecho, el movimiento pendular de la Tierra. Smiroth trató de encontrar la causa. Solución: Un segundo satélite de la Tierra había chocado con ella varios millones de años antes de la primera glaciación, en los días precambrianos. Este choque había causado la primera oscilación, y desde entonces el campo magnético del Sol, actuando sobre el campo magnético terrestre, había ido amortiguando el movimiento pendular, hasta que por fin no quedaron más que los fríos que conocemos ahora.

Hermosa teoría, aunque falsa. Aun dejando de lado las "construcciones" de Simroth, el péndulo de Reibisch no caminaba para ningún lado. Mientras la glaciación europea había caído entre la era terciaria y la de ahora, la norteamericana en cambio se habría desarrollado bien dentro de la terci-

ria. Los geólogos de entonces (1907) ya estaban bastante seguros de que fueron simultáneas. Hoy gracias al método del C-14 no tenemos ninguna duda al respecto.

Pero había otra idea más. Podría suceder que no fuera la Tierra, como un todo, lo que hiciera esos movimientos tan extraños, sino la corteza o ciertas porciones de ella, mientras flotaba sobre el magma más pesado de la capa más profunda. En cuanto una expresa esta teoría, a todo el mundo le surge el recuerdo de la teoría del profesor Alfred Wégener acerca de los continentes flotantes; idea intrigante, que casi podría decirse sirve para explicar las cosas... pero no del todo: todavía quedan demasiadas dificultades en el tintero. Sin embargo, Wégener no fué el primero en hacer vagar los continentes por la superficie del planeta.

El primero, en 1886, fué un intruso muy oculto y cuidadoso, Karl Conde de Löffenholtz y Cólberg, que lo sugirió como posibilidad. El siguiente fué (extraña coincidencia de nombres) el padre Kólberg, S. J. y el tercero fué el padre Damian Kreichgauer, S. V. D., que unos cincuenta años más tarde publicó en Die Aquatorfrage in der Geologie, que puede ser traducido como "La posición del Ecuador en la Historia Geológica". El padre Kreichgauer se interesaba, como el título lo indica, por el Ecuador; pero, cuando uno mueve el Ecuador, mueve también los polos.

Resulta interesante que Kreichgauer, que escribió sus trabajos un poco antes de que Reibisch publicara los suyos, aunque la fecha de edición fuera posterior, también suponga que Sudamérica y las Indias Orientales se deslizaron un poco. Por otra parte cree que el ecuador ha estado paseándose de un lado al otro, en el transcurso de la historia geológica.

Dado que los continentes de Kreithgauer pueden viajar oblicuamente si es necesario, las cosas pueden marchar mejor que con el sistema rígido de Reibisch. Pero, aun así, las glaciaciones del este y el oeste no se pueden hacer coincidir. Y la verdad es que coincidieron.

TODAS estas ideas no fueron en realidad explicables; eran intentos de explicar las edades glaciales, y ya que fracasaron, la antigua suposición de que toda la Tierra se enfrió temporalmente, parece ser la más simple lógica. Pero ni siquiera tendría que haberse enfriado demasiado. Melchior Neumary, de Viena, calculó que bastaba con una reducción general de la temperatura media, de 3 ó 4 grados centígrados.

Si todo mediodía y toda medianoche fueron dos o tres grados más fríos que ahora, por algunos cientos de años obtendríamos la más hermosa de las glaciaciones, tanto en el norte como en el sur, tanto en el este como en el oeste, y nada de insensateces acerca de centros de gravedad que se desplazan ni de segundos satélites que pegan golpes bajos.

Una teoría más o menos evidente centra su atención sobre las enormes nubes cósmicas que se ven en el espacio interestelar. Si nuestro Sol, conjuntamente con su sistema planetario, se metiera dentro de una de esas nubes de polvo cósmico, éste absorbería parte de la radiación solar, y la Tierra recibiría en consecuencia menos calor. Es realmente sorprendente que haya pasado tanto tiempo antes de que alguien dijera eso; pero no se dijo hasta hace treinta años, en que fué

impreso por primera vez en un trabajo del astrónomo Nölke.

La teoría parece simple; sin embargo, encierra dificultades enormes.

El polvo cósmico absorbería la radiación solar. De acuerdo. Pero también reflejaría la radiación que en condiciones normales no consigue alcanzar a la Tierra. ¡El resultado total bien podría significar un aumento y no una disminución de la cantidad de calor que recibe la Tierra. Justamente, el inglés Delauney, que escribió más o menos en la misma época que Nölke, llegó a esa última conclusión. Y todavía más importante: el polvo serviría de combustible al Sol, aumentando así la radiación emitida por éste.

Es concebible que uno pretenda todavía arreglar las cosas suponiendo una densidad de polvo espacial tal que sirva de pantalla contra las radiaciones, sin aumentar el calor solar. Pero teniendo en cuenta que las últimas glaciaciones desaparecieron hace sólo unos 10.000 años, sería una exigencia razonable pedir que le señalen a uno en qué lugar del cielo se encuentra la nube de polvo cósmico culpable de tantos descalabros.

Hace más de treinta años, el geólogo Geinitz, probablemente la autoridad más grande en lo que a edades glaciales se refiere, escribió en la introducción de un voluminoso libro sobre el tema: "Las causas de las edades glaciales son desconocidas". Desafortunadamente podría decir lo mismo, si volviera a escribirlo en la actualidad.

Y todavía queda una teoría, que dejo para otro artículo. No hay manera de probarla, por el momento; pero podría ser exacta. ♦

¿En qué época le gustaría vivir? ¿Qué mundos le gustaría visitar?

¡Qué problema!... Al elegir una época o un mundo se eliminan todas las demás posibilidades.

¡Pero usted puede vivir en cualquier época, desde el comienzo del mundo hasta el fin de la historia!

¡Usted puede visitar cualquier planeta hasta los límites del Universo!

¿Cómo?

Leyendo **más allá** naturalmente.

Con \$ 6.— usted podrá comprar su pasaje mensual a través de todos los tiempos y todos los espacios, y con \$ 60.— su viaje durará un año...

SUSCRIPCIONES: En la Rep. Argentina: \$ 60 al año.

Más allá

AV. ALEM 884
BUENOS AIRES

Deseo suscribirme por un año a **MÁS ALLÁ**. Adjunto cheque o giro postal por \$ 60.

Nombre

Dirección

.....

(ESCRIBIR CLARO)

LA TRAMPA

por BETSY CURTIS

Estaba decidida. Para rejuvenecerla tendrían que pasar sobre su cadáver.

ilustrado por EMSH

LA anciana señorita Noble apartó bruscamente el borde de la blanca cortina para ver mejor al joven que se aproximaba calle abajo. Debía de ser "ése".

El joven caminaba un poco agobiado bajo el peso de una usada valija negra. Cruzó la calla Maple y siguió por la calle Prospect hacia la acera de la señorita Noble. Lo vio dejar la valija en el ancho porch de lo de Raney y enjugarse la frente con un pañuelo blanco. Después, cuando avanzó hacia la puerta, lo perdió de vista. Tal vez fuera un visitante de los Raney... pero estaban de vacaciones fuera de la ciudad. Tal vez fuera un vendedor.

La señorita Bárbara Noble trasladó su mecedora al otro costado de la ventana, desde donde podía observar sin necesidad de mover la cortina.

Esta habitación del segundo piso era un excelente mirador. Rápidamente escurrió la calle en la otra dirección,

pero no vio señales de movimiento bajo el sol ardiente. Se puso entonces a observar la valija posada como un obstáculo al borde del porch.

Pasaron por lo menos dos minutos antes de que el joven emergiera del bajo techo saliente y levantara la valija. Un tipo insistente. Bajó a la acera y se aproximó a la casa de ella. Subió los escalones de entrada y trató de posar la valija en la angosta gradería; no pudo, se enderezó e hizo sonar la campanilla. Un ronco zumbido vibró en la habitación.

Bárbara Noble se inclinó hacia la ventana, apartó la cortina una pulgada escasa, y estudió su espalda mientras él miraba hacia las ventanas situadas al otro lado de la puerta. Ondeados cabellos rubios y una gran mancha de transpiración fueron sus impresiones dominantes. Tal vez fuera un honesto vendedor trabajando duro en su oficio. No lo haría entrar, por su-

puesto; pero se apiadó un poco de él, obligado a cargar una valija con este tiempo.

Él se volvió y miró derechamente hacia la ventana tras de la cual se ocultaba. Soltó instantáneamente la cortina. ¿La habría visto moverse? El timbre sonó otra vez imperativamente.

La señorita Bárbara se levantó con movimientos rígidos, se dirigió a la gran pantalla visualizadora y la conectó. El hombre podría tener algo interesante, y ella no podía salir de compras como acostumbraba. Se alisó el vestido de entre casa color lila y bajó la escalera.

En el pequeño hall de entrada dudó. Luego abrió la puerta unas ocho pulgadas. Diestramente el hombre colocó la ancha punta oscura de su zapato en la abertura y la miró. Ella sonrió burlescamente al ver su expresión de asombro.

Era vieja, realmente vieja. Llevaba los cabellos blancos recogidos sobre la cabeza en un rodete tan tirante, que las innumerables arrugas de su frente y de alrededor de sus ojos corrían verticalmente, dándole un aire oriental. La mano que posó en la jamba de la puerta era una garra blanca como la cera. Una vena azul corría hacia los nudosos dedos, destacándose prominente bajo la piel. Probablemente no había visto nunca a una mujer que le evocara la Edad Media.

—¿Bien? —su graznido fué recio y áspero.

El joven se recobró y comenzó su discurso.

—Señora, represento a una de las más conocidas y reputadas firmas del país. Nuestros productos han obtenido tres medallas internacionales por su pureza y eficacia. Su ac...

—¿Qué es lo que vende, joven?

—Tengo el privilegio de representar a los *Productos de Belleza Taffeta*. Por favor, acepte esta botella de nues-

tra *Loción Refrescante Rocío*... — sacó de su bolsillo y se la ofreció con una sonrisa que significaba "harto la necesita usted".

Ella no adelantó la mano para recibir la botella.

—No quiero nada. Adiós —la puerta apretó el zapato del vendedor.

—Pero señora —su zapato no se movió, y su sonrisa fué simpática y suplicante a la vez—, todo lo que pido es una oportunidad para mostrarle nuestro surtido. Nuestros productos se venden solos. Además se me paga por una demostración base, un tanto por cada cliente potencial que reciba nuestras muestras gratis y un tanto por cada demostración a domicilio. Usted no querrá que me pierda dos cincuenta, cuando sólo se le pide que me conceda exactamente seis minutos y un tercio de su tiempo para presenciar una de las más asombrosas demostraciones jamás rea...

—Bueno, no sé...

—Sé que usted disfrutará viendo el *Tisú Limpiador* en acción y observando la novedosa simplicidad de nuestro *Equipo Casero de Revitalización Capilar*. Le prometo que no desperdiciará su tiempo.

—Quizá desperdicie el suyo, joven. Yo no compro esos menjunjes.

—Tal vez sea usted de esas afortunadas mujeres que no necesitan de nuestros productos, pero creo que no puede decir eso antes de verlos.

—Nunca vi una insistencia igual, ¡palabra! —en su cara de dibujó una sonrisa avinagrada—. Sígame, pues.

Ella penetró en la oscuridad de la casa. El vendedor cargó su valija con la mano izquierda, abrió ampliamente la puerta de calle y entró con un largo paso. En ese preciso instante oyó el ligero ruido que hacía al cerrarse delante de él una segunda puerta. Moviéndose la falleba, pero estaba cerrada con llave. La puerta de calle quedó abierta,

pues la valija le impedía cerrarse.

La luz que entraba a raudales le permitió ver que se encontraba en un pequeño hall de no más de un metro veinte de lado. Empujó la valija hacia el interior para que la puerta se cerrara. Golpeó luego la otra puerta.

El picaporte de la puerta de entrada se cerró, e instantáneamente la luz que irradiaba un inmenso globo adherido al techo inundó el hall. El techo estaba, sorprendentemente a cinco metros por encima de su cabeza.

Una voz áspera, aumentada por un amplificador, pero que era, sin lugar a dudas, la de la vieja, llenó el hall.

—Bien, joven. Sus movimientos son captados por mi visor. Háganos ver la demostración. Creo que usted dijo seis minutos. Adelante.

Haciendo pantalla con la mano, el vendedor examinó las paredes y el techo buscando la lente del visor. La encontró al lado del globo cuya luz lo cegaba; al otro lado estaba colocado un parlante.

—Ciertamente, señora.

Con un movimiento automático dejó la valija en el suelo y la abrió apoyando la tapa contra la puerta del frente. Buscó en la pared señales de aberturas que pudieran significar defensas inesperadas, tales como tanques anes-tésicos. El único accidente que pudo

advertir en la lisa y blanda superficie de yeso cuando se agachó ante la valija; fué una fila de redondeles de vidrio situados a la altura de su rodillas en las dos paredes de los lados.

—Ahora, hasta mi cara —cerró los ojos y exhibió una sonrisa de actor de televisión, mirando hacia la lente del visor— se somete a los cuidados diarios de los *Productos Taffeta* —volvió su rostro hacia la valija e hizo rechinar sus dientes.

—Ahora —prosiguió—, untaré con el suavizante los músculos faciales del lado izquierdo para mostrar la acción y la apariencia de los músculos que han perdido el "tono".

Destapó un pequeño tubo marfilino y frotó vigorosamente su mejilla con un emplasto parduzco.

—Notará que este suavizante contiene también un porcentaje de suciedad que se aloja en los poros —agregó, prosiguiendo con la demostración.

Oyó un sonido entrecortado desde el parlante cuando exhibió su cara con el lado izquierdo arrugado y manchado de un feo tinte marrón. De alguna parte detrás del ruido llegó a él un continuo tañido de pequeñas campanas.

Sus manos se movieron entre las botellas y potes, buscando una redonda

Caprichos de la ciencia

LAS estrellas se clasifican, según su temperatura y según el elemento que predomina en el análisis espectroscópico, con las siguientes letras: P O B A F G K M N. El origen de esta extraña clasificación es bastante curioso: primitivamente se habían ordenado por orden alfabético, y las fichas correspondientes estaban guardadas en ese orden en un fichero del observatorio de Harvard. Investigaciones posteriores demostraron que algunas clases debían suprimirse, u ocupar un lugar distinto en la clasificación. Pero eso significaba ¡el descalabro del fichero de Harvard! La cuestión es que el fichero quedó como estaba, y en todo el mundo se adoptó la rara sucesión de letras que dimos al principio.

Y al que no le guste...



caja plateada, que sostuvo en su mano.

—La delicadamente perfumada *Almohadilla Aplicadora*, apta para la aplicación de todos los productos Tafeta, están presaturadas con el *Renovador de Tono Firmol*. Sumerjo la almohadilla en esta solución de *Hisopo Mejorador* —lo hizo— y la hago penetrar suavemente en los poros. Los resultados son instantáneos.

El joven recobró su primitiva apariencia de actor de televisión.

MIENTRAS se inclinaba para alcanzar los artículos sujetos a la tapa de la valija notó que la intensidad del sonido de las campanas aumentaba. Pasó una mano sobre uno de los redondeles de vidrio más cercanos a la puerta interior, con la aparente finalidad de apoyarse. Un tono aún más bajo se sumó a las notas de las campanas. Era obvio que había ojos eléctricos y un equipo de campanas de alarma en el actual domicilio de la vieja dama. Sonrió para sí. Atornilló un cepillo circular para el cabello a un tubo desarmable y se sentó.

—Ahora quiero que mire atentamente el objeto que voy a mostrarle —exhibió el cepillo con el tubo atornillado a su parte posterior y lo hizo girar—. ¿Sabe usted qué es esto?

El parlante no transmitió otra respuesta que su propio zumbido y el tándido de las campanas.

—¿A qué se parece? —repitió.

Hablaba rápidamente y con expresión simpática. Tampoco obtuvo respuesta. Se levantó rápidamente y trató de abrir nuevamente la puerta interior. Al hacerlo oyó que el sonido de las campanas se hacía más grave.

—Déjeme ver ese artefacto otra vez, joven. Aunque, ¡por Dios!, ¿qué importa que yo sepa o no qué es? Parece un cepillo para el cabello con algún aparatito arriba.

Él saltó al centro del hall.

—Este cepillo es la parte esencial de nuestro sensacional *Equipo Relustrificador de Cabello*. El tubo atornillado a la parte superior nutre a través de cada una de sus cerdas huecas a todo el cabello con nuestra especialmente preparada *Brillancette*.

Cepilló el sector derecho de su larga cabellera rubia con pequeños movimientos rotativos. Cuando apartó el cepillo, esa parte de su cabeza estaba cubierta de bucles dorados que brillaban bajo la luz, como esculpido en oro.

—Es algún truco. Haga lo mismo con la otra...

Su voz fué interrumpida por un sonido sincopado. Un llamado telefónico.

—Un momento, joven.

El zumbido del parlante y el súbito silencio parecieron llenos del eco de las campanas.

RÁPIDAMENTE el hombre dejó el aparato en la valija y tomó un puñado de gasas de limpieza de una caja que estaba dentro de aquella. Dejó caer la tapa de la valija y pasó las correas por las hebillas. Luego la empujó contra una de las paredes y se sentó en ella para sacarse los zapatos y calcetines. Pegando su espalda a la pared, dobló las rodillas y apoyó sus pies desnudos contra la otra pared. Después de colocar el montón de gasas en su regazo, afirmó su mano contra la pared bajo sus nalgas y, como un experimentado alpinista, ascendió hacia la "cúspide" del hall. Cuando su cabeza tocó el cielorraso, se aseguró firmemente con su mano izquierda, y con la derecha tomó las gasas. Protegiendo su mano con algunas gasas, tocó la base del globo luminoso, lo destornilló y lo depositó suavemente entre las gasas que aun conservaba en su regazo. La repentina oscuridad era ago-

biante. El calor atravesó la gasa más rápidamente de lo que había esperado; y el esfuerzo para mantener las rodillas contraídas en la oscuridad absoluta a un metro y medio del suelo fué agónico.

Cuando por fin llegó al suelo, colocó el globo en la valija de muestras. Luego abrió la puerta del frente y la volvió a cerrar, dejándola abierta una fracción de pulgada. Tomó un cartucho anestésico del bolsillo de su pantalón, rompió el sello teniendo cuidado de no gatillararlo, y volvió a su postura de escalamiento. Volvió nuevamente a alzarse sobre la fila de ojos eléctricos y esperó, cartucho en mano, con los músculos de las piernas dolorosamente acalambrados.

DESPUÉS que la señorita Noble desconectó el parlante, se arrancó del fascinador espectáculo de los dorados bucles y corrió hacia una silla que estaba junto a la mesita del teléfono. Levantó el anticuado auricular (nada de invasiones a la vida privada, como el visófono), y habló cautelosamente ante él.

—¿Quién es? ¿Qué quiere?

—¿Barbara? —Era una apremiante voz de hombre.

—Habla la señorita Noble —replicó altivamente.

La voz pareció enfurecerse.

—Bien; habla el doctor Harris, entonces. ¿Ha visto su correspondencia hoy? Me llegó la noticia de la reunión del directorio esta mañana.

—Sí. Lo sabía. El quince de agosto —dijo impacientemente.

—Y parece que éste es nuestro año. Ya estuvo aquí una chica esta mañana, con un cuento acerca de un aviso en el que yo pedía un ama de llaves. Lo dijo ante el portáfono y no quiso irse cuando le dije que no había pedido nada—, pero me bastó para echarla un chorro de aceite de zorrino en el corredor.

La horrible risa que llegó a través del tubo era tan ronco, que la señorita Noble debió retirarlo de su oreja.

—¿Rubia o morena? —preguntó sin mayor interés.

—Rubia. Y realmente joven, no una de esas condenadas rejuvenecidas!

—¡Rod Harris! Usted la espío, ¡viejo sátiro!

—Sólo por un motivo.

—Bueno, si la Compañía cree que una linda chica puede servir de cebo para viejos nonagenarios como usted... Lo rejuvenecerán antes de no mucho tiempo.

—No tendrán oportunidad. Y voy a envejecer hasta que no pueda siquiera hacerle un pito-catalán a la compañía. Después me moriré y la *Juventud, Corporación de la Perpetua Juventud*

De corazón a corazón

RECIENTEMENTE las operaciones de corazón se habían puesto a la orden del día; todo porque los cirujanos encontraron la manera de sustituir el corazón humano con uno mecánico, durante el transcurso de la operación. Sin embargo, todavía existían ciertas dificultades que no dejaban satisfechos a los médicos. Hasta que a uno se le ocurrió reemplazar el corazón humano por... por otro corazón humano. Para ello no hay más que conectar el sistema circulatorio del paciente con el de otra persona; el corazón y los pulmones de esta última hacen el trabajo de los dos. El método ha sido utilizado ya con toda tranquilidad, en operaciones de media hora de duración.

lanzará gritos de agonizante cuando se disuelva y entregue al público sus fórmulas secretas, de acuerdo con el artículo del estatuto... y usted se comprará posiblemente una nueva dentadura postiza y se someterá otra vez al tratamiento. Cuando termine el monopolio, lo encontrará lo suficientemente barato como para que los millones que guarda en su tarro del azúcar no corran peligro.

La señorita Noble, sin dejarse amilantar por la mezcla de chiste y de cínico sarcasmo estalló:

—No se burlé de mí, doctor Roland Harris; bien sabe usted que mi única razón para vivir tanto es asegurarme que usted muera antes. Usted no inventó sólo la rejuvenización, sino con ayuda de la doctora Bárbara Noble, y la compañía tiene el derecho exclusivo hasta que *ambos* muramos. Y, si a esta altura, usted se pone a perseguir a cuanta rubia regordeta se le cruce, tendré que vivir hasta que nieve en el Ecuador.

—Bien, de acuerdo. Pero no era regordeta. No era más gruesa que usted. Además, me gustaría cenar con usted esta noche. Mi criado Marko puede prepararnos roast beef. Quiero que escuche a mi último descubrimiento. Es el mejor cantante-improvisador que oí jamás, Jeery Wade. Acaba de cumplir sus primeros cincuenta años, ya no es un cabeza de chorlo. Su aterciopelada voz de barítono la hará estremecer hasta provocar la caída de su rodete. Si usted promete venir, le telefonaré a Jerry Wade para que venga a las ocho.

No hizo falta el visor para transmitir en toda su magnitud el desdén de la señorita Noble.

—No me moveré de esta casa hasta después de la reunión del directorio, y entonces sólo lo haré si los negocios suspenden el reparto a domicilio. Todas las precauciones son pocas. La vi-

da es una carga demasiado pesada para arrastrarla otros ochenta años aun para su maravilloso cantor, que probablemente irá a rejuvenecerse cuando me haya acostumbrado a él. Y *nada* podrá inducirme a aguantar durante una velada sus historias por centésima vez. Y si algo debo agradecer a esta enloquecida época, es la ley de disolución del matrimonio, que me libera de sus anécdotas después de tres lapsos de cincuenta años cada uno.

—Entonces, Bárbara, ¿eso fué tan desagradable para ti? —Roland Harris pareció apenado.

—¿Crees realmente que debo estar agradecida a la Corporación por ciento cincuenta años de escuchar esas antiguallas sobre los marcianos, los venusinos y el robot?

—Bueno, si piensas así me guardaré mis descubrimientos. Espero que tu fantástico hall de entrada te mantenga a salvo hasta que te pudras.

—Es bastante eficaz —replicó la vieja dama amablemente—. Tengo allí casualmente a un jovencito haciendo amansadora. Trata de interesarme en un nuevo maquillaje. Mi juego de ojos eléctricos y mi visor son menos repulsivos que tu líquido de zorrino, y dos veces más efectivos.

—De todos modos no van a impedirme pasarlo bien hasta que me llegue la hora. Creo que me dejarán en paz, y voy a escuchar a Jeery Wade. Improvisará alguna buena canción sobre todo esto, cuando se lo cuente.

—Cuidate, Rod..., adiós —dijo la señorita Noble casi ansiosamente.

Dejó el teléfono en su lugar, se levantó y volvió frente al visor. Al sentarse conectó el parlante. Recién entonces advirtió que la pantalla estaba completamente oscura. Sólo se veía una borrosa banda gris.

—¿Está usted ahí todavía, joven? —preguntó ante el micrófono.

El parlante permaneció mudo. Los percutores del largo xilofón del ojo eléctrico colgaban inmóviles.

—Se fué... y dejó, además, la puerta de calle abierta. Lo creí más insistente —se había chasqueado—. Me debe cuatro minutos más de diversión.

Se levantó lentamente y se dirigió hacia la puerta.

—No conocía ese emplasto ondulator del cabello... ¿Servirá para cabellos blancos?... Será mejor que baje a cerrar la puerta. Alguien puede entrar.

Bajó las escaleras, abrió la primera puerta y dió un paso hacia el interior del hall. Antes de que pudiera reconocer el ruido apagado que hicieron los pies desnudos del vendedor al golpear el piso, la rodeó el fuerte brazo de aquél; y el silbar del revólver anestésico rompió el silencio del pequeño hall. Blandamente, ella se desplomó en sus brazos.

El sisear del revólver cesó. El joven lo guardó en su bolsillo y abrió la puerta interior con su mano ahora libre. Entró en la pulcra habitación del frente, pateó la puerta cerrada ante él y respiró ávidamente el aire puro. Luego se dirigió por la puerta de atrás de la casa sosteniendo sin esfuerzo el cuerpo inconsciente. No encontrando

lo que buscaba, subió por la estrecha escalera hasta el segundo piso. Al otro lado del descansillo, percibió un brillo de porcelana a través de una puerta semiabierta.

Depositó cuidadosamente su carga sobre la abigarrada alfombra que estaba colocada ante la bañera, e hizo correr el agua caliente. Tomó la temperatura con su mano varias veces. Cuando el agua alcanzó la altura deseada, cerró la canilla y corrió abajo a buscar su caja de muestras. El hall estaba todavía lleno de gas. Después de tomar la caja, cerró nuevamente la puerta con estrépito.

Abrió la caja ante el cuerpo de la anciana, dejando al descubierto una cantidad de tubos plateados y una serie de frascos de soluciones iridiscentes asegurados con cintas de alambre aislador. Vació un frasco en el agua, que provocó un agitado burbujear, y la tiñó de un oscuro color gris.

Luego descendió las escaleras nuevamente, y empezó a buscar el teléfono. La búsqueda se hizo más precipitada a medida que abría sin éxito cajones y aparadores en la habitación del frente y en la cocina. Volvió arriba, y casi pasa de largo junto al aparato. Su forma anticuada lo había despistado. Se detuvo ante el teléfono y llamó.

Volando bajo el agua

No se trata de una adivinanza, sino de un nuevo principio aplicado a la construcción de barcos. Hasta ahora, la resistencia del agua constituye un obstáculo insuperable para obtener grandes velocidades con los navíos comunes. Pero, hace poco, los proyectistas navales han dirigido sus miradas a las alturas y, copiándolo de los aviones, han "inventado" el sistema de las alas portantes: éstas son pequeñas alas colocadas bajo el casco del barco, que se apoyan en el agua, igual que las alas del avión se apoyan en el aire. De esta manera, a poco andar el casco del buque se levanta completamente por encima del agua, con lo cual se han alcanzado ya velocidades del orden de 110 kilómetros por hora, en barcos "voladores" de diversos lagos de Alemania. Como se ve, en esto de las alas no hay nada nuevo bajo el sol.

—¡Hola, Alice?

—¿Qué pasa, Riggy?

—Aquí estoy. La dama está fuera de combate en el piso del baño. Ya eché en el agua la primera solución: está a cinco grados sobre la temperatura. Estoy por meterla adentro —con todas sus ropas, por supuesto—. Perdí muchísimo tiempo buscando este teléfono hipoblástico. Apúrense Margy y tú, y vengán a trabajar.

—¡No me des órdenes, Rigel O'Maffey!

—Sabes que nunca hice este trabajo con una mujer. Y no te olvides, querida, que sacaremos de esto bastante para comprar a medias un helicóptero nuevo. Ven. —Colgó antes de que ella pudiera contestar.

De vuelta en el baño, sacó de la caja un largo termómetro, tomó cuidadosamente la temperatura del agua, hizo correr un poco más de agua caliente y dejó luego abierta la canilla de modo que saliera un delgadísimo chorro.

Levantó cuidadosamente el cuerpo de la doctora Bárbara Noble, lo sumergió con toda suavidad en el agua, bajando con una mano su vestido de percal que se inflaba al entrar al agua. Luego se arrodilló ante la bañera, sosteniéndole la cabeza fuera del agua, en la curva de su brazo.

Un estrépito en la puerta interior de abajo le recordó la fuerza con que la había golpeado en su apuro por respirar el aire contenido de la habitación del frente.

Miró anhelantemente hacia el toallero, pero, finalmente, el estrépito cesó y una voz femenina gritó:

—¡Hola, Riggy! ¡Déjanos entrar!

Asió entonces la alfombrilla de colorinches y la colocó a guisa de almohada bajo el huesudo cuello.

Las muchachas le rezongaron mientras subían las escaleras por no haberles dejado la puerta sin llave; él trataba de explicarles mientras se cuida-

ba de sostener la cabeza de la vieja fuera del agua.

—¡Suéltale, Riggy! ¿Para qué crees que sirven esos flotadores?

Discretamente, él se retiró cuando las muchachas comenzaron el complicado proceso de rejuvenecimiento de Bárbara Noble, que duraría quince días.

LA empleada sentada detrás del escritorio de ébano, cuya chapa de oro informaba que ésa era la oficina central de la *Juvenia, Corporación de la Juventud Perpetua*, cerró los atestados cajones. Se oyó el ruido que hizo al caer en el interior de uno de ellos un espejo. El rojo intenso que brillaba en sus labios demostraba que acababa de hacer uso de él.

Echó su cabeza hacia atrás (exhibiendo así del modo más favorable sus bucles negros) y se dirigió al hombre que estaba frente al escritorio.

—¿En qué puede serle útil la *Juvenia, Corporación de la Juventud Perpetua*? —Su recién asumido aire de importancia fué reemplazado por una vehemente amabilidad al percibir los anchos hombros del joven y la perfección varonil de sus facciones.

—Soy Harris. Vengo para la reunión de directorio. —Su tono era cortante.

—¿Usted es el doctor Harris? Oh, pase por favor.

Se levantó del escritorio y se dirigió a la puerta de oro forjado, que abrió para hacerlo pasar.

—Ha llegado un poco temprano. Lo conduciré al salón del directorio.

En cada gesto de ella se reflejaba una vehemente voluntad de hacerse útil.

—Gracias, conozco el camino —respondió él avanzando.

Lo siguió, sin embargo, a través de la enorme recepción, cuyos lados estaban cubiertos de plantas exóticas. Se oía el murmullo de una fuente. A lo

largo de la extensa galería se veían murales en los que hombres y mujeres bailaban, nadaban y jugaban al tenis. Una tapicería adornaba el acceso al gran arco final. Iba a trasponerlo, cuando ella lo tomó de una manga.

—Tomaría gustosamente notas taquigráficas para usted, si lo necesita.

Se dió vuelta y la miró como si no supiera que estaba detrás de él.

—Gracias, pero no será necesario. Va a ser una reunión corta.

El sonrió y le acarició la mejilla.

—Pero si no estoy conforme con los procedimientos, tal vez pueda dictarle algo después.

Ella rió, como si se tratara de una broma usual entre ellos y se retiró rápidamente ante de que él tuviera tiempo de volverse y echar de menos el esplendor de su porte gracioso.

Sus cejas estaban todavía levantadas y las comisuras de sus labios curvadas en un gesto ponderativo, cuando atravesó el arco y penetró en la vasta sala techada por una inmensa bóveda.

Una muchacha estaba allí, sentada de espaldas a él mirando por sobre las hirvientes calles de la ciudad, hacia las cumbres de las montañas lejanas. Reconoció en seguida la delgada figura, el brillo de los cabellos cobrizos, y la delgada mano posada en el brazo del sillón.

—¡Babs!

Ella se volvió a medias.

—Hola, Rod.

El rió burlonamente y se hundió en el sillón próximo.

—Henos aquí otra vez.

—¿Vencido por tu propio aceite de zorrino?

—No. El conductor del helicóptero de la compañía me secuestró, cuando dejaba a Jeery Wade. ¿Qué te pasó a ti?

—El hombre de los cosméticos me tendió una celada en el hall. Pero ten-

go otros cincuenta años para encontrar algo mejor... si todavía lo necesito.

—¿Qué significa si todavía lo necesitas? ¿Has cambiado de opinión sobre el rejuvenecimiento?

Ella sonrió

—Bueno, tú sabes, siempre es divertido al principio. Pero le he pedido a mi abogado que asista a esta reunión. Creo que podríamos cambiar los artículos del acuerdo para que el procedimiento pueda hacerse público dentro de cincuenta años, sin esperar a nuestra muerte. De este modo, si queremos morir, nadie —señaló con su mano hacia el pequeño grupo de hombres atléticos y encantadoras mujeres lujosamente ataviadas que se movían a lo largo del arco—, nadie tendrá interés en rejuvenecernos. Además, también nuestras ganancias se reducirán y, como ésta es la razón de que hayamos redactado los artículos tal como están, para no vernos nunca en peligro de morir de hambre, se nos presentará la elección más interesante, antes de morir o rejuvenecernos nuevamente y volver al trabajo. ¿Firmarías un acuerdo para dentro de cincuenta años, Rod?

—¿Quieres casarte conmigo por otros cincuenta años, Babs? —su voz era amable, implorante.

—Pero, realmente ¿no estás harto de mí? —dijo ella gravemente, enfrenándolo.

—No. No puedo decir que lo esté. Eres especial, doctora, y especialmente bonita —era un ritual.

—Sabes que eres el único hombre para mí. Me casaré contigo. ¿Firmarás?

—Por supuesto. Lo hubiera hecho de todos modos al saber que era tu deseo. Bárbara, tal vez podamos trabajar en otra cosa ahora. Podemos alquilar un laboratorio y hacer análisis comerciales mientras se nos ocurre alguna otra idea para investigar.

—Rod, es la mejor idea que has tenido en los últimos ciento cincuenta años. Pero antes, una luna de miel, ¿verdad?

—Es tu mejor sugerencia en estos últimos setenta años. Y tal vez podamos rejuvenecer a Jeerv Wade y a su mujer y llevarlos con nosotros. Después de un par de semanas, por supuesto.

ABANDONARON del brazo el salón del directorio, un poco antes que el disgustado grupo de directores, que lamentaban el fin de un negocio tan brillante. En el jardín del salón, Bárbara eligió una orquídea.

Rod Harris se dirigió al escritorio, donde la joven de los bucles negros esperaba sonriente.

Miró a Bárbara, luego le sonrió a la muchacha.

—Precisamente lo que había dicho... fué una reunión corta. No hubo ne-

cesidad de su taquigrafía. ¡Qué suerte tuvo!

—Oh, no sé —repuso ella huraña.

—Oiga, escuché la otra noche un cuento que le va a gustar. ¿Le gustan los cuentos?

—¿Qué clase de cuentos?

—Usted lo juzgará.

De pronto, Bárbara se les acercó luciendo un c. pullo bronce y ve:de.

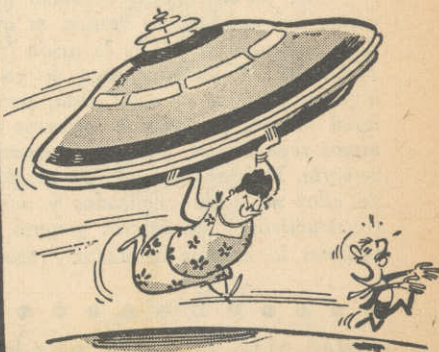
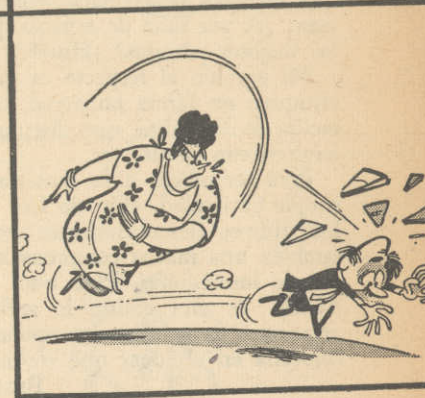
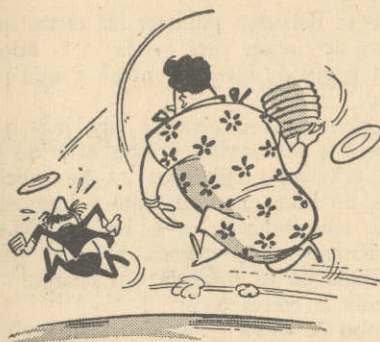
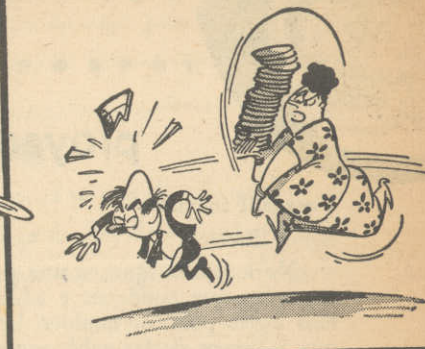
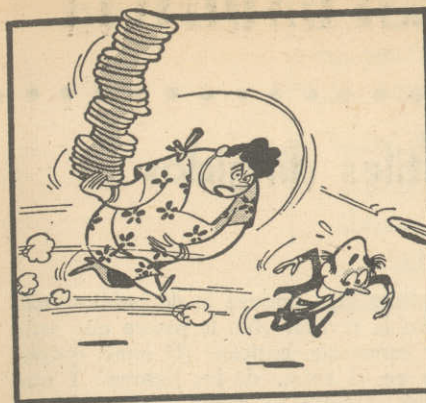
—Vamos, querido. Tenemos que hacer una cantidad de cosas antes de partir.

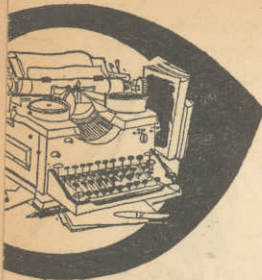
Abrió la puerta de oro para que pasara ella y la siguió. Volviéndose hacia el escritorio le dijo a la otra muchacha:

—Puede que esté de vuelta dentro de unas semanas para hablar sobre un empleo. Pídamme entonces que le cuente algo acerca de los marcianos, de los venusinos y los robots. ✦

Dime cómo dibujas, y... no te diré quién eres

HAY días en que uno se levanta lleno de impulsos artísticos. Ve pasar una vaca, por ejemplo, y, sin más ni más, se pone a dibujarla. Cuando después muestra el resultado a la familia, todos se maravillan. "¡Qué linda casa!", dicen. Claro es que no habría por qué hacerse mala sangre si no fuera porque hay muchas pruebas psicológicas que se basan en la habilidad para el dibujo. Quizá porque él mismo se encontraba entre los que de una vaca hacían una casa, o por algún otro motivo, la cuestión es que el doctor John W. Whitmyre se preguntó si este tipo de pruebas indicaban en realidad cuál era la personalidad del sujeto analizado. Para salir de dudas tomó cincuenta pacientes de un hospital de enfermedades nerviosas y cincuenta individuos normales, y les hizo dibujar. Después llevó los dibujos a los especialistas en dichas pruebas, para que le dijeran quiénes estaban enfermos y quiénes no. Y los especialistas no acertaron ni una. Conclusión del doctor Whitmyre: "Si por el análisis de los dibujos, un psicólogo no es capaz de diferenciar un sujeto normal de otro que no lo es, la utilización de este procedimiento es de dudosa eficacia".





CORRESPONDENCIA

projectiles dirigidos

Proyctil inexacto

Señor director:

¿No le parece que es una política algo errónea la de publicar sólo las cartas que ponderan y adulan la revista? ¿No le parece que sería más lógico publicar también las cartas que critican? ¿O teme, quizás, que influyan desfavorablemente en el ánimo de los lectores? Y otra cosa: ¿es por falta de espacio que abrevian las cartas y sólo publican los mejores párrafos? ¡Hum!...

Mi opinión al respecto es que se deberían publicar las cartas que critiquen en forma imparcial, que aconsejen para ayudar a la orientación de la revista, que discutan temas de interés general, y que polemiquen con el director.

Para ser adicto a la fantasía científica, se necesita algo más que simple curiosidad, afán de leer revista tras revista y estar al tanto de los últimos descubrimientos en el campo científico... Se precisa también una mutua comprensión, un libre entendimiento e intercambio de impresiones. Para esto, lo más indicado es la revista. "MÁS ALLÁ" es una revista lo suficientemente preparada y capaz para arrancar a la sección correspondencia de su infancia (¿o letargo?) y colocarla en el lugar que realmente le corresponde...

RICARDO A. ERTL (Posadas, Misiones.)

****Es fabulosamente inexacto que MÁS ALLÁ publique sólo las cartas halagadoras. La verdad es que la mayoría de las cartas recibidas contienen elogios, y la razón (o la culpa) es, en mi opinión, que MÁS ALLÁ satisface más de cuanto decepciona. Publicamos sólo algunos párrafos de cada carta, porque muchos lectores reaccionan de igual manera frente a los mismos estímulos; cortando las cartas, evitamos repeticiones, ahorramos espacio, y publicamos lo que realmente importa. Dejamos de publicar elogios o críticas, imparcialmente, cuando ellos no están explicados y motivados, o cuando no nos parecen constructivos y de interés general. Aunque nos conforten las felicitaciones, las críticas razonadas y razonables nos parecen más interesantes.*

MÁS ALLÁ contesta a todas las cartas firmadas que recibe. La Sección Científica de MÁS ALLÁ prepara las respuestas a las preguntas sobre temas científicos. Algunas cartas y respuestas se publican cada mes. Escriba a MÁS ALLÁ.

Queridos señores:

Soy un niño de 10 años. Me interesa mucho la ciencia, especialmente la química. "Más Allá" es de lo mejor, para mí. En el número de noviembre "La tercera expedición" es espeluznante, horripilante y todo lo que termina con ante.

Además, en el reverso de esta página está un dibujo de los habitantes de Marte Plutón, según mi imaginación ¿les gusta?

Suyo

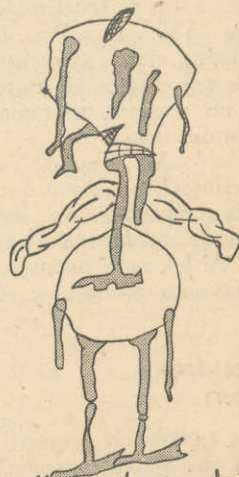
Nicolás E Meyer.

Nicolás E Meyer.
Sturiza 673
Olivos
F.C.N.G. B.M.

Proyctil infantil

*** Nicolás, tu carta me llena de emoción. Los habitantes de Marte (no, de Plutón) podrán ser de 5 metros o de 5 micrones, serán medio torpes o no, provistos o no de ojos, pero tus sentidos y tu inteligencia están a la altura de nuestros tiempos. Tú, que supongo eres el lector más joven de la revista, nos has escrito una carta que en términos infantiles es una síntesis de MÁS ALLÁ: pasión por la ciencia, alas para la imaginación y un lápiz para verter en el papel las visiones de la fantasía. ¡Adelante, Nicolás! También adelante termina con ante: te gustará.

Habitante de Plutón



De 5 metros de alto, medio torpe, se adapta a los gases metano e hidrogeno que abundan en la espesa atmósfera de Plutón. No tiene ojos y usa a cambio los oídos.

Homeopatía

Señor director:

Sobre su comentario a mi nota anterior (MÁS ALLÁ N° 16), desearía hacer algunas aclaraciones, pues de tal comentario se desprende que no se han interpretado bien algunas de mis palabras y que hay hechos que posiblemente ustedes y muchos lectores desconozcan. En primer lugar, si los médicos en general niegan las bondades de la homeopatía, es porque la ignoran. En cuanto a que tales bondades sean *absolutas*, ningún médico homeópata de criterio equilibrado lo podría admitir, pues la homeopatía tiene sus limitaciones y sus indicaciones precisas; nada hay en biología que sea absoluto, salvo su comienzo y su fin: la vida y la muerte.

En cuanto al modo de acción del medicamento homeopático, las teorías de la sugestión y de las impurezas no fueron nunca sostenidas por quienes conocen la homeopatía sino por quienes ignoran totalmente cuanto a ella se relaciona. La teoría de la acción dinámica del medicamento no es nueva. Es tan vieja como la homeopatía misma, y fué emitida por su creador, Samuel Hahnemann, hace 150 años, por pura intuición. Actualmente, gracias a la física moderna, se ha comprobado que tal intuición respondía a la verdad. Así lo han certificado las investigaciones de Boyd en sus laboratorios de Glasgow, Berné, Pfeiffer y Jarricot en Francia, el ingeniero Gay en Suiza, los investigadores de los Laboratorios de Física Homeopática de la URSS, el análisis espectral infrarrojo que ha hecho Heintz en Alemania, los de la Bell Telephone en USA, Taubin entre nosotros en la Academia de Medicina, y muchos más. También se ha comprobado que la enfermedad produce vibraciones que son precisamente las que alteran el estado de salud. Y precisamente son de igual carácter que las del medicamento dinamizado que las ha de curar. Para aclarar sus dudas le diré que, tal cual sucede en física, ambas vibraciones muchas veces se refuerzan al encontrarse, lo que explica los trastornos observados en el enfermo al suministrarle un remedio, trastornos que los homeópatas llaman "agravación medicamentosa".

Cuando hablo de "la acción de un campo magnético u otras vibraciones semejantes", obsérvese que lo digo a propósito de una suposición sobre la terapéutica "que han de practicar las entes de otros planetas más evolucionados que el nuestro". ¿Acaso esta forma de teorizar en el MÁS ALLÁ no constituye, como dice usted en su hermoso editorial, "el encanto continuo y el tormento inmortal de la aventura científica"?

H. L. R. (Buenos Aires).

Club de lectores

Señor director:

Por favor, envíele un proyectil teledirigido al doctor C. A. Milich de Córdoba, que quiere conspirar contra su revista. La proporción de temas es perfecta; el único defecto (?)... es que es muy "terrenal", convendría extragalactizarla algo. Por la publicación de las Crónicas

Marcianas de Bradbury le estoy más que RVHJKEZ (consultar el diccionario venusiano)... pero lo que no comprendo, con mi pobre cerebro I. Q. 2.701, es cómo puede ser que usted desprestigie tanto la revista publicando ese atroz artículo "La Exploración de Marte" (MÁS ALLÁ N° 15) y "El Triángulo de 4 lados" (MÁS ALLÁ N° 17). Por el contrario, publique más cuentos de Ed. Hamilton, Van Vogt y Bradbury. Recuerde el viejo proverbio Venusiano: URHZ ATZ SVO TKLFM.

Otra cosa: tengo la intención de fundar un club de fantasía científica en Buenos Aires... Preciso el apoyo de algunos lectores: ¿podría publicar esto? En todo caso me apersonaría a su dirección en el parvol (mi paragua volador, último invento mío) y conferenciaría con usted por hipertelepatía.

Le saludo a la manera plutoniana: VH ZS LDV U LLXVHASEDX.

RICHARD ALBERT ERTL (Posadas, Misiones.)

Señor director:

Estas líneas son para proponerle la formación de una sociedad de lectores de su popular revista, con el solo interés de cambiar ideas y formar una biblioteca... Podríamos reunirnos en un bar céntrico...

ROBERTO NAVARRO (Buenos Aires.)

Señor director:

Soy alumno de la Escuela de Aviación Civil de Buenos Aires (Instituto Técnico Modelo), y estoy auspiciando la formación de un club astronáutico, donde se experimentaría y estudiaría todo lo relacionado a la aviación y en especial a cohetes dirigidos y autodirigidos en miniatura... Hay que reunir esfuerzos para materializar el ideal de muchos, y para engrandecer más aún nuestra nación... Desearía poder estrechar relaciones entre vuestros lectores y mis compañeros alumnos, también lectores muchos de ellos...

JULIO CASTELLVÍ (Ramos Mejía.)

*** En muchos países ya existen grupos y asociaciones para la difusión y discusión de los problemas de la astronavegación y de la fantasía científica en general. En el plano estrictamente científico ya funciona en Buenos Aires la S. A. I. (Sociedad Argentina Interplanetaria, Tucumán 950), que reúne a un grupo de técnicos y aficionados y lleva a cabo una serie de estudios sobre estos temas. Muchos de los lectores de MÁS ALLÁ, a juzgar por las cartas recibidas, son socios de la S. A. I. y verían con mucho agrado la fundación de asociaciones de aficionados de I. C., que favorecen el intercambio de ideas.

MÁS ALLÁ publicará próximamente una reseña de las actividades de estas organizaciones. Mientras tanto, sugerimos a todos los lectores interesados que escriban al señor JULIO CASTELLVÍ, Gaona 161, RAMOS MEJÍA, o a algunos de los otros impulsores de la misma

idea. Las páginas de MAS ALLÁ están a disposición de todos los interesados en la fantasía científica que deseen hacer de esta revista un vehículo para la difusión de sus iniciativas. MAS ALLÁ desea buena suerte a todos ellos.

respuestas de la sección científica

¿Qué es el "problema de dos cuerpos"? ¿Y el de "tres cuerpos"?

P. H. (Buenos Aires).

El famoso problema de dos cuerpos fué resuelto por Newton, por primera vez, y consiste en lo siguiente: Conocidas las masas de dos partículas (o de dos esferas) sometidas solamente a la atracción gravitatoria mutua y dadas sus posiciones y velocidades en un dado instante, determinar sus trayectorias (órbitas) en el transcurso del tiempo, así como sus posiciones en cualquier instante posterior.

Como usted podrá advertir, el problema es ideal, pues las condiciones impuestas no se cumplen nunca en la naturaleza, donde dos partículas aisladas nunca se presentan; pero siempre es posible que ocurra aproximadamente, como, por ejemplo, en el caso de cada planeta y el Sol, debido a que la acción de este último es tan preponderante. El resultado de este problema puede sintetizarse en lo siguiente: El centro de gravedad del sistema no es afectado por su atracción y permanece en reposo o en movimiento rectilíneo y uniforme. Además, los dos cuerpos describirán órbitas de forma similar, pero de tamaño inversamente proporcional a sus masas; el cuerpo más pesado se moverá en una órbita más pequeña. Las órbitas son en general elipses (aunque no necesariamente, pues pueden ser otras curvas del género de las secciones cónicas), y el centro de gravedad está en el foco de la cónica.

El problema de tres cuerpos es análogo en su planteamiento, pero enormemente más complicado, al extremo de que sólo en casos especiales pueden obtenerse fórmulas que permitan calcular exactamente el resultado. Los dos casos más simples son cuando los tres cuerpos están siempre sobre una línea recta en rotación, y cuando permanecen en los vértices de un triángulo equilátero.

Un calentador a gas de querosén o nafta, ¿puede actuar como motor a reacción?

MARCELO A. PERALTA (Vicente López).

En principio, sí. Pero como el empuje útil es igual al producto del caudal por la velocidad de eyección de los gases, resulta que el empuje que se obtiene de un calentador es totalmente despreciable. Es necesario que actúe el motor, donde los gases de combustión, a presión, son expulsados por la tobera, a gran velocidad. Vea los artículos "La Conquista del Espacio", en los números 8 y 9 de MAS ALLÁ. En cuanto al combustible, podría ser alcohol común, es decir, alcohol etílico, con oxígeno por comburente, que como usted sugiere, podría obtenerse del agua oxigenada; pero tendría que ser mucho más concentrada que la ordinaria. Conviene que tenga un 85% y que esté estabilizada con oxigüinolina. Habrá que usar entonces un catalizador: permanganato de calcio líquido, por ejemplo.

¿Por qué la imagen de la Vía Láctea se nos aparece en el cielo como una cinta, siendo que su forma es de lenteja, y estamos precisamente en su interior?

ALEJANDRO ARBISIER (Buenos Aires).

Nosotros solamente podemos divisar a simple vista una parte de la Vía Láctea, a saber, las estrellas y nebulosas de hasta las 6ª magnitud. Por lo tanto, gran número de ellas, mejor dicho, la casi totalidad de la galaxia escapa a nuestra visión directa. Los estudios realizados por los observatorios, en cambio, han permitido tener una idea de las dimensiones y forma de la Vía Láctea.

¿Cuál es la teoría más aceptada acerca del fin del Universo?

J. M. BOTARO (Haedo).

Una de las teorías dice que las estrellas del tipo del Sol pasarán al es-

Español desea establecer contacto por correspondencia con personas de ambos sexos, con vistas a intercambio de revistas y/o libros de temas científicos, ficción o no, lo mismo en español que en inglés. Escribir a: Rafael Pairó, Avda. Puerta del Angel 6, 1º; Barcelona (España).

tado de "enanas blancas"; pero las estrellas más pesadas, digamos, para mayor precisión, las que son 1,4 veces más pesadas que el Sol, se contraerán casi ilimitadamente, hasta formar una "sustancia nuclear continua", muy análoga a los núcleos atómicos, pero de varios kilómetros de diámetro, y cuya densidad será billones de veces la del agua. Hasta ahora no se ha encontrado ninguna estrella en tal estado superdenso.

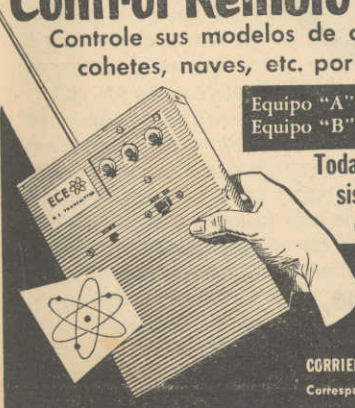
CIENCIA-FICCION
HECHA REALIDAD
Y A SU ALCANCE

Control Remoto

Controle sus modelos de aviones,
cohetes, naves, etc. por Radio Control

Equipo "A" Completo transmisor, receptor y escape. \$ 1.950.-
Equipo "B" Completo transmisor, receptor y escape. \$ 3.450.-

Toda clase de asesoramiento, equipos,
sistemas, válvulas, elementos y "Service"
en general de todo equipo de Radio Control.



Dega
Hobbies

CORRIENTES 721 - T.E. 31-7341

Correspondencia: Pasaje EL HORNERO 190 - Capital Federal



*Como un mensajero del destino, las
ruedecillas del viejo reloj molían
las "arenas del tiempo"*

El

tictac

monstruoso

por ROSS ROCKLYNNE

LO hice llamar, Davidge, porque, francamente, no estoy satisfecho con su trabajo.

Las suaves manos de Edward Cobber ordenaron simétricamente los papeles sobre su escritorio. Indudablemente, era un hombre preciso en todos los aspectos. La base primordial del arreglo de su escritorio era el ángulo recto. No había muebles en los rincones. Los cuadros colgaban perfectamente perpendiculares; ningún objeto de la habitación pecaba por tener una hipotenusa. Se arrellanó en el sillón, de respaldo alto, apoyando los codos firmemente sobre los brazos del mismo y

miró directamente a los ojos de esa figura en actitud confusa que se erguía ante él.

Algo de la sutil agudeza de percepción que había hecho de Davidge uno de los mejores vendedores de la agencia apareció instintivamente en el movimiento orgulloso con que levantó la cabeza.

—Hace mucho que estoy esperando para discutirlo, señor —respondió.

—No parece que haya mucho para discutir, Davidge —observó Cobber, agitando unos papeles con el ceño fruncido—. Aquí está el informe de ventas del mes de julio. ¿Qué cree usted que

va a opinar el señor Watkins sobre la increíble declinación de las ventas? Y eso que julio tendría que haber sido un mes muy bueno, realmente muy bueno. Mire además esta nota de felicitación que usted le envió a Manning. Estoy muy desilusionado, Davidge. Manning es un buen muchacho y un gran vendedor. Pero no tenemos por qué decirselo, ¿no es verdad? Todo esto quitó brillo a su trabajo. Realmente, Davidge, no comprendo cómo después de once años de servicios en esta oficina... en fin, no sé cómo podré explicarle todo esto al señor Watkins.

—Si usted me lo permite, señor, tal vez yo pueda aclararle algo —respondió Davidge.

—¿Sí?

Normalmente Davidge era un hombre tranquilo y reservado, lleno de una energía persistente y arrolladora. Comenzó a decir sombríamente:

—Es mi reloj, señor.

Y sacó del bolsillo de su chaleco un pesado reloj de oro.

—Pertenece a mi padre. ¿Escucha su tictac, señor?

Cobber experimentó una impresión profunda al ver que los hundidos ojos de Davidge estaban desmesuradamente abiertos y fijos.

—¿Si escucho su tictac? Sí...

—¿No es un poco... fuerte?

—¿Fuerte?

Davidge sonrió con una sonrisa desdenosa y triste que hacía juego con las profundas arrugas que circundaban su boca.

—Es fuerte. Como un martillo cubierto de terciopelo golpeando contra el hielo. Apagado, pero claro. Tiene un golpeteo pesado, que a veces parece el latir amplificado del corazón. Y hace seis semanas que está así, señor. No sé cómo empezó; lo único que sé es que apareció hace seis semanas. Fue el 18 de junio, el día que traje la cuenta de Spurling. El señor Wat-

kins... bueno, este... el señor Watkins me había felicitado personalmente por la operación. ¿Recuerda?

Una leve agitación dejaron entrever las palabras de Cobber.

—Por supuesto que era mejor concederle el crédito.

Davidge asintió.

—Gracias, señor. De cualquier manera, ese fue el día en que comenzó, en que apareció este tictac monstruoso. Fue cuando llegué a mi departamento. Al principio no lo quise creer. Me eché a reír. Luego empecé a recorrer la habitación tomándome la cabeza con las manos. Pensé que estaba loco. En ese momento necesité a mi mujer mucho más que en cualquier otro de los seis años que han transcurrido desde su muerte. Me recuperé pasados unos instantes. Entré el reloj bajo una montaña de almohadas, y así logré amortiguar un poco su extraño tictac. Hice luego otras pruebas: obedecía las leyes del sonido. Ya ve usted que procedí científicamente.

Se rió con amargura:

—Pero después de una semana comprendí que no había ninguna otra explicación. Nadie más que yo lo podía oír. Y creo positivamente que es esa la causa de que mi trabajo haya comenzado a fallar.

Cobber apenas podía soportar el encuentro con la mirada atormentada de Davidge. La desatinada fantasía que este hombre le estaba relatando exasperaba su espíritu minucioso y geométricamente ordenado. Para él, los hombres y las palabras tenían que estar plantados perpendicularmente. Cuando no lo estaban, los demás tenían que asumir la indigna actitud de inclinarse para comprenderlos.

—Quizás —dijo Cobber— tendría que haber dejado que se acabara la cuerda.

—Lo hice, señor.

—O dejarlo en casa cuando venía al trabajo.

—También lo hice, señor —la agonia danzaba sombríamente en sus oscuras pupilas.

—¿Y aun así oía lo que llama el “tictac monstruoso”?

El pecho de Davidge se ensanchó como si deseara respirar aire con avidez.

—Lamento que todo esto sea tan incomprendible para usted. El reloj llegó a obsesionarme. Yo tenía que usarlo. Y darle cuerda. Tenía que saber si sonaba fuertemente. O si no lo hacía. Y si el resto del personal de la oficina también lo oía. Nunca pude convencirme del todo de que no lo oyeran. Hubiera dado cualquier cosa para que el tictac les resultara tan audible como a mí.

Cobber se levantó. No soportaba estar sentado allí observando cómo Davidge representaba un papel tan triste.

—Davidge —le dijo con voz grave—, durante toda mi vida me he ajustado a un esquema propio. Nada de malos hábitos. Nada de irregularidades. Y no me va mal, por lo menos hasta ahora. El señor Watkins ha demostrado su confianza en mí dejándome el manejo de sus negocios. Por ello es que creo que estoy capacitado para darle un consejo. No pretendo inmiscuirme, por supuesto, en su vida privada.

Davidge lo interrumpió casi violentamente.

—¡Pero yo no bebo, señor! ¡Ni ando por ahí! —luego se derrumbó nueva-

mente y se pasó el dorso velludo de su mano por la frente perlada de sudor—. Nunca he cometido excesos. Y es por eso que he comenzado a creer que...

—¿Qué?

—Usted debe haber oído hablar del correr de las arenas del tiempo. Bueno. Desde hace un tiempo me he hecho a la idea que el tictac tan sonoro de mi reloj es un aviso de que no me queda mucho tiempo... y de que cuando el tictac se detenga... yo también me detendré.

—Ya veo —un nudo creció en el estómago de Cobber. Se sintió enfermo al tener que estar sentado allí, observando cómo una mente se descomponía. Por lo menos, eso le dió a entender lo que tenía que hacer.

—Davidge —le dijo observando fijamente sus ojos ansiosos—, óigame, viejo amigo...

Cobber se sentó pesadamente.

—Davidge —volvió a pronunciar con lentitud—, tómese un mes de licencia. Con goce de sueldo, por supuesto, y luego, si su plaza está aún vacante...

Davidge comprendió inmediatamente lo que se le insinuaba y pareció derrumbarse. Luego se irguió trabajosamente observando el reloj de oro que todavía aferraba en la mano. Lo dejó deslizarse entre sus dedos y caer en la alfombra. Se dirigió lentamente hacia la puerta con el mismo abatimiento con que había entrado.

El olor del queso

NADA sucede porque sí en este mundo... y menos el olor del queso. Tal es, por lo menos, la opinión de dos científicos franceses que, plenos de entusiasmo, se han puesto a averiguar las causas del aroma (sobre gustos no hay nada escrito) del queso Camembert. El resultado de sus investigaciones es que durante la formación del queso a partir de la leche, la caseína se descompone en unos compuestos más simples llamados aminoácidos, cuyo número va aumentando con el tiempo. Al cabo de dos días hay tres aminoácidos distintos, nueve en el décimo y diecisiete a los dieciocho días. ¡Muy interesante! Y nosotros preguntamos por nuestra parte: ¿Por qué es tan rico el Camembert?

Cobber levantó pensativamente el reloj colocándolo distraídamente sobre el escritorio, alineado con precisión geométrica con el pisapapeles de ónix.

DAVIDGE murió esa misma tarde cuando caminaba hacia su casa. Un automóvil volcó en la esquina en el preciso instante en que avanzaba y tropezaba con el cordón de la vereda. No fué un golpe muy fuerte, pero cuando la gente se reunió a su alrededor, sus ojos ya reflejaban la tristeza de la agonía.

Cobber supo la noticia al día siguiente por intermedio de su secretaria. Por unos instantes se mantuvo rígido, recordando todo lo que Davidge le había relatado el día anterior.

Para Davidge, el "tictac monstruoso" había cesado. Cobber no podía olvidarlo. Estaba anonadado por el temor de ser el culpable. Trataba de evitar el pensar que Davidge, obsesionado por la idea de haber sido despedido de la firma, no prestara atención a lo que le rodeaba y por ello hubiera caído delante del automóvil.

Pero eso era ridículo. Lo que había sucedido en realidad era que al infortunado se le había ocurrido la idea psicopática de que el reloj marcaba sus últimos minutos de vida. *(¿Y acaso no sucede eso con todos los relojes? ¿No marcan, acaso, el transcurrir de nuestra vida?)* Y para reforzar la fantasía de ese tictac, Davidge imaginó que su detención significaría la muerte.

Y para detener el enloquecedor sonido del reloj, Davidge se había suicidado inconscientemente.

Cobber, convenciéndose a sí mismo, pudo respirar entonces con más tranquilidad; respiró más. Decidió restituir rápidamente el reloj a las pertenencias de Davidge e incluirlo en su legado.

Sin embargo, no lo hizo. Lo fué postergando, sin saber por qué. Ignoró

también por qué comenzó a darle cuerda, salvo que lo hiciera porque sus hábitos precisos le impedían estar en relación con un hombre o una máquina que no cumpliera su función.

DOS meses pasaron. Una mañana, cuando Cobber entró en su oficina, percibió claramente el tictac del reloj.

Al principio pensó que el sonido procedía de la calle. Luego comprendió. Algo parecido a un resplandor —un rápido examen retrospectivo—, cruzó la habitación. La luz del sol giraba sembrando la hoja de un libro. Abrió el cajón del escritorio donde guardaba el reloj. El tictac sonaba como si se golpeara fuertemente un yunque sin resonancia.

Instantáneamente Cobber comprendió a Davidge, como nunca había comprendido a hombre alguno en su vida.

Intuyó que éste era el sonido que inútilmente había tratado de describirle. Comprendió nítidamente el sufrimiento por fin se dió cuenta de que él, Cobber, pasaría por lo mismo... si se dejaba atrapar.

Por lo tanto, él, Cobber, tenía que convencerse de que este monstruoso e hipnótico ¡ting! ¡tong! no había existido nunca, ni en la realidad ni como resultado de una treta endemoniada de su subconsciente. Tenía que librarse inmediatamente de ese reloj.

¡Inmediatamente! ¡Lo antes posible!

Se dirigió a la ventana, la abrió de un tirón y sostuvo el reloj sobre el vacío. Lo dejaría caer para que se estrellara en la calle, tres pisos más abajo. Pero vaciló. Podía herir a alguien.

Puso el reloj nuevamente en su bolsillo. Parecía haber aumentado de peso como resultado de su nueva peculiaridad. Bajó a la calle con la intención de depositarlo en el recipiente de basura de la municipalidad. Pero cada vez que

lo estaba por hacer, tenía la sensación de que alguien lo observaba.

Se dirigió hacia una calle de mucho tránsito con la intención de arrojarlo sobre la huella provocada en la nieve por innumerables vehículos. Un joven con patines lo observaba desde la vereda. Se dió cuenta de que correría a levantar el reloj para devolvérselo.

Siguió con la máquina, que ya le parecía endemoniada, fuertemente apretada en su mano. Helado hasta los huesos decidió retornar a la oficina.

Cuando comenzó a cruzar la calle nuevamente, regresó con prisa a la vereda; el corazón le latía aceleradamente contra su pecho. Su cuerpo temblaba. Por un instante había imaginado a un pesado camión dando vuelta la esquina...

Pero no sucedió nada. Se mordió los labios hasta que le asomaron lágrimas en los ojos. Unos momentos más tarde estaba a salvo, sentado en su escritorio.

El sonoro tictac era ahora tan fuerte que no podía dictar su correspondencia. Tuvo que despedir a su secretaria. Con un gran esfuerzo pudo concentrarse. Ordenó su escritorio y los cajones hasta que sus útiles y papeles estuvieron cuidadosamente distribuidos.

Luego se sentó bien erguido, alisándose el cabello con las manos y descansando los brazos blandamente sobre el sillón. Se refugió en su intelecto buscando, en la meditación, el medio más fácil de defenderse.

Evidentemente tenía un complejo de culpabilidad por la muerte de Davidge. Se había fabricado ese pavoroso ¡ting! ¡tong! como una prueba de que el muerto le había estado contando la verdad, de que era realmente el reloj el que le había anticipado su muerte. Eso aliviaba a Cobber de su responsabilidad.

Era indudable, razonaba Cobber, que se estaba imaginando todo cuanto había pasado, todo cuanto había arrastrado a la muerte al desventurado Davidge.

Cuando ese día se retiró de la oficina, el reloj permaneció en un cajón de su escritorio. Lo dejaría allí. Nada ni nadie lo obligaría a sacarlo. Él era fuerte. No como Davidge.

Pero apenas su automóvil avanzó unos metros, una oleada de pensamientos envió su mente comenzando a enloquecerle.

Saber si el fortísimo sonido continuaba. ¡Saberlo!

Retornó a la oficina, pero aun antes de abrir la puerta, lo escuchó...

Huyó de allí lo más rápido posible. En algún lado, y dentro de un plazo breve, la muerte lo estaría esperando. Cerca de una esquina como le había sucedido a Davidge. En un choque. Lo encontraría en algún momento de su vida ordenada y metódica.

Esa noche no pudo dormir, permaneció rodeado de un silencio obsesivo.

Injertos de esponjas

Los materiales plásticos siguen teniendo todos los días una nueva aplicación, a cual más insospechada. El polivinil-formol, en forma de esponja, se está utilizando exitosamente en cirugía torácica, reemplazando al tejido vivo que es necesario cortar en algunas operaciones. Así se han realizado experimentos con perros, sacándoles un pulmón y reemplazándolo con una esponja de éstas. Al cabo de tres meses la esponja aparece recubierta de una fina membrana de tejido fibroso, que la hace formar parte del cuerpo del animal definitivamente.

“¿Ha oído hablar del correr de las arenas del tiempo, señor?”, le había dicho Davidge.

Las manos de Cobber estrujaron nerviosamente la almohada.

A la mañana siguiente, un raro silencio envolvía su escritorio. El corazón de Cobber pegó un salto. Con un gesto salvaje abrió el cajón. El reloj estaba allí... allí... ¡allí!

Lentamente comenzó a vislumbrar la verdad. Se desplomó en una silla con su frente sudorosa apoyada en las yemas de los dedos. Muy bien. Se había olvidado de darle cuerda. Pues así lo dejaría.

Lo soportó durante una hora. El silencio. El mismo silencio que antes había hecho sufrir a Davidge y ahora lo martirizaba a él. Luego, le dió cuerda. El tictac monstruoso recomenzó suavemente, para transformarse luego en un violento martilleo sobre su cráneo. Y al fin comprendió por qué no podía librarse del reloj. Constituía un aviso para él. Mientras estuviera sonando, era señal de que se hallaba en un peligro mortal.

De alguna manera tenía que detenerlo.

Davidge lo había hecho muriéndose. Pero eso no era la manera.

En ese momento un fresco viento de triunfo sopló en su cerebro. Davidge había aceptado su destino. Cobber no cometería el mismo error. Tenía seis semanas por delante... el mismo tiempo del que Davidge había dispuesto. Lo único que tenía que hacer era evitar la sombría causa de muerte, oculta en algún lado entre el conjunto de acontecimientos a producirse en el citado lapso.

El sistema de vida perfectamente establecido de Edward Cobber se transformó súbitamente en otro que logró confundir a sus colaboradores. Frecuentemente llegaba tarde... o temprano y estaba siempre listo para abandonar

la oficina por algunos minutos o varias horas. Si faltaba a una cita importante, sonreía satisfecho. Quizás por error se había quedado de un lado de la línea, más allá de la cual acechaba la muerte.

El reloj, que llevaba siempre encima, continuaba sonando.

Se hizo hacer varias revisiones médicas completas. Estaba perfectamente bien de salud. ¿Sería, quizá, una muerte por accidente lo que le pronosticaba el reloj? Tal vez. Teniendo en cuenta esto, modificó totalmente sus costumbres periódicas. Por ejemplo, cambiaba las citas de almuerzos por encuentros en el bar, a la tarde, con excusas deliberadamente descorteses.

No era un bebedor, pero eso también constituía una parte de su batalla contra el destino.

Se hizo habitual en él, al cruzar una intersección de calles, cambiar súbitamente de dirección sin un aviso previo a sí mismo y mucho menos al Destino. En una de esas ocasiones, apenas hubo girado bruscamente sobre un pie, un automóvil pasó a gran velocidad por el lugar que apenas hacía unas décimas de segundo había ocupado.

Se dió cuenta de lo cerca que había estado de la muerte.

Mas cuando el terrorífico zumbido del motor hubo desaparecido, el abatimiento lo invadió. Oía claramente el ¡ting! ¡tong! Por el resto de la mañana fué incapaz de hacer algo más que mirar los informes de ventas y las órdenes, bastante escasas, que su preocupada secretaria depositaba sobre el escritorio.

Continuaba eligiendo caminos extrañados para llegar a su casa.

Encolerizaba con mucha frecuencia a su esposa llegando tarde o pasando toda la noche afuera.

A menudo llegaba a su trabajo usando sus peores ropas, a tal punto que provocaba el comentario del personal

bajo sus órdenes. Todo en él era caprichoso y arbitrario.

Sin embargo, Cobber estaba satisfecho. Las semanas corrían y quizás en algún punto de su camino y con frecuencia había esquivado sin darse cuenta a la burlona muerte.

Estadísticamente, su oportunidad era cada vez mayor. Al fin y al cabo, cesarían las seis semanas y acabaría el monstruoso tictac.

Fué exactamente en el último día del lapso fijado, el primero de mayo, cuando Edward Cobber comprendió su error.

El 1º de Mayo.

Al día siguiente terminaría. Estaría muerto o vivo. Podría haberse quedado absolutamente inmóvil en su casa de no haber sido por la presencia inoportuna de su esposa. Decidió ir a la oficina.

Se sentó frente a su escritorio en una especie de ausencia total. ¡Poder sobrevivir ese día! ¡Poder pasar las cinco, hora en que Davidge había muerto! Hizo una tentativa para volver a sus ordenados razonamientos. Se enderezó en la silla. Posó sus manos en los brazos del sillón. Apoyó los pies con firmeza. Ahora ya estaba dispuesto a mantenerse inmóvil el resto del día. Nada podría pasarle.

Oyó el zumbido del intercomunica-

dor. Con un esfuerzo ahuyentó el hilo penoso de sus pensamientos. Lo invadió de pronto una sensación de miedo.

—El señor Watkins lo desea ver, señor —expresó su secretaria suavemente.

En ese instante, Cobber se dió cuenta de la naturaleza cíclica de los acontecimientos, de la inevitable frustración del hombre contra el tiempo.

Watkins lo venía a ver. Watkins, que nunca lo veía más de dos veces al año.

Hoy no era el último día. Era el único. Nunca había habido otro.

El sonoro tictac del reloj pareció aumentar hasta que sus poderosos sonidos invadieron la habitación. Una pavorosa luz se hizo en el cerebro de Cober cuando la puerta se abrió. Le pareció estar viendo a Davidge como lo había visto en el mismo vano unas semanas atrás.

Sin embargo era Watkins... y con su aparición, el ciclo se había completado.

—Francamente, señor Cobber, me he llegado hasta aquí porque no estoy satisfecho con su trabajo.

Cobber sabía —lo comprendía ahora mejor que nunca—, que en la naturaleza de las cosas no podía hacer nada más que tratar de explicar todo el asunto del reloj.

La penicilina y la edad

ULTIMAMENTE se han hecho investigaciones sobre pacientes de las más diversas edades (de 15 a 76 años) para determinar cómo variaba la concentración de la penicilina en la sangre. Se ha podido comprobar que el antibiótico se elimina mucho más rápidamente en los jóvenes que en los viejos. En los enfermos de menos de treinta años, son necesarias dos inyecciones de 300.000 unidades diarias para mantener la concentración de 0,1 unidad por centímetro cúbico de sangre, suficiente para impedir el desarrollo de las bacterias.

Parece que todo esto se explica porque en las personas de edad la actividad de los riñones, y en general de todas las células del organismo, está sumamente disminuida.

Espaciotest

Aquí tiene usted un desafío a su memoria y a su cultura. Si usted es un asiduo lector de MAS ALLA, le resultará más fácil responder a este ESPACIOTEST. Indique en los cuadritos de la derecha las letras que corresponden a las respuestas que le parecen correctas. Compare los resultados en la página 129 de este volumen. Si no ha cometido ningún error, puede estar muy orgulloso. Si sus aciertos han sido entre 4 y 6, sus conocimientos son superiores al promedio de las personas cultas. Si ha contestado correctamente 3 preguntas, el nivel de sus conocimientos corresponde al promedio. Si ha acertado 2 ó menos, no se aflija y siga leyendo MAS ALLA, que le proporcionará un sinfín de conocimientos serios sin las molestias del estudio.



Pregunta Nº 1:

Pregunta Nº 2:

Pregunta Nº 3:

Pregunta Nº 4:

Pregunta Nº 5:

Pregunta Nº 6:

Pregunta Nº 7:

1 ¿Cuál de los siguientes elementos es más liviano?

- A) Helio.
- B) Uranio.
- C) Hidrógeno.
- D) Aluminio.
- E) Argón.

2 ¿A qué constelación pertenece la estrella Pólux?

- A) Centauro.
- B) Carena.
- C) Orión.
- D) Gemelos.
- E) Auriga.

3 El lugar geométrico de los puntos que equidistan de dos puntos fijos es:

- A) Una circunferencia.
- B) Una parábola.
- C) Una recta.
- D) Una elipse.

4 Es más probable que una mujer tenga mellizos a la edad de:

- A) 20 años.
- B) 30 años.
- C) 40 años.

5 La duración del día marciano es aproximadamente:

- A) Igual a la mitad del terrestre.
- B) Igual al terrestre.
- C) Igual al doble del terrestre.
- D) Igual a diez veces el terrestre.

6 ¿Qué es el cero absoluto?

- A) El cero verdadero de las matemáticas, que niegan la existencia de números negativos.
- B) Una temperatura igual a -273°C , aproximadamente.
- C) El vacío total, sin materia ni energía.
- D) Una temperatura tan baja que ya no hay designación numérica para ella.
- E) El plano mental más alto en la teosofía de los Malabares.

7 Si uno tiene puesto un par de anteojos, verá un relámpago:

- A) Antes que sin ellos.
- B) Al mismo tiempo que sin ellos.
- C) Después que sin ellos.



amos de títeres

por ROBERT A. HEINLEIN



Derrotado en todas las batallas por los misteriosos invasores, al hombre le quedaba una sola arma: su cerebro. ¿Le bastaría para vencer?

ilustrado por DON SIBLEY



PARA mí todo comenzó el 12 de junio de 2007, con los insistentes timbrados de mi teléfono. Los teléfonos que se utilizan en mi sección no son precisamente del tipo corriente: están quirúrgicamente colocados bajo la piel, detrás del oído izquierdo.

—Está bien —gruñí—. Ya lo oigo. Acabe con ese maldito ruido.

—Es urgente —dijo una voz en mi oído—. Preséntese de inmediato al Viejo.

Me levanté de la cama y comencé a vestirme a toda velocidad. Hay algo que ningún gobierno puede saber: ¿hasta dónde es eficaz su Servicio Secreto? Es algo que sólo se descubre cuando éste fracasa. De ahí la existencia de nuestra sección. Las Naciones Unidas nunca habían oído hablar de nosotros y creo que ni siquiera el Servicio Secreto oficial conocía nuestra existencia. Todo lo que yo mismo sabía era lo referente a mi propio entrenamiento y a las tareas que me encomendaba el Viejo. Eran tareas interesantes, si a uno no le importa dónde duerme, qué come o cuántos años vive. Si yo hubiera tenido un poco de sentido común, habría cambiado de empleo. Pero en ese caso no podría seguir trabajando con el Viejo.

Yo no quería que eso ocurriera, y no porque se tratara de un jefe considerado; era muy capaz de decir: "Muchachos, hay que fertilizar este árbol. Caven un pozo alrededor de las raíces, méntanse adentro, y yo los volveré a cubrir". Y cualquiera de nosotros lo habría hecho sin dudar un solo momento.

—Hola, Sam —me dijo cuando entré en su oficina, quince minutos después de haber recibido su llamada—. Lamento haberte sacado de la cama.

—Estaba con licencia —contesté sin mucha amabilidad.

—¡Ah!, pero aún lo estás. Nos vamos de vacaciones.

—De modo que ahora me llamo Sam. ¿Y cuál es mi apellido?

—Cavanaugh. Y yo soy tu tío Charlie, jubilado. Y ésta es tu hermana Mary.

Entonces me di cuenta de que éramos tres en la oficina. Me volví para mirar a mi “hermana” y tuve que hacer un esfuerzo para evitar un silbido de admiración.

Comprendí por qué debíamos actuar como hermanos: esto evitaría una serie de inconvenientes para la realización de nuestra tarea. Mi “hermana” era alta y esbelta. Tenía un hermoso par de piernas, y los hombros, un poco más anchos que lo corriente. Su rojizo cabello ondeado parecía una llamareda. En general era más atractiva que bonita, y me miró como si yo fuera uno de los muebles de la oficina.

La impresión que me causó debe de haberse reflejado en mi rostro, porque el Viejo me dijo suavemente:

—Despacito, Sam. Se supone que ambos os tenéis muchísimo afecto, pero de índole estrictamente fraternal.

—Paciencia. ¿Qué tal, hermana?

Ella me dió la mano. Parecía tan fuerte como la mía.

—Hola.

Tenía una hermosa voz de contralto, que era exactamente lo que me había recomendado el médico. Maldije mentalmente al Viejo.

—Debo agregar —dijo el Viejo— que le tienes tanto cariño, que darías tu vida por ella. Me desagrada decírtelo, Sam; pero tu hermana es en el momento actual un poquito más valiosa que tú para nuestra organización.

—Entendido —dije—. ¿Cuándo partimos?

—Primero pasaremos por la Sección Cosméticos. Nos hace falta un cambio de aspecto.

CUANDO salí de Cosméticos, parecía realmente el hermano de Mary: mi cabello era tan rojo como

el de ella; toda la estructura de mi rostro se asemejaba a la suya. También el Viejo estaba irreconocible: tenía el cráneo cubierto de apretados rizos de un color rojo blanquecino, y sus facciones habían sufrido una sutil pero profunda transformación.

Una vez que estuvimos instalados en el helicóptero, el Viejo me indicó que utilizara los controles automáticos, con rumbo a Des Moines (Iowa), y se dedicó a darnos las informaciones que necesitábamos.

—Como veis —nos dijo—, somos una familia en vacaciones: simples turistas.

—Pero, ¿cuál es el problema?

—Sam, tú has oído hablar de los platos voladores —dijo el Viejo.

—Sí, por supuesto; pero según tengo entendido, ese asunto fué producto de alucinaciones colectivas. Corresponde a un período esencialmente psicopático.

El Viejo me dedicó una bondadosa sonrisa.

—Prepárate, Sam. Hoy vamos a inspeccionar un plato volador.

HACE diecisiete horas y veintitrés minutos, una nave espacial desconocida aterrizó cerca de Grinnell (Iowa). Tiene forma aproximada de disco y unos treinta metros de diámetro. El origen también es desconocido.

—¿Qué otros datos se conocen? —pregunté.

—Ninguno.

—¿Ninguno? ¿Después de diecisiete horas? Tendríamos que haber enviado docenas de agentes.

—Los enviamos —dijo el Viejo—. No se tienen noticias de ellos. Nunca me gustó perder agentes, Sam; especialmente, sin ningún resultado positivo... Un solo agente envió un informe parcial. Nos dijo por teléfono que se trataba efectivamente de una nave espacial. Más tarde informó que la compuerta se estaba abriendo y que

él intentaría cruzar el cerco policial. Las últimas palabras que dijo fueron: “Ahí salen. Son pequeñas criaturas...” Y nada más.

—¿Pequeños hombres?

—El dijo criaturas. Estuvimos casi dos horas sin noticias. Después, el asunto adquirió un significado distinto: se descubrió que todo era un fraude. La supuesta nave espacial resultó ser un juguete de metal y material plástico, construido por dos muchachos de una granja cercana.

—Un fraude... ¡Pero perdimos seis hombres! ¿Vamos a hacer algo por encontrarlos?

—No. No lo lograríamos. Procuraremos averiguar por qué el juguete no está exactamente en el mismo sitio donde se nos informó que había aterrizado la supuesta nave espacial, y por qué la radiovisora de Des Moines interrumpió durante dos horas sus transmisiones.

Mary habló por primera vez desde nuestra partida:

—Me gustaría hablar con esos muchachos de la granja.

POR fin llegamos. Un enorme cartel anunciaba: **POR AQUI HACIA LA NAVES ESPACIAL**. El camino estaba atestado de vehículos de todas clases. Se vendían bebidas frías y comestibles. Un policía del estado dirigía el tránsito.

Dimos varias vueltas, jugando nuestro papel de turistas a la perfección. Por fin tío Charlie preguntó al policía y luego nos explicó:

—Dice el agente que todo es una broma hecha por dos muchachos. ¿Nos vamos?

Mary parecía muy desilusionada.

—¿Así que no hay tal nave espacial?

—Si quiere darle ese nombre... —respondió el policía—. Y si desean verla, no tienen más que seguir a todos estos tontos.

Seguimos una senda a través del bosque. No había mucha gente, porque el privilegio de contemplar el juguete costaba un dólar. Yo deseé con toda mi alma tener un par de ojos en la espalda. Llegamos a un calvero, y allí estaba la “nave espacial”.

Vista de cerca era evidentemente un fraude. A pesar de eso, Mary exclamó, deleitada:

—¡Oh, qué maravilla!

Vincen McLaine y George, su hermano, asomaron sus cabezas por la compuerta del juguete.

—¿Quieren verlo por dentro?

Aceptamos. Los dos muchachos ayudaron a Mary a descender; pero, a último momento, Mary cambió de idea.

—Está oscuro —dijo con voz temblorosa.

—No hay ningún peligro —insistió uno de los muchachos—. Venga, señorita.

Proteínas antigérmicas

¿CÓMO se las arregla el cuerpo humano para defenderse tan exitosamente de los miles de millones de gérmenes que lo asaltan constantemente? Dé usted la respuesta correcta y habrá conseguido por lo menos media docena de premios Nóbel. Sin pretender tanto, el doctor Louis Pillemer ha aislado recientemente una proteína de la sangre capaz de destruir bacterias y neutralizar virus de las más variadas procedencias. La recién llegada ha sido bautizada properdina y se trata ahora de averiguar si inyectándola en las venas de los hombres es posible aumentar su resistencia natural a las enfermedades.

Tío Charlie espío por la abertura.
—Ahí puede haber serpientes. Es mejor que no entres, Mary.

Los muchachos siguieron insistiendo; pero tío Charlie mantuvo su decisión y partimos. Ya instalados en nuestro coche, el Viejo preguntó:

—Y bien, ¿qué observasteis?

Yo contesté con otra pregunta:

—¿Cabe alguna duda acerca del primer informe: el que luego fué desmentido?

—Ninguna.

—Ese juguete no habría engañado a uno de nuestros agentes, ni siquiera en la oscuridad. Esta no es la nave que él vió.

—De acuerdo. ¿Qué más?

—¿Cuánto le parece que costó ese juguete? El metal es nuevo, la pintura fresca, y deben de haber necesitado muchísima madera para construirlo.

—Sigue.

—Bueno, la granja de los McLaine está hipotecada. ¿De dónde sacaron el dinero los muchachos?

—De acuerdo otra vez. ¿Y tú, Mary?

—Tío Charlie, ¿se fijó cómo me trataron el policía y los dos muchachos? Estuvieron atentos conmigo; pero había algo raro en su actitud. Parecían carentes de sexo.

—¿Hipnosis? —preguntó el Viejo.

—Posiblemente. O drogas, quizás.

Por fin llegamos a Des Moines, y nos dirigimos hacia la radiovisora. Allí, simulando ser un alto empleado de la Comisión Federal de Comunicaciones, el Viejo logró llegar hasta la oficina del director, y una vez en su presencia se convirtió en un indignado representante de la autoridad.

—Exijo una adecuada explicación de esta tontería acerca de una nave espacial.

Barnes, el director, era un hombrecito cargado de hombros, que parecía bastante irritado.

—Ya hemos dado todas las explica-

ciones necesarias. El empleado responsable ha sido despedido.

Mientras el Viejo proseguía con sus indignados comentarios, Mary, que se había sentado junto al escritorio de Barnes en una actitud bastante provocativa, le hizo una señal al Viejo.

A pesar de su disimulo, Barnes alcanzó a verla. Su rostro se transformó, y una de sus manos se deslizó debajo del escritorio.

—¡Sam! ¡Mátalo! —gritó el Viejo.

Le quemé las piernas. El resto de su cuerpo cayó al piso. De una patada le quité el revólver, y me disponía —¡Sam! ¡Mátalo! —gritó el Viejo.

—¡No lo toques! ¡Mary, no te acerques!

Se aproximó cautelosamente a Barnes, y recorrió su cuerpo con el extremo de su bastón.

Barnes yacía boca abajo; bajo su chaqueta, algo comenzó a hincharse lentamente.

—Sam, acércate. Rásgale la chaqueta. Ponte los guantes y ten cuidado.

El bulto en la espalda de Barnes era cada vez más grande. Coloqué una mano entre los omóplatos.

La espalda de un hombre es por lo general hueso y músculo. Ésta era blanda y ondulante. No pude evitar un gesto de repulsión.

Sin una palabra, Mary me entregó un par de tijeras. Las tomé y corté la chaqueta. Sobre la piel, desde la nuca hasta la mitad de la espalda, había algo que no era carne. Tenía unos cinco centímetros de espesor, y eso era lo que hacía que Barnes pareciera levemente jorobado.

¡Latía!

MIENTRAS observábamos, el bulto comenzó a deslizarse hacia el piso. Estiré la mano para agarrarlo pero el Viejo me golpeó con su bastón. Con la punta del mismo levantó la fina camisa que cubría el extraño

objeto, y entonces lo vimos claramente.

Era grisáceo, levemente translúcido y amorfo; pero tenía todo el aspecto de estar vivo.

—Pobre diablo —dijo el Viejo suavemente.

—¿Eso?

—No. Barnes.

Yo seguía con mi revólver en la mano, listo para cualquier emergencia. Era evidente que se movía con mucha lentitud y que no podía volar; pero no sabíamos qué otra cosa sería capaz de hacer.

Después de muchos nerviosos esfuerzos, logramos encerrarlo herméticamente en un recipiente de metal que encontramos en la oficina, y nos dirigimos a la salida. El Viejo se detuvo frente al escritorio de la secretaria de Barnes y dijo:

—Mañana volveré a ver al señor Barnes.

CUANDO nos encontramos de regreso en la oficina del Viejo, enviamos por el doctor Graves, jefe del laboratorio de Biología, quien se hizo cargo del envase metálico y su extraño contenido.

Graves arrugó la nariz al sentir el fuerte olor a materia orgánica en putrefacción, que el envase despedía.

—¿Qué demonios es eso?

—Eso es lo que queremos que usted averigüe. Tome todas las precauciones posibles, porque es tremendamente peligroso. Contiene un parásito capaz de adherirse a un ser humano y dominarlo. Es muy probable que su origen y su metabolismo sean extraterrestres —con un suspiro, el Viejo se dejó caer en su sillón y cerró los ojos—. ¿Cuántos ejemplares, como el que capturamos hoy, crees tú que puede transportar una nave espacial del tamaño del juguete que hemos visto? —preguntó, dirigiéndose a mí.

—Dispongo de muy pocos datos pa-

ra poder hacer un cálculo exacto; pero, si quiere una conjetura, yo diría que varios miles.

—De modo que quizás ahora haya varios miles de zombis en Iowa...

—Y yo puedo añalir otro interrogante —dije—. Si ayer aterrizó una nave espacial en Ioma, ¿cuántas lo harán mañana en Dakota?, ¿o en Brasil?

—Sí... —dijo el Viejo, terriblemente preocupado—. Vayan a divertirse un rato, chicos. Quizá no puedan hacerlo por mucho tiempo. Pero no salgan del edificio.

FUÍ a Cosméticos, a recobrar mi verdadero aspecto, y luego me dirigí hacia nuestro salón de esparcimiento. Mary estaba sentada sobre un taburete, junto al mostrador. Evidentemente, el rojo era el color natural de su cabello.

—Hola, hermana —dije, mientras me acomodaba en el taburete vecino.

—Hola —me respondió con una sonrisa.

Mientras estábamos allí sentados, charlando, se me ocurrió pensar en lo bien que quedaría Mary sentada frente a mí, junto al fuego de un hogar. Debido a la índole de mi ocupación, nunca se me había ocurrido pensar seriamente en casarme. Pero Mary también era agente. De pronto me di cuenta de que me sentía horriblemente solo desde hacía mucho tiempo.

—Mary...

—¿Qué?

—¿Eres casada?

—No. Pero ¿qué importa eso?

—Mírame. Tengo dos manos y dos pies. Soy joven y me limpio los zapatos antes de entrar en casa. Podría ser peor.

—Escucha, tu técnica está pasada de moda, y, además, los agentes no debemos casarnos.

Me disponía a contestarle cuando la voz del Viejo vibró en mi oído.

—Vengan a mi oficina, en seguida. Nos levantamos y partimos sin decir una palabra. Al llegar a la puerta, Mary me detuvo.

—Este es el motivo por el que no podemos pensar en casarnos.

Cuando llegamos a la oficina, el Viejo ya estaba listo para partir.

—Vamos —dijo—. Salimos dentro de cinco minutos.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

—A la Casa Blanca, a ver al Presidente.

EL viejo se entrevistó a solas con el presidente. Después nos invitaron a pasar. Fuimos presentados. Yo tartamudeé algo; Mary se limitó a hacer una especie de reverencia.

Por orden del Viejo, Mary y yo hicimos un completo informe de nuestras actividades, relativas al caso. Cuando terminamos, el presidente guardó silencio durante unos minutos. Por fin le dijo al Viejo:

—Andrew, tu sección ha sido siempre muy valiosa para nuestro gobierno, y...

—¿De modo que tu respuesta es "no"? —interrumpió el Viejo.

El presidente se encogió de hombros.

—Andrew, no puedo iniciar prácticamente una guerra civil sobre la base de unos pocos datos y la intuición de una mujer.

La tortuga redimida

MUCHOS suponen que si la tortuga y el caracol no son capaces de andar un poco más rápido, esto se debe a lo perezosos que son estos animales. Pero no es así. Unos científicos ingleses han demostrado que la culpa la tienen los músculos, que en los animales de sangre fría no se contraen más de 1/16 de los de los otros animales.

También tiene la culpa la temperatura ambiente: una tortuga "corre" tres veces más rápido con una elevación de temperatura ambiente de 10°C. La prueba está en que en Africa marchaban al trote, mientras que en Londres apenas se arrastraban. ¿No será nostalgia?

—¡Maldito sea, Tom! —yo temblé al oír que el Viejo hablaba de semejante manera al presidente—. Hace mucho que me conoces, y sabes perfectamente que no vendría a contarte todo esto si existiera alguna explicación razonable. Puedes estar seguro de una cosa: en este momento el jefe de policía de Des Moines, los periodistas, los agentes, toda la gente llave, tiene uno de esos bichos en la espalda. No sé contra qué tenemos que luchar, pero ellos saben todo lo necesario con respecto a nosotros y están copando los hilos más importantes de nuestra organización social y evitando que recibamos informes exactos sobre la situación, como hicieron con Barnes. ¡Hay que ordenar una drástica cuarentena de toda la zona afectada, antes de que sea demasiado tarde!

—Andrew —dijo el presidente con suavidad—, lamento no poder evitarte este golpe, pero... —apretó un botón de su escritorio—. Comuníqueme con la estación radiovisora WDES, en Des Moines. Déme con la oficina del director.

El presidente apretó otro botón. De inmediato, la enorme pantalla que ocupaba una de las paredes de la habitación, se llenó de imágenes. Reconoció la oficina donde habíamos estado unas pocas horas antes. La cara de un hombre apareció en la pantalla... Barnes.

—¿Quería hablarme, señor presiden-

te? —su voz denotaba sorpresa.

—Así es... ¿Reconoce usted a esta gente?

Barnes pareció sorprenderse.

—Me temo que no.

—Dile que llame al personal de su oficina —dijo el Viejo.

Segundos después, el personal en pleno apareció en la pantalla. Reconoció a la secretaria que nos había atendido.

Ninguno de los empleados nos reconoció. Pero yo pude observar que todos ellos tenían una cosa en común: la espalda abultada.

CUANDO salimos de la Casa Blanca, el Viejo parecía exhausto y amargado.

—Y ahora, ¿qué hacemos, jefe? —pregunté.

—Tú y Mary, nada. Tenéis licencia hasta nuevo aviso.

—Pero, jefe —argumenté—, tengo una idea que creo que servirá para convencer al presidente —el Viejo gruñó pero yo seguí adelante—. Déjeme ir con otro agente a la radiovisora de Des Moines. El otro agente llevará una cámara portátil y radiovisará todo. Usted se encarga de conseguir que el presidente vea lo que ocurre.

—¿Te das cuenta de que lo más probable es que no salgas vivo?

—No estoy tan seguro. No creo que esos bichos tengan poderes sobrehumanos. No tengo intenciones de convertirme en mártir.

—Podría ocurrir —dijo Mary—. Yo iré contigo. Puedo...

—No —dijo el Viejo—. Tengo reservada otra tarea para ti. Quiero que te encargues de la seguridad personal del presidente. En cuanto a tu idea, me parece que vale la pena probarla —agregó, dirigiéndose a mí—. Irás con Jarvis y Davidson.

—¿Entonces usted cree que tendremos éxito?

—No; pero siempre es mejor que nada.

DEDIQUÉ todo el viaje hasta Des Moines a grabar claramente una idea en Davidson y Jarvis. Era importante que la entendieran bien, para que nuestra misión no fracasara. Cuando nos disponíamos a entrar en el edificio de la estación radiovisora, me detuve y les repetí:

—Y no se olviden: es casi imposible que salgamos de esto con vida. ¡Pero vamos a tomar la película!

El portero intentó detenernos, pero lo echamos a un lado, sin mayores miramientos. Nos encaminamos directamente hacia la oficina de Barnes. La puerta estaba cerrada con llave.

Me volví hacia su secretaria.

—¿Dónde está Barnes?

—¿De parte de quién? —me preguntó friamente.

Le miré la espalda. Era marcadamente redonda. Me agaché y le levanté la blusa.

Había acertado. Por segunda vez en poco tiempo, me encontré contemplando un parásito.

La secretaria me clavó las uñas y quiso morderme. Tuve que darle un golpe en la nuca. Cayó desmayada.

—¡Jarvis —grité—, no pierdas esto!

—No hay nada que hacer —me respondió—. Se quemó una lámpara.

—Cámbiala. ¡Pronto!

Una dactilógrafa, desde el otro extremo de la habitación, disparó contra la cámara y la inutilizó. Como si hubiera sido una señal, seis empleados se lanzaron contra Davidson.

Yo seguía custodiando a la secretaria y disparando sin moverme del lugar. En ese momento se abrió una puerta y Barnes "número dos" entró en la habitación. Le disparé en medio del pecho, para matar al parásito que seguramente tenía en la espalda.

Davidson había logrado ponerse de

pie. Una joven que parecía herida se arrastró hacia él. Dávidson le hizo un disparo en pleno rostro, y la joven quedó inmóvil.

—¡Basta! —grité—. Tenemos que salir de aquí.

Cargando a la secretaria de Barnes, todavía desvanecida, llegamos al ascensor. Dávidson temblaba. Jarvis estaba blanco.

—Tranquilícense, muchachos —dije—. No son seres humanos los que hemos matado, sino cosas. . . , como ésta —y señalé la espalda de la secretaria.

Me resistí a creerlo, pero no cabía la menor duda: el ejemplar que pensaba llevar vivo a Washington, había desaparecido. Probablemente se había deslizado hasta el piso, durante la lucha.

—Jarvis —dije—, ¿conseguiste algo? Jarvis negó con la cabeza.

Ya no tenía sentido llevar a la secretaria con nosotros; de modo que la dejamos en el ascensor y nos fuimos.

Al llegar a Washington, nos dirigimos de inmediato a la oficina del Viejo. Presenté mi informe. Me enteré de que la transmisión se había interrumpido

antes de que empezara la lucha. Mi plan había fracasado.

Mary estaba dando vueltas por la oficina; de pronto se detuvo detrás de la silla que ocupaba Jarvis, e hizo la misma seña que en la oficina de Barnes.

Lo golpeé en la cabeza, con mi pistola. Jarvis cayó al suelo.

—¡Quieto, Dávidson! —rugió el Viejo, mientras le apuntaba—. Mary, ¿qué dices de él?

—No hay peligro.

—¿Y Sam?

—Tampoco.

Los ojos del Viejo estaban fijos en nosotros. Nunca me sentí tan cerca de la muerte.

—Quítense la camisa —nos dijo, y obedecemos. Mary había acertado—. Bien. Ahora, ocupémonos de ése —ordenó el Viejo—. Usen guantes.

Extendimos a Jarvis sobre el suelo y le quitamos la camisa. Teníamos en nuestro poder un ejemplar vivo.

SENTI que me iba a descomponer. La sola idea de que esa cosa había viajado conmigo desde Iowa, me resultaba insoportable.



Logré dominar la sensación de náusea y dije:

—Hay que hacer algo. Quizás estemos a tiempo de salvar a Jarvis.

—Olvídate de Jarvis.

—Pero...

—Si tiene aún posibilidades de salvarse, unas horas más no le harán nada. De cualquier modo... —no dijo nada más, y yo tampoco. Yo sabía que nuestras vidas no significaban nada.

Sin dejar de mirar a Jarvis, el Viejo volvió a hablar:

—Mary, comunícate con el presidente. Usa el código especial cero cero siete.

Pocos instantes después, Mary informó que era imposible comunicarse con el presidente.

Pensé que al Viejo le iba a dar un ataque. Respiró hondo un par de veces y logró recobrar la calma.

—Dávidson, dile al doctor Graves que venga.

Cuando entró el jefe del laboratorio de Biología, el Viejo le dijo:

—Doctor, aquí tiene un ejemplar que no está muerto.

Dos ayudantes del doctor Graves colocaron en una camilla el cuerpo inanimado de Jarvis y se lo llevaron.

Mary, Dávidson y yo nos fuimos a tomar una copa. Buena falta nos hacía. Al cabo de un rato, Mary se fue a dormir al dormitorio de mujeres, y Dávidson y yo, al nuestro. El Viejo había ordenado que nadie saliera del edificio esa noche.

LA alarma antiaérea me despertó. En todos los altavoces del edificio resonó la voz del Viejo:

—Custodien todas las salidas. Que el resto del personal se reúna en el salón de conferencias. ¡Rápido!

Cuando me reuní con los demás, el Viejo se encontraba a distancia prudencial del personal, con su pistola en la mano.

—Uno de los parásitos invasores está suelto entre nosotros —dijo, y procedió a explicar brevemente, pero con cruda exactitud, qué eran esos parásitos y cuál era la situación—. En resumen —concluyó—, es casi seguro que el parásito se encuentra en esta habitación. Uno de nosotros parece un ser humano, pero en realidad es un autómatas que actúa bajo la voluntad de nuestro más mortífero enemigo.

Graves se aclaró la garganta.

—Jefe —tartamudeó—, le aseguro que tomé todas las precauciones posibles...

—Basta. Quítele la bata.

Jarvis parecía no darse cuenta de lo que pasaba. Pensé que Graves le había dado algún somnífero. Cuando la espalda de Jarvis quedó a la vista, vimos que estaba cubierta de un rojo sarpullido, desde la nuca hasta debajo de los omóplatos.

—Vamos a capturar a ese parásito —afirmó el Viejo—. ¡Y vamos a capturarlo vivo! —me apuntó con la pistola—. Acércate —me dijo, y con un gesto me detuvo a mitad de camino—. Arroja la pistola al suelo —la arrojé bien lejos—. Quítate la ropa —agregó.

Mis inhibiciones no tenían mucho valor frente a la pistola del Viejo. Me desvestí.

El Viejo me revisó cuidadosamente y luego me indicó que recogiera mi pistola.

—Cúbreme las espaldas —ordenó—, y vigila la puerta. Ahora, tú —agregó, dirigiéndose a una de las chicas de la oficina.

—¿Lo dice en serio? —preguntó la joven con incredulidad.

—¡Pronto!

El tono del Viejo no dejaba lugar a dudas. La joven se quitó el salto de cama, que era lo único que llevaba puesto.

—Ponte junto a la pared —gruñó el Viejo—. Y ahora, los demás.

En menos de veinte minutos estábamos todos desnudos. La pila de armas. Parecía un pequeño arsenal.

Mary se quitó las ropas sin perder tiempo y sin hacer cuestiones. Indudablemente, la ausencia de ropa no le restaba nada de su dignidad.

ERA evidente que todos nosotros, ya desnudos, con excepción del Viejo y miss Haines, su secretaria, estábamos libres de parásitos. Me di cuenta de que al Viejo le molestaba tener que pedirle a la vieja solterona que se desnudara en público. Por fin, con un esfuerzo, se decidió.

—Miss Haines... por favor.

Miss Haines no se movió. Parecía un monumento a la virtud ultrajada. Yo me acerqué al Viejo y le susurré:

—Jefe. ¿y usted? —el Viejo se quedó atónito—. Tiene que ser así, jefe. Puede ser cualquiera de ustedes dos.

El Viejo supo aceptar lo inevitable. Con un suspiro comenzó a quitarse la ropa mientras ordenaba:

—Desnúdenla.

Dos de las mujeres se acercaron a miss Haines. Cuando volví la cabeza, el Viejo tenía los pantalones a la altura de las rodillas..., y en ese momento miss Haines corrió hacia la puerta.

Yo era el único que tenía una pistola en la mano; pero no pude usarla, porque el Viejo había quedado en la línea de fuego.

Miss Haines corrió por el corredor y se introdujo en una de las habitaciones. Dos segundos después, abrí de

una patada la puerta y, con pistola en mano, examiné la habitación.

Algo me golpeó con fuerza detrás del oído.

NO recuerdo bien qué pasó después. Permanecí inconsciente durante unos instantes. Recuerdo haber oído ruido de lucha y algunos gritos: “¡Cuidado!”, “¡Ay, me mordió!”, alguien que decía con voz calma: “¡Sujétela por las manos y los pies!”, otro que preguntaba: “¿Qué hacemos con él?”, y alguien que contestó: “Luego nos ocuparemos de él. No está herido”.

Se fueron. Comencé a sentirme mejor. Me puse de pie y abrí la puerta cuidadosamente. No había nadie. Me deslicé rápidamente, por el corredor, hacia la salida.

De pronto me di cuenta de que estaba desnudo. Cambié de rumbo, en dirección al vestuario de hombres. Me puse el primer traje que encontré y un par de zapatos que eran demasiado chicos para mí; pero no parecía que eso importara demasiado.

Cinco minutos después, estaba en la calle. Me mezclé con la multitud. Elegí un individuo muy bien vestido. Comencé a seguirlo. Cuando llegamos a un sitio más apartado, lo desmayé de un golpe y le quité el dinero. No pensé por qué se lo quitaba; pero yo sentía que me haría falta para lo que estaba a punto de realizar.

ACTUABA como un sonámbulo, sin saber cuál sería mi próximo paso, y, sin embargo, tenía la mente

Yun-Yun

LA Asociación Médica Alemana acaba de dar su visto bueno a la goma de mascar: “La masticación de la goma aumenta el flujo salivar y por lo tanto mejora el proceso de limpieza dental. A pesar del azúcar que en general la recubre, el resultado son dientes más sanos, especialmente ahora que la gente no come comida dura ni tampoco la mastica concienzudamente”.

completamente lúcida, sabía quién era yo y cuál había sido mi trabajo anterior. A pesar de que no conocía mi objetivo, tenía siempre clara conciencia de lo que estaba haciendo, y estaba seguro de que cada uno de mis actos era el necesario en ese momento.

La mayor parte del tiempo, no sentía emoción alguna, salvo la satisfacción que proviene de cumplir acabadamente con una tarea. Pero eso era en el nivel consciente. Muy en el fondo, estaba espantosamente desesperado, aterrorizado, con una tremenda sensación de culpa.

Por fin encontré lo que necesitaba. Un letrero en la puerta de un edificio anunciaba: SE ALQUILA DESVÁN. TRATAR CON EL AGENTE DE LOCACIÓN EN LA PLANTA BAJA. Me dirigí a la oficina de Telégrafos más cercana y envié un telegrama a Roscoe y Dillard, una firma comercial de Des Moines. El mensaje era en clave, una clave que yo conscientemente desconocía. Di la dirección del desván.

Después fui a ver al agente de locación; alquilé el desván y tomé posesión de él inmediatamente. Unas horas más tarde llegaron las encomiendas. Abrí una de ellas, saqué una célula y la calenté. Descendí a la planta baja y dije:

—Señor Greenberg, ¿podría hacerme el favor de subir un momento? Quiero ver si se pueden hacer unos arreglos.

SUBIMOS al desván. Cerré la puerta y mostré a Greenberg uno de los paquetes.

—Fíjese — le dije —; aquí tengo algunas cosas que me gustaría acomodar.

No tardé ni un segundo en desmayarlo de un golpe y rasgarle la camisa. Coloqué sobre su espalda desnuda un parásito que saqué de una de las células y me senté a esperar que recobrará el conocimiento.

Cuando volvió en sí le pregunté: —¿Qué novedades hay en Des Moines?

—¿Qué es lo que le interesa saber? — me preguntó —. ¿Cuánto hace que no está usted con nosotros?

Comencé a explicarle, pero él me interrumpió:

—Será mejor que nos comuniquemos por conferencia directa. Ahorraremos tiempo.

Me quité la camisa y nos sentamos sobre una de las encomiendas, dándonos la espalda para que nuestros amos pudieran estar en contacto. Mi mente estaba en blanco; no tengo idea de cuánto duró la conferencia ni de lo que se dijo durante ella.

EL encargado del edificio fué nuestro próximo recluta. Después, Greenberg llamó por teléfono al dueño y consiguió atraerlo pretextando algún inconveniente en los servicios centrales.

El dueño del edificio era una presa muy importante, ya que pertenecía al Constitution Club, entre cuyos miembros figuraban las más destacadas personalidades de las finanzas, el gobierno y la industria.

Al mediodía, el señor Potter, dueño del edificio, y yo partimos hacia el club. Llevábamos doce parásitos en sus respectivas células en un maletín. Después de recorrer el club, nos dirigimos hacia la toilette. Allí reclutamos al encargado y lo enviamos a buscar al gerente para decirle que uno de los socios estaba descompuesto.

Cuando dimos cuenta del gerente, el encargado me consiguió una chaqueta blanca, y me convertí en otro encargado de la toilette. Me quedaban solamente diez parásitos, por lo que envié a uno de nuestros reclutas a buscar más en mi desván. Los diez de que disponía se me acabaron durante la hora del almuerzo.

Antes de las cuatro de la tarde, todos (socios, invitados y personal) estaban con nosotros. Al atardecer llegó el secretario del Tesoro. Fué una verdadera victoria: el Departamento del Tesoro es responsable de la seguridad personal del presidente.

UN par de días después, ordené al gerente del club que dispusiera lo necesario para el arribo de un importante cargamento de células. Tenía clara conciencia, mientras le daba las indicaciones necesarias, de que otras tres naves habían aterrizado; pero mi conocimiento consciente se limitaba a una dirección en New Orleans.

En unas pocas semanas, la ciudad estuvo en nuestro poder. No quiero decir que cada uno de los habitantes tenía un parásito, sino que nuestros reclutas ocupaban todas las posiciones clave en la ciudad, desde el policía de la esquina hasta el alcalde y el jefe de policía, ministros y todas las relacionadas con comunicaciones. El resto de los habitantes proseguía su vida normal, completamente ignorante de lo que ocurría a su alrededor.

Entonces recibí autorización para salir a la calle, aunque siempre era preferible que viajara en taxi. Mi amo sabía que el Viejo revolvería cielo y tierra para encontrarme.



En una ocasión en que me disponía a subir a un aerotaxi, un señor anciano me empujó y subió al vehículo.

Recibí orden de matarlo; pero fué inmediatamente anulada por otra, que me indicaba que tuviera cuidado.

—Perdone, señor; pero este taxi es mío.

—Lo siento — dijo el anciano —. Yo ya estoy dentro.

—Pues tendrá que buscarse otro.

—¿Dónde va usted?

—A New Orleans.

—Entonces podemos tomarlo los dos, y yo descendo en Memphis.

Recibí otra orden.

—Muy bien — dije.

Cuando estuvimos en el aire el otro pasajero abrió su cartera y desparramó un montón de papeles sobre sus rodillas. Yo lo observaba distraídamente, pero, al mismo tiempo y sin que yo supiera por qué, me acomodé en el asiento para poder sacar el revólver. El otro pasajero extendió un brazo y me cogió la muñeca con un puño que parecía de hierro.

—No tan rápido, muchacho — dijo, y la diabólica sonrisa del Viejo apareció en su rostro.

Sentí el caño de su pistola contra las costillas y dejé de resistirme. Con la otra mano, el Viejo me inyectó un soporífero. Hice un último intento de sacar mi pistola y perdí el conocimiento.

TENÍA una remota sensación de movimiento y voces. Abrí los ojos. Quise hablar pero los sollozos me cerraban la garganta. Caí en una especie de sopor, hasta que oí:

—¿Te sientes mejor, hijo?

El Viejo me miraba pensativamente desde el otro extremo de la cama.

—Bastante bien — respondí. Traté de sentarme y no pude.

El Viejo se acercó a la cabecera.

—Creo que ya podemos desatarte. —

dijo mientras aflojaba mis ligaduras—. No queríamos que te lastimaras.

Me senté, frotándome las muñecas.

—Y ahora, dime: ¿qué es lo que recuerdas?

—¿Lo que recuerdo?

—Te capturaron. ¿Recuerdas algo de tu trabajo con ellos?

Me invadió un terror espantoso.

—¡Jefe, ellos saben dónde están nuestras oficinas! ¡Yo se lo dije!

—No, no lo saben — dijo el Viejo con calma —; pues éstas no son las oficinas que tú conocías. ¿Así que te acuerdas?... —

—Por supuesto. Cuando salí del salón de conferencias... — de pronto recordé la imagen de mí mismo sosteniendo un parásito vivo en mi mano desnuda.

Vomitó.

El Viejo dijo suavemente:

—Sigue contándome.

—Jefe, tienen la ciudad en sus manos.

—Ya lo sé. Igual que Des Moines. Y también Minneapolis, Saint Paul, Nueva Orleans y Kansas. Quizás sean más. No sé; no puedo estar en todas partes. Estamos perdiendo terreno — la voz del Viejo parecía cansada —. Pero no importa — añadió —. Tú eres la primera oportunidad que tenemos de lograr algo; eres la primera víctima que capturamos viva, y, además, te acuerdas de todo lo que pasó. Y tu parásito es el primero que tenemos en nuestro poder. Podremos... —

Mi rostro debía de ser una máscara de horror. Saber que mi amo seguía vivo y que podía apoderarse otra vez de mí, era más de lo que yo podía soportar.

El Viejo me sacudió.

—No te agites, muchacho. Aún estás muy débil.

—¿Dónde está?

—¿El parásito? No te preocupes por él. Está viviendo en un orangután.

—¡Mátelo!

—Imposible. Lo necesitamos para estudiarlo.

Debo de haberme descompuesto, pues me dió una bofetada.

—Calma, muchacho — me dijo —. Lamento molestarte ahora, pero tengo que hacerlo. Necesito imprescindiblemente saber qué hiciste durante estos días.

Con un esfuerzo logré controlarme y le di un cuidadoso informe de todo lo que recordaba.

—¡Dios mío! — exclamé de pronto.

—¿Qué pasa?

—¡El secretario del Tesoro!

—¿Él también?

—Sí; el primer día. ¡Jefe, el secretario del Tesoro protege al presidente!

Pero el Viejo ya no estaba en la habitación.

BUENOS días. Abrí los ojos, y no pude creer lo que veía. De pie junto a mi cama se encontraba una joven muy bonita que sostenía en las manos una bandeja con mi desayuno. Eso no era nada raro. Lo que me dejó boquiabierto fué su vestimenta; llevaba puesto algo que se parecía bastante a un traje de baño, de dos piezas, sólo que cubría un poco menos de superficie que un bañador corriente.

—¿Se siente mejor?

—Un poco, gracias. ¿Y eso? —pre-

gunté, señalando su traje—. No es que me moleste, pero es un uniforme algo extraño.

Doris, tal era su nombre, se rió. —Ya se acostumbrará. Son órdenes del Viejo. Un compañero suyo quiere verlo.

—Que pase, que pase.

Dávidson entró en mi habitación.

—Hola, me enteré de que estabas por aquí —no tenía puesto más que un par de shorts y un vendaje que le cubría el brazo izquierdo.

—¿Y a ti qué te pasó? ¿Te hirieron ayer?

—Sí, y tuve bastante suerte. Perdimos tres agentes.

—¿Y el presidente?

—Está bien; no le pasó nada.

Doris abrió la puerta.

—¡Ah, estaba usted aquí! Tiene que ir a curarse ese brazo —dijo dirigiéndose a Dávidson.

—Lo siento, compañero; parece que tengo que irme —comentó Dávidson, y partió.

—¿Y cómo está el Viejo? — pregunté ansiosamente a Doris —. ¿Lo hirieron?

—No, no está en la lista de enfermos. ¡No me gustaría tener un paciente como éll!

DURANTE dos o tres días me obligaron a permanecer en cama y me trataron como a una criatura. No me importó; era el primer descanso

Distancias de las estrellas

UN fabricante de lentes llamado Breshear ha realizado un curioso experimento. Tomó el hilo más fino que existe en la naturaleza, el hilo que la araña hembra usa para envolver el capullo de su prole y lo pesó, encontrando que 400 km. de este hilo pesan un centésimo de libra. Con una libra de este hilo se podría rodear nuestro planeta. Con 10 libras se podría llegar hasta la Luna. Para alcanzar la estrella más próxima, en la constelación del Centauro, se requerirían 500 mil toneladas. Y para transportar esa cantidad de hilo de araña se necesitaría un tren de 25 kilómetros de largo y 500 locomotoras...

que tenía en años. Después me permitieron vestirme (shorts y un par de zapatos) y caminar un poco por mi habitación.

El Viejo vino a buscarme.

—Ya es hora de que dejes de vagar. Tengo trabajo para ti — me dijo y me invitó a que lo siguiera.

Nos detuvimos frente a una puerta en la que se leía: LABORATORIO BIOLÓGICO. PROHIBIDA LA ENTRADA.

Me detuve.

—¿Adónde vamos?

—A echarle un vistazo a tu mellizo, el orangután con tu parásito.

—Ya me lo imaginaba. Yo no entro — empecé a temblar.

—Mira, hijo — me dijo pacientemente —, tienes que sobreponerte. Lo mejor es que lo enfrentes. Ya sé que es difícil. A mí mismo me ha costado muchas horas acostumbarme a mirarlo.

—¡Usted no sabe, no puede saberlo! — Mis temblores eran tan fuertes que tuve que apoyarme en la puerta.

—Supongo que es distinto — dijo lentamente —, cuando uno ha pasado por ello...

—¡Ya lo creo que sí! — grité —. ¡No puede obligarme a entrar ahí!

—No; creo que no. Vuelve a tu habitación — abrió la puerta y entró en el laboratorio.

Dió tres o cuatro pasos. Yo lo detuve.

—¡Jefe, espere; voy con usted!

—No estás obligado a entrar.

—Entraré. Sólo que... no es tan fácil recobrar el valor.

MIENTRAS avanzábamos, me cogió del brazo afectuosamente. Pasamos a otra habitación con aire acondicionado. Allí se encontraba el orangután, en una jaula.

Atado por la cintura, estaba suspendido de un armazón de metal, con las extremidades colgando. Nos miró con ojos cargados de malicia e inteligencia.

—Demos la vuelta — dijo el Viejo.

Me hubiera quedado donde estaba; pero el Viejo me empujó. Desde mi nueva posición pude ver... lo que me había dominado durante un tiempo interminable, lo que había hablado por mi boca y pensado con mi cerebro: mi amo.

—Tranquilo — dijo el Viejo suavemente.

Hice un esfuerzo sobrehumano y logré mirarlo. Me apoyé en el Viejo, mientras yo mismo me decía: "No puede hacerme daño". Volví la cabeza y vi que el Viejo me miraba fijamente.

—Y ¿qué tal? — me preguntó —. ¿Te sientes más fuerte?

—Un poco. ¡Todo lo que quiero es matarlo! ¡Podría pasarme la vida destruyéndolos! — afirmé, pero empecé a temblar otra vez.

El Viejo me estudió.

—Toma — me dijo, y me entregó su pistola.

La tomé y lo miré interrogativamente.

—Tú quieres matarlo. Si no tienes más remedio, hazlo. Ahora mismo.

—Pero... usted me dijo que lo necesitaban para estudiarlo.

—Así es. Pero si sientes que necesitas acabar con él para recobrar el coraje, hazlo.

El Viejo sabía cómo manejarlo. Dejé de temblar. Apreté la pistola en la mano, listo para dispararla. Mientras ese parásito siguiera vivo yo sería una sombra temblorosa. Por otra parte, podíamos capturar una docena en el Constitution Club. Si éste quedaba muerto, yo mismo me animaría a capturarlos.

El corazón me latía con fuerza. Alcé la pistola y... sin dispararla, se la devolví al Viejo.

—¿Qué pasa? — me preguntó.

—No sé. Me ha bastado saber que podía hacerlo.

—Supuse que sucedería eso.

No sentía enojo alguno con el Viejo por lo que había hecho.

—Ya lo sé. ¿Qué tal resulta ser amo de títeres?

Me contestó sobriamente:

—Yo no lo soy. Lo más que hago es sugerir un tipo de conducta. Ahí tienes al verdadero amo de títeres.

—Sí — asentí —. Y usted cree que sabe realmente lo que eso significa; pero no es así. Espero que nunca lo sepa.

Ahora podía yo mirar al parásito, sin temblar.

—Jefe — dije —, prométame que me dejará matarlo cuando usted no lo necesite ya.

—Te lo prometo.

Nos interrumpió un ayudante del laboratorio.

—Jefe, estamos listos para lo que nos dijo — informé.

—Muy bien. En seguida estoy con ustedes.

El ayudante salió.

—Jefe, ¿qué piensa hacer con esto? — pregunté.

—Pienso interrogarlo.

—¿Qué? ¡Pero cómo!...

—¡Ya sé que el orangután no puede hablar! Necesitaremos un voluntario... humano.

CUANDO me di cuenta de lo que él quiso significar, el terror se apoderó de mí nuevamente.

—¡Usted no puede hacerle una cosa así a nadie! — exclamé.

—Hay que hacerlo, y lo haremos.

—No conseguirá ningún voluntario.

—Ya tengo uno.

—¿Quién?

—Pero preferiría no usarlo. Estoy buscando a alguien que esté en mejores condiciones para el experimento.

—No conseguirá otro: no puede haber dos personas tan insensatas.

—Quizá — dijo el Viejo —. Pero, aun así, preferiría tener otro voluntario. Esta entrevista debe realizarse, hi-

jo. Estamos luchando a ciegas. No conocemos a nuestro enemigo. No sabemos de dónde viene ni qué armas son eficaces contra él. Tenemos que averiguarlo; nuestra existencia depende de ello. La única forma de hablar con ellos es a través de un ser humano. Así que lo haremos. Pero quisiera disponer de un voluntario mejor capacitado.

—No me mire.

—Te estoy mirando.

—¡Usted está loco! Yo tendría que haberlo matado cuando me dió usted la pistola. Lo habría hecho, si hubiera sabido lo que usted pensaba hacer con él. Pero si cree que voy a dejar que me pongan esa cosa en la espalda... ¡No!

El Viejo siguió hablando como si no me hubiese oído.

—Tiene que ser un hombre que pueda soportarlo. Jarvis no fué bastante duro; pero tú, sí. Tú podrás.

—¿Yo? Todo lo que saben es que sobreviví una vez. Yo... yo no podría soportarlo nuevamente.

—Te voy a dar otra oportunidad, hijo. ¿Vas a colaborar, sabiendo que no hay más remedio que hacer este experimento y que tú tienes más probabilidades que ningún otro? ¿O vas a permitir que otro agente arriesgue su vida en lugar tuyo?

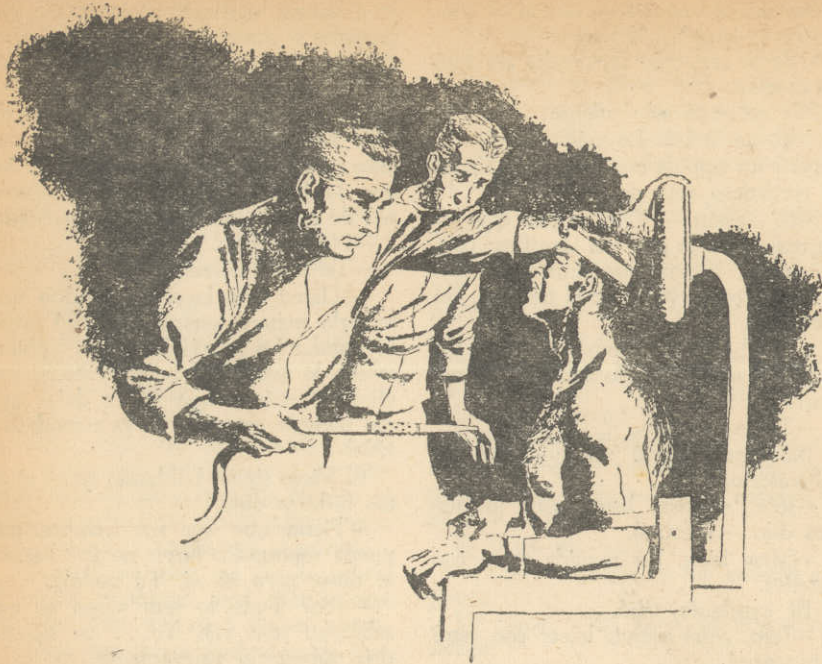
Traté de explicarle lo que sentía. No podía soportar la idea de que podía morirme mientras estaba poseído por un parásito, o, peor aún, la de seguir vivo con el inmundo bicho pegado a mi espalda. Pero no pude encontrar palabras.

—Hay límite para lo que puede soportar un hombre. No lo haré.

El Viejo llamó al ayudante.

—Comenzaremos en seguida con el voluntario original — yo avancé en dirección a la puerta —. ¿Adónde vas? — me dijo.

—Afuera, no quiero tener nada que ver con esto.



Me agarró de un brazo y me hizo girar sobre los talones.

—Tú conoces a estos bichos. Tu consejo puede ayudarnos.

—¡Suéltame!

—¡Te quedarás —dijo salvajemente— aunque tenga que atarte! He sido considerado contigo, porque estabas enfermo, ¡pero esto ya es demasiado!

—Muy bien —dije—. Usted es el jefe.

LOS ayudantes entraron al laboratorio, con una especie de silla que se parecía bastante a la eléctrica de Sing Sing. Tenía correas para sujetar los tobillos, las rodillas, las muñecas y los codos, y un corselete para inmovilizar el pecho y la cintura, con una abertura en la parte posterior, para que

la espalda de la víctima quedara al descubierto.

Los ayudantes la colocaron a un costado de la jaula y quitaron los barrotes de ese lado. En ese momento entró un grupo de gente. Entre ellos estaba Mary.

Me quedé sin respiración. Era la primera vez que la veía desde mi regreso; pero las circunstancias de nuestro actual encuentro no podían ser más desagradables. Entre dientes maldije al Viejo; no tenía derecho a obligar a una mujer a asistir a semejante espectáculo.

Mary pareció sorprendida al verme y me hizo un gesto con la cabeza.

—¿Listos? —preguntó el jefe del laboratorio.

—Adelante —respondió el Viejo.



Mary se acercó a la silla y se sentó. Dos técnicos comenzaron a atarla. El horror me inmovilizó durante el primer segundo; pero luego me precipité hacia la silla y alejé a los técnicos a golpes.

—¡Mary —grité—, levántate!

El Viejo me apuntó con la pistola.

—Apártate —ordenó—. Ustedes tres... ¡áttenlo!

Mary no se movió; sus ojos, plenos de ternura, estaban fijos en mí.

—Levántate, Mary —dije—. Yo ocuparé tu sitio.

Me senté. Me ataron. Mary ya no estaba en la habitación. Cuando estuve listo, el Viejo me apoyó la mano en el hombro y me dijo:

—Gracias, hijo.

No le contesté.

Oí que el orangután gritaba y que alguien decía: "¡Cuidado!"

Luego reinó el silencio, como si todos contuvieran la respiración. Algo húmedo me tocó la espalda. Me desmayé.

VOLVÍ en mí con la clara sensación de que estaba en un aprieto, pero decidido a recuperar mi libertad. No sentía miedo; despreciaba a todos y sabía que podía engañarlos.

—¿Puede oírme? —preguntó el Viejo con voz cortante.

—No grite —le contesté.

—¿Sabe para qué está ahí?

—Usted quiere hacerme preguntas. ¿Qué espera?

—¿Qué es usted?

—Esa es una pregunta tonta. Mido un metro ochenta y cinco centímetros; tengo más músculos que cerebro, y...

—No, no me refiero a ti, sino a usted.

—Adivine.

—Usted sabe que lo hemos estado estudiando mientras vivió en el cuerpo de ese orangután. Sabemos ciertos detalles que nos dan una pequeña ventaja: primero, que podemos matarlo; segundo, que no le gusta el shock eléctrico y no puede soportar el calor que un ser humano aguanta; tercero, que es indefenso sin un huésped; cuarto, que no tiene más poder que el que obtiene de su huésped. En este momento él está indefenso, ¡de modo que usted tiene que cooperar o morir!

En alguna parte, muy en el fondo, me latía la desesperación y el sentimiento de culpa que sólo se experimentan cuando se está dominado por los parásitos. Pero estaba tan ocupado, tratando de romper mis ligaduras, que no podía prestarles mayor atención.

—¿Y bien? —inquirió el Viejo—. ¿Va a contestar mis preguntas?, ¿o prefiere que lo hagamos sufrir un poco?

—¿Qué preguntas? Hasta ahora no ha hecho más que decir tonterías.

—Deme la picana eléctrica —dijo el Viejo a uno de los ayudantes.

Sentí un dolor espantoso. La habitación giró ante mis ojos. Era como si me estuvieran partiendo en dos. Durante un brevísimo instante mi amo perdió su dominio sobre mí.

Pero el dolor pasó. Volví a convertirme en una unidad y me sentí seguro bajo el dominio de mi amo. Pero ahora los ecos de su salvaje terror y su sufrimiento llegaban hasta mí.

—Y bien, ¿me contestará? —preguntó el Viejo.

—Pregunte.

—¿Quiénes son ustedes?

La respuesta no me llegó en seguida. Cuando el Viejo volvió a acercarse contesté apresuradamente:

—Somos la gente.

—¿Qué gente?

—La única gente. Los hemos estudiado a ustedes y conocemos sus costumbres. Nosotros... —Me detuve súbitamente.

—Siga hablando —gruñó el Viejo.

—Hemos venido a traerles la paz —a esto, el Viejo sonrió despreciativamente—. Paz y felicidad —proseguí—, y... la dicha de la entrega —entrega no era la palabra adecuada—. La dicha —repetí— del... *nirvana*.

—Es decir —dijo el Viejo—, que si la raza humana se rinde, ustedes nos

cuidarán y nos harán felices, ¿no es así?

—¡Exactamente!

El Viejo reflexionó durante unos instantes.

—¿Sabe —dijo lentamente— que la humanidad ha recibido esa propuesta más de una vez? Nunca fué aceptada. Y ahora sigamos. ¿De dónde vienen?

—Desde lejos.

—Eso no es ninguna novedad. ¿De qué planeta?

—Todos los planetas son nuestros.

—Quizá sea cierto, quizá no. La cuestión es de dónde vienen sus naves.

Ninguna respuesta llegó a mi mente.

—No quiere hablar, ¿eh? Bueno, veamos si así se le suelta la lengua.

Durante una fracción de segundo supe la respuesta y quise darla; pero algo me heló la garganta. Hice un tremendo esfuerzo. Quería hacer cualquier cosa que acabara con ese dolor. No pude.

—¿No ha recibido bastante? —dijo el Viejo, y vi que se acercaba nuevamente.

Como ya le había dicho antes al Viejo, hay un límite para lo que un hombre puede soportar. Sentí que la cabeza me iba a estallar y perdí el conocimiento.

Lo primero que vi, cuando abrí los ojos, fué la expresión anhelante del Viejo.

Algunas energías

LA necesaria para levantar 1 kg. hasta una altura de 1 metro, se denomina "kilogrametro".

Una mosca en vuelo desarrolla una energía de 0.0000001 kilogrametros.

Para calentar una taza de té se necesitan 10 kilogrametros, o sea el equivalente de la energía de mil millones de moscas en vuelo.

Y, ahora, en el otro extremo: la energía que el Polo envía al espacio por segundos es de 40.000.000.000.000.000.000.000.000 kilogrametros.

—¿Cómo te sientes, hijo? —me preguntó. No contesté.

Uno de los ayudantes me dió una inyección. Después de unos minutos logré sentarme. Me encontraba aún en la misma habitación, con la espantosa silla ante los ojos.

Intenté ponerme de pie. El Viejo extendió una mano para ayudarme, pero la desprecié. Él dijo:

—Lo siento... ¡Jones! —ordenó luego —, consigue una camilla y llévenlo a la enfermería.

—No necesito ayuda de nadie —dijo—. Puedo andar con mis pies.

Sin que nadie hiciera un movimiento para detenerme, abrí la puerta y salí al corredor.

—¡Sam! Sam!...

Mary corrió a mi encuentro, se detuvo a mi lado y me miró con enormes ojos tristes.

—¡Oh, Sam! ¿Qué te han hecho? —dijo con voz tan ahogada que casi no pude entender lo que decía.

—Tú tendrías que saberlo —le contesté. Logré reunir suficiente fuerza para abofetearla—. ¡Mujerzuela!

ME dieron un soporífero que me permitió pasar una noche más o menos tranquila. Cuando me desperté a la mañana siguiente, tuve la sensación de que hacía siglos que estaba enfermo. En realidad, no estaba tan mal, pero me sentía como si hubiera caído por las cataratas del Niágara en un barril. Tenía vendajes en los brazos y piernas, que me había lastimado al tratar de romper las ligaduras; pero no me había roto ningún hueso. Era mi espíritu lo que estaba enfermo.

El Viejo tenía derecho a asignarme la misión más peligrosa; ése era mi trabajo. Pero yo no podía perdonarle que se hubiera aprovechado de mis sentimientos, para obligarme a hacer algo que yo nunca habría hecho voluntariamente.

En cuanto a Mary, se había aprovechado de mis sentimientos hacia ella, para lograr que el Viejo se saliera con la suya.

En el futuro tendrían que arreglárselas sin mí. Poseía una cabaña en los montes Adirondack; me iría allí, y que el resto del mundo resolviera el problema.

Mary entró en la habitación y se acercó a mi cama.

—Sam dijo—. ¡Oh, Sam, amor mío!

—No soy tu amor.

—No; ya lo sé —dijo, inclinando la cabeza—; pero no entiendo por qué. Vine a averiguar por qué me odias.

—¿Así que después de lo que hiciste, no sabes por qué? Mary, eres muchas otras cosas, pero no tonta.

—Sam, mírame. Yo sé lo que te hicieron. Sé que te ofreciste para evitármelo. Lo sé, y te estoy profundamente agradecida. Pero no sé por qué me odias. Yo no te pedí que lo hicieras, ni quería que lo hicieras.

—Cuando te sentaste en esa silla, sabías perfectamente que yo no permitiría jamás que hicieran el experimento contigo. Lo sabías. El Viejo habría tenido que matarme para conseguir que me sentara; pero tú disponías de otras armas, y las usaste.

Mary se puso terriblemente pálida.

—Sam, las cosas no ocurrieron así. Yo no sabía que tú ibas a estar presente. Cuando te vi me sorprendí muchísimo, pero ya no podía echarme atrás: había hecho una promesa.

—No importa si tú sabías o no que yo iba a estar allí. La cuestión es que estaba, y tú sabías perfectamente lo que iba a ocurrir si te sentabas en aquella silla.

—Si tú lo ves así, yo no puedo discutir los hechos.

—Así es. De modo que no tiene sentido seguir hablando.

—Pero quiero que sepas que te estoy infinitamente agradecida, y si hay algo,



cualquier cosa, que pueda hacer por ti, no tienes más que pedírmelo.

—Sí, hay algo que puedes hacer por mí: dejarme en paz. Vete. Estoy cansado.

—A la tarde recibí la visita del Viejo. —Quiero hablar contigo —me dijo.

—Pues yo no tengo nada que hablar con usted. Váyase.

No me hizo caso. Entró y se sentó en una silla junto a mi cama.

—¿Te molesta si me siento?

—Me temo que no pueda evitarlo.

—¿Sabes, hijo? Eres uno de mis mejores agentes; pero a veces te apresuras demasiado.

—No se preocupe por eso —contesté—. En cuanto el médico me dé de

alta, me voy de aquí para siempre.

El Viejo seguía sordo a mis palabras.

—Considera, por ejemplo, el caso de Mary.

—No me interesa.

—Tú crees que ella se prestó a hacer el papel de anzuelo; pero estás equivocado. Yo planeé todo. Ella no sabía una palabra del asunto.

—Ya lo sé.

—Y entonces, ¿por qué la acusas?

—Porque usted no habría podido llevar a cabo sus planes sin la cooperación de ella.

—Lo que no quieres entender es que Mary ignoraba por completo lo que yo me proponía hacer.

—Lo único que sé es que Mary estaba allí.

—Pues tendrás que decidir, entonces, si te estoy mintiendo o no. Mary no sabía que tú estarías en la habitación. No tenía la más remota sospecha de que yo no pensaba utilizarla para el experimento, o de que ya había decidido que tú eras el único que estaba en condiciones de hacerlo, aunque tuviera que obligarte. Pero, hijo, ¡si Mary ni siquiera sabía que te habían dado de alta! —a pesar de mí mismo, comencé a creerle—. Y hay otra cosa que tienes que meterte en la cabeza. Todos nosotros apreciábamos lo que hiciste, cualquiera haya sido el motivo. Pero no te sientas como un héroe traicionado, pues la que realmente merece toda nuestra admiración es Mary. A ti tuvimos que obligarte; ella se ofreció porque sí. Cuando se sentó en la silla, estaba dispuesta a someterse al experimento, aun sabiendo que si no moría se exponía a perder la razón, lo cual habría sido peor. Lo que quiero que entiendas es que ella ha demostrado tener más valor que tú, y que la has herido injustamente.

—Sí —dije después de unos instantes—, es posible que me haya equivocado.

—Me alegro —dijo el Viejo—. Ahora te dejo para que reflexiones un poco sobre tu decisión.

—No hay nada que pensar. Me iré en cuanto salga de aquí.

—Muy bien —el Viejo se dirigió hacia la puerta.

—Usted me hizo una promesa —le dije—. Me prometió que me dejaría matar al parásito. ¿Ya no lo necesitan?

—No, pero no podrás matarlo. Ya está muerto.

—¿Qué?... ¡Pero usted me prometió...!

—Ya sé; pero murió mientras tratábamos de obligarte, u obligarlo, a hablar.

Comencé a reírme sin poder contenerme.

El Viejo me sacudió.

—No veo qué hay de gracioso en todo esto.

—Pues yo sí —le contesté—. Es lo más advertido que he visto en mi vida. Todo fué inútil: su sucia jugarreta, y lo que pasó con Mary... todo para nada. No se enteraron de nada.

—Al contrario, fué todo un éxito. Lo que el parásito se negó a decirnos lo dijiste tú.

—¿Yo?...

—Sí, tú. Anoche te sometimos a una prolongada sesión de narcoanálisis, y nos dijiste todo lo que aprendiste durante el experimento.

—¿Qué, qué dije?

—Sabemos de dónde vienen: de Títán, el sexto satélite de Saturno. Sentí una opresión en la garganta. El Viejo había dicho la verdad.

Nos quedamos unos minutos en silencio. Por fin, el Viejo se acercó a la puerta y la abrió.

—¡Papá! —le dije.

Hacía años que no lo llamaba así. Se volvió hacia mí, sorprendido e indefenso.

—¿Qué, hijo?

—¿Por qué decidieron mamá y tú llamarme Elihu?

—Porque era el nombre de tu abuelo materno.

Abrió la puerta, pero lo detuve otra vez.

—Papá, ¿cómo era mi madre?

—¿Tu madre? No sé cómo decirte. Era... bueno, era bastante parecida a Mary. Sí, hijo, tenía muchas cosas en común con Mary y salió antes de que pudiera contestarle.

CUANDO el médico me dió de alta, yo ya estaba convencido de que me había portado como un tonto. Busqué a Mary por todas partes. Nadie pudo decirme dónde podía encontrarlo.

trarla. No tuve más remedio que ver al Viejo.

—¿Qué quieres? —me preguntó sin más preliminares.

—Pensé que quizá tendría usted algún trabajo para mí —le dije, y, naturalmente, no era eso lo que había pensado decirle.

—La verdad es que estaba por llamarte. Ya has descansado lo suficiente. Vamos —dijo levantándose de su asiento.

Sentí un inmenso alivio.

—¿Adónde?

—A Washington.

En el Capitolio había reunión conjunta de ambas cámaras. Como llegamos demasiado temprano, el Viejo tuvo tiempo de ponerme al tanto de la situación política. Yo le pregunté:

—¿Cómo es que no obligan a todo el mundo a tener la espalda al descubierto?... El presidente está al tanto de lo que pasa, ¿no es así? ¿Cómo es que no se declara estado de sitio y se toman las medidas necesarias?

—Ya veo que no entiendes nada de política. Las pruebas que hemos podido presentar son muy débiles. El congreso y el senado se niegan a tomar medidas.

—¿Y cómo explican lo que pasó con

el secretario del Tesoro? No pueden pasar eso por alto.

—¿No? El secretario está en un sanatorio privado, recobrándose de una prostración nerviosa. El Departamento del Tesoro informó que había fracasado un intento de asesinar al presidente, lo cual es cierto, pero no como ellos dicen.

—¿Y el presidente no lo desmintió?

—El presidente tiene muchos enemigos. La política partidaria es un juego muy peligroso.

—Pero, entonces, ¿no hay nada que hacer?

—A eso hemos venido. El presidente elevará un mensaje al Congreso, solicitando plenos poderes.

—¿Y los conseguirá?

El Viejo se encogió de hombros.

Por fin me decidí.

—¿Dónde está Mary?

—Donde debe estar. Cuidando al presidente.

LA sesión conjunta era secreta; pero el presidente ordenó que estuviéramos presentes. El Viejo y yo nos acomodamos en uno de los pequeños balcones, detrás de la tribuna ocupada por el orador. El presidente entró acompañado de su guardia perso-

nal, constituida esta vez por hombres de nuestra sección.

Mary también estaba con él. Alguien le acercó una silla plegadiza junto a la del presidente. Mary llevaba una libreta y una serie de papeles, pues se suponía que fuera la secretaria del presidente.

Nuestras miradas se encontraron, y me dedicó una dulcísima sonrisa. Yo parecía un cachorro de San Bernardo, hasta que el Viejo me clavó un codo en las costillas, y tuve que portarme bien.

El presidente hizo una clara exposición de la situación reinante. Cuando concluyó dejó a un lado los papeles y dijo:

—Se trata de una situación tan extraña y terrible, tan distinta de nuestras experiencias anteriores, que me veo obligado a solicitar plenos poderes para ponerle fin.

Examiné las caras de las presentes. El discurso del presidente no había convencido a nadie. Varios senadores pidieron la palabra. El presidente del Senado se la concedió al senador Gottlieb, miembro de su partido. El discurso de Gottlieb fué muy enredado y confuso; pero, cuando concluyó, se hizo evidente que lo que proponía era el juicio político del presidente.

El Viejo y Mary se miraron. El viejo escribió algo en un trozo de papel y lo dejó caer. Mary lo recogió, lo leyó, y se lo pasó al presidente. Éste cambió unas palabras con el presidente del Senado.

—Debido a la importancia de sus palabras, se solicita que el senador Gottlieb pase a ocupar la tribuna.

Gottlieb avanzó. Mary se ingenió para que su silla hiciera tropezar al senador. Cambiaron unas pocas palabras. Finalmente Gottlieb ocupó la tribuna. Mary nos miró e inclinó lentamente la cabeza.

—¡Préndanlo! —nos dijo el Viejo.

Salté sobre la baranda y aterricé en los hombros de Gottlieb. Le rasgué la chaqueta. El parásito quedó al descubierto. Puse a Gottlieb de espaldas a la sala, para que todos pudieran verlo.

Se armó un enorme revuelo. El presidente gritó:

—¡Ahí lo tienen! ¡Ahora todos pueden verlo!

El presidente del Senado estaba estupefacto, y pretendía inútilmente restablecer el orden. Los hombres gritaban. Las mujeres estaban nerviosísimas. Desde el balcón, el Viejo daba órdenes a los guardias presidenciales.

Por fin reinó el silencio. El presidente comenzó a hablar. Dijo que aquella era un excelente oportunidad para que todos pudieran ver un parásito de cerca. Los senadores comenzaron a desfilar por la tribuna.

Con la ayuda de la guardia especial del Senado, conseguimos capturar trece parásitos. Diez de ellos estaban vivos.

HABÍAMOS triunfado. El Viejo se convirtió automáticamente en el jefe de toda la campaña contra los invasores.

Mientras la Fuerza Aérea recorría el país en busca de platos voladores, una intensa propaganda llegaba a todos los rincones del país.

“¡Aléjense de los sitios oscuros!”

“¡No se reúnan en multitudes!”

“Un hombre con la espalda cubierta es un enemigo. ¡Mátelo!”

En las regiones incontaminadas la gente obedecía las órdenes, iba desnuda y esperaba ansiosamente que pasara el peligro.

¿Y las áreas contaminadas? Los informes provenientes de esas zonas eran *absolutamente iguales a los demás*.

¿Cuál era la razón? Los parásitos controlaban las radiovisoras. La gente no había oído nuestras advertencias.

El hombre data de ayer...

SEGÚN determinados cálculos radiactivos, la Tierra tiene unos 2000 millones de años. Para el Sol se calculan unos 5 billones de años (un 5 seguido de 12 ceros). Las nebulosas galácticas, según James Jeans, serían 10 ó 20 veces más antiguas, de manera que alcanzarían los 50 ó tal vez los 100 billones de años. En cambio, la presencia de seres humanos en la Tierra data de “apenas” medio millón de años, en el mejor (o en el peor) de los casos. Que esa cantidad es misera frente a las otras, se puede comprender imaginando el mismo proceso universal acelerado por algún fabuloso mecanismo. Entonces, si ese mecanismo fuese capaz de reducir los 2000 millones de años de nuestro planeta a 24 horas, el hombre apenas aparecería 17 segundos... Y toda la orgullosa civilización terrestre duraría un décimo de segundo.

Nos hallábamos reunidos en el salón de conferencias de la Casa Blanca, con el secretario de Seguridad, Martínez, y el mariscal Rexton, jefe supremo del ejército. Su enorme mapa del país cubría una de las paredes. Pequeñas luces de colores indicaban la situación general: roja para las ciudades controladas por los parásitos; verde para las que estaban a salvo; amarillas para las dudosas.

El presidente examinó atentamente el mapa.

—Parece que necesitaremos la ayuda de Canadá y Méjico —dijo.

—Vamos a necesitar la ayuda del mundo entero —respondió el Viejo.

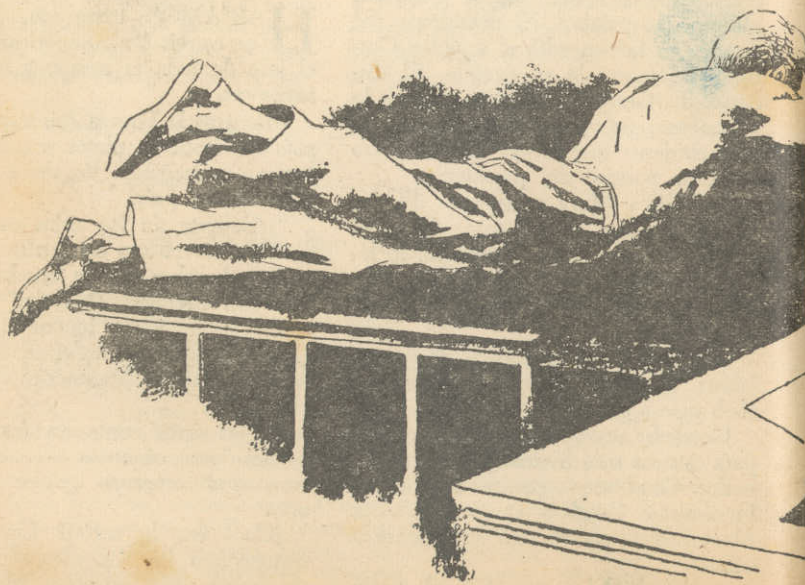
—Por lo que sabemos, todo esto proviene de un solo aterrizaje aquí —continuó el presidente, señalando el punto que correspondía a Grinnell, en Iowa.

—¡Oh, no! —exclamé yo, y todos me miraron—. Aterrizaron otras tres naves.

—¿Dónde? ¿Dónde aterrizaron?

Hice un violento esfuerzo por recordar.

—No sé —dije por fin—. Me parece que una aterrizó cerca de Nueva Orleans.



—Bien —dijo el Viejo—; eso es muy interesante; pero no creo que quede el menor rastro de ellas.

Me sentía cansado y débil. El recuerdo de mi experiencia con los parásitos me resultaba insoportable. Me excusé y salí a dar una vuelta.

LA reunión había terminado cuando regresé. El Viejo parecía preocupado.

—¿Y qué decidieron? —le pregunté.

—Hoy, a media noche, iniciaremos un contraataque. Nos lanzaremos sobre todas las estaciones radiovisoras y

las oficinas telegráficas y periodísticas de la Zona Roja.

—Parece un excelente plan —respondí—. ¿Cuántos hombres?

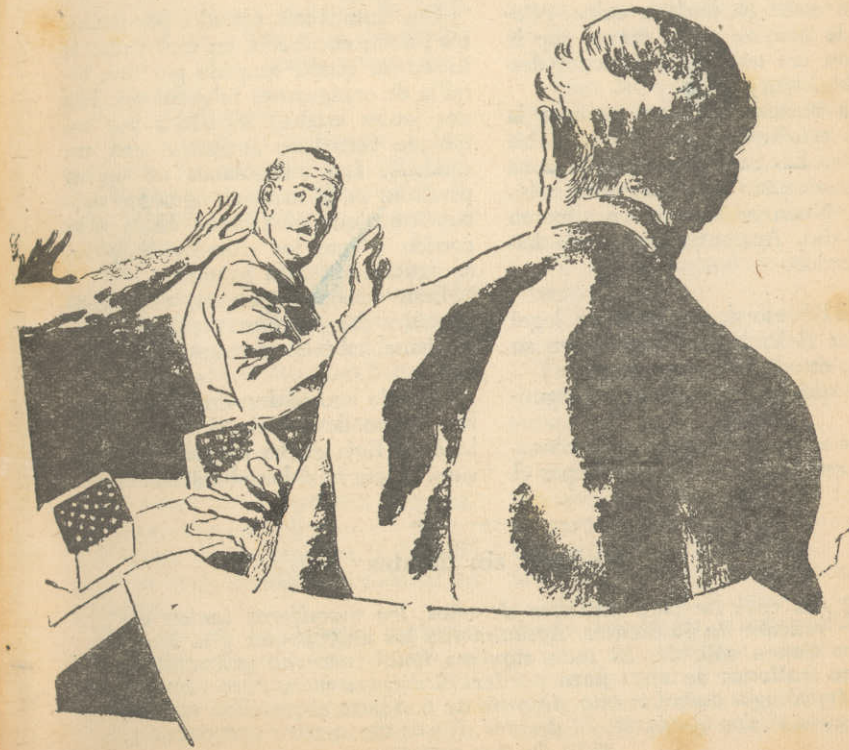
El Viejo no contestó.

—No me gusta nada.

—¿Por qué?

—No sé. Ya veremos qué pasa.

LA "Operación Contraataque" fue algo tremendo. Las tropas paracaidistas se lanzaron sobre más de nueve mil centros de comunicaciones. El plan consistía en recobrar el control de esos centros, para que el discurso del presi-



dente llegara a todos los rincones del territorio contaminado.

Un poco antes de las doce y media llegaron los primeros informes anunciando la captura de distintos puntos. A la una de la mañana habíamos tenido que emplear casi todas nuestras reservas. Pero parecía que la operación era un éxito; tanto, que algunos de nuestros aviones habían podido aterrizar en territorio enemigo.

Y ése fué el último informe que recibimos.

La Zona Roja se tragó nuestras fuerzas, sin dejar rastros de ellas. Más de once mil aviones, alrededor de ciento sesenta mil hombres y técnicos y... ¡para qué seguir! Nunca en la historia militar de nuestro país, habíamos recibido un golpe tan tremendo. Nadie, sin embargo, tenía la culpa. Ninguno de nosotros podía prever que la situación era tan tremendamente desfavorable.

A la mañana siguiente tuvimos la prueba concluyente de lo que había ocurrido. Las radiovisoras de la zona Roja transmitían sus programas habituales. Nuestros llamados no fueron contestados. Aparentemente, nada había ocurrido.

HASTA eso de las once no logré ver al Viejo. Lo encontré en su oficina, estudiando unos papeles.

—¿Y qué haremos ahora? —pregunté.

—Por ahora nada. Pero sería conveniente que te dieras una vuelta por el

Zoológico. Te enterarás de un par de cosas que te ayudarán a entender por qué fracasamos anoche. Pregunta por el doctor Morris. Dile que vas de parte mía.

Morris era un hombrecito agradable, bastante parecido a los monos que estudiaba. Me presentó a un colega suyo, especialista en biología exótica: el doctor Vargas, que, según recordé luego, había tomado parte en la segunda expedición a Venus. Entre los dos me demostraron que si el Viejo y yo hubiéramos dado una vuelta por el Zoológico, el desastre de la noche anterior no habría tenido lugar. Los titanos que habíamos capturado en el Congreso habían sido enviados al Zoológico y colocados en chimpancés y orangutanes.

Dos chimpancés poseídos por parásitos fueron encerrados en una jaula; la inmediata estaba ocupada por una familia de orangutanes tuberculosos. Las dos jaulas estaban separadas por un tabique corredizo, asegurado con un candado. Los orangutanes no tenían parásitos. A la mañana siguiente descubrieron que el tabique había sido corrido y que los chimpancés y los orangutanes estaban juntos.

Eran cinco orangutanes, dos chimpancés y dos parásitos...; pero al día siguiente había siete monos y siete titanos.

Cuando esto se descubrió, ya no había tiempo de avisarle al Viejo. Toda la Zona Roja estaba saturada de parásitos. A eso se debía el fracaso.

Viejos y sin dientes

HACE cosa de cien millones de años, los mamíferos tenían alrededor de 66 dientes. Actualmente los antropoides y el hombre tienen sólo 32. Si todo siguiera igual, necesitaríamos otros cien millones de años para perder 16 dientes más. Pero algunos antropólogos calculan que, después de que pase el próximo millón, apenas si nos quedarán 20 dientes. No es como para preocuparse, pero da que pensar.

—Dígame —me dijo el doctor Vargas—, ¿no es usted el que...?

—Sí, soy yo —contesté rápidamente.

—Entonces podrá darnos muchos datos acerca de ese fenómeno.

—Quizá, pero... la verdad es que no puedo.

—¿Quiere decir que no se produjeron casos de reproducción por fisión mientras usted fué su... su prisionero?

—Así es. Por lo menos eso es lo que recuerdo.

—Quizás ocurrió mientras usted dormía.

—Tal vez. Además, hay otros momentos que son difíciles de recordar. Me estoy refiriendo a las conferencias.

—¿Conferencias? —cuando le expliqué a qué me refería se le iluminaron los ojos—. ¡Ah!, usted quiere decir conjugación.

—No; conferencias.

—Es lo mismo. Conjugación y luego fisión. Se reproducen a voluntad. Posiblemente un contacto para cada fisión. Y todo en un par de horas o quizás menos.

¡Era espantoso! Supóngase que la nave que creíamos que había aterrizado cerca de Nueva Orleans transportara mil parásitos y que éstos pudieran reproducirse cada veinticuatro horas. ¡La conclusión era terrible!

El primer día, mil parásitos.

El segundo, dos mil.

El tercero, cuatro mil.

Al final de la primera semana, ¡ciento veintiocho mil!

Después de dos semanas, habría fatalmente ¡más de dieciséis millones de parásitos!

Pero no era seguro que pudieran reproducirse sólo una vez por día, ni que un plato volador transportara nada más que mil parásitos. Quizá tuviera capacidad para diez mil de ellos. En ese caso el resultado era...

¡MÁS DE DOS BILLONES Y MEDIO!

Me sentí peor que cuando me desperté en el hospital.

EL doctor Vargas me presentó al doctor McIlvaine, especialista en psicología comparada.

—Señor Nivens —me preguntó McIlvaine—, ¿cuánto dura una conferencia?

—Conjugación —corrigió Vargas.

—Conferencia —repitió McIlvaine—. Es el aspecto más importante.

—Pero, doctor —insistió Vargas—, la conjugación es el vehículo del intercambio de genes, por medio del cual la mutación...

—¡Antropocentrismo, doctor! No sabemos si en esta forma de vida existen los genes.

Vargas se puso rojo.

—Pero me permitirá usted suponer, espero, que existen equivalentes.

—¿Por qué? Su razonamiento se basa en analogías inciertas. La única característica común a todas las formas de vida es el instinto de conservación.

—Y el de reproducción —insistió Vargas.

—¿Y si el organismo fuera inmortal y no necesitara reproducirse?

Vargas se encogió de hombros.

—Sabemos que se reproducen —y señaló los monos.

—Pero yo sostengo —argumentó McIlvaine— que eso no es un proceso de reproducción, sino que se trata del mismo organismo, que hace uso de un espacio mayor. Considere la amiba: una forma de vida más fundamental y más eficaz que la nuestra. La motivación psicológica de una amiba...

Dejé de prestarles atención; la libertad de palabra autoriza a un individuo a hablar de la "psicología" de la amiba; pero yo no tengo obligación de escucharlo.

Como no se ponían de acuerdo, decidieron realizar algunos experimentos. Ahora sí, les presté atención. Tomaron un mono con un parásito y lo introdujeron en la jaula donde se encontraban los chimpancés y los orangutanes. De inmediato, todos formaron un círculo, dando la espalda al centro del mismo, de modo que los parásitos estuvieran en contacto.

—¿Lo ve? —preguntó McIlvaine—. La reunión no se realiza con propósitos de reproducción sino simplemente para intercambiar información. El organismo temporariamente dividido se reidentifica consigo mismo.

—Ésas son hipótesis —gruñó Vargas—. Lo que pasa es que no tienen oportunidad de hacerlo ahora —y ordenó que trajeran otro mono.

Trajeron a Satán (un chimpancé negro como el carbón), que tenía fama de ser muy pendenciero. Pero ahora parecía exactamente lo contrario. Cuando se introdujeron en la jaula se quedó encogido en un rincón y comenzó a gemir. Era como presenciar

una ejecución. No me resultó fácil dominarme: la histeria es contagiosa. Tenía deseos de echar a correr.

Al principio los monos poseídos se limitaron a clavarle los ojos. Esto duró largo rato. Los gemidos de Satán, que se había cubierto la cara con las manos, se hacían cada vez más agudos. De pronto Vargas exclamó:

—¡Doctor, mire!

—¿Dónde?

—Lucy, la vieja hembra. Allí — y señaló.

Era la matriarca de los orangutanes tuberculosos. Tenía la espalda vuelta hacia nosotros; el parásito que la cubría mostraba una línea iridiscente que lo cruzaba por el centro.

Comenzó a dividirse como un huevo. En unos pocos minutos, la separación se hizo completa. Un parásito permaneció en el centro de la espalda de la mona; el otro se deslizó hacia abajo. Cuando llegó al suelo se arrastró lentamente hacia Satán. Éste profirió unos alaridos roncós y se colgó de los barrotes superiores de la jaula.

Los parásitos enviaron dos orangutanes y un chimpancé para capturarlo. Lo obligaron a descender y lo sostuvieron boca abajo, contra el piso.

El titanio estaba cada vez más cerca.

Cuando estuvo a unos cincuenta centímetros de Satán, emitió un seudópodo: una especie de estambre que se retorció como una cobra. El seudópodo se irguió y, con violenta sacudida, se adhirió a una pata del orangután. Los demás lo soltaron, pero Satán no se movió.

Ayudado por el seudópodo, el titanio comenzó a trepar por la pata. Cuando alcanzó la base de la espalda, Satán se sentó, se sacudió un poco y se unió a los demás.

Vargas y McIlvaine comenzaron a discutir excitadamente, sin que nada de lo que habían presenciado los hubiera emocionado. Yo quería golpear a alguien... por mí y por Satán.

McIlvaine sostenía que lo que acabábamos de presenciar era algo totalmente nuevo para nuestros conceptos:



un ser inteligente, tan organizado, que era inmortal y continuo en su identidad personal o en su identidad de grupo. Dijo que debían poseer una memoria ininterrumpida desde los orígenes de su raza. La conversación se tornó demasiado técnica. Además, no me interesaba. Lo único que yo quería saber de los parásitos era cómo matarlos.

POR rara casualidad no tuve que hacer antesala para entrevistarme con el Viejo. Le informé sobre lo que había visto en el Zoológico y le dije lo que opinaba de Vargas y McIlvaine. —Parecen dos chicos comparando sus colecciones de estampillas. No se dan cuenta de que éste es un asunto serio.

El Viejo sacudió la cabeza.

—No los subestimes, hijo —me aconsejó—. Ellos tienen más probabilidades que nosotros de encontrar una solución a este problema.

—No lo creo. ¿Qué novedades hay?

—Ninguna, salvo que hemos recibido las protestas de cuanta Asociación de Madres y afines hay en el país. La única forma de detenerlas fué decirles que si querían ver al presidente tenían que desnudarse.

—¡Ah!, eso me recuerda... Jefe, ¿cómo sabemos que un parásito no

puede situarse en cualquier parte del cuerpo?

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque ahora recuerdo que Satán comenzó a moverse en cuanto el parásito alcanzó la base de la espina dorsal. Así que es posible que se oculten en los pantalones o las faldas.

—Es cierto. Le diré al doctor Morris que ponga en contacto con un parásito un mono que tenga el tronco cubierto por una armadura, a ver qué pasa.

—Me parece bien; pero no utilice un mono.

—¿Pr qué no?

—Porque son demasiado humanos.

—Bueno, hijo, no se puede hacer una tortilla...

—...sin romper los huevos. Ya lo sé; pero yo no estoy obligado a que me guste hacerla.

PASÉ los días siguientes dando conferencias para los miembros del Estado Mayor, contestando preguntas estúpidas sobre qué toman los titanios para el desayuno, cómo se hace para capturar un hombre que está poseído. Estaba considerado como un experto en la materia; pero, la mitad del tiempo, mis alumnos parecían creer que sabían mucho más que yo.

Los titanios seguían dominando la

Siguiéndole los pasos

EL Centro Radioquímico de Amersham, Inglaterra, acaba de anunciar que ya están en condiciones de producir catorce aminoácidos radioactivos, una proteína con la misma característica, y hasta un alga también radioactiva. Todo este juego de sustancias orgánicas radioactivas es un ayuda inapreciable para los biólogos. Alimentando con dichas sustancias al animal (racional o irracional) que estén investigando, pueden después seguirla cómodamente en su recorrido a través del organismo por intermedio de un contador Geiger y, más aún, sacarla cuando mejor les parezca conveniente para ver las transformaciones que hubiera sufrido a lo largo de su camino. Un camino mejor que el de

Hiroshima

Los niños tendrán VACACIONES FELICES

con estos libros maravillosos



de 4 a 8 años
Cuentos de Abril
\$ 4,50



de 7 a 11 años
Colección El Gallo de Oro
\$ 12.- \$ 15.-



de 3 a 7 años
Colección ¡Qué parejita!
\$ 2,40

de 3 a 7 años
Colección Yo Soy
\$ 1,30



de 8 a 12 años
Pequeños Grandes
Libros
\$ 3,80

Zona Roja; sin embargo, se había extendido. Nosotros no nos propusimos atacarlos, pues eso significaba aniquilar a nuestros propios compatriotas. Las Naciones Unidas no nos prestaron ninguna ayuda. El presidente pidió que se ordenara llevar la espalda al descubierto en todo el mundo; pero las Naciones Unidas decidieron poner el asunto en manos de un comité de investigación. La verdad era que no nos creían; ésa era la gran ventaja de nuestro enemigo... Sólo los que se han quemado creen en el fuego.

Algunos países estaban a salvo, gracias a sus costumbres nacionales. Un finlandés que no tomara un baño turco todas las días, hubiera llamado la atención de sus amistades. Las islas de los mares del sur, así como grandes zonas en África, estaban relativamente a salvo. En Francia estaba de moda el nudismo, especialmente durante los fines de semana, de modo que los parásitos no tenían dónde esconderse. Pero en aquellos países donde seguía en vigencia el tabú del cuerpo humano, un parásito podía permanecer oculto hasta la muerte de su huésped; inclusive en Estados Unidos, Canadá, Inglaterra..., especialmente Inglaterra.

Tres monos poseídos fueron enviados a Londres. De acuerdo a lo que oí, parece que el rey quiso dar el ejemplo y quitarse la ropa en público, pero el primer ministro, bajo la influencia del arzobispo de Canterbury, se opuso terminantemente.

No vi al Viejo durante este período; Oldfield, su secretario, me daba las órdenes. Por lo tanto no me enteré de que Mary había sido relevada de su tarea en Washington. La encontré sorpresivamente en una de las oficinas de nuestra sección.

—¡Mary! —exclamé.

Mary me dedicó una de sus dulces sonrisas.

—Hola, querido —susurró. No me

preguntó qué había estado haciendo, ni me reprochó que no me hubiera puesto en contacto con ella.

Pero yo no estaba hecho de hierro.

—¡Qué bueno! Pensé que todavía estabas cuidando al presidente. ¿Cuánto hace que estás aquí? ¿Cuándo tienes que volver? Mary, ¿te dije alguna vez que eres maravillosa?

—No.

—Eres maravillosa.

—Gracias.

—¿No podrías conseguir una licencia? No tienen derecho a exigirte que trabajes sin descanso semana tras semana sin un minuto libre. Voy a ver al Viejo y le diré exactamente...

—Estoy con licencia, Sam.

—...qué es lo que pienso de...

¿Con licencia? ¿Por cuánto tiempo?

—Hasta que me llamen.

—No te vayas. Vuelvo en un minuto.

Corrí a la oficina de Oldfield.

—Jefe, será mejor que cancele esa serie de conferencias que yo pensaba dar.

—¿Por qué?

—Estoy enfermo. Necesito descanso.

—Estará enfermo de la cabeza.

—Sí, eso: oigo voces; cada vez que salgo a la calle me sigue alguien; todas las noches sueño que los parásitos vuelven a capturarme.

Esto último era cierto.

—¿Y desde cuándo la locura es una desventaja en esta sección?

—Mire, ¿me concede licencia o no?

Revolvió unos papeles, encontró el que necesitaba y lo rompió.

—Está bien; pero esté atento al teléfono. Lo llamaremos en cuanto nos haga falta.

Mary no se había movido de su sitio.

—Recoge tus cosas —le dije—. Nos vamos.

—¿Adónde?

¡A casarnos, por supuesto!

Respuestas a las preguntas del Espaciotest

Respuesta N° 1: C. — El hidrógeno es el elemento más liviano. Su peso atómico es 1,0078, considerando el del oxígeno, exactamente igual a 16. La molécula de hidrógeno contiene dos átomos.

Respuesta N° 2: D. — Pólux es una de las estrellas más grandes que conoce el hombre. Su diámetro es de unos 20 millones de kilómetros, o sea, aproximadamente quince veces mayor que el del sol.

Respuesta N° 3: C. — Si no lo cree, marque dos puntos sobre una hoja de papel y luego dibuje una línea tal que todos sus puntos estén a igual distancia de aquellos dos. Verá que es ni más ni menos que una recta.

Respuesta N° 4: C. — La probabilidad de dar a luz mellizos crece rápidamente con los años de la madre: a los cuarenta es cuádruple que a los veinte.

Respuesta N° 5: B. — El movimiento de rotación de Marte dura 24 horas, 37 minutos; de manera que, si uno no es demasiado exigente con el reloj, puede decir que nuestro vecino tiene sus días y noches iguales a los de la Tierra.

Respuesta N° 6: B. — Más exactamente: 273,2°. Representa la temperatura a la cual la presión de un gas se haría igual a cero, o en otras palabras, cesaría el movimiento molecular. Se considera que no es posible obtener temperaturas que estén por debajo de ella.

Respuesta N° 7: C. — La luz, al pasar a través del cristal de los anteojos, se frena; así que, teóricamente, uno ve el relámpago algo después si tiene los anteojos puestos. En la práctica, la diferencia es imposible de notar, ya que el atraso en cristales de 2 mm. de espesor es igual a 1/286.173.980.878 avas parte de segundo.

Más blanco que el blanco

Es difícil obtener un blanco verdaderamente blanco en sustancias tales como pinturas, fibras textiles o jabón. Esto se debe a que la mayoría de estos materiales absorben excesivamente la parte azul del espectro luminoso. Antes se trataba de corregir este defecto agregando colorantes que absorbían la parte roja y amarilla del espectro, pero el resultado era un tono gris poco convincente.

Ahora ya se pueden obtener materiales de color blanco puro, con un método sumamente ingenioso; en lugar de absorber las radiaciones distintas del azul, se agrega luz azul al cuerpo de que se trate. ¿Cómo? Por medio de sustancias fluorescentes, que transforman el ultravioleta contenido en la luz que llega al objeto, en rayos azules, reemplazando a los absorbidos por aquél.

En Francia, por ejemplo, ciertos industriales han lanzado al mercado colorantes fluorescentes que se agregan al agua de lavado. Una vez lavados, los tejidos resultan más blancos que cuando salen de la fábrica.

—¿Por qué quieres casarte conmigo, si soy tuya sin más requisitos?

—¿Por qué? ¡Porque te amo!

Se quedó callada. Cuando por fin habló, le temblaba la voz.

—Nunca me lo habías dicho.

—¿No? Lo siento. Debí decírtelo.

—¿Y por qué te lo callaste?

—Lo pasé por alto, supongo. No sé muy bien lo que significa amar.

—Yo tampoco; pero me encanta oírte decir. Dilo otra vez, por favor.

—Te amo. ¡Te amo, Mary! —Mary se apretó contra mí... ¿Y tú? —le pregunté.

—Yo también, Sam. Te amo desde que...

—¿Desde cuándo?

Yo esperaba que dijera que me amaba desde que la reemplacé en el experimento con el parásito. Pero Mary dijo:

—Te amo desde el día en que me diste una bofetada.

¡Pura lógica femenina!

En media hora éramos ya marido y mujer. Alquilé un helicóptero que se caía de viejo, pero que tenía control automático, y con eso bastaba. Cuando salimos de la ciudad, dejé que el artefacto se dirigiera solo, y me instalé junto a Mary. Me sentía feliz aunque nervioso... Pero Mary me rodeó con los brazos el cuello y yo me olvidé que el mundo existía. Después de mucho tiempo, la señal luminosa me indicó que habíamos llegado a destino. Me separé de Mary y aterricé. Mary descendió primero—. ¡Oh, querido, qué hermoso nido!

—No es un palacio —reconocí modestamente—, pero tiene todo lo necesario.

—Pues a mí me parece maravilloso —dijo Mary, muy seria—. Odio los sitios ostentosos.

Abrió la puerta, y Mary avanzó.

—¡Eh! ¡Espera! —grité.

Mary de detuvo sorprendida.

—¿Qué pasa, Sam? ¿He hecho algo que no debía?

—¡Vaya si lo has hecho! —la alcé en los brazos y crucé el umbral. La besé mientras la depositaba otra vez sobre el suelo—. Ahora has entrado en tu propia casa, como verdaderamente corresponde.

Las luces se encendieron automáticamente en cuanto entramos. Mary echó una mirada al interior de la cabina y exclamó:

—¡Es exactamente lo que he soñado toda mi vida! ¡Oh, querido! —y me echó los brazos al cuello.

Pasaron varios minutos. Luego Mary comenzó a dar vueltas por la cabina y entró en la cocina. Le oí una exclamación de placer.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Nunca esperé encontrar semejante cocina en la vivienda de un hombre soltero.

—Cocino bastante bien.

—Bueno, ahora seré yo quien te prepare la comida. En diez minutos estará lista la cena.

—La cocina es tuya. Haz lo que quieras. Pero, ¿no preferirías darte antes una ducha?

—Te cedo el turno. Prefiero dedicarme por completo a nuestra primera cena de casados.

MARY y yo nos amoldamos a la nueva vida como si lleváramos muchos años de casados. No es que no tuviéramos que averiguar infinidad de pequeños detalles que hicieran más fácil la convivencia, pero conocíamos las cosas fundamentales; especialmente Mary.

No recuerdo con demasiada claridad esos días. Era feliz; hacía mucho tiempo que no me sentía así. Durante los últimos años me había divertido, entretenido o interesado por algo; pero esa sensación de felicidad me era casi desconocida.

En todo el tiempo no prendimos el radiovisor, ni leímos un libro, ni vimos a nadie. Una sola vez caminamos hasta la aldea; yo quería lucirme con Mary. Al regresar pasamos frente a la choza de John, el ermitaño.

Nos saludamos desde lejos. Como de costumbre, John llevaba puesta su vieja camisa azul, un par de shorts y sandalias. Por un momento pensé advertirle que era conveniente que se quitara la camisa, pero decidí no hacerlo. En cambio le grité:

—¡Mándeme a Pirata!

—¿Quién es Pirata, querido?

—Ya lo verás.

Pirata llegó unos minutos después que nosotros. Era un hermoso gato de pelo rojizo. Se restregó contra mi pierna y me dijo lo que pensaba de la gente que lo dejaba solo tanto tiempo. Luego, se dedicó a examinar a Mary. Después de unos segundos de suspense, saltó a sus brazos y comenzó a ronronear.

—¡Qué alivio! —dije—. Por un momento temí que no me permitiera tenerlo aquí.

—No tenías por qué preocuparte —sonrió Mary—. Dos tercios de mi personalidad son gatunos.

—¿Y el otro tercio?

—Ya lo averiguarás.

Desde ese día, el gato estaba con nosotros, o sólo con Mary, casi todo el tiempo. Únicamente de noche lo dejábamos durmiendo en la cocina.

A Mary no le gustaba referirse a su pasado. Me dejaba hablar del mío, pero se ingeniaba para no contestar mis preguntas con respecto a su vida anterior.

Una vez le pregunté:

—¿Cómo te llamas?

—Mary —respondió tranquilamente.

—¿Es ése tu verdadero nombre?

Yo le había dicho el mío; pero ella me seguía llamando Sam.

—¡Claro que es mi nombre, querido! He sido Mary desde la primera vez que tú me llamaste así.

—Sí, muy bien, tú eres mi querida Mary; pero ¿cuál era tu nombre antes?

Me pareció que se sentía herida; pero contesté sin titubear:

—Allucquere.

—Allucquere —repetí, saboreándolo—. Es un nombre extraño y hermoso. ¡Mi querida Allucquere!

—Ahora me llamo Mary.

Y no hicimos más comentarios.

Yo estaba convencido de que, en algún momento de su vida, Mary debía de haber pasado por algo espantoso. Pero parecía casi imposible que yo llegara a averiguarlo algún día. Por el momento dejé de preocuparme por eso. Estaba satisfecho con el presente y no conocía mayor felicidad que la de estar a su lado.

SEGUÍ llamándola Mary; pero su antiguo nombre despertó viejos recuerdos en mi memoria.

Régimen para poetas y músicos

Los vegetarianos han recibido un gol en contra con las últimas experiencias realizadas por los doctores Carlson y Hoelzel, de Chicago. Estos investigadores informan que ratas alimentadas sólo con carne o con verdura difieren acusadamente en la velocidad de crecimiento y en la longevidad. Las carnívoras son las beneficiadas con ambas cualidades, si bien queda un premio consuelo para las vegetarianas: el pelo de estas últimas es más largo.

Una vez había existido una comunidad, una colonia, que utilizaba un lenguaje artificial, inclusive para los nombres propios. Se llamaban... Whitmanitas. Un culto anarcopacifista que fué expulsado de Canadá y que también fracasó en la Pequeña América de la zona Antártica. Uno de sus profetas escribió un libro, *La Entropía de la Dicha*, lleno de fórmulas pseudomatemáticas para el logro de la felicidad.

Todos aspiramos a la felicidad, pero las peculiares características de su culto, los pusieron a ellos en serias dificultades. Tenían una curiosa y muy antigua solución para los problemas sexuales, que producía resultados explosivos cuando la cultura whitmanita se ponía en contacto con otras formas de conducta. Fueron expulsados de la Pequeña América también. Yo había oído decir que sus últimos adeptos emigraron a Venus, en cuyo caso, a estas fechas, debían de haberse extinguido.

Alejí de mi mente el problema. Si Mary era una whitmanita, o había sido educada según sus costumbres, eso era asunto de ella. Yo no estaba dispuesto a permitir que esa antigua filosofía nos trajera problemas. El matrimonio no nos da derecho de propiedad sobre nuestras esposas.

ERA casi la hora de la cena. Mary y yo estábamos instalados en un cómodo sofá frente al fuego del hogar. De pronto Mary exclamó:

—¿Dónde está Pirata?

—Debe de andar por ahí.

—No lo he visto en todo el día.

—Habrás ido a visitar a John. No te preocupes, ya volverá.

—Pero ya está oscuro. Temo que se encuentre con algún zorro. Voy a llamarlo —dijo, y se dirigió hacia la puerta.

—Ponte algo —sugerí—. Hace frío afuera.

Mary volvió al dormitorio, se puso un salto de cama y salió. Yo agregué un poco de leña al fuego. Después entré a la cocina, para pasar revista a nuestras provisiones. Cuando regresé a la salita, me encontré con Mary. Pirata no estaba con ella. Comencé a decir algo y entonces me di cuenta del horror que reflejaban sus pupilas.

—¡Mary! —grité, y avancé hacia ella. Mary volvió a dirigirse hacia la puerta, con movimientos espasmódicos. En aquel instante, me fijé en su espalda.

Tenía un bulto debajo del salto de cama.

No sé cuánto tiempo me quedé inmóvil; probablemente fué una fracción de segundo; pero a mí me pareció un siglo. Salté y la sujeté por los brazos. Ella me miró con ojos totalmente inexpresivos. Me golpeó con la rodilla.

Ya sé que no se ataca a un enemigo peligroso sujetándolo por los brazos; pero ahora se trataba de *mi mujer*. El parásito, en cambio, no me tenía consideración alguna y la obligaba a golpearme con furia.

Yo tenía que salvar a Mary sin matarla; tenía que impedir que me matara, y tenía que destruir al parásito, antes de que éste se apoderara de mí y me impidiera salvarla.

Rodamos por el suelo. Intenté desprenderle el parásito; pero, cuando lo toqué, descubrí que estaba recubierto por un material parecido al cuero. Era imposible arrancarlo. De pronto tuve una idea. Arrastré a Mary hasta el hogar y expuse sus hombros al calor de las llamas. Pero se retorció tanto que se me resbaló de las manos y cayó sobre las brasas.

Con un alarido se apartó del fuego y me arrastró en su caída. Cuando logré ponerme en pie, vi que yacía desmayada y que su cabello y el salto de cama se estaban incendiando.

... para salvar las manos para apa-

gar el fuego. Mientras lo hacía eché una mirada a mi alrededor y vi que el parásito se encontraba en el piso, junto al hogar, y que Pirata se acercaba a él.

—¡Apártate! —grité—. ¡Pirata, no te acerques!

Terminé de apagar las llamas. Ni siquiera tuve tiempo de averiguar si Mary estaba viva. Tenía que destruir el parásito.

Pero cuando me volví el titanio ya no estaba en el suelo; se había apode-

rado de Pirata. El gato estaba rígido, con las patas muy separadas, mientras el parásito avanzaba sobre su lomo. Me lancé sobre el gato y lo cogí de las patas traseras.

Manejar un gato enloquecido con las manos desnudas es ya bastante difícil; dominar uno que está poseído por un titanio es imposible. Con las manos y los brazos cubiertos de sangre por las mordeduras y los rasguños, corrí hacia el hogar y, a pesar de los desesperados esfuerzos de Pirata, logré apre-



tarle el lomo contra las brasas. Sin prestar atención al espantoso dolor que me producían las quemaduras en las manos, lo mantuve en esa posición hasta que el parásito cayó al fuego. Deposité a Pirata en el suelo y devolví mi atención a Mary.

No se había movido. Estaba inconsciente o muerta. Me arrodillé a su lado y comencé a sollozar.

AL cabo de una hora había hecho todo lo que podía por Mary. Tenía quemado todo el cabello del lado izquierdo de la cabeza y llagas en los hombros y en la nuca; pero su pulso era normal, y la respiración, tranquila. Le vendé las heridas. Le di un soporífero. Entonces pude atender a Pirata, que yacía en el mismo lugar donde lo había dejado y presentaba horribles quemaduras. Estaba tan quieto que pensé que había muerto; pero levantó la cabeza cuando lo toqué.

—¡Pobrecito mío! —murmuré.

Me contestó con un débil maullido. Lo vendé, pero tuve miedo de darle un soporífero. Después fui al cuarto de baño a ver qué podía hacer por mis manos.

Una oreja que Mary me había mordido, ya no sangraba. Lo que me molestaba eran las manos. Aguantando el dolor, las metí en agua caliente y luego las sacudí para que se secaran. No podía vendármelas sin ayuda y, además, necesitaba usarlas.

Finalmente embadurné unos guantes de material plástico, con una pomada para quemaduras que contenía un anestésico local, y en seguida los puse.

Llamé entonces por teléfono al médico de la aldea. Le expliqué lo que había ocurrido y le pedí que viniera en seguida.

—¿De noche? — me dijo—. ¡Usted está loco! La suya es la cuarta alarma en la zona. Nadie sale de noche. Ma-

ñana, a primera hora, pasaré a ver a su esposa.

Le dije que a la mañana siguiente no haría falta que viniera, y colgué el auricular.

Pirata murió poco después de medianoche. Lo enterré en seguida para que Mary no lo viera. El dolor casi me impidió cavar; pero Pirata no necesitaba una tumba muy grande. Le dije adiós y volví a entrar. Mary dormía tranquilamente. Me senté en una silla junto a la cama. Allí me quedé toda la noche, vigilándola.

AL amanecer, Mary comenzó a quejarse. Le tomé una mano y dije:

—No es nada, querida. Yo estoy a tu lado.

Abrió los ojos. Durante un instante, un horror espantoso se reflejó en ellos. Cuando me vió se calmó.

—¡Sam! ¡Oh, querido, he tenido un sueño horrible!

—No es nada — repetí.

—¿Por qué tienes puestos esos guantes? — de pronto se dió cuenta de que ella misma estaba cubierta de vendas y palideció—. ¡No fué un sueño! — exclamó.

—No, amor; no fué un sueño. Pero ya pasó todo; ya lo maté.

—¿Estás seguro?

—Completamente.

—Acércate, Sam. Apriétame fuerte. Al rato dejó de temblar.

—Ya estoy mejor. Ahora cuéntame qué pasó. Lo último que recuerdo es que me arrastrabas hacia el hogar.

—No tuve más remedio, querida. ¡No había otra manera de salvarte!

—Ya lo sé, amor, y me alegro de que lo hayas hecho. Es la segunda vez que me salvas la vida.

Se puso a llorar. Yo me soné la nariz y seguí contándole:

—Cuando salí de la cocina, estabas de pie en medio de la salita.

—Me acuerdo. ¡Oh, Sam, hice todo lo que pude!

La miré con admiración.

—Ya me di cuenta. Querías alejarte. ¡Pero es imposible! No se puede luchar contra el dominio de un parásito.

—No; pero yo intenté hacerlo.

Mary había logrado, de alguna manera, resistir el dominio del parásito. Tuve la sensación de que, de no haber sido por eso, yo habría perdido toda posibilidad de rescatarla.

—Tendría que haber usado una linterna, Sam — agregó—. Pero nunca se me ocurrió tener miedo aquí.

Yo asentí. Durante mucho tiempo habíamos creído que nuestra cabaña era una especie de refugio, donde ningún mal podía alcanzarnos.

—Pirata se acercó en seguida — prosiguió Mary—. No vi el parásito hasta que lo toqué. Y ya era demasiado tarde — se sentó—. ¿Dónde está Pirata? Llámalo, Sam.

Tuve que decirle lo que había ocurrido. Me escuchó sin interrumpirme y no volvió a nombrarlo. Cambié de tema.

—Ahora que estás despierta te traeré el desayuno.

—¡No te vayas! No te alejes de mí para nada — me rogó—. Yo prepararé el desayuno.

—Nada de eso. Te quedarás en cama como una niña buena.

—Ven aquí y sácate esos guantes. Quiero verte las manos — no me los saqué: el efecto de la anestesia se había pasado y no hubiera podido soportar el dolor—. ¡Ya me lo imaginaba! Tú te quemaste más que yo.

De modo que Mary preparó el desayuno, y hasta comió con buen apetito. Yo no quise más que café. Cuando terminamos, Mary me dijo:

—Querido, me alegro de que esto haya ocurrido. Ahora los dos hemos pasado por el mismo peligro.

—Es cierto — asentí—. No basta compartir los momentos felices.

Mary se puso de pie y dijo:

—Es hora de irnos.

—Sí. Quiero que te vea un médico lo antes posible.

—No me refería a eso.

—Ya lo sé.

No había necesidad de discutir: los dos sabíamos que nuestra estada en el paraíso había concluido y que debíamos regresar.

Mis manos me impedían manejar el helicóptero, así que Mary tuvo que hacerlo. Cuando estábamos cerca de nuestro punto de destino, comenzaron a sonar nuestros teléfonos. La voz del Viejo:

—Preséntense inmediatamente.

Calefacción catalítica

EN Francia se acaba de poner a la venta un nuevo tipo de estufas: se trata de la calefacción por catálisis. El principio no es muy nuevo que digamos; fué patentado hace cuarenta años por Luis Lumière, y se basa en la combustión total de los hidrocarburos del petróleo, sin llama, en presencia de amianto platinado. A pesar de usar nafta como combustible, su uso no presenta ningún peligro, porque la nafta se guarda en algodón, como en los encendedores. No produce humo ni olor, y un litro de combustible alcanza para seis horas de funcionamiento. Ni siquiera requiere fósforos, porque el calentamiento inicial se obtiene con una resistencia eléctrica. En cuanto al consumo de oxígeno, equivale al de cinco personas respirando en la misma habitación.

—Estamos en camino — respondí —. Llegaremos en media hora.

—Bien. Que Mary entre por L 1 — y cortó antes de que pudiera preguntarle cómo sabía que Mary estaba conmigo.

—¿Escuchaste? — pregunté.

—Sí, estaba en el circuito.

—Parece que la fiesta está por empezar.

CUANDO aterrizamos, nos dimos cuenta de que la situación había cambiado radicalmente. Dos policías nos detuvieron en cuanto dejamos el helicóptero.

Supimos que eran policías por sus modales y porque llevaban la chapa prendida al cinturón del revólver, única prenda que los cubría, aparte de los zapatos.

—No hagan el menor movimiento. Quítese esos pantalones, amigo.

No obedecí con suficiente prontitud.

—¡Rápido! — rugió uno de ellos —. Ya tuvimos que matar hoy a dos; quizá usted sea el tercero.

—Hazlo, Sam — dijo Mary con calma.

Me los quitó. Quedé con los zapatos y los guantes puestos y sintiéndome sumamente ridículo.

Uno de los policías me examinó de arriba a abajo.

—Está bien. Ahora, usted — añadió dirigiéndose a Mary. Yo comencé a ponerme los pantalones —. ¿Está buscando los? Deje esos pantalones donde estaban. Ahora usted, señora, por favor.

Sin una palabra, Mary comenzó a quitarse los shorts. Uno de los policías le dijo bondadosamente:

—Eso no es necesario, señora. Esa prenda es demasiado exigua para que los bichos puedan esconderse. Basta con que se vuelva de espaldas.

—Gracias — dijo Mary.

—¿Para qué son esas vendas?
—Sufrió serias quemaduras — respondí.

El policía examinó detenidamente los vendajes.

—¿Y quién me asegura que se quemó? Lo siento, señora; tendremos que quitar las vendas.

—¡No puede hacer eso! — grité —. Vamos a ver a un médico. No puede... Mary me interrumpió:

—Ayúdame a desenrollarlas, Sam.

Me callé y me puse a deshacer el vendaje con manos que temblaban de rabia. Uno de los policías emitió un silbido y dijo:

—Está bien; no hace falta más. ¿Qué le ocurrió?

—Cuéntales, Sam.

Cuando acabé mi relato, uno de los policías comentó:



—Así que los gatos también... Hubo casos de perros y caballos. Nosotros tenemos un gato en casa y ahora debemos deshacernos de él. Mis chicos se pondrán tristes.

—Lo siento mucho — dijo Mary.

—Es mala época para todo el mundo. Bueno, amigo, pueden irse.

Me alegré de llegar a nuestras oficinas. No me resultaba muy cómodo caminar desnudo por la calle. Todos los demás presentaban el mismo aspecto que yo; pero cuesta acostumbrarse.

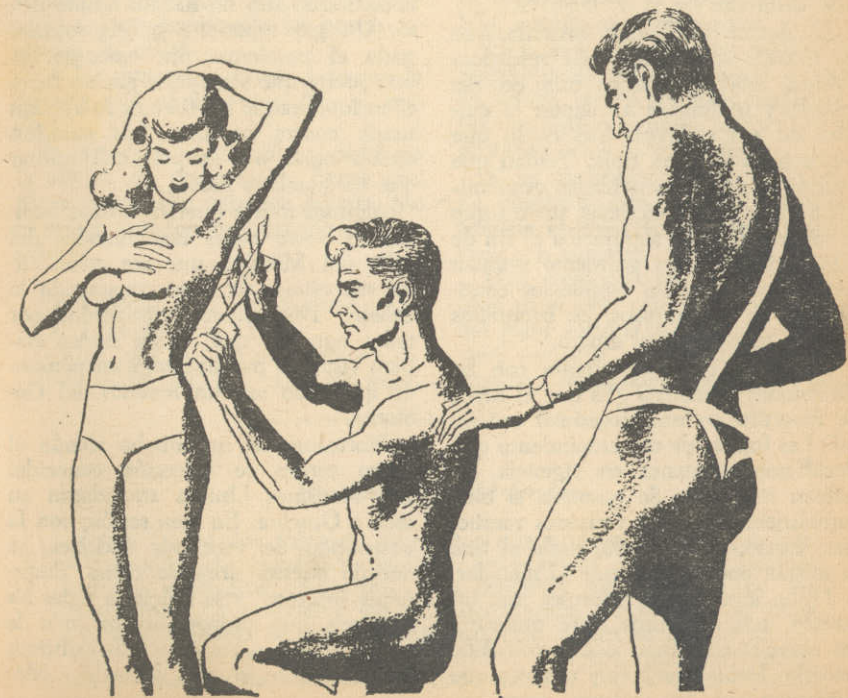
Mary y yo nos separamos en la entrada. El Viejo me recibió en seguida.

—Llegas tarde — gruñó.

—¿Dónde está Mary?

—En la enfermería. Déjame ver tus manos.

—Gracias, se las mostraré al médico. ¿Qué novedades hay?



—Si te hubieras molestado en escuchar las noticias, ya sabrías cuáles son las novedades.

SI Mary y yo hubiéramos escuchado las noticias, nuestra luna de miel habría terminado muy pronto. Mi sospecha de que los parásitos podían esconderse en cualquier parte del cuerpo, había resultado correcta. Eso se había descubierto antes de que Mary y yo partiéramos hacia las montañas; pero nadie nos había dicho nada.

Leí todos los informes mientras me vendaban las manos. Me resultó difícil creer que la situación hubiera cambiado tanto. Con los perros, por ejemplo. Un policía tenía orden de matar a cuanto perro viese aunque no tuviera un parásito; pues era seguro que estaría poseído antes del amanecer,

que atacaría a un hombre, y que el parásito cambiaría de huésped en la oscuridad.

Parecía que los gatos no presentaban ningún peligro; el pobre Pirata era una excepción. Pero en la Zona Verde casi no se veían perros, de día. Se filtraban desde la Zona Roja, durante la noche; viajaban en la oscuridad, y se escondían al amanecer.

De acuerdo con los informes, la dominación titania se dividía en tres períodos: el primero, cuando los parásitos habían tratado de hacer creer que todo seguía como antes; después, un corto período de contrapropaganda, durante el cual los titanios intentaron convencer a los habitantes de la Zona Roja de que el Gobierno se había vuelto loco y, por último, una nueva actitud que significaba el abandono de todo disimulo.

El doctor McIlvaine sostenía que los titanios carecen de una verdadera cultura; son parasitarios aun en ese aspecto y se limitan a adoptar la cultura de sus esclavos. Eso es lo que hicieron en la Zona Roja. Tenían que continuar con las actividades económicas básicas de sus víctimas, puesto que la muerte de éstas significaba el fin de ellos mismos. Los granjeros seguían siendo granjeros, los empleados continuaban en sus empleos, los banqueros seguían manejando el dinero.

Pero ¿por qué continuaron con las diversiones humanas? ¿Es que el deseo de divertirse es una necesidad universal? Las formas de entretenimiento que decidieron mantener en vigencia, no hablan muy bien de nosotros, si bien introdujeron algunas variantes meritorias. Como, por ejemplo, darle al toro la misma oportunidad que al matador.

Hubo algo en los informes, tan increíble, tan asqueante, que preferiría no mencionarlo. Pero siento que debo hacerlo. Había hombres y mujeres que convivían con los esclavos; se

manos (si así se los puede llamar) que no estaban poseídos.

Odio a los parásitos, pero ese odio no es ni comparable con el que me inspiran los renegados.

PERDÍAMOS terreno en todas partes. Nuestros métodos sólo servían para impedir que la Zona Roja se extendiera, y ni para eso eran totalmente efectivos. Para combatir directamente a los parásitos, habríamos tenido que bombardear nuestras propias ciudades, sin tener la certeza de que los parásitos morirían. Lo que necesitábamos era un arma que destruyese los parásitos sin dañar a los seres humanos, o algo que los desmayara sin matarlos y poder así rescatar a nuestros compatriotas. Pero, aunque nuestros hombres de ciencia trabajaban día y noche para encontrarla, aún no habían tenido éxito. Un gas soporífero habría solucionado el problema. Sin embargo, es una suerte que semejante gas no fuera conocido, porque los titanios lo habrían usado contra nosotros. Los parásitos tenían tanto o más potencial militar que los hombres libres.

Algunos tontos querían arrojar bombas H sobre todas las ciudades del valle del Misisipi, que era como curar un cáncer de labio cercenando la cabeza. Pero fueron disuadidos por todos aquellos que, como nunca habían visto un parásito, seguían pensando que todo era un invento del Gobierno.

Norteamérica continuaba siendo el único centro de infección conocido. Las Naciones Unidas trasladaron su sede a Ginebra. En una sesión, con la abstención de veintitrés naciones, se definió nuestra situación como "desórdenes internos" y se solicitó a todas las naciones que proporcionaran toda la ayuda posible a los gobiernos legítimos de los Estados Unidos, Canadá y Mé-

Era una guerra silenciosa, en la oscuridad, con batallas que se perdían antes de haberse iniciado.

Una sola bomba atómica fué arrojada en toda la guerra, sobre un plato volador que aterrizó cerca de San Francisco. Esta acción fué severamente criticada por los que opinaban que era necesario capturar la nave para estudiarla. Yo estaba de acuerdo con los que querían disparar primero y estudiar luego lo que quedase.

Cuando terminé de leer los informes, la visión que tenía de Estados Unidos era espantosa: un país dominado por el terror. Los amigos se acesinaban entre sí. Las esposas denunciaban a sus maridos. El mero rumor de la proximidad de un titanio bastaba para que la gente se lanzara a la calle dispuesta a cualquier cosa. Golpear a una puerta, de noche, era exponerse a recibir una descarga. Nadie salía después del atardecer; sólo los perros corrían las calles.

—Use guantes y venga a verme la semana que viene — me dijo el médico.

Le agradecí su atención y entré en la oficina de operaciones. Pensé que Mary estaría allí; pero me dijeron que se estaba arreglando el cabello en Cosméticos.

—¿CÓMO están tus manos? — me preguntó el Viejo.

—Bien, gracias. No me molestan.

—Y ahora que has visto los infor-

mes, ¿qué opinas tú de la situación?

—No podría ser peor.

Seguimos charlando un buen rato. Discutimos la conveniencia de que yo procurara introducirme en la Zona Roja haciéndome pasar por renegado, o de que me lanzara en paracaídas sobre Moscú, para ver cómo andaban los asuntos por allí.

Pero no tuve oportunidad de realizar ninguno de los dos proyectos. Sonó el teléfono, y un minuto después me enteré de que un plato volador había aterrizado cerca de Pass Christian.

Era el tercero que veíamos aterrizar. El de Grinnell fué mantenido fuera de nuestro alcance. Y el de San Francisco no era más que restos radioactivos. Pero el de Pass Christian fué captado por el radar, cuando descendía, y localizado sobre el terreno. El crucero sumergible *Robert Fulton* se encontraba patrullando la costa cerca de Mobile, cuando aterrizó la nave.

El primer despacho del capitán del crucero decía: NAVE ESPECIAL ATERRIZÓ PLAYA OESTE DE PASS CHRISTIAN. Su segundo mensaje decía: ENVÍO FUERZAS PARA CAPTURARLA.

Si yo no hubiera estado en la oficina, charlando con el Viejo, me habría perdido el espectáculo. Mary también vino con nosotros.

Una tremenda batalla se llevaba a cabo en el aire; pero en los alrededores del plato volador reinaba la calma. La nave invasora era un disco de gran tamaño, ligeramente inclinado hacia

Productos de deshecho

ANTE la crónica falta de alimentos que padece nuestro gastado mundo, los científicos se han preguntado si no era posible extraer productos comestibles del material de deshecho de los mataderos. La respuesta ha sido afirmativa. El método se basa en la utilización de resinas sintéticas que tienen la virtud de separar aminoácidos de dichos residuos. Los aminoácidos constituyen uno de los elementos fundamentales de la alimentación.

nosotros; había aterribado sobre una de las viejas mansiones que bordean esa zona de la costa. El plato estaba parcialmente apoyado en las ruinas de la casa y en el enorme tronco del árbol que le había dado sombra.

La inclinación de la nave nos permitió observar su parte superior y lo que seguramente era la compuerta: una semiesfera de metal, de unos cuatro metros de diámetro. La compuerta estaba abierta; un cañonazo de los hombres del Fulton la había destrozado, impidiendo así que volviera a levantar vuelo.

Un jovencito sonrosado, que comandaba un pelotón, nos detuvo y se negó a que nos acercáramos a la nave. Por fin conseguimos que consultara con el mariscal Rexton. Mientras esperábamos la respuesta, eché una mirada a mi alrededor. El terreno estaba sembrado de cadáveres; el hedor de los parásitos muertos era insoportable. Comencé a ponerme nervioso.

—Jefe —dije—, tenemos que salir de aquí. En cualquier momento nos puede caer una bomba atómica sobre la cabeza.

—No hay peligro, hijo. Nosotros no tenemos necesidad de hacerlo, y ellos quieren recuperar la nave.

El jovencito sonrosado llegó corriendo hasta nosotros y saludó respetuosamente al Viejo.

—Dice el comandante que me ponga a disposición de ustedes para lo que necesiten: ¡para cualquier cosa que necesiten!

—Gracias —dijo el Viejo—. Lo único que queremos es inspeccionar la nave.

—Bien, señor. Por aquí, señor.

En aquella parte de la costa, el terreno está cubierto por una espesa vegetación. El jovencito nos previno:

—Caminen con cuidado. Fíjense en dónde pisan.

—¿Parásitos? —pregunté.

Movió negativamente la cabeza.

—No; serpientes de coral.

En aquel momento, una serpiente de coral me habría parecido absolutamente inofensiva. De pronto oímos un grito. Miré hacia adelante y no pude creer lo que veía. ¡Un tigre de Bengala se abalanzaba hacia nosotros!

Creo que Mary fué la primera en disparar; luego lo hicimos simultáneamente el jovencito y yo. El tigre quedó destrozado, pero el parásito estaba intacto. Una segunda descarga acabó con él.

El jovencito no parecía sorprendido.

—Bueno —dijo—, creía que ya habíamos acabado con todos.

—¿Qué quiere decir?

—Uno de los primeros transportes que enviaron parecía el arca de Noé. Hemos estado luchando contra toda clase de animales salvajes, desde gorilas hasta osos polares.

Nos alejamos rápidamente en dirección a la nave, lo cual no contribuyó precisamente a calmar mis nervios. Había algo extraño en el aspecto del plato. Daba la sensación de que no había sido construido por hombres. La superficie era como un espejo opaco, sin una sola marca ni juntura alguna. Era imposible adivinar cómo habían hecho para unir las distintas piezas.

Tampoco pude descubrir de qué estaba hecho. ¿De metal? Tenía que ser de metal. ¿Pero era así? No estaba frío ni caliente; sencillamente no tenía ninguna temperatura.

El Viejo se volvió hacia mí y me dijo:

—Quédate aquí con Mary.

—¿Va a entrar usted solo?

—Sí. Quizá no dispongamos de mucho tiempo.

—Yo debo ir con usted, señor —dijo el jovencito—. Son órdenes del comandante.

—Está bien. Vamos.

El Viejo se agarró del borde de la

abertura y se dejó caer hacia el interior. El muchachito lo siguió.

Mary se apretó contra mí.

—Sam, no me gusta esto; tengo miedo.

—No temas, querida; yo cuidaré de ti.

—¿Tenemos que quedarnos? El Viejo no nos ordenó estrictamente que esperásemos.

Lo pensé.

—Si quieres volver, te acompaño.

—Bueno... No, Sam. Supongo que tenemos que quedarnos. Quédate cerca de mí.

Mary estaba temblando.

NO sé cuánto tiempo pasó hasta que reaparecieron. El jovencito salió de la nave, y el Viejo le ordenó que montara guardia.

—Vengan —nos dijo—. Creo que no hay peligro. Agachen la cabeza; el techo es muy bajo en todas partes.

Es una perogrullada decir que las razas no humanas producen obras no humanas; pero son muy pocos los hombres que han podido contemplar las ruinas de Marte, o recorrer los laberintos de Venus, y yo no soy una de esos privilegiados. Realmente no sé qué esperaba encontrar.

Superficialmente, el interior de la nave no era demasiado desconcertante, pero sí extraño. El plato había sido diseñado por cerebros no humanos, que desconocían o desechaban el ángulo de noventa grados y la línea recta. Nos encontramos en una pequeña cámara, casi redonda, y desde allí nos arrastramos por un tubo de algo más de un metro, que parecía recorrer toda la nave y cuya superficie brillaba con una luz rojiza.

El tubo tenía un olor extraño y deprimente, que se mezclaba con el hedor de los parásitos.

Llegamos a una encrucijada donde el tubo se ramificaba como una ar-

teria. Allí vimos por primera vez un andrógino titanio. Yacía boca arriba, como una criatura durmiendo, con la cabeza apoyada en su parásito. Sus labios rosados esbozaban una sonrisa. No me di cuenta de que estaba muerto.

A primera vista, las similitudes entre los seres de Titán y nosotros eran más notables que las diferencias; generalmente vemos lo que esperamos ver. La sonrosada boca, por ejemplo, ¿cómo iba yo a suponer que era tan sólo un órgano respiratorio?

Pero, a pesar del parecido casual que significaban cuatro extremidades y una protuberancia semejante a una cabeza, somos completamente distintos. Con todo, su aspecto general es agradable y levemente humano.

En cuanto lo vi, saqué la pistola. El Viejo se volvió y me dijo:

—Calma, muchacho. Está muerto. Están todos muertos, asfixiados por el oxígeno.

No le hice caso.

—Quiero quemar el parásito —insistí—. Puede que esté vivo.

No estaba cubierto por un caparazón, sino desnudo. Era horriblemente feo.

El Viejo se encogió de hombros.

—Haz lo que quieras. Pero no puedes hacerle nada. El oxígeno de la atmósfera los mata —y se arrastró por encima del pequeño cuerpo.

Mary no dijo nada, pero apoyó la cabeza en mi hombro y comenzó a sollozar.

—¡Vámonos de aquí! —dijo con voz ahogada.

—Tienes razón. Ésta no es tarea para tres personas —argumenté—. Hace falta más gente y un equipo apropiado.

El Viejo no me prestó atención.

—Hay que pasar, Mary. Tú lo sabes. Y tienes que pasar tú la primera.

—¿Y por qué ella? —pregunté enojado.

No me contestó.

—¿Y bien, Mary?...

No sé cómo, ella logró dominarse; su respiración se hizo normal; sus facciones se serenaron, y siguió hacia adelante. Yo no tuve más remedio que avanzar.

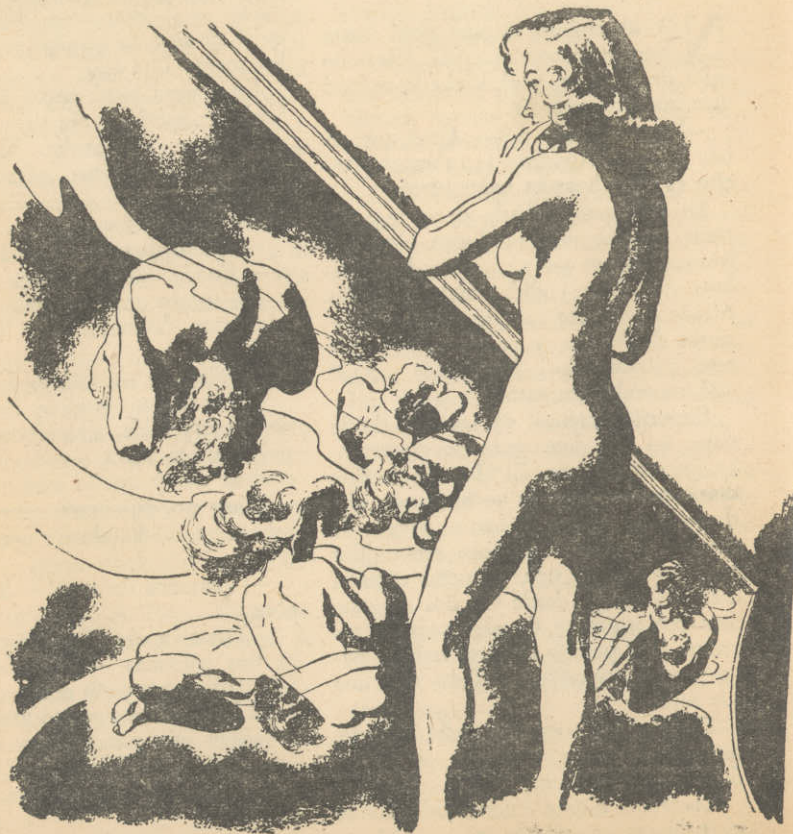
Llegamos a una amplia cámara, que parecía ser la sala de controles; estaba cubierta de cadáveres como el que habíamos encontrado anteriormente en el tubo.

El Viejo, sin detenerse a mirar, cruzó la cámara y siguió arrastrándose por otro tubo iluminado de rojo. Avanzamos hasta donde el tubo se ensancha y alcanzaba unos tres metros de diá-

metro. El techo era bastante alto como para que pudiéramos ponernos de pie. Pero eso no fué lo que nos llamó la atención: las paredes ya no eran opacas, y a ambos lados, detrás de membranas transparentes, había miles y miles de parásitos, nadando, flotando y retorciéndose en un flúido que los sostenía. Cada uno de los tanques estaba iluminado por una luz difusa que permitía ver perfectamente en su interior... Sentí casi incontenibles deseos de gritar.

Todavía tenía la pistola en la mano. El Viejo me sujetó la muñeca.

—Supongo que no querrás poner eso



en libertad —me previno—. Estos son para nosotros.

Mary los contemplaba con demasiada calma. Creo que no tenían conciencia clara de lo que pasaba. La miré y urfí:

—Salgamos de aquí, si es que podemos, y destruyamos todo esto; ¡antes de que sea demasiado tarde!

—No —dijo el Viejo—; todavía hay más. Vengan.

Seguimos por el tubo hasta que éste volvió a ensancharse para formar una pequeña cámara. Allí, también las paredes eran transparentes; y también allí había cosas que flotaban detrás de ellas.

No pude creer lo que veía.

Flotando detrás de la membrana, cabeza abajo, estaba el cuerpo de un hombre: un ser humano, nacido en la Tierra. Tenían los brazos doblados sobre el pecho, y las rodillas encogidas hacia arriba, como si durmiera.

No se hallaba solo: había muchos otros, hombres y mujeres, jóvenes y viejos; pero no pude apartar mis ojos de él. Pensé que estaba muerto; no podía ser de otra manera. Pero entonces vi que sus labios se movían, y desé que estuviera muerto.



MARY daba vueltas como si estuviera borracha. No, no exactamente borracha, sino preocupada y desconcertada. Iba de una pared a otra como si quisiera encontrar algo. El Viejo tenía los ojos clavados en ella.

—¿Y bien, Mary? —le preguntó.

—¡No puedo encontrarlos! —dijo con una voccecita infantil que me apretó el corazón.

Corrió hacia el otro lado. El Viejo la agarró de un brazo.

—No los buscas donde deberías. Vuelve a donde ellos están. ¿Recuerdas?

—¡No puedo acordarme! —su voz era un gemido.

—Tienes que acordarte. Es lo único que puedes hacer por ellos. Debes volver a donde están y buscarlos.

Mary cerró los ojos. Unas lágrimas corrieron por sus mejillas. Me interpuise entre ambos y orité:

—¡Basta! ¿Qué le está usted haciendo?

—No, hijo —susurró el Viejo con firmeza—; no te entrometas. ¡Tienes que mantenerte fuera de este asunto!

—Pero...

—¡Basta! —soltó el brazo de Mary y me guió hasta la entrada—. Quédate aquí. Si amas a tu mujer y odias los parásitos, no intervengas. Te prometo que no le haré daño.

—¿Qué va usted a hacer?

Pero el Viejo ya no me prestaba atención. Me quedé donde estaba, temeroso del perjuicio que mi intervención podía causar.

Mary se había dejado caer al suelo, como una criatura, y se cubría la cara con las manos. El Viejo se arrodilló a su lado y le acarició el cabello.

—Vuelve atrás —oí que le decía—; al comienzo de todo.

Apenas si pude oír la respuesta de Mary.

—No..., no...

—¿Cuántos años tienes?... Cuan-

do te encontraron parecías tener siete u ocho. ¿Fué antes de eso?

—Sí... Sí, fué antes —comenzó a sollozar—. ¡Mamá!, ¡mamá!...

—¿Qué dice tu mamá? —preguntó el Viejo suavemente.

—No dice nada; me mira en una forma tan rara... ¡Tiene algo en la espalda!

—Sigue. ¡Vuelve atrás; muy atrás!

—Había una nave... —murmuró Mary—, una nave enorme y brillante...

Yo estaba desesperado, pero a pesar de ello me daba cuenta de que se trataba de algo importante; tan importante que absorbía toda la atención del Viejo.

Continuó hablándole con calma pero insistentemente. Mary se tranquilizó y pareció caer en una especie de letargo.

Oí un ruido a mi espalda y me volví con la pistola en la mano. Estaba a punto de disparar cuando reconocí al jovencito que habíamos dejado montando guardia afuera.

—¡Salgan! ¡Pronto! —nos urgió. El Viejo se puso furioso.

—Cállese y no me moleste —dijo.

—¡Tienen que salir, señor! —insistió el jovencito—. El comandante dice que tienen que salir en seguida. Estamos retrocediendo. Dice que quizá tengamos que arrojar una bomba atómica.

—Muy bien —dijo el Viejo con calma—. Dígale a su comandante que tendrá que esperar hasta que salgamos.

—Tengo informes de vital importancia. Hijo, ayúdame a sacar a Mary.

—Está bien, señor. ¡Pero apresúrese! —aconsejó el jovencito, y se alejó.

—Yo alcé a Mary y la llevé hasta la boca del tubo. Parecía casi inconsciente.

—¡Mary! —grité—. ¡Mary! ¿Me oyes?

Abrió los ojos.

—Sí, Sam, te estoy escuchando.

—Querida, tenemos que salir de aquí lo antes posible. ¿Puedes arrastrarte?

—Sí, Sam —repitió, cerrando los ojos.

La volví a sacudir.

—¡Mary!

—¿Sí, querido? ¿Qué pasa? Estoy tan cansada...

—Escucha, Mary: tenemos que irnos de aquí. Si no, los parásitos se apoderarán de nosotros. ¿Entiendes?

—Está bien, querido.

Comenzó a arrastrarse.

Después de una interminable pesadilla, llegamos a la salida. El jovencito nos ayudó a sacarla y nos alejamos de la nave. Nos metimos en un tanque sumergible que nos llevó hasta el Fulton. Una hora más tarde desembarcamos en la base naval de MóBILE. Yo seguía preocupado por Mary. Le pregunté cómo se sentía. Me sonrió.

—Perfectamente bien, querido. ¿Por qué?

En MóBILE tomamos un avión que nos condujo, para mi sorpresa, a un hangar construido en la ladera de una montaña. Después descubrí que era la sede secreta del Estado Mayor.

Cuando descendimos del avión, una enfermera nos estaba esperando.

—Recibimos su mensaje —dijo dirigiéndose al Viejo—. El doctor Steelton lo espera.

—Gracias —contestó el Viejo—. No, hijo; tú no vienes con nosotros.

—¿Por qué?

—Porque no podríamos trabajar tranquilos.

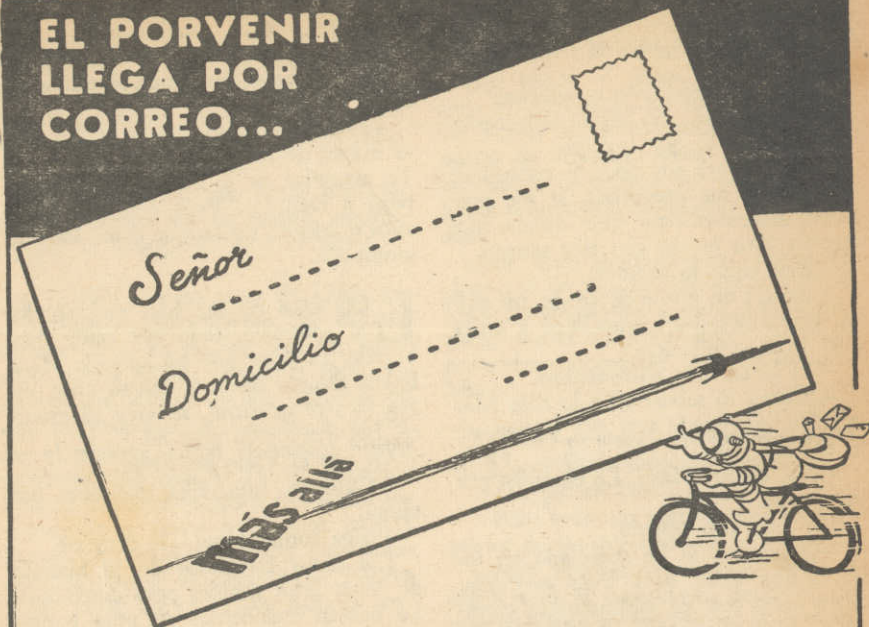
No tuve más remedio que obedecerle. Me puse a dar vueltas por el lugar. Después de un tiempo interminable reapareció el Viejo.

—¿Dónde está Mary?

—No puedes verla ahora. Está des cansando.

—¿Está... herida?

EL PORVENIR LLEGA POR CORREO...



En un sobre como éste, usted puede recibir el porvenir todos los meses. Se lo llevará su cartero, a usted como a miles de otras personas inteligentes que quieren dar un salto hacia el maravilloso mundo de la magia científica.

Escriba su nombre y dirección en el lugar indicado, recorte el cupón, y envíelo con su cheque o giro postal a MAS ALLA, Av. Alem 884, Buenos Aires.

La suscripción por un año cuesta \$ 60.- en la República Argentina.

¡SUSCRIBASE A MAS ALLA Y RECIBIRA TODOS LOS MESES UN CARGAMENTO DE EMOCIONES Y AVENTURAS INCOMPARABLES!

—Te prometí que no le haría daño. Steelton es el mejor en su especialidad. Pero tuvimos que ir muy a lo hondo y tratar de superar su tremenda resistencia.

—¿Consiguieron lo que querían?

—Sí y no. Aún no hemos terminado.

—¿Qué es lo que buscan?

—Te contaré un poco y contestaré algunas de tus preguntas, si me prometes solemnemente que nunca molestarás a tu esposa con este asunto.

—Está bien; lo prometo.

—Existió un grupo de gente, un culto, podríamos decir, que llegó a tener muy mala reputación.

—Ya lo sé. Los whitmanitas.

—¿Cómo lo sabes? ¿Te lo dijo Mary? No, no puede ser; ella misma no lo sabía.

—No, no fué Mary. Lo descubrí por mi cuenta.

Me miró con respeto.

—Quizás no te he apreciado en todo lo que vales, hijo. Pues es cierto. Mary vivió con los whitmanitas, cuando era una criatura, en Antártida.

—¡Un minuto! —exclamé—. Ellos se fueron de Antártida en 1974.

—Correcto.

—¡Pero, entonces, Mary tiene cerca de cuarenta años!

—¿Te importa?

—Es claro que no; pero no puede tenerlos.

—Los tiene y no los tiene. Cronológicamente ha alcanzado ya los cuarenta años; biológicamente no tiene aún treinta, y subjetivamente es aún más

joven, porque no recuerda nada de lo ocurrido antes de 1990.

—¿Qué quiere usted decir? Puedo entender que no se acuerde. Nunca quiso acordarse. Pero ¿qué significa todo lo demás?

—Exactamente lo que he dicho. No es mayor de lo que parece, porque... Te acuerdas de la cámara donde empezó a recordar. Pues ella pasó diez años o más en un tanque como los que vimos allí.

LOS años no me han endurecido; al contrario, cada vez estoy más blando. El saber que mi adorada Mary había flotado durante tantos años en ese vientre artificial, ni viva ni muerta, fué demasiado para mí.

Oí que el Viejo me decía:

—Cálmate, hijo. Ella está bien por ahora.

—Siga contándome —le contesté.

Los datos conocidos de la historia de Mary eran simples pero engañosos. La habían encontrado en unos pantanos cerca de Kaiserville, en el polo norte de Venus. Era una criatura que no sabía de dónde venía y que sólo pudo decir cuál era su nombre: Allucquere. Nadie comprendió lo que tal nombre significaba, y era imposible que alguien asociara una criatura de su edad aparente con el desastre whitmanita. En 1980, un avión de transporte, que les llevaba provisiones, había regresado sin encontrar ningún sobreviviente de Nueva Sión, su colonia. Diez años y más de trescientos ki-

Almuerzo a cincuenta centavos

EL doctor Henry Boorsook ha desarrollado un tipo de alimento derivado de la soya que promete aliviar los problemas de alimentación en muchas zonas de nuestro globo. Con sólo sesenta gramos de dicho producto se tiene todo lo necesario para completar una comida equivalente a un bife con papas, arvejas y leche. Todo por el precio de cincuenta centavos, moneda nacional. Conviene, aunque uno no tenga mucha hambre.

lómetros de selva separaban Kaiserville de la colonia whitmanita.

Los detalles de la vida de Allucquere después que fué encontrada carecían de importancia en el momento actual. Lo que realmente interesaba averiguar era dónde había estado desde la desaparición de Nueva Sión y qué había pasado con esa colonia.

Pero esos datos, que Mary conocía, estaban ocultos en su mente, obturados por la desesperación y el terror.

ALGÚN tiempo antes de 1980, los titanios descubrieron la colonia Nueva Sión. Es dudoso que los parásitos hayan estado buscando seres terrestres en Venus; lo más probable es que su propósito se limitara a explorar el planeta, como lo habían hecho anteriormente con la Tierra. Sabemos que en el curso de dos o tres siglos secuestraron a varios terráqueos; quizás hayan capturado a alguien que pudo decirles dónde se encontraba Nueva Sión. Mary no recordaba nada al respecto.

Mary vió cómo capturaban la colonia, cómo sus padres se convertían en zombis que ya no se preocupaban por ella. Por lo que parecía, ella no había sido poseída; o quizás estuvo bajo el dominio de los parásitos, durante un tiempo, y luego la dejaron libre al descubrir que una criatura débil e ignorante no les servía para nada. De cualquier manera, durante cierto tiempo, que para ella debió de ser interminable, vivió sola, sin nadie que la quisiera o la cuidara.

Los titanios estaban decididos a quedarse. Sus principales esclavos eran seres de Venus. Los colonos fueron presas accidentales. Es seguro que Mary vió cómo sus padres eran colocados en tanques como los del plato volador. ¿Para utilizarlos después en la invasión a la Tierra? Es muy probable.

Con el correr del tiempo, ella mis-

ma fué colocada en uno de esos tanques. ¿En una nave titania? ¿En una base en Venus? La segunda hipótesis es la más probable, porque cuando despertó estaba todavía en Venus.

Allí estaba el punto neurálgico de todo el problema. La invasión titania de Venus había fracasado o estaba a punto de fracasar. Mary fué poseída en cuanto la sacaron del tanque, pero había sobrevivido al parásito que la poseyó.

¿Por qué murieron los parásitos? ¿Por qué fracasó la invasión a Venus? Éran las respuestas a estos interrogantes lo que el Viejo y el doctor Steelton pretendían encontrar en la mente de Mary.

—¿ESO es todo? —pregunté cuando el Viejo dejó de hablar.

—¿Te parece poco?

—Pero todo eso plantea más interrogantes de los que contesta —me quejé.

—Hay muchas otras cosas; pero es inútil que te las cuente, pues tú no eres psicólogo ni especialista en Venus. Te conté unos cuantos detalles, para que sepas por qué hemos estado trabajando con Mary y para que no la interrogues. Sé paciente con ella, muchacho. No ha tenido una vida muy feliz.

—Lo que no puedo entender es cómo pudo usted asociar a Mary con los platos voladores desde el primer momento. Ahora me doy cuenta de que en el primer viaje, la llevó con nosotros a propósito. Estaba usted en lo cierto; pero ¿por qué?

El Viejo parecía desconcertado.

—Hijo, ¿qué es un presentimiento?

—La creencia de que algo es de cierta manera, sin ninguna evidencia.

—Yo diría que un presentimiento es el resultado de un razonamiento inconsciente, sobre la base de datos que uno ignora poseer.

—No me diga que su mente incons-

ciente trabaja con datos que va a obtener, pero que todavía no posee.

—¡Ah, pero yo tenía los datos! ¿Qué es lo último que se le exige a un candidato, antes de aceptarlo en nuestra sección?

—La entrevista personal con usted.

—No, no.

—¡Ah!, el narcoanálisis —me había olvidado completamente de eso, por la sencilla razón de que el sujeto nunca lo recuerda—. ¿Quiere decir que esos datos sobre Mary los tiene usted desde entonces? En tal caso, no fué un sentimiento.

—No, no es exactamente así. Apenas si alcancé a entrever la verdad; las defensas de Mary son muy poderosas. Lo que sí sabía era que Mary era capaz de proporcionarnos mucha más información.

Pensé un rato.

—Oiga, ¿qué fué lo que dije yo durante mi narcoanálisis?

—No sé. Hice que mi secretario lo estudiara. Me dijo que no había nada de especial interés; así que nunca leí el informe.

—Bueno... , gracias.

Recibí un gruñido por toda respuesta.

LOS parásitos habían muerto de una enfermedad que contrajeron en Venus; eso era lo que sospechábamos. Parecía casi imposible que volviéramos a tener otra oportunidad de conseguir información directa; pues el plato de Pass Christian fué destruído para evitar que lo recapturaran. El Viejo había planeado revivificar a los prisioneros y conseguir que hablaran.

Esa oportunidad se había perdido. La única esperanza de encontrar una respuesta era Mary. Si se comprobaba que alguna infección, peculiar de Venus, mataba a los parásitos sin destruir a los humanos (Mary, por lo menos, había sobrevivido), entonces el paso siguiente consistía en analizar una

por una hasta encontrar la que buscábamos. Fácil, ¿eh? La lista de enfermedades originarias de Venus que no son fatales para los humanos, es interminable.

Mientras tanto el invierno se aproximaba; nuestra consigna nudista no podía continuar eternamente.

Todos los esfuerzos se concentraron en Mary. A mí me disgustaba el asunto, pero no podía evitarlo. Mary parecía ignorar para qué le pedían que se sometiera una y otra vez a los hipnóticos. Pero aunque se mantenía serena, los efectos de todos esos días se reflejaban en su rostro: ojeras, temblores, falta de atención. Decidí hablar con el Viejo al respecto; pero, cuando me encontré con él, me enteré de algo que ocupó toda mi atención. Se había declarado la primera epidemia continental de peste bubónica desde el siglo diecisiete.

Me resultaba incomprendible. Los rusos siempre habían prestado gran atención a todos los problemas relacionados con la salud pública. Y ahora dos epidemias, la peste bubónica y el tifus exantemático, se habían declarado en el enorme territorio que comprendía Rusia y China.

Reflexioné un rato, y luego dije:

—Jefe, había parásitos en Rusia.

—Así es.

—Pues será mejor que hagamos algo pronto, o todo el valle del Misisipí estará plagado a corto plazo.

Los titanios no se preocupaban por la higiene de sus huéspedes. Supuse que nadie se había dado un baño, entre la frontera canadiense y Nueva Méjico, desde la llegada de los parásitos: piojos, pulgas, ratas...

Era una carrera con el tiempo. Fundamentalmente, los titanios debían de ser demasiado estúpidos para retener esclavos. Ése era el motivo por el cual cambiaban constantemente de planeta: arruinaban todo lo que tocaban;

después de un tiempo, los esclavos morían y tenían que buscar nuevos huéspedes.

Teorías, siempre teorías. Una sola cosa era cierta: la Zona Roja se vería arrasada por una epidemia, si no lográbamos encontrar el modo de matar los parásitos. Decidí realizar algo que hacía tiempo me daba vueltas en la cabeza: conseguir que me admitieran en las sesiones analíticas. Quizá yo podría ver lo que otros no habían logrado descubrir, ya que había que descubrirlo en la mente de mi esposa. Además, estaba harto de que me trataran como a un chiquillo malcriado.

ESTABAN reunidos como de costumbre en el consultorio del doctor Steelton: el Viejo, el mismo Steelton, el coronel Pibsy, que era del Estado Mayor, un teniente coronel y un montón de técnicos. El Viejo levantó las cejas al verme, pero no dijo nada.

Un sargento quiso detenerme.

—Buenos días, señora de Nivens —le dijo a Mary—. Usted —agregó volviéndose hacia mí— no está en la lista.

—Pues yo me incluyo en la lista —anuncié, y lo aparté de mi camino.

El Viejo se me acercó y me dijo en voz baja:

—Hijo, tú me prometiste...

—Retiro mi promesa. No tenía usted derecho a hacerme prometer una cosa así.

—No tienes nada que hacer aquí,

hijo. No estás preparado para estas sesiones. En nombre de Mary te lo pido: vete de aquí.

—Usted es el que no tiene nada que hacer en este consultorio. Usted no es psicoanalista. Váyase.

—¿Es que has bebido ácido sulfúrico, hijo?

—¡Es que usted está haciendo experimentos con mi mujer! Y desde ahora en adelante, yo doy las órdenes.

El coronel Pibsy se adelantó.

—Joven, ¿se da cuenta de lo que dice?

—¿Usted es médico? No, ¿verdad? ¿Qué hace aquí, entonces? —le pregunté.

—¡Parece usted olvidar que ésta es una base militar!

—¡Y usted se olvida de que ni mi esposa ni yo somos personal militar! Ven, Mary —añadí—. Nos vamos.

—Sí, Sam.

Me volví hacia el Viejo.

—Dejaré en la oficina nuestra dirección, para que nos envíen la correspondencia.

—Un momento —dijo el Viejo—. Coronel Pibsy, me gustaría cambiar unas palabras con usted.

Quince minutos más tarde, un sargento anunció al doctor Steelton que podían comenzar en mi presencia.

—Bien —dijo Steelton—, pasemos a la otra salita.

—No tan rápido — interrumpí —.

“Lapsus” atómico

EN Birmingham se encuentra instalado el acelerador de partículas más potente de Europa, un sincrotrón capaz de entregar a los protones una energía de mil millones de electrón-voltios. Se puede imaginar el lector el esfuerzo y dinero que habrá costado construirlo. Pues bien, una vez habilitado, sus constructores se han encontrado con que no puede funcionar más de 30 minutos por día, porque los muros construídos para proteger al personal de las radiaciones no tienen el espesor suficiente.

¿Quién es éste? —pregunté, señalando al teniente coronel.

—Es el doctor Hazelhurst, especialista en Venus.

—Bueno, puede quedarse. No quiero que asista nadie que usted no necesite indispensablemente.

Resultó que el único que hacía falta era el doctor Hazelhurst. Pasamos a la otra salita. En ella no había más que una camilla rodeada de sillas. Mary se recostó y Steelton comenzó a preparar una inyección.

—Continuaremos con lo que interrumpimos en la última sesión, señora.

—Un momento. ¿Hay notas taquigráficas de las sesiones anteriores?

—Por supuesto.

—Pues quiero verlas —afirmé.

Steelton dudó un instante y respondió:

—Muy bien. Son éstas.

Mary y yo las leímos juntos. Durante la lectura, Mary se mantuvo serena, pero deslizó su mano en la mía.

Cuando concluimos, el doctor Steelton comentó:

—Como ven, el período de su vida que más nos interesa es el anterior al momento en que fué encontrada en los pantanos.

—¿Por qué, doctor? —preguntó Mary.

—Si pudiéramos descubrir qué fué lo que causó la muerte del titanio que la poseyó a usted antes de que la encontraran y que lo mató sin dañarla a usted, tendríamos el arma que necesitamos.

—Pero, ¿no lo saben? —preguntó Mary con incredulidad.

—Todavía no; pero lo averiguaremos. La memoria humana es asombrosamente perfecta.

—Yo creí que lo sabían. Fué una fiebre de nueve días.

—¿Qué? —Hazelhurst casi se cae de la silla.

—¿Cómo no se dieron cuenta por

los detalles que di? Son característicos. Yo cuidé muchos enfermos en Kairserville, porque ya la había padecido una vez y era inmune.

—¿Qué opina, doctor? ¿Ha visto algún caso? —preguntó Steelton.

—Cuando llegué a Venus, ya habían descubierto una vacuna. Conozco sus características clínicas.

—¿Y le parece que los datos que tenemos concuerdan con esas características?

—Yo diría —respondió Hazelhurst midiendo las palabras— que lo que hemos visto es bastante convincente, pero no decisivo.

—¿Qué es lo que no es decisivo? —preguntó Mary, enojada—. Ya les he dicho que fué una fiebre de nueve días.

—Debemos estar seguros —se disculpó Steelton.

—¿Y qué más necesitan para estarlo? Cuando me encontraron me dijeron que eso es lo que yo había tenido. Cuidé muchos enfermos y no me contagié. Me parece que con eso basta.

—Yo creo que usted está en lo cierto, señora —dijo Steelton—. Pero lo que no puedo entender es esto: nosotros creíamos que usted no tenía ningún recuerdo consciente de ese período. Y ahora parece que lo recuerda todo perfectamente.

Mary parecía desconcertada.

—Ahora recuerdo con absoluta claridad. Hacía muchos años que no pensaba en nada de esto.

—¿Y bien, doctor? —preguntó Steelton a Hazelhurst—. ¿Tenemos algún cultivo de esa enfermedad? ¿Cuándo podemos empezar a trabajar?

—¿A trabajar? No haremos nada de eso: ¡Es más peligrosa que el tifus o la poliometitis!

—Vámonos, querida —dije—. Ya hemos hecho bastante daño.

Y dejamos a los dos médicos discutiendo acaloradamente.

OBLIGUÉ a Mary a recostarse un rato. Después fuí a ver a mi padre en la oficina que le habían asignado.

—Bien, Elihu —me dijo—, veo que has acertado.

—Prefiero que me llamen Sam.

—Está bien. Es una pena que tu descubrimiento no nos sirva para nada. Fiebre de nueve días... Ahora se entiende por qué la colonia sucumbió junto con los parásitos. Temo que no podremos hacer nada. Muy pocos tienen la notable resistencia de Mary.

Tenía razón. La fiebre acababa con el noventa y ocho por ciento de los enfermos. Con la vacuna, la mortalidad se reducía a cero; pero, de utilizarla, los parásitos también se salvarían.

—De modo que, Sam, tendrás que encontrar un plan mejor.

—¿Yo? Yo soy un vulgar empleado.

—Eso era antes. Ahora te harás cargo de mi puesto.

—¿De qué demonios está usted hablando? No quiero hacerme cargo de nada. Usted es el jefe.

El Viejo sacudió la cabeza.

—El jefe es el que da las órdenes. Los títulos y las insignias vienen después. Dime, ¿crees que Olfield podría reemplazarme?

Negué con la cabeza.

—Nunca te ascendí —siguió el Viejo—, porque sabía que, cuando llegara el momento, tú mismo nos obligarías a ascenderte. Ahora lo has hecho,

al ponerte a mi punto de vista y demostrar que estabas en lo cierto.

—He tenido suerte. Eso es todo.

—La suerte es la excusa que dan los mediocres, para justificar su mediocridad.

Apyé las manos sobre el escritorio, y me incliné hacia el Viejo.

—Están bien; soy un genio. Pero no quiero cargar con responsabilidades. Cuando esto se termine, Mary y yo nos iremos a la montaña y nos dedicaremos a tener chicos.

El Viejo sonrió y no dijo nada.

—No quiero su puesto. ¿Me entiendes?

—No lo tomes tan a pecho, Sam. Oficialmente sigo siendo el jefe. Mientras tanto, ¿cules son sus planes... señor?

Y lo peor era que lo decía en serio. Hice lo posible por disuadirlo; pero fué inútil. Esa tarde se llevó a cabo una reunión de todas las personalidades que tenían algo que ver con el problema. Me lo notificaron; pero no fuí. A la media hora, un ordenanza me anunció que me esperaban. Tuve que ir.

Yo no quería intervenir en la discusión; pero mi padre tiene una habilidad especial para hacer hablar hasta a las piedras. Cuando me di cuenta, estaba pronunciando un discurso.

—Creo que vuestras opiniones son demasiado pesimistas —dije— y que la mayoría de ellas están basadas en me-

Oxígeno anti-átomo

Se ha comprobado que las bacterias resisten mejor los rayos X y los rayos gamma emitidos por el radio cobalto 60 si están suspendidas en agua con mucho oxígeno disuelto. Lo que se está tratando de averiguar es si esto se debe a que el gas actúa directamente sobre el organismo, o si se ocupa de destruir las sustancias tóxicas formadas en el agua por acción de los rayos.

ras suposiciones. Las suposiciones pueden no ser correctas.

—Explíquese.

—Pues bien; se hacen constantes referencias a la duración de la fiebre, como si los nueve días fueran un hecho probado. Pero no es así.

Un militar de alta graduación dijo con impaciencia:

—Es un término medio conveniente. Por lo general dura nueve días.

—Sí; pero ¿cómo sabemos que dura nueve días... en un parásito?

Hubo un revuelo. Me di perfecta cuenta de que había acertado nuevamente.

—En el único caso que conocemos —proseguí—, el parásito murió en menos de nueve días. Los que han tenido oportunidad de leer las notas del análisis de mi esposa (y temo que demasiada gente lo haya hecho) saben que el titanio que la poseía la abandonó y murió mucho antes del octavo día. Si los experimentos confirman lo que digo, el problema cambia radicalmente. Un hombre con fiebre de nueve días podrá librarse de su parásito en... digamos, cuatro días. Eso nos deja cinco días para capturarlo y curarlo.

El general emitió un silbido.

—Esa es una solución bastante heroica, Nivens. ¿Cómo haremos para curarlo o para capturarlo? Suponiendo que desatáramos una epidemia en la Zona Roja, tendríamos que trabajar con increíble rapidez para localizar y tratar a más de cincuenta millones de enfermos, antes de que sucumban, especialmente si tenemos en cuenta que nos enfrentaríamos con una tremenda resistencia.

Me limité a devolverle la píldora.

—El segundo problema es de orden militar. En cuanto al primero, ahí tienen a un experto —y señalé al doctor Hazelhurst.

El médico dió muchas vueltas al

asunto. Se requerían más investigaciones... nuevos experimentos... Se habían hecho algunos trabajos para encontrar una antitoxina; pero la vacuna había resultado tan eficaz, que la antitoxina fué perfeccionada. Concluyó diciendo que el estudio de las enfermedades exóticas de Venus estaba aún en pañales.

El general lo interrumpió:

—¿Cuánto tiempo cree usted que puede tardar en averiguar lo de la antitoxina?

Hazelhurst respondió que tendría que comunicarse con un colega suyo en la Sorbona.

—Hágalo ya —dijo el general—. Tiene permiso para retirarse.

A la mañana siguiente, Hazelhurst golpeó en mi puerta antes del desayuno. Salí al pasillo, para hablar con él.

—Lamento despertarlo —me dijo—, pero quería decirle que estaba usted en lo cierto con respecto a la antitoxina.

—¿Sí?

—Me van a enviar muestras desde París; pueden llegar en cualquier momento.

—Gracias por decírmelo.

Me volví para retirarme; pero él me detuvo.

—Señor Nivens, acerca de los vectores...

—¿Vectores?

—Vectores de enfermedad. No podemos usar ratas, ni ratones, ni nada por el estilo. ¿Sabe cómo se transmite la fiebre de Venus? Por un pequeño insecto: una especie de mosca. Pero no existe en la Tierra, y es la única forma de contagio.

—¿Quiere decir que no podría usted transmitírmela aunque quisiera?

—Eso sí; podría inyectársela. Pero no puedo imaginarme a un millón de

paracaidistas descendiendo sobre la Zona Roja y pidiendo a cada uno de los habitantes que se quede quieto mientras le pone una inyección.

—¿Por qué me consulta, pues? Eso es un problema médico.

—Así es. Pero pensé... bueno, me pareció que usted era el único que podía encontrar una solución.

—Gracias. Necesito saber lo antes posible cuántos habitantes hay en la Zona Roja. Y además, dígame, si usted estuviera enfermo, ¿podría contagiarme?

—Difícilmente; con una transfusión de sangre, por ejemplo.

—Contacto directo, ¿eh? ¿A cuántos habitantes podrá tratar un paracaidista? ¿Veinte?; ¿treinta?; ¿más?... Si es así, hemos solucionado el problema.

—Perdón. No entiendo...

—¿Qué es lo primero que hace un parásito cuando se encuentra con otro después de cierto tiempo?

—¡Conjugación!

—¿Cree usted que la enfermedad podría transmitirse así?

—¿Si lo creo? ¡Estoy seguro! En el laboratorio hemos demostrado que durante la conjugación se produce un intercambio de proteínas. Nadie podría escapar al contagio. Podemos infectar toda una población como si se tratara de un solo organismo.

—No se entusiasme demasiado; pero sospecho que puede resultar.

—¡Resultará! Le avisaré en cuanto tenga algo listo. ¡Y gracias!

Me quedé unos instantes, haciendo cálculos sobre la operación. Después, volví al dormitorio. Mary abrió los ojos y sonrió como un ángel.

Me agaché; le acaricié el cabello.

—Hola, preciosa. ¿Sabías que tu marido es un genio?

—Por supuesto.

—Nunca me lo dijiste.

—Nunca me lo preguntaste.

SE efectuó una nueva reunión. —Si queremos salvar a un ciento por ciento de los habitantes de la Zona Roja —comencé—, es necesario que todos los parásitos sean infectados casi al mismo tiempo, para que los escuadrones de rescate puedan descender cuando los parásitos ya no sean peligrosos y antes de que los habitantes hayan sobrepasado el límite en que la antitoxina es efectiva.

Dejé que los militares hicieran los cálculos correspondientes. Durante un rato no se mencionaron más que cifras. Por fin el general anunció:

—Nivens, puedo asegurarle que dispondrá de todos los voluntarios que necesite.

Sacudí la cabeza.

—No puede usted usar voluntarios, mi general. El parásito sabrá todo lo que sepa su huésped y no se pondrá

NUMEROS ANTERIORES de más allá

Para los lectores que desean completar la colección de la revista, tenemos en depósito una cantidad limitada de ejemplares de los números anteriores, en venta al precio de tapa de \$ 6.— por ejemplar. Pueden obtenerse o adquiriéndolos directamente en las oficinas de la Editorial Abril, Av. Alem 884. 1º piso, Buenos Aires; o remitiéndonos un giro postal por el importe correspondiente a la orden de

EDITORIAL ABRIL S. R. L.

en contacto con ningún otro; en cambio, prevendrá a los demás titanios en forma oral. No, señor; usaremos animales (monos, perros): todos los que sean suficientemente grandes para transportar un parásito, incapaces de hablar y en cantidad tal que puedan infectar a toda la población antes de que ningún titanio se dé cuenta de que está enfermo. El primer descenso, para propagar la fiebre, puede comenzar en cuanto tengamos bastante antitoxina para el segundo lanzamiento. Menos de una semana después, no quedará un solo parásito vivo en todo el continente.

Finalicé describiendo toda la operación, en líneas generales.

Cuando terminó la reunión, me encontré con mi padre.

—¿Qué tal estuve? —pregunté con ansiedad.

—Sam, eres increíble. Creo que voy a contratarte por tiempo indefinido, para nuestra sección de propaganda.

Apenas si pude ocultar cuánto me complacían sus palabras. Había logrado pronunciar todos mis discursos sin tartamudear una sola vez. Me sentía genial.

Carreteras que hablan

HACE poco el chófer de un camión, que viajaba por los caminos de Inglaterra, se llevó un bonito susto cuando empezó a escuchar los chasquidos característicos del funcionamiento de unos contadores Geiger que transportaba, chasquidos que no podían deberse a otra cosa que a explosiones de átomos radioactivos. Se explicaba que al cargar los contadores se los hubiera dejado inadvertidamente conectados, pero ¿de dónde venía la radioactividad que registraban?

Todo se aclaró cuando se supo que la ruta había sido cubierta recientemente con escorias fosfatadas, que contenían suficiente uranio para hacer marchar un contador.

Lo cierto es que basándose en esto ya se ha propuesto la colocación de señales radioactivas con advertencias tales como: "¡Cuidado!" o "Disminuir la velocidad" etc.

PARA los experimentos, utilizamos monos. Teníamos a nuestra disposición, no sólo los del Zoológico, sino los de todos los circos de las cercanías.

El miércoles 12, inoculamos la fiebre a Satán. El viernes se declaró la enfermedad. Lo metimos en una jaula, con un chimpancé poseído. Los parásitos se pusieron inmediatamente en contacto, después de lo cual los separamos.

El domingo 16 el parásito de Satán comenzó a arrugarse y encogerse, y por fin cayó. En seguida le inyectamos antitoxina a Satán. En la noche del lunes, el otro parásito murió, y su huésped fué sometido al mismo procedimiento que había sido probado anteriormente en Satán.

El miércoles 19, Satán ya estaba bien, aunque un poco delgado, y el chimpancé comenzaba a mejorar lentamente.

Por orden del presidente, todas las operaciones relacionadas con nuestro plan se llevaban a cabo exclusivamente en los laboratorios que ocupábamos. Los monos que utilizaríamos (unos doscientos) estaban también allí. Los cul-

tivos y la antitoxina se preparaban en el mismo edificio.

El millón de hombres que se lanzarían al ataque no podían, por supuesto, estar con nosotros; pero no se enterarían de nada hasta el momento mismo de iniciar la acción, momento en que se les entregaría un arma y una provisión de antitoxina. Todo se hacía en el más absoluto secreto. Ni siquiera Martínez conocía el asunto.

ESTÁBAMOS reunidos otra vez en el salón de la Casa Blanca. El Viejo y Mary se hallaban presentes, por supuesto, así como Rexton, Martínez, el coronel Gibs y el doctor Hazellhurst. Todos teníamos los ojos clavados en el enorme mapa que cubría la pared. Hacía cuatro días que los animales infectados habían sido lanzados en paracaídas; pero las luces rojas aún brillaban en el valle del Misisipí.

Comencé a ponerme nervioso, a pesar de que la operación era aparentemente un éxito, y sólo habíamos perdido tres aviones. De acuerdo con nuestros cálculos, todo parásito que hubiera realizado conferencia directa habría contraído la enfermedad. Habíamos calculado todo para infectar el ochenta por ciento en las primeras doce horas, especialmente en las ciudades.

En las horas siguientes, los parásitos debían de comenzar a morir por millares. . . , si estábamos en lo cierto.

Procuré mantener la calma, mientras me preguntaba si las lucecitas rojas del mapa representaban unos cuantos millones de parásitos enfermos o doscientos monos muertos. ¿Habría algún error en los cálculos? ¿Alguien habría sido indiscreto? ¿Habríamos cometido en nuestro razonamiento alguna equivocación tremenda de la que nadie se habría percatado?

De pronto, una lucecita parpadeó un par de veces y se transformó en verde. Todos nos pusimos de pie. Una voz

comenzó a hablar desde el radiovisor.

—Esta es la estación Dixie, en Little Rock —dijo una voz cansada, con acento sureño—. Necesitamos ayuda. Se ha desatado una terrible epidemia. Cualquiera que escuche, notifique por favor a la Cruz Roja. Hemos estado bajo el poder de. . . —la voz se apagó.

Exhalé un suspiro de alivio. Mary me apretó la mano, y yo me volví a sentar. Una dicha inmensa me invadió. Observé que la lucecita verde no correspondía a Little Rock, sino a un punto hacia el oeste, en Oklahoma. Aparecieron otras dos luces verdes, una en Nebraska y otra cerca de la frontera con el Canadá.

—Es como una noche de elecciones, ¿no, jefe? —dijo Martínez, alegremente.

—Así es, con la diferencia de que en esas ocasiones no recibimos resultados de Méjico —indicó el presidente, señalando dos luces verdes que habían aparecido en Chihuahua.

Al atardecer del día siguiente, casi no había luces rojas. Todo estaba listo para la segunda parte de la operación.

—Si tienen ganas de lanzarse sobre la Zona Roja —nos dijo Rexton—, por mí no hay inconveniente.

Me puse de pie.

—Mary, espérame aquí.

Después de muchas discusiones, logró convencerla de que no viniera con nosotros.

Dos horas más tarde descendíamos sobre nuestro objetivo.

CON la pistola en una mano y la jeringa hipodérmica en la otra, recorrí todas las casas de la manzana que me habían asignado. Era un barrio viejo en la ciudad de Jéfferson, donde casi todos los edificios eran conventillos consistentes en unos cincuenta departamentos cada uno.

Ya había dado dos docenas de inyecciones, y me faltaban tres docenas

más antes de reunirme con los demás en la Casa del Gobierno.

No fué solamente por curiosidad por lo que quise participar en la operación: ¡tenía que *ver morir* a los parásitos! Pero ya había visto bastante y me costaba un enorme trabajo dominar mi repugnancia.

Quería volver a casa, darme un baño y olvidarme de todo.

El trabajo no era difícil, sino monótono y nauseabundo. Hasta ese momento no había encontrado un solo parásito vivo, aunque sí muchísimos muertos.

En uno de los departamentos hallé una criatura de unos ocho años, que, de no haber estado tan enferma, me habría parecido preciosa. Sus padres yacían muertos en el suelo. La nena estaba delirando y cuando me vió comenzó a gritar:

—¡Papaíto, papaíto!...

—No tengas miedo —le dije—. Papaíte va a cuidar.

Le di la inyección en una pierna. Cuando me disponía a partir, me pidió un poco de agua. Mientras buscaba un vaso, mi teléfono comenzó a sonar.

—¡Hijo! ¿Puedes oírme?

—Sí. ¿Qué pasa?

—Te llamo desde una plaza, unas cuadras al norte de tu manzana. Estoy en aprietos.

—¡En seguida estoy allí!

Pero no podía dejar a esa criatura sola con sus padres muertos. La alcé en mis brazos y la dejé en un departamento del segundo piso, con una fami-

lia a la que ya había suministrado la antitoxina.

Salí corriendo a la calle.

—¡Aquí, hijo, en el helicóptero!

Pude distinguir el aparato. Había alguien en su interior, pero estaba demasiado oscuro como para que pudiera distinguir sus facciones. Me acerqué cautelosamente hasta que le oí decir:

—¡Por fin! Pensé que no vendrías nunca.

Reconocí la voz del Viejo.

Tuve que agacharme para entrar en la cabina. Fué entonces cuando él me golpeó.

CUANDO volví en mí, descubrí que tenía las manos y los tobillos atados. El Viejo estaba sentado al lado mío, piloteando el helicóptero. Me di cuenta de que ya estábamos en el aire.

Me miró y dijo alegremente:

—¿Te sientes mejor?

Vi que el parásito le cubría los hombros y parte de la nuca.

—Algo —admití.

—Siento haberte golpeado; pero no había más remedio.

—Lo supongo.

—Tendré que dejarte atado por el momento. Después podremos hacer un arreglo más conveniente —sonrió con su vieja sonrisa maliciosa. Era sorprendente que su propia personalidad se revelara a través de cada palabra que el parásito le dictaba.

No le pregunté qué entendía por “un arreglo más conveniente”; no quería saberlo. Me dediqué a examinar las

ligaduras; pero el Viejo no había descuidado nada.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

—Al sur —comenzó a fijar los controles automáticos—. Muy al sur.

Yo trataba de ganar tiempo mientras consideraba mis posibilidades. Él me había quitado el revólver, y el suyo propio estaba lejos de mi alcance.

—En realidad, he tenido una suerte increíble —continuó el Viejo—. Tuve la fortuna de ser capturado por el único parásito sano en toda Jefferson. De modo que, después de todo, aún venceremos —se rió—. Es como jugar una difícil partida de ajedrez contra uno mismo.

—Aún no me ha dicho usted adónde vamos —insistí, queriendo ganar tiempo.

—Saldremos de Estados Unidos. Mi amo debe de ser el único titano sano en todo el continente, y no quiero correr riesgos. Creo que lo mejor será ir hasta la península de Yucatán. Podemos escondernos allí, aumentar nuestras fuerzas y luego seguir hacia el sur. Cuando regresemos (¡y regresaremos!) no cometeremos los mismos errores.

—Papá, ¿no puedes quitarme estas ligaduras? Me lastiman. Tú sabes que puedes confiar en mí. Te doy mi palabra de honor.

Se rió.

—Crees que puedes engañar al Viejo, ¿eh? Si te suelto ahora, me matarás o tendré que matarte. Y te necesito vivo. Tú y yo podemos hacer muchas cosas juntos, hijo... Tú estuviste ya una vez con nosotros; conoces las reglas. Pero, hijo, ¿por qué no me lo dijiste? ¿Por qué me lo ocultaste?

—¿Qué?

—Yo no sabía que un hombre podía sentir tanta paz, tanta satisfacción y bienestar. Hacía muchos años que no era tan feliz. Desde... desde... —parecía desconcertado—, desde que mu-

rió tu madre. Tendrías que habérmelo dicho.

D pronto me invadió una sensación de asco. Olvidé mis planes y dejé de lado toda precaución.

—Quizá no pensé que era así. ¡Y tú tampoco dirías eso, pedazo de tonto, si no tuvieras un parásito en la espalda, que habla por tu boca y piensa con tu cerebro!

—Cálmate, hijo. Pronto cambiarás de idea. Créeme, hemos nacido para esto. Es nuestro destino. La humanidad ha estado dividida, luchando entre sí. Ahora nosotros la volveremos a unir.

Pensé que eso era exactamente lo que los parásitos querían obtener del género humano: el sometimiento de la voluntad individual a cambio de una engañosa promesa de paz y seguridad. Pero no lo dije.

—No tendrás que esperar mucho más —dijo el Viejo—. El control automático nos llevará a Yucatán. Y ahora, a trabajar —dejó su asiento y se puso de rodillas para ajustarme el cinturón de seguridad—. Contigo tengo que tomar precauciones —añadió.

Levanté las rodillas y lo golpeé en pleno rostro.

Cayó hacia atrás. Le sangraba la nariz, pero no se preocupó por ello. Me miró sin ningún enojo.

—Podría disgustarme por lo que has hecho; pero los amos no conocen el rencor. Ahora, pórtate bien —me dijo, y siguió controlando mis ligaduras—. Listo. Ten paciencia; no tardará mucho.

Regresó a su asiento y se inclinó hacia adelante, con los codos sobre las rodillas. El parásito quedó directamente delante de mis ojos.

Nada ocurrió durante unos minutos. El Viejo parecía dormido, pero no lo estaba. Yo sabía lo que iba a ocurrir.

Una línea se formó en el centro de la costra marrón que cubría al parásito.

Respuesta a “Cosas de Ayer”

(véase el reverso de la tapa)

El aeronauta francés Pierre Testu-Brissy llevó un caballo en globo, en el año 1798. Pero la idea del globo taxi, que fué publicada en 1825, fué simplemente una caricatura del famoso dibujante inglés George Cruikshak para ridiculizar la moda aerostática de 1820.

Mientras yo la miraba, comenzó a ensancharse. Pronto apareció la horrosa masa opalescente que había debajo. El parásito se estaba fisionando, chupando vida y alimento del cuerpo de mi padre, para convertirse en dos.

Me quedaban menos de cinco minutos de vida independiente.

SI hubiera sido posible que un ser de carne y hueso rompiera las ligaduras, yo lo habría hecho. Pero no pude. El Viejo no prestaba atención a mis esfuerzos. No creo que estuviera consciente; los titanios inmovilizan a su esclavo mientras dura la división.

Cuando renuncié a romper las ligaduras, pude ver la línea plateada que cruzaba el centro del parásito y que indica que la fisión estaba a punto de completarse. Eso me convenció.

Tenía las manos atadas detrás de la espalda, los tobillos unidos y estaba sujeto al asiento por el cinturón. Pero podía mover las piernas. Me eché hacia atrás para que el envión fuera más fuerte y levanté las piernas todo lo que pude. Las bajé de golpe, con toda la violencia de que era capaz, y pegué contra el tablero de controles.

El Viejo y yo fuimos lanzados hacia atrás. Él recibió un golpe mucho más violento, porque yo estaba atado. Golpeó con la espalda contra el respaldo de su asiento, con tal violencia que el parásito quedó destrozado.

El aparato se precipitó a tierra.

Lo primero que sentí cuando recuperé el conocimiento, fué un leve balanceo. Deseé que acabara; el menor movimiento me resultaba insoportable. Conseguí abrir un ojo.

Lo único que vi fué el techo de nuestro aparato, pero me costó trabajo reconocerlo. Después de un rato me di cuenta de lo que había ocurrido. Recordé el vertiginoso descenso y el golpe contra el suelo. Llegué a la conclu-

sión de que habíamos caído sobre el agua. ¿El golfo de Méjico? Realmente no me importaba.

El cinturón de seguridad se había roto; pero aun tenía yo atadas las manos y los tobillos. Me había roto un brazo. Tenía un ojo completamente cerrado y casi no podía respirar.

Mi padre ya no estaba en su asiento. Con un doloroso esfuerzo volví la cabeza para examinar el resto de la cabina. El Viejo yacía cerca, con su cabeza a un metro de la mía. Estaba tan cubierto de sangre y tan inmóvil, que tuve la certeza de que había muerto. Creo que tardé media hora en recorrer la pequeña distancia que nos separaba.

Por fin llegué a su lado y pegué mi rostro al de él. No presentaba el menor rastro de vida.

—¡Papá! —grité roncamente—. ¡Papá! Le temblaron los párpados, pero no abrió los ojos.

—Hola, hijo —susurró—. Gracias, hijo, gracias... —y su voz se apagó.

Quise sacudirlo, pero lo único que pude hacer fué gritar:

—¡Papá! ¡Contéstame! ¿Estás bien? Pronuncié lentamente estas palabras:

—Tu madre... me pidió... que te dijera... que estaba... orgullosa de ti —Se le quebró la voz y comenzó a respirar roncamente.

—Papá —sollocé—, no te mueras. No podré vivir sin ti.

Abrió los ojos.



—Sí, hijo, puedes arreglarte sin mí. Volvió a cerrar los ojos.

Grité y lloré. Él no volvió a hablar. Apoyé mi mejilla en la suya, y mis lágrimas se mezclaron con la suciedad y la sangre. Me desmayé.

Cuando recobré el conocimiento estaba en un cuarto de hospital. Mary me besaba las manos.

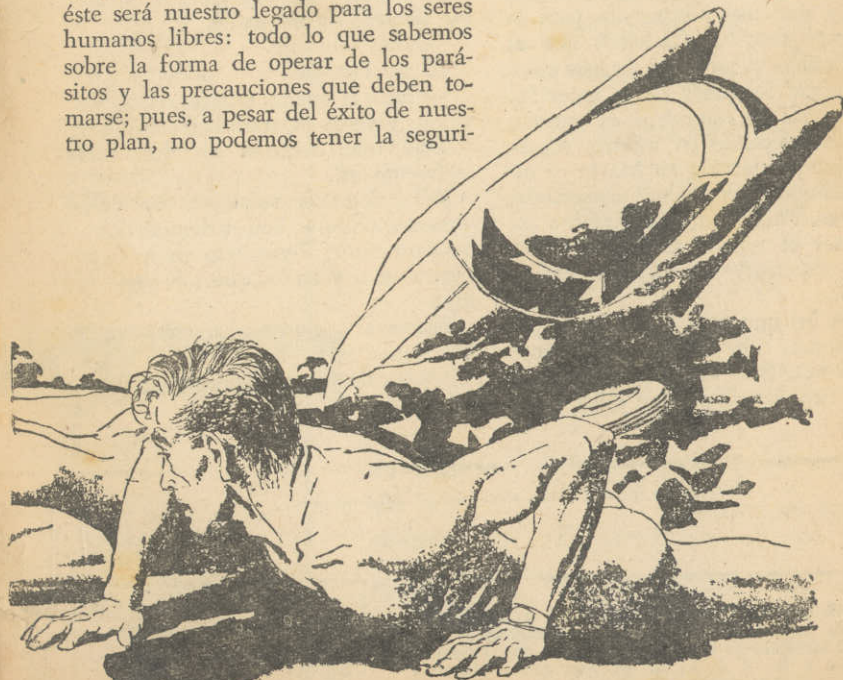
—¡Papá! —exclamé, presa del terror—. ¿Ha muerto, verdad?...

Una voz débil me respondió:

—No hay peligro, hijo. Soy tan duro como tú —me sonrió maliciosamente a través de la ventanilla de una cámara de oxígeno.

Sonreí y me volví a dormir, sosteniendo las manos de Mary entre las mías.

TODOS los que vamos a Titán estamos en este momento escribiendo nuestros informes. Si no regresamos, éste será nuestro legado para los seres humanos libres: todo lo que sabemos sobre la forma de operar de los parásitos y las precauciones que deben tomarse; pues, a pesar del éxito de nuestro plan, no podemos tener la seguri-



Vamos a demostrar a los titanos que cometieron un tremendo error al atacar a la más dura, mortífera, capaz e indomable forma de vida en esta parte del espacio: seres que pueden ser destruidos, pero no sojuzgados.

Tengo la secreta esperanza de que podremos salvar a los pequeños andróginos. Creo que nos llevaremos bien con ellos.

Triunfemos o no, la raza humana debe mantener su bien ganada reputación de ferocidad. El precio de la libertad es la capacidad de luchar en cualquier momento y en cualquier circunstancia, con completo desinterés por la propia vida.

Porque, ¿quién sabe qué oscuros misterios pueblan este Universo? Los titanos pueden ser débiles e indefensos comparados con, por ejemplo, los habitantes de los planetas de Sirio. Si esto no es nada más que el comienzo, es mejor que nos preparemos para lo que venga después. Creíamos que el espacio estaba vacío y que éramos automáticamente los amos de la creación. Aun después de conquistar el espacio, seguíamos creyendo en nuestra supremacía, porque la vida en Marte ya estaba extinguida, y apenas comenzaba en Venus. Pues bien, si el hombre aspira a ser el amo, o simplemente un vecino respetado, tendrá que luchar por ello.

Todos los que vamos en esta expedición hemos sido poseídos por lo menos una vez. Sólo los que han pasado por esa experiencia pueden saber cuán

peligrosos son los parásitos, qué precauciones se deben tomar y cuán profundamente hay que odiarlos.

El viaje durará unos doce años, lo cual nos dará tiempo para que Mary y yo completemos nuestra luna de miel. ¡Ah, sí; Mary viene conmigo! Somos casi todos matrimonios. El resto está constituido por solteras y solteros, en número igual. Doce años no son un viaje: son casi una vida.

Cuando le dije a Mary que íbamos a las lunas de Saturno, su único comentario fué.

—Sí, querido.

Tendremos tiempo de tener dos o tres chicos. Como dice mi padre, la raza debe seguir adelante, aunque no sepa hacia dónde.

Estoy terminando este informe en la estación espacial Beta, desde donde partiremos en el *Vengador*, nave equipada por las Naciones Unidas. Anoche me despedí de mi padre.

—Adiós —le dije.

Él me corrigió:

—Hasta la vuelta, querrás decir. Volveréis, y yo os esperaré hasta entonces.

Dije que confiaba en que fuera realmente así.

—Tú lograrás volver, y yo viviré —me respondió—. Somos demasiado duros para morir. Tengo una enorme confianza en ti y en los que son como tú, hijo.

Estamos a punto de embarcarnos. Me siento feliz.

¡Amos de títeres, los hombres libres del mundo os desafían!

más allá Copyright by Editorial Abril. Hecho el depósito de ley. Todos los derechos reservados. Registro Nacional de la Propiedad Intelectual N° 414.547. Distribuidores, Cap. Federal: C. Vaccaro y Cía. S. R. L., Av. de Mayo 570 - Interior: RYELA, Piedras 113, Buenos Aires.

CORREO
ARGENTINO
Central (B)

FRANQUEO A PAGAR
Cuenta N° 574

INTERES GENERAL
Concesión N° 4923